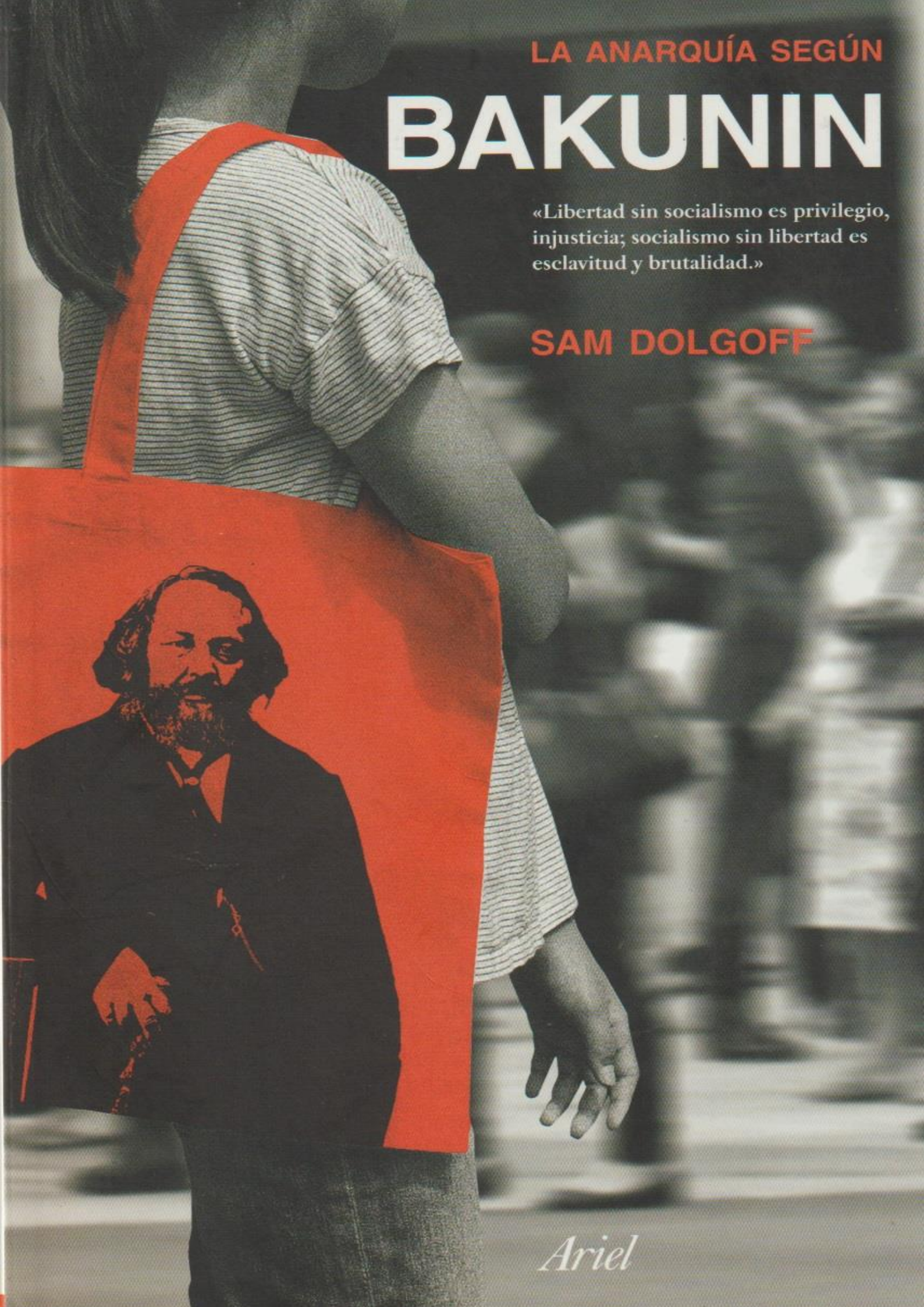

LA ANARQUÍA SEGÚN

# BAKUNIN

«Libertad sin socialismo es privilegio, injusticia; socialismo sin libertad es esclavitud y brutalidad.»

SAM DOLGOFF

Ariel

Sam Dolgoff

# La anarquía según Bakunin

*Ariel*

Título original: *Bakunin on Anarchy*

1.ª edición en Editorial Ariel: junio de 2017
Edición anterior: mayo de 1976

© 1971, Sam Dolgoff

El editor hace constar que ha sido imposible localizar a todos y cada uno de los autores, cedentes y herederos de esta obra por lo que manifiesta la reserva de derechos de los mismos.

© 1976, de la traducción, Marcelo Covián

Derechos exclusivos de edición en español
para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2017: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2596-5

Depósito legal: B. 9.369 - 2017

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

# Índice

Apuntes biográficos de Bakunin,
por James Guillaume . . . . . 11

El período preanarquista: el paneslavismo
Revolucionario . . . . . 55
1842 La reacción en Alemania. . . . . 57
1847 En el 17 aniversario de la insurrección polaca
de 1830. . . . . 61
1848 Llamamiento a los eslavos . . . . . 67
1851 De la *Confesión al Zar Nicolás I* . . . . . 75

El anarquismo de Mijaíl Bakunin . . . . . 77
1866 Catecismo revolucionario . . . . . 83
1866 Catecismo nacional. . . . . 105
1867 Federalismo, socialismo y antiteologismo . . . . . 109
1869 El Programa de la Hermandad Internacional . . 163
Bakunin y el Movimiento Sindical Revolucionario . . . 173
1869 La política de la Internacional. . . . . 177

Guerra Franco-Prusiana y la comuna de París . . 195
1870 Carta a Albert Richard . . . . . 197
1870 Cartas a un francés sobre la crisis actual . . . . . 205
Problemas generales de la Revolución Social . . . . 206

El temperamento revolucionario y su matriz . . . . 234
Una crítica del programa socialdemócrata alemán . 239
El gobierno representativo y el sufragio universal . . . 247
1871 Dios y el Estado . . . . . 255
Autoridad y ciencia . . . . . 256
El hombre, la sociedad y la libertad . . . . . 265
1871 El Programa de la Alianza . . . . . 277
La burocracia sindical. . . . . 279
La estructura de la Internacional. . . . . 283
La estructura del Estado contrastada con la de la Internacional . . . . . 292
1871 La Comuna de París y la idea del Estado . . . . . 297
1872 Carta a *La Liberté* . . . . . 315
1872 La Internacional y Karl Marx . . . . . 331

Los últimos años . . . . . 375
1873 El estatismo y la anarquía . . . . . 377
Carta a los compañeros de la Federación Jurásica . . . 411
1875 Carta a Élisée Reclus . . . . . 415
1876 La creación de un nuevo orden social, por James Guillaume . . . . . 419

Bibliografía selecta . . . . . 449

Libertad sin socialismo es privilegio, injusticia; socialismo sin libertad es esclavitud y brutalidad

*Mijaíl Bakunin*

# Apuntes biográficos de Bakunin por James Guillaume (1844-1916)

*James Guillaume, amigo y compañero de armas de Bakunin, se cuidó de la edición de los últimos cinco volúmenes de la edición francesa en seis volúmenes de sus obras escogidas. Los apuntes biográficos de Bakunin de Guillaume se publican aquí completos por primera vez en castellano. Originalmente aparecieron en la introducción al segundo volumen de la edición francesa.*

*Estos apuntes son una fuente primordial de información no sólo sobre la vida de Bakunin, sino también sobre los acontecimientos más importantes del movimiento socialista de aquella época. Asimismo constituyen una valiosa aportación a muchas de las selecciones presentes en este libro. Guillaume, que no se limitó a registrar acontecimientos, sino que también participó en la conformación de los mismos, había sentido inclinación por el anarquismo antes de conocer a Bakunin en 1869. Anteriormente, había sido uno de los fundadores de la Primera Internacional en Suiza, que celebró en Ginebra en 1866 su primer congreso. Asistió a todos sus congresos y, con el tiempo, publicó una historia en cuatro volúmenes de la Internacional que se ha convertido en una fuente indispensable de información sobre el movimiento socialista de la época, así como de los orígenes del movimiento sindicalista revolucionario de principios de siglo en Francia y demás países. Guillaume escribió mucho sobre la teoría y la práctica de la liberación y editó una cantidad de periódicos. Sus extensos escritos representan una contribución sus-*

*tancial a la teoría de la educación progresista libertaria, en especial a la representada por el pedagogo suizo de principios del siglo* XIX, *Johann Pestalozzi.*

## I

Mijaíl Alexandrovich Bakunin nació el 18 de mayo de 1814[1] en la finca de su familia, en el pequeño pueblo de Priamujino, en la provincia de Tver. Su padre era diplomático de carrera y, como joven agregado, había vivido durante años en Florencia y Nápoles. A su regreso a Rusia, se estableció en la finca paterna donde, a la edad de cuarenta años, se casó con una joven de dieciocho años de la destacada familia Muraviev. De ideas liberales, por un tiempo estuvo platónicamente comprometido con uno de los clubs decembristas.[2] Después de la coronación del zar Nicolás I, sin embargo, Bakunin abandonó la política y se dedicó al cuidado de su finca y a la educación de sus hijos, cinco mujeres y cinco varones, el mayor de los cuales era Mijaíl.

A los quince años, Mijaíl ingresó en la Escuela de Artillería de San Petersburgo de donde, tres años más tarde, ya oficial fue enviado a las guarniciones de las provincias de Minsk y de Grodno, en Polonia. Llegó a su destino poco después de que la insurrección polaca de 1832 hubiera sido aplastada. El espectáculo de una Polonia aterrorizada escandalizó y conmovió al joven oficial noble y agudizó su odio al despotismo. Dos años más tarde, abandonó el ejército y se fue a Moscú, donde vivió los seis años siguientes, pasando algunas vacaciones de verano en la finca familiar.

1. 18 de mayo según el calendario ruso; 30 de mayo según el nuestro.

2. Los decembristas formaron un movimiento a favor de la monarquía constitucional que, en diciembre de 1825, llevó a cabo una revuelta de oficiales y nobles contra la autocracia zarista. El movimiento fue sofocado sin piedad, sus líderes fueron ejecutados y muchos otros encarcelados.

En Moscú, Bakunin estudió filosofía y empezó a leer a los enciclopedistas franceses. Su entusiasmo por la filosofía de Fichte, compartido con sus amigos Stankevich y Belinski,[3] llevó a Bakunin a traducir, en 1836, el *Vorlesungen über die Bestimmung des Gelehrten (Conferencias sobre la vocación del estudioso)* de Fichte. A partir de este autor, Bakunin se sumergió en la filosofía de Hegel, en ese entonces el pensador que mayor influencia ejercía sobre los intelectuales alemanes. El joven abrazó el hegelianismo de forma total, deslumbrado por la máxima «Todo lo que existe es racional», aun cuando también sirviera para justificar el Estado prusiano. En 1839 conoció a Alexander Herzen y a su amigo Nicholas Ogarev quien acababa de regresar a Moscú del exilio, pero en ese momento las ideas de los tres eran demasiado divergentes como para que el encuentro fuera fructífero.

En 1840, a la edad de veintiséis años, Bakunin fue a San Petersburgo y de allí a Alemania a estudiar y prepararse para una cátedra de filosofía o historia en la Universidad de Moscú. Cuando, en ese mismo año, Nikolai Stankevich murió en Italia, Bakunin aún creía en la inmortalidad del alma (carta a Herzen, 23 de octubre de 1840). Sin embargo, en el curso de su evolución intelectual, llegó a interpretar la filosofía de Hegel como una teoría revolucionaria. Así como Ludwig Feuerbach, en *La esencia del cristianismo,* llegó al ateísmo por medio de la doctrina hegeliana, Mijaíl Bakunin aplicó las teorías de Hegel a sus propias ideas sociales y políticas y llegó a la Revolución Social.

En 1842, Bakunin se trasladó de Berlín a Dresde. Allí colaboró con Arnold Ruge[4] en la publicación del *Deutsche Jahrbücher* («Anuarios alemanes») en donde por primera vez empezó a formular sus ideas revolucionarias. Su artículo,

3. Nicholas Stankevich era profesor de filosofía; Vissarion Belinski, famoso crítico literario.

4. Arnold Ruge (1802-1880) era un importante radical hegeliano que, durante un tiempo, influenció a Bakunin y a Marx.

«La reacción en Alemania», de *Cartas a un francés*, concluía con la famosa declaración:

> Pongamos nuestra confianza en el eterno espíritu que destruye y aniquila porque es la fantasmagórica y eterna fuente creativa de toda vida. El deseo destructivo es también un deseo creativo.

Al principio, Herzen creyó que el artículo realmente había sido escrito por un francés y escribió en su diario que «ésta es una instancia poderosa y firme, una victoria para el partido democrático. El artículo, de principio a fin, producirá un gran interés».

El ilustre poeta alemán Georg Herwegh visitó a Bakunin en Dresde y los dos hombres iniciaron una amistad duradera. Un residente en Dresde, que también se hizo muy amigo de Bakunin, fue el músico Adolf Reichel.

Al poco tiempo, el gobierno sajón se volvió abiertamente hostil a Ruge y sus colaboradores; Bakunin y Herwegh abandonaron Sajonia y se fueron a Suiza. Allí, Bakunin se puso en contacto con los comunistas alemanes agrupados en torno a Wilhelm Weitling.[5] En Berna, durante el invierno de 1843-1844, inició una amistad que duraría toda la vida con Adolf Vogt, quien más tarde fue profesor de medicina en la Universidad de Berna. Cuando el gobierno ruso exigió

5. Wilhelm Weitling, sastre alemán autodidacta, se estableció en Suiza y también vivió un tiempo en París. Fundó los Clubs de Obreros Comunistas y escribió obras como *La humanidad como debiera ser* y *Garantías de la libertad humana*. Sus ideas respondían en gran parte a Fourier y Saint-Simon; con el tiempo emigró a Estados Unidos donde trató de organizar comunidades utópicas. Bakunin rechazó el cristianismo primitivo de Weitling y su forma autoritaria de comunismo: un Estado dirigido por científicos, técnicos e intelectuales que ejercían un despotismo benévolo sobre los obreros. Sin embargo, quedó profundamente impresionado por la insistencia de Weitling en la lucha de clases, en la abolición violenta del Estado y de la economía del dinero, y sobre todo por una frase, que a Bakunin le gustaba citar: «La sociedad perfecta no tiene gobierno, sino sólo una administración; ni leyes, sólo obligaciones; ni castigos, sólo medios de corrección».

que Suiza deportara a Bakunin a Rusia, éste dejó Berna en febrero de 1844, pasó primero por Bruselas y luego llegó a París, donde residió hasta 1847.

## II

En París, Bakunin volvió a encontrarse con Herwegh, conoció a la mujer de este último, Emma Siegmund, y a Karl Marx que había llegado en 1843. Al principio, Marx colaboró con Arnold Ruge, pero Marx y Engels pronto siguieron su propio camino y empezaron a formular su propia ideología. Bakunin frecuentaba a Proudhon, con quien mantenía discusiones que duraban toda la noche, y estableció lazos de buena amistad con George Sand. Los años en París fueron los más fructíferos para el desarrollo intelectual de Bakunin; fue cuando empezaron a tomar forma las ideas básicas de su programa revolucionario, aunque sólo mucho tiempo después pudo liberarse por completo del idealismo metafísico. El mismo Bakunin nos informa, en un manuscrito de 1871, de sus relaciones intelectuales con Marx y Proudhon durante este período. Recuerda que:

> En cuanto a conocimientos, Marx estaba y aún está incomparablemente más avanzado que yo. En ese tiempo yo no sabía nada de economía política, y mi socialismo no era más que instintivo. Aunque más joven que yo, él ya era ateo, materialista consciente y socialista informado. Fue precisamente en aquel período cuando elaboró la base de su sistema tal cual es hoy. Nos veíamos a menudo. Yo lo respetaba mucho por sus conocimientos y por su apasionada dedicación a la causa del proletariado, aunque siempre iba mezclada de vanidad. Yo buscaba ansiosamente su conversación, que siempre era instructiva e ingeniosa cuando no se inspiraba en pequeños odios, lo que, por desgracia, sucedía con demasiada frecuencia. Nunca hubo una franca intimidad entre nosotros dos; nuestros temperamentos no lo permitirían. Me llamaba idea-

lista sentimental y tenía razón; yo le llamaba vano, pérfido y astuto, y yo también tenía razón.

Bakunin nos ofrece la siguiente caracterización de Engels en su libro *Estado y anarquía*:

> En 1845, Marx era el líder de los comunistas alemanes. Aunque su fiel amigo Engels fuera tan inteligente como él, no era tan erudito. Sin embargo, Engels era más práctico y no menos inclinado a la calumnia, la mentira y la intriga políticas. Juntos fundaron una sociedad secreta de comunistas alemanes o socialistas autoritarios.

En un manuscrito francés de 1870, Bakunin evalúa a Proudhon comparándolo con Marx:

> Como le dije unos pocos meses antes de su muerte, Proudhon, a pesar de todos sus esfuerzos por desprenderse de la tradición del idealismo clásico, fue toda su vida un idealista incorregible, inmerso en la Biblia, en el derecho romano y en la metafísica. Su gran desgracia fue la de que nunca estudió las ciencias naturales ni hizo suyos sus métodos. Tenía el instinto del genio y percibió el camino correcto, pero, obstaculizado por sus maestros del pensamiento idealista, cayó en los viejos errores. Proudhon fue una perpetua contradicción: un genio vigoroso, un pensador revolucionario que ponía en cuestión los fantasmas idealistas y que, sin embargo, fue incapaz de superarlos... Marx, como pensador, está en el camino correcto. Ha establecido el principio según el cual la evolución jurídica de la historia no es la causa, sino el efecto del desarrollo económico, y éste es un concepto grandioso y fructífero. Aunque él no lo originó —en mayor o menor grado fue formulado por muchos antes que él—, se debe a Marx el haberlo establecido sobre bases sólidas como fundamento del sistema económico. Por otro lado, Proudhon comprendió y vivió la libertad mejor que él. Proudhon, cuando no estaba obsesionado por la doctrina metafísica, era un revolucionario por instinto; adoró a Satán y la anarquía. Es muy

> posible que Marx pueda construir un sistema aún más racional de libertad, pero carece del instinto de la libertad —sigue siendo de pies a cabeza un autoritario.

El 29 de noviembre de 1874 en París, con ocasión de una cena conmemorativa de la insurrección polaca de 1830, Bakunin pronunció un discurso en el que denunció al gobierno ruso. A petición del embajador ruso Kiselev, fue expulsado de Francia. Para contrarrestar las fuertes protestas de quienes simpatizaban con Bakunin, Kiselev hizo circular el rumor de que había sido empleado por el gobierno ruso para hacerse pasar por revolucionario, pero que había ido demasiado lejos. (Esto lo cuenta Bakunin en una carta a Fanelli, 29 de mayo de 1867.) Bakunin fue entonces a Bruselas, donde volvió a encontrarse con Marx. Sobre Marx y su círculo, Bakunin escribió a su amigo Herwegh:

> Los trabajadores alemanes Bornstadt, Marx, Engels —en especial Marx— envenenan la atmósfera. La vanidad, la malevolencia, los chismes, las pretensiones y las jactancias en la teoría y la cobardía en la práctica. Disertaciones sobre la vida, la acción y el sentimiento... y una completa ausencia de vida, de acción y de sentimientos. Repulsivos elogios de los trabajadores más avanzados y charla vacía. Según ellos, Fueurbach es un «burgués» y el epíteto ¡BURGUÉS! es voceado *ad nauseam* por gente que son de pies a cabeza más burgueses que cualquiera en una ciudad de provincia; en suma, idioteces y mentiras, mentiras e idioteces. En semejante ambiente nadie puede respirar con libertad. Me mantengo alejado de ellos y he declarado abiertamente que no acudiré a su Kommunistischer Handwerkerverein (Sociedad de Sindicatos Comunistas) y que no tendré nada que ver con esa organización.

## III

La revolución del 24 de febrero de 1848 volvió a abrir las puertas de Francia a Bakunin. Sin embargo, estaba a punto

de regresar a París cuando los acontecimientos de Viena y Berlín le hicieron cambiar de planes y salió para Alemania en abril. Entonces, también esperaba poder participar en el movimiento insurreccional polaco. En Colonia se encontró una vez más con Marx y Engels, que habían empezado la publicación de su *Neue Rheinische Zeitung*. Fue cuando la Legión Democrática de París organizó una expedición a Alemania para lanzar una insurrección en el Gran Ducado de Baden. El intento terminó en un desastroso fracaso. Marx y Engels atacaron violentamente a Herwegh, el amigo de Bakunin, que, junto con otros exiliados alemanes, había sido uno de los líderes de la fracasada expedición. Bakunin salió en su defensa. Mucho tiempo después, en 1871, Bakunin escribió: «Debo admitir abiertamente que en aquella controversia, Marx y Engels tenían razón. Con su característica insolencia, atacaron a Herwegh personalmente cuando éste no estaba allí para defenderse. En una confrontación cara a cara con ellos, defendí ardientemente a Herwegh y allí comenzó nuestro mutuo desacuerdo».

Más tarde, en junio de 1848, Bakunin fue a Berlín y Breslau y luego a Praga, donde intentó desviar el Congreso eslavo hacia una política democrática y revolucionaria. Después de participar en la insurrección, que duró una semana y que fue brutalmente aplastada, regresó a Breslau. Aún estaba allí cuando el *Neue Rheinische Zeitung* —controlado por Marx— publicó en su número del 6 de julio una carta de un corresponsal de París que, en parte, decía:

> Con respecto a la propaganda eslava, ayer nos informaron que George Sand tiene en su poder documentos que comprometen mucho al exilado ruso Mijaíl Bakunin y lo revelan como un agente ruso recientemente adquirido por su gobierno. Desempeñó un papel destacado en el arresto de los infortunados polacos. George Sand ha mostrado estos documentos a algunos de sus amigos.

De inmediato, Bakunin protestó contra esa infame calumnia en una carta publicada en el *Allgemeine Oder Zeitung* de Breslau y se reimprimió en el *Neue Rheinische Zeitung* el 16 de julio. Asimismo, escribió a George Sand pidiéndole una explicación. Ella le contestó con una carta abierta al director del *Neue Rheinische Zeitung*:

> Las declaraciones de su corresponsal son absolutamente falsas. No existe ningún documento. No tengo la más mínima prueba de la insinuación hecha contra M. Bakunin. Jamás he autorizado a nadie, ni lo he hecho yo, a que se ponga en duda la integridad personal o la dedicación a los principios de M. Bakunin. Apelo a su sentido de honor y a su conciencia para que de inmediato publique esta carta en su periódico.

Marx publicó la carta junto al comentario: «Hemos cumplido con la obligación periodística de ejercer una estricta vigilancia sobre personalidades públicas destacadas y, al mismo tiempo, hemos dado la oportunidad a M. Bakunin de despejar las sospechas que han circulado en los círculos de París».

Es inútil elaborar aquí una teoría singular sobre el deber de la prensa de publicar acusaciones falsas y difamatorias sin intentar verificar los hechos.

Al mes siguiente, Bakunin y Marx se encontraron una vez más en Berlín y se llevó a cabo una renuente reconciliación. Bakunin recordó el incidente en 1871: «Amigos mutuos nos obligaron a abrazarnos y, durante nuestra conversación, Marx dijo, casi sonriente: "¿Sabe que ahora soy jefe de una sociedad comunista secreta tan disciplinada que, si yo le dijera a uno de sus miembros, 'Mata a Bakunin', usted estaría muerto?"».

Expulsado de Prusia y de Sajonia, Bakunin pasó el resto del año 1848 en el principado de Anhalt. Allí publicó en alemán el panfleto *Llamamiento a los eslavos: por el patriota ruso Mijaíl Bakunin, miembro del Congreso de Eslavos*. En este texto, Bakunin proponía a los revolucionarios eslavos que se unie-

ran a los revolucionarios de otros países —húngaros, alemanes, italianos— para derrocar a las mayores autocracias de aquel momento: el Imperio ruso, el Imperio austrohúngaro y el Reino de Prusia; a esto le seguiría una libre federación de los pueblos eslavos emancipados. Marx criticó estas ideas en el *Neue Rheinische Zeitung* del 14 de febrero de 1849:

> Bakunin es nuestro amigo, pero esto no nos impide criticar su panfleto. Aparte de los rusos, los polacos y quizás los eslavos turcos, ningún pueblo eslavo tiene un futuro por la simple razón de que carecen de las indispensables condiciones históricas, geográficas e industriales para su independencia y su supervivencia.

Con respecto a la divergencia de opiniones entre Marx y él sobre la cuestión eslava, Bakunin escribió en 1871:

> En 1848 no estuvimos de acuerdo y debo admitir que su razonamiento era más correcto que el mío. Entusiasmado, transportado por el ambiente del movimiento revolucionario, yo estaba más interesado en el aspecto negativo que en el positivo de la revolución. No obstante, hay un punto en el que Marx no tenía razón y yo sí. Como eslavo, yo quería la emancipación de la raza eslava del yugo alemán; y él, como patriota alemán, entonces no admitía, como ahora tampoco lo admite, el derecho de los eslavos a liberarse de la dominación alemana. Entonces pensaba, como ahora sigue pensando, que la misión de Alemania es civilizar, es decir, germanizar a los eslavos, para bien o para mal.[6]

6. Bakunin tenía buenos motivos para esta acusación. El artículo citado (en realidad escrito por Engels y aprobado por Marx) era especialmente hostil a los checos e iba tan lejos como para decir: «Esta "nación", que históricamente no existe en absoluto, pretende la restauración de su independencia. Los tercos checos y eslovacos debieran estar agradecidos a los alemanes que se han tomado la molestia de civilizarlos al introducirlos en el comercio, la industria, la ciencia agrícola y la educación... A las frases sentimentales sobre la fraternidad que aquí nos ofrecen [en el artículo de Bakunin], en nombre o en defensa de las naciones contrarrevolucionarias de Europa, replicamos: que el odio a los rusos fue y sigue siendo la principal pasión revo-

En enero de 1849, Bakunin llegó en secreto a Leipzig. Allí, junto con un grupo de jóvenes checos de Praga, se dedicó a la preparación de un levantamiento en Bohemia. A pesar de la creciente reacción en Alemania y Francia, aún había esperanzas porque, en más de un lugar en Europa, la revolución todavía no había sido aplastada. El papa Pío IX, expulsado de Roma, había sido reemplazado por la República Romana, encabezada por el triunvirato de Mazzini, Saffi y Armellini, con Garibaldi al frente del ejército. Venecia, recuperada su libertad, heroicamente rechazó el sitio de los austríacos; los húngaros, rebelándose contra Austria bajo el liderazgo de Kossuth, proclamaron la derrota de los Habsburgo. Y, el 3 de mayo de 1849, una rebelión popular se desató en Dresde provocada por negarse el rey de Sajonia a aceptar la constitución del Imperio alemán proclamada por el Parlamento de Frankfurt. El rey huyó y se constituyó un gobierno provisional. Durante cinco días, los rebeldes controlaron la ciudad. Bakunin, que había dejado Leipzig para ir a Dresde a mediados de abril, se convirtió en uno de los líderes de la rebelión inspirando heroísmo en los hombres que defendían las barricadas contra las tropas prusianas. De hombre gigantesco, ya famoso como revolucionario, Bakunin pasó a ser el centro de la atención. Pronto lo rodeó una aureola de leyenda. Se le atribuyeron las hogueras que encendieron los rebeldes; de él se escribió que había sido «el alma misma de la Revolución»; que había iniciado un terrorismo abierto; que, para detener a los prusianos e impedirles que abrieran fuego contra las barricadas, había aconsejado a los defensores que sacasen las obras de arte de los museos y las galerías y las expusiesen en las barricadas... las historias no tienen fin.

---

lucionaria de los alemanes; que, desde la revolución, se extendió a checos y croatas, y que nosotros, junto con los polacos y los magiares, podemos salvaguardar la revolución sólo por medio del terrorismo más enérgico contra esos pueblos eslavos». (Citado por H. Kaminski: *Bakunin*, París, Aubier, págs. 120-121.)

El 9 de mayo, los rebeldes, en gran inferioridad de número y de armas, se retiraron a Freiberg. Allí, Bakunin discutió en vano con Stephen Born (organizador del Arbeiter Verbrüderung, la primera organización de obreros alemanes) para que llevase las tropas que le quedaban a Bohemia y comenzara un nuevo levantamiento. Born se negó y dispersó sus tropas. Al ver que no había nada más que hacer, Bakunin, el compositor Richard Wagner y Heubner (un demócrata muy leal a Bakunin) fueron a Chemnitz. Allí, durante la noche, unos burgueses armados arrestaron a Heubner y a Bakunin y los entregaron a los prusianos. Wagner se escondió en la casa de su hermana y se escapó.

El rol de Bakunin en esta rebelión había sido tanto el de un luchador decidido como el de un gran estratega. Hasta el hostil Marx se sintió obligado a reconocer su sobresaliente contribución en una de sus cartas, algunos años más tarde, al *Daily Tribune* de Nueva York (2 de octubre de 1852), titulada «Revolución y contrarrevolución en Alemania»:

> En Dresde, la batalla callejera duró cuatro días. Los tenderos de Dresde, organizados en «guardias comunitarios», no sólo se negaron a luchar, sino que muchos de ellos apoyaron las tropas en contra de los insurrectos. Casi todos los rebeldes eran obreros de las fábricas cercanas. En el refugiado ruso Mijaíl Bakunin encontraron a un líder capaz y con sangre fría.

## IV

Conducido a la fortaleza de Königstein, Bakunin pasó muchos meses detenido y fue incluso condenado a muerte el 14 de enero de 1850. En junio le conmutaron la pena a prisión perpetua, pero las autoridades austríacas obtuvieron el permiso de extradición que habían requerido. Bakunin fue primero encarcelado en Praga y luego, en marzo de 1851, transferido a Olomouc, donde se lo sentenció a la

horca. Una vez más le conmutaron la pena a prisión perpetua. Fue tratado brutalmente en las prisiones austríacas: se lo encadenó de manos y pies y, en Olomouc, lo encadenaron al muro de la prisión.

Poco después, los austríacos entregaron a Bakunin a los rusos, quienes lo encarcelaron en las horribles mazmorras de la Fortaleza de Pedro y Pablo. Al principio de su cautiverio, el conde Orlov, enviado por el zar, visitó a Bakunin y le dijo que el zar exigía una confesión escrita con el fin de que ésta colocara a Bakunin tanto espiritual como físicamente bajo el poder del Oso Ruso. Ya que todos sus actos eran conocidos, no tenía secretos que revelar, y decidió escribir al zar:

> Usted quiere mi confesión, pero usted debe saber que un pecador penitente no está obligado a comprometer o revelar las malas acciones de los demás. Sólo tengo el honor y la conciencia de que jamás he traicionado a quienes han confiado en mí y por esa razón no le daré a usted ningún nombre.

Cuando el zar Nicolás I leyó la carta de Bakunin, comentó: «Es un buen muchacho, pero es un hombre peligroso y jamás debemos dejar de vigilarle».[7]

Con el comienzo de la guerra en Crimea en 1854, la Fortaleza de Pedro y Pablo quedó expuesta al bombardeo de los ingleses, y Bakunin fue transferido a la prisión de Schlüsselberg. Allí cayó víctima del escorbuto y se le cayeron todos los dientes. Ahora permitidme citar lo que yo mismo escribí el día en que murió Bakunin, señalando sólo lo que él me dijo personalmente sobre el último período de su encarcelamiento:

> La atroz dieta de la prisión le había arruinado completamente el estómago (el escorbuto); todo lo que comía le causaba

7. De las obras de Herzen publicadas póstumamente; resumen de una carta de Bakunin con fecha de 8 de diciembre de 1860.

náuseas y vómitos y sólo podía digerir col cortada fina. Pero, pese a la debilidad de su cuerpo, su mente se mantuvo indemne. Era lo que más temía: que la prisión le quebrantara el espíritu, que dejase de odiar la injusticia y de sentir en su corazón la pasión por la rebelión que lo sostenía, que llegase el día en que perdonase a sus verdugos y aceptase su suerte, Pero no debiera haber temido eso: ni en un solo instante le flaqueó el espíritu y salió del purgatorio de su confinamiento como había entrado, impávido y desafiante...

También nos contó que para distraer su mente en la prolongada y terrible soledad, encontró placer en reproducir mentalmente la leyenda de Prometeo, el Titán, benefactor de la humanidad, quien, mientras estaba encadenado a la roca caucásica por orden de Olimpo, oía la dulce melodía primitiva de las ninfas oceánicas que brindaban consuelo y alegría a la víctima de la venganza de Júpiter.[8]

Era de esperar que, con la muerte del zar Nicolás I, la situación de Bakunin se aliviaría de alguna forma. Sin embargo, el nuevo zar, Alejandro II, tachó personalmente el nombre de Bakunin de la lista de amnistía. Mucho después, la madre de Bakunin fue a ver al zar y le rogó que tuviera misericordia por su hijo, pero el autócrata le contestó: «Señora, mientras su hijo viva, no quedará en libertad». Un día, Alejandro, mientras leía la carta que Bakunin había enviado a su predecesor en 1851, le comentó a su ayudante, el príncipe Goncharov: «Pero no veo la menor señal de arrepentimiento».

En 1857, finalmente, convencieron a Alejandro de que rebajara la pena, y Bakunin fue sacado de la prisión y condenado a exilio perpetuo en Siberia. Le dieron permiso para residir en la región de Tomsk. A fines de 1858 contrajo matrimonio con una joven polaca, Antonia Kwiatkowska. Tiempo después, y gracias a la intervención de un pariente materno, Nicholas Muraviev, gobernador general de Siberia

8. James Guillaume: en *Bulletin de la Fédération Jurassienne de l'Internationale*, supl. del 9 de julio de 1876.

Occidental, Bakunin obtuvo permiso para trasladarse a Irkutsk. Allí se empleó al principio en una agencia del gobierno, el Departamento de Desarrollo de Amur, y luego en una sociedad minera.

Bakunin había esperado quedar en libertad rápidamente y poder regresar a Rusia. Pero Muraviev, que trataba de ayudarle, perdió su cargo por oponerse a la burocracia y Bakunin se dio cuenta de que no podía recuperar su libertad más que de un solo modo: la fuga. Dejó Irkutsk a mediados de junio de 1861 con el pretexto de hacer un viaje de negocios, un estudio autorizado por el gobierno y supuestas negociaciones comerciales. Bakunin llegó a Nikolaevsk en julio. De allí se fue en un barco del gobierno, el *Streloka*, hasta Kastri, un puerto del sur, donde se las arregló para subir a bordo del navío mercante norteamericano *Vickery* que lo llevó hasta Hakodate, Japón. Luego fue a Yokohama, en octubre a San Francisco y en noviembre a Nueva York. El 27 de diciembre de 1861, Bakunin llegó a Londres, donde le dieron una fraternal bienvenida Herzen y Ogarev.

## V

Resumiré brevemente la actividad de Bakunin durante los seis años que siguieron a su regreso a Europa occidental. Pronto se dio cuenta de que, a pesar de su amistad personal con Herzen y Ogarev, no podía asociarse a la línea política de su periódico, *Kolokol* («La Campana»). Durante el año 1862, Bakunin expresó sus ideas en dos panfletos: *A mis amigos rusos, polacos y otros amigos eslavos* y *¿Romanov, Pugachev o Pestel?*[9]

9. El significado del título de Bakunin puede explicarse en forma de pregunta: ¿A quién se prefiere como jefe de la Revolución: a Nicolás Romanov, el zar; a Pugachev, el líder rebelde campesino, o a Pestel, el jefe de la conspiración decembrista?

Yemelyan Pugachev fue un campesino ruso revolucionario del si-

La insurrección polaca de 1863 encontró a Bakunin tratando de unir a todos los hombres de acción para prestar una ayuda efectiva y profundizar la revolución. Pero los intentos de formar una legión rusa fracasaron y la expedición del coronel Lapinski quedó en la nada. Bakunin se dirigió entonces a Estocolmo, donde volvió a reunirse con su mujer,

---

glo XVIII que, durante el reinado de Catalina la Grande, fue el jefe de bandas armadas de campesinos que quemaban y saqueaban propiedades, mataban a terratenientes, se apoderaban de «sus» posesiones y libraban batallas guerrilleras contra el ejército. Pavel Ivanovich Pestel, coronel del ejército ruso, hijo del gobernador general de Siberia, fue uno de los líderes destacados del movimiento decembrista. Fue mucho más radical que sus compañeros; creía que una monarquía constitucional debía a la larga ser suplantada por una república con un programa socialista. Cuando, en vísperas de su ejecución, su padre le preguntó qué haría en caso de obtener la victoria, le contestó: «¡Primero liberaríamos a Rusia de monstruos como tú!».

Las diferencias políticas de Bakunin con los editores de *Kolokol* y sus ideas, tal como están expresadas en dos panfletos, se ven clarificadas en *Bakunin* de Kaminski, págs. 190-192, de las cuales trazamos un resumen:

«Después de la guerra de Crimea, la situación en Rusia cambió drásticamente. Bakunin, prisionero en Siberia y sin contacto con el exterior, instintivamente comprendió mejor la situación que Herzen, pese a que éste estaba libre en Londres (y en constante comunicación con rusos en Rusia y activistas recién escapados). Los aristócratas rusos leían *Kolokol* con cierta actividad liberal, mientras su oposición no pasara de amables conversaciones de salón. Sólo unos pocos nobles permanecían fieles a los ideales decembristas. Alejandro II pensó que había hecho demasiadas concesiones cuando liberó a los siervos (sin darles las tierras en las que habían trabajado durante siglos); de hecho, había realizado unas pocas reformas mínimas que de ninguna manera afectaban la estructura básica del régimen absolutista. Hasta rechazó el programa moderado de los reformadores aristócratas y, cuando los representantes de la nobleza zarista le rogaron que diera una constitución a sus súbditos, fueron arrestados y enviados a Siberia. Entre ellos, dos hermanos de Bakunin.

»Bajo Alejandro II así como bajo Nicolás I, Rusia fue un país sin libertad. Pero había pasado ya el tiempo en que Bakunin era el único revolucionario. Había aparecido una nueva generación que, bajo la influencia de Chernishevski, declaró una guerra a muerte al zarismo y puso sus esperanzas en el pueblo ruso, que exigía "Tierra y libertad", el lema que se adoptó como nombre de la primera organización revolucionaria rusa. Herzen, que creía que la oposición entre el zar y el pueblo se podía resolver, se inclinaba por el reformismo de la aristocracia liberal. Bakunin, por el contrario, se mostró en perfecto acuerdo con la política de "Tierra y libertad" cuando declaró: "Cualquier reconciliación es imposible".

con la esperanza de recibir ayuda de Suecia. Sin embargo, fracasaron todos sus planes y regresó a Londres. Luego se fue a Italia y, a mediados de 1864, regresó a Suecia. De allí volvió una vez más a Londres, donde se encontró con Marx, y luego a París, donde se reunió con Proudhon. Finalmente regresó a Italia.

Como consecuencia de la guerra de 1859 y la heroica expedición de Garibaldi, Italia estaba en la antesala de una nueva era. Bakunin permaneció allí hasta 1867, viviendo primero en Florencia y luego en Nápoles y sus cercanías. Durante este período concibió el plan de formar una organización secreta de revolucionarios para llevar a cabo una campaña de propaganda y prepararse para la acción directa cuando llegara el momento indicado. A partir de 1864 reclutó italianos, franceses, escandinavos y eslavos en una sociedad secreta co-

---

»En el tiempo de la colaboración de Bakunin en *Kolokol*, Herzen no trató de imponer sus ideas, pero, si bien no se dejara engañar del todo por las promesas del zar, aún pensaba que las reformas no eran meros paliativos y que el pueblo podía ganar mucho más con apelaciones a la buena voluntad del zar. Bakunin, en un panfleto *(¿Romanov, Pugachev, Pestel?)*, también apeló al zar. Al exigir que el zar repudiara a la clase gobernante y se convirtiera en el zar del pueblo, deliberadamente le pedía que cometiera un suicidio político. Las diferencias entre Herzen y Bakunin surgieron precisamente de que Herzen fuera sincero en sus apelaciones al zar, mientras Bakunin considerara su apelación como un mero artificio de propaganda.

»En el panfleto *A mis amigos rusos, polacos y eslavos,* Bakunin deja de lado la formalidad de dirigirse al zar y a los demás gobernantes. Hablando directamente al pueblo, declara: "De las ruinas del imperio ruso, el pueblo surgirá a una nueva vida". Exigió que los nobles se deshicieran de todos sus privilegios y hasta de sus títulos; que los nobles entregasen sus tierras y dieran toda libertad al pueblo; que la única fuerza viva fuera el pueblo y que, finalmente, sólo hubiera dos clases, campesinos y obreros. Aquí, Bakunin se adelanta ya a sus ideas posteriores cuando declara que la nueva sociedad, con el tiempo, estaría basada en la autonomía de las comunidades federadas en todo el país, coronada por la federación de todas las naciones.

»En un tercer panfleto, *La causa del pueblo,* va aún más lejos. Le parece que se multiplican las señales de revolución inminente. Los campesinos, insatisfechos de que la supuesta "liberación" les quitase sus tierras, quemaban los palacios de sus señores. El programa de Bakunin se vuelve más y más anárquico y exclama: "Si la sangre es necesaria para la realización de la libertad, ¡correrá sangre!"».

nocida como la Hermandad Internacional, también llamada Alianza de Socialistas Revolucionarios. Él y sus amigos también combatieron a los seguidores, profundamente religiosos, del republicano Mazzini cuyo lema era Dios y Patria. En Nápoles, Bakunin creó el periódico *Libertà e Giustizia* en el que desarrolló su programa revolucionario.[10]

En julio de 1866 informó a sus amigos Herzen y Ogarev sobre la sociedad secreta y su programa, en el que había concentrado todos sus esfuerzos en los últimos dos años. Según Bakunin, la sociedad tenía entonces miembros en Suecia, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Inglaterra, Francia, España e Italia, además de miembros rusos y polacos.

En 1867, los pacifistas burgueses democráticos de numerosos países (aunque principalmente franceses y alemanes) fundaron la Liga para la Paz y la Libertad y celebraron un congreso en Ginebra que despertó inmenso interés. Aunque Bakunin se hiciera pocas ilusiones acerca de la nueva organización, esperaba atraer a sus miembros al socialismo revolucionario. Asistió al congreso, dirigió la palabra a los delegados y se hizo miembro del Comité Central de la Liga. Durante todo un año intentó que el Comité adoptara un programa social revolucionario. En el segundo congreso de la Liga, en Berna en 1868, Bakunin y sus compañeros de la Alianza de Socialistas Revolucionarios trataron de persuadir al Congreso de que adoptara sin ambigüedades resoluciones revolucionarias. No obstante, después de varios días de debate acalorado, las resoluciones fueron rechazadas en la votación. La facción minoritaria de socialistas revolucionarios renunció, por lo tanto, a la Liga el 25 de septiembre de 1868 y ese mismo día fundó una nueva organización abierta —no secreta— llamada Alianza Internacional de Democracia Socialista. La *Declaración de Principios de la Alianza* fue escrita por Bakunin; es un resumen de sus ideas y el fruto y la culminación de un prolon-

10. Véase «El programa de la Hermandad Internacional» en este volumen.

gado período de desarrollo ideológico que había comenzado en Alemania en 1842. Entre otras cosas, declaraba que:

> La Alianza se declara atea; busca la abolición completa y definitiva de las clases y la igualdad social, política y económica de ambos sexos. Quiere que la tierra y los instrumentos de trabajo (producción), así como todas las demás propiedades, sean convertidos en propiedad colectiva de toda la sociedad utilizada por los trabajadores; es decir, en asociaciones agrícolas e industriales. Afirma que todos los Estados existentes, políticos y autoritarios, serán reducidos a ejercer meras funciones administrativas que se ocuparán del servicio público en sus respectivos países, y, con el tiempo, deberán ser reemplazados por un sindicato mundial de asociaciones libres, agrícolas e industriales.

La Nueva Alianza afirmaba su deseo de convertirse en una rama de la Internacional cuyos estatutos aceptaba.

Pocas semanas antes (1 de septiembre) había aparecido el primer número de un periódico editado en ruso, *Narodnoye Dyelo* («Asuntos Públicos»), bajo la dirección de Bakunin y Nicholas Zhukovski, que publicaba un «Programa para una democracia socialista rusa», programa que coincidía, en lo esencial, con el de la Alianza. Sin embargo, el periódico cambió de manos en el segundo número: cayó bajo el control de Nicholas Utin, que le dio una orientación totalmente diferente.[11]

11. Nicholas Utin (1845-1883) era hijo de un rico comerciante ruso de licores. Se fue de Rusia a Suiza. Más tarde, el zar le perdonó y le permitió regresar a Rusia, donde hizo fortuna como especulador durante la guerra. Al mostrarse un decidido partidario de Marx, quien maniobró para su nombramiento en el Consejo General de la Internacional como secretario delegado de Rusia, los marxistas le confiaron la tarea de reunir (o fabricar) «información» contra Bakunin. Para detalles de sus métodos deshonestos e inescrupulosos, véase *Karl Marx*, de Franz Mehring, págs. 474-475 y 498 en la edición en rústica de Ann Arbor, 1962.

## VI

La Asociación Internacional de Trabajadores fue fundada en Londres el 23 de septiembre de 1864, pero su estructura y su constitución no fueron adoptadas formalmente hasta la Celebración de su primer Congreso en Ginebra del 3 al 8 de septiembre de 1866. En octubre de 1864, Bakunin volvió a encontrarse con Marx, a quien no había visto desde 1848. Marx solicitó la reunión para restablecer relaciones amistosas con Bakunin, quien había estado apartado debido a que, en 1853, el *Neue Rheinische Zeitung* de Marx había vuelto a publicar el antiguo libelo según el cual Bakunin era un agente ruso. Mazzini y Herzen defendieron a Bakunin, que en aquel momento estaba en una prisión rusa. Tiempo después, en 1853, Marx había declarado al periódico inglés *Morning Advertiser* que él era amigo de Bakunin y que le había asegurado personalmente a Bakunin que aún lo seguía siendo. En esa reunión de 1864, Marx pidió a Bakunin que se hiciera miembro de la Internacional, pero Bakunin prefirió regresar a Italia y dedicarse a su organización secreta. La decisión de Bakunin fue comprensible. En aquel momento, la Internacional, con excepción del Consejo General de Londres y de unos pocos obreros mutualistas de París, apenas podía ser considerada una organización internacional y nadie podía prever la importancia que adquiriría más tarde. Sólo después del segundo Congreso en Lausana, en septiembre de 1867, las dos huelgas de París y la huelga general de Ginebra (1868), la Internacional atrajo seriamente la atención y ya no pudo ignorarse su capacidad revolucionaria. En su tercer Congreso en Bruselas en 1868, los conceptos de cooperativismo y mutualismo de Proudhon fueron seriamente puestos en cuestión por los de revolución y propiedad colectiva.

En julio de 1868, Bakunin se hizo miembro de la Sección ginebrina de la Internacional y, después de renunciar a la Liga por la Paz y la Libertad en su Congreso de Berna, se estableció en Ginebra a fin de participar activamente en el

movimiento sindical de la ciudad. Una propaganda intensiva marcó el rápido crecimiento de la Internacional. Fanelli (un italiano socialista revolucionario y compañero de Bakunin) viajó a España creando la Internacional en Madrid y Barcelona. Las Secciones francesas de la Suiza de habla francesa se unieron en una federación llamada Federación Romance de la Internacional y, en enero de 1869, lanzó su órgano oficial, la revista *L'Égalité*. *L'Égalité* atacó a los falsos socialistas del Jura suizo y se ganó el apoyo entusiasta de la mayoría de los trabajadores de la región. En varias ocasiones, Bakunin fue al Jura a denunciar lo que él llamaba «la colaboración de los trabajadores y los patronos, alianzas, enmascaradas de cooperación, con partidos políticos burgueses y grupos reaccionarios» y, con el tiempo, concretó una amistad duradera con los trabajadores militantes. En Ginebra se desató un conflicto entre aquellos obreros de la construcción que eran instintivamente revolucionarios y los que recibían mejores salarios y eran altamente especializados en la industria relojera y joyera, que se autodenominaban «La Fábrica» y que querían participar en campañas electorales con los radicales burgueses. Aquéllos de tendencia revolucionaria recibieron el poderoso apoyo de Bakunin quien, además de pronunciar discursos públicos, formuló su programa y desenmascaró a los oportunistas en una serie de notables artículos, como «La línea de la Internacional» (reproducido en este libro), publicados en *L'Égalité*. Ganaron los partidarios de Bakunin, aunque su victoria, por desgracia, probó más tarde ser temporal. De cualquier modo, debido a que las Secciones belga, española, francesa y francosuiza de la Internacional estaban a favor del colectivismo, se aseguró su adopción por una gran mayoría en el siguiente Congreso.

El Consejo General de Londres se negó a aceptar la Alianza como rama de la Internacional porque la Alianza habría constituido algo así como un segundo cuerpo internacional en la Internacional y habría causado, por lo tanto,

confusión y desorganización. Sin la menor duda, uno de los motivos de esta decisión fue la mala disposición de Marx hacia Bakunin, a quien consideraba como un intrigante que quería «destruir la Internacional y convertirla en su propio instrumento». Pero, de todos modos, haciendo caso omiso de los sentimientos personales de Marx, la idea de Bakunin de formar una organización dual fue desafortunada. Cuando sus camaradas belgas y suizos se lo explicaron, reconoció el acierto de la decisión del Consejo General. El Bureau Central de la Alianza, tras consultar con sus miembros, disolvió la Alianza, y el grupo local de Ginebra se convirtió en una mera Sección de la Internacional que luego fue admitida como miembro por el Consejo General en julio de 1869.

El cuarto Congreso General de la Internacional (en Basilea, del 6 al 12 de septiembre de 1869) adoptó casi unánimemente el principio de la propiedad colectiva, pero pronto se hizo evidente que los delegados estaban divididos en dos distintos grupos ideológicos. Los alemanes, los suizo-alemanes y los ingleses eran comunistas estatales. El grupo opuesto —belgas, franco-suizos, franceses y españoles— eran comunistas antiautoritarios, federalistas, o anarquistas y se autodenominaron «colectivistas». Bakunin pertenecía, por supuesto, a esta facción que contaba también con el belga De Paepe y al parisino Varlin.[12]

La organización secreta, fundada por Bakunin en 1864 se disolvió en enero de 1869 debido a una crisis intestina, pero muchos de sus miembros se mantuvieron en contacto. El círculo íntimo atrajo nuevos amigos suizos, españoles y

12. Caesar de Paepe (1842-1890) fue primero impresor y más tarde médico y fundador de la Sección belga de la Internacional. Luchó contra la dictadura de Marx y los esfuerzos del Consejo General por hacerse con la Internacional. Eugène Varlin (1839-1871) era encuadernador y partidario izquierdista de Proudhon. Como activista importante en la Sección francesa de la Internacional, abrió un comedor en cooperativa para obreros y sus familias; luchó en las barricadas de la Comuna de París en 1871 y fue fusilado por la reacción el 28 de mayo de 1871.

franceses, Varlin entre ellos. Este libre contacto de hombres unidos para la acción colectiva en una informal fraternidad revolucionaria continuó a fin de fortalecer y dar más cohesión al gran movimiento revolucionario que representaba la Internacional.

En el verano de 1869, Borkheim, un amigo de Marx, volvió a sacar en el periódico berlinés *Zukunft* («El Futuro») el antiguo libelo según el cual Bakunin era un agente ruso, y Wilhelm Liebknecht, uno de los fundadores del Partido Socialdemócrata alemán, en varias ocasiones siguió difundiendo esta falsedad. Cuando Bakunin conoció a Liebknecht en el Congreso de Basilea, lo desafió a que probara sus acusaciones ante un «tribunal de honor» imparcial. Liebknecht explicó que él nunca había repetido lo que había leído en los periódicos, en especial el *Zukunft.* El tribunal de honor por unanimidad declaró a Liebknecht culpable y firmó una declaración a ese efecto. Liebknecht admitió haberse equivocado y estrechó las manos de Bakunin, quien entonces prendió fuego a la declaración usándola para encender su cigarro.

Después del Congreso de Basilea, Bakunin se instaló en Locarno, donde podía vivir con menos dinero y donde no lo distraían mientras hacía traducciones al ruso para un editor de San Petersburgo (la primera fue el primer volumen de *El capital* de Marx).[13] Por desgracia, la partida de Bakunin de Ginebra dejó el campo libre a las maquinaciones políticas

13. Bakunin iba a recibir novecientos rublos por la traducción y se le dio un adelanto de trescientos. Creyendo que la traducción la terminaría Zhukovski, Bakunin pensó que podía zanjar el asunto de una manera amistosa, y Nechaev le prometió solucionar el problema. Sin embargo Nechaev escribió una carta al editor, D. Poliakov, en nombre de Bakunin, declarando que a Bakunin lo necesitaba el «Comité Revolucionario» (que sólo existía en la imaginación de Nechaev) y que no podía terminar la traducción; la carta terminaba con amenazas contra el editor si protestaba o tomaba alguna medida. Cuando Bakunin se enteró, le enfureció el doble juego y la presunción de Nechaev; fue una de las razones para romper con él [nota de Guillaume]. La carta fue dirigida al agente del editor, Lyubovin.

de un grupo encabezado por el inmigrante ruso Nicholas Utin. En pocos meses desbarataron la Sección rusa de la Internacional, ocuparon los puestos clave y tomaron el control de su órgano *L'Égalité*. Marx se alió a Utin y a su camarilla de pseudosocialistas del Templo Único, la vieja sala masónica utilizada como lugar de reunión de la Internacional en Ginebra. Mientras tanto, el 28 de marzo, Marx dirigió su célebre «Comunicación confidencial» a sus amigos alemanes a fin de provocar el odio de los socialdemócratas alemanes contra Bakunin. Lo presentó como un agente del partido paneslavista del que, según declaró Marx, Bakunin recibía veinticinco mil francos al año.

En abril de 1870, Utin y sus conspiradores de Ginebra se las arreglaron para dividir la Federación Romance en dos facciones. La primera, que tomó el nombre de «Federación Jurásica», estaba de acuerdo con los internacionalistas de Francia, Bélgica y España. Adoptaron una postura revolucionaria antiautoritaria, declarando que «toda la participación de la clase obrera en la política de los gobiernos burgueses sólo puede dar como resultado la consolidación y perpetuación del orden existente». La otra, la del Templo Único, apoyada por el Consejo General, creía en una «acción electoral y en candidatos obreros para los cargos».

Bakunin, entretanto, estaba preocupado por los acontecimientos en Rusia. En la primavera de 1869 se hizo amigo del joven revolucionario a ultranza Sergei Nechaev. Por entonces, Bakunin aún creía en un amplio levantamiento campesino en Rusia, muy parecido al de Stenka Razin. El segundo centenario de esa gran revuelta de 1669 parecía casi como una coincidencia profética. Fue cuando Bakunin escribió en ruso el manifiesto *Algunas palabras a mis jóvenes hermanos en Rusia* y el panfleto *La ciencia y la causa revolucionaria contemporánea*. Nechaev pronto regresó a Rusia, pero se vio obligado a volver a huir después del arresto de casi todos sus amigos y la destrucción de su organización. Llegó a Suiza en enero de 1870. Nechaev convenció entonces a Bakunin para

abandonar la traducción de *El capital* y concentrarse por entero en la propaganda revolucionaria rusa. Asimismo, Nechaev logró conseguir dinero para su supuesto «Comité ruso» de lo que quedaba del Fondo Bakhmetiev para propaganda revolucionaria rusa, administrado por Ogarev.

Bakunin también escribió en ruso el panfleto *A los oficiales del ejército ruso* y, en francés, *Los osos de Berna y los osos de San Petersburgo*. Publicó unos pocos números de la nueva serie de *Kolokol* y emprendió una actividad febril durante meses seguidos. En julio de 1870, cuando Bakunin se dio cuenta de que Nechaev lo utilizaba para conseguir una dictadura personal mediante métodos jesuíticos, rompió relaciones con el joven revolucionario. Había sido la víctima de una excesiva confianza y de su admiración por la energía salvaje de Nechaev. Bakunin escribió a Ogarev el 21 de agosto de 1870:

> Hemos sido un buen par de tontos. ¡Cómo se habría reído de nosotros Herzen de haber estado vivo y que razón hubiera tenido! Pues bien, lo único que podemos hacer es tragarnos esta amarga píldora que nos hará más cautelosos en el futuro.[14]

## VII

Cuando empezó la guerra franco-prusiana de 1870-1871, Bakunin siguió apasionadamente el curso de la batalla. A su amigo Ogarev le escribió, en una carta del 11 de agosto de 1870: «Tú sólo eres ruso, pero yo soy internacionalista». Para Bakunin, la ruina de Francia por manos de una Alemania feudal y militarista significaba el triunfo de la contrarrevolución; y esta derrota sólo podía evitarse haciendo un llamamiento al pueblo francés a que se levantase en masa y aplasta-

14. Sergei Nechaev (1847-1882) era hijo de un siervo y no aprendió a leer y escribir hasta los dieciséis años. Enseñaba en una escuela religiosa mientras estudiaba en la Universidad de San Petersburgo. Nechaev unió a

se tanto al invasor extranjero como a sus propios tiranos domésticos, que lo mantenían encadenado económica y políticamente. A sus amigos socialistas de Lyon, Bakunin escribió:

> El movimiento patriótico no es nada en comparación con lo que debéis hacer si queréis salvar a Francia. En consecuencia, despertad a mis compañeros con las notas de *La Marselle-*

---

varios grupos de estudiantes izquierdistas en una sociedad secreta revolucionaria que pronto fue disuelta, quedando arrestados varios de sus miembros. Escapó a Suiza donde inventó una historia según la cual había sido arrestado pero había logrado huir. Las ideas de Nechaev está esbozadas en *Normas que deben inspirar al revolucionario*, más conocido como el *Catecismo de un revolucionario*. Este documento no debe confundirse con el *Catecismo revolucionario* de Bakunin (véase selección en este volumen), que fue escrito en Italia en 1886. El *Catecismo* de Nechaev fue escrito en Suiza en 1869. Hoy se sabe con seguridad que la supuesta colaboración de Bakunin en su redacción jamás existió, aunque sus peores partes fueron siempre imputadas a Nechaev. Convierte la mentira y la traición, incluso a los propios amigos, en el principio que rige sus actos. La Revolución, según Nechaev, debía estar dirigida por una dictadura maquiavélica, y los jesuitas de la Revolución debían ser totalmente inescrupulosos y carentes de cualquier sentimiento moral o de obligaciones éticas. Para ejercer presión sobre el hombre que estuviera en el poder, el revolucionario debía seducir a su mujer. Para encontrar dinero para la organización, los revolucionarios deberían cooperar con prostitutas, macarras, asesinos y demás criminales. Los compañeros revolucionarios no estarían exentos de castigo, de ser necesario.

Nechaev jamás practicó lo que postulaba. Robó documentos que podrían haber puesto en peligro la vida de Bakunin y otros compañeros, de haber llegado a manos de la autoridad. Trató de seducir a la hija de Herzen a fin de sacarle dinero a éste. Le dijo a Bakunin, en presencia de otros, que «...a veces es útil entregar a la policía secreta un miembro de la organización». Debido a éstos y otros actos similares, Bakunin escribió cartas advirtiendo a amigos a quienes había recomendado a Nechaev. La opinión objetiva de Bakunin de la compleja personalidad de Nechaev quedó templada por la compasión. La siguiente cita de una carta de Bakunin a su amigo Talandier asimismo revela mucho del carácter de Bakunin: «Es absolutamente cierto que Nechaev es el hombre más perseguido por el gobierno ruso, que todos sus espías en el continente europeo están tratando de atraparle y que han exigido su extradición de Suiza y Alemania en caso de que fuera encontrado en estos países. Asimismo es cierto que Nechaev es uno de los hombres más activos y dinámicos que haya conocido. Para servir a lo que él llama "la causa" no se detendría ante nada, y será tan despiadado consigo mismo como con los demás. Ésta es la principal cualidad que me atrajo en él; su única excusa es su fanática dedicación. No se da cuenta de que es un terrible ególatra que termina confundiendo su propia persona con la revolución. Pero no es

*sa* que es hoy, una vez más, el verdadero himno de Francia que palpita de vida, la canción de la libertad, la canción de la humanidad. Al actuar patrióticamente, también estamos salvando la libertad universal. ¡Ah, si yo fuera joven nuevamente, estaría entre vosotros!

---

egoísta en el sentido vulgar del término, porque incesantemente arriesga su propia seguridad y vive la vida de un mártir, soportando increíbles privaciones. Su fanatismo le ha transformado en un perfecto jesuita. Se regodea con el jesuitismo como otros lo hacen con la revolución. Pese a su relativa simplicidad, es sumamente peligroso y diariamente comete las traiciones más flagrantes y los abusos de confianza más notables. Todo esto es muy triste y humillante para nosotros que lo habíamos recomendado, pero la verdad es todavía el mejor camino y el mejor remedio para nuestros errores...

»Aun sabiéndose desenmascarado, el pobre Nechaev siguió tan pueril y con la ingenuidad de siempre, pese a su sistemática perversidad, hasta el punto de creer que podía convencerme. Fue tan lejos como para rogarme que desarrollara su teoría en un periódico ruso que me propuso crear. Ha traicionado la confianza de todos nosotros, nos ha robado nuestras cartas, nos ha comprometido espantosamente a todos, en una palabra, se ha comportado como un miserable. Después de agotar todos los argumentos posibles, me he visto obligado a dar por terminadas mis relaciones con él y, desde entonces, he tenido que combatirlo hasta la muerte.»

Aun antes de que la obra reciente de Michael Confino (*Cahiers du Monde Russe*, octubre-diciembre, 1966) clarificara definitivamente el problema, era obvio que no se podía culpar a Bakunin de ser partidario de las tácticas por las que denunció a Nechaev.

El panfleto de Bakunin *Unas palabras a mis jóvenes hermanos en Rusia* revela cuán profundo era el abismo entre él y Nechaev. En el mismo, Bakunin dio el eslogan que utilizaría el Narodniki, movimiento populista que pedía a los intelectuales y a los miembros de la clase alta que vivieran con el pueblo y luchasen a su lado por la liberación. Bakunin escribió: «Por tanto, jóvenes amigos, abandonad este mundo moribundo —estas universidades, academias y escuelas en las que os encerráis y donde os aisláis permanentemente del pueblo—. *¡Id al pueblo!* Ése es vuestro campo de acción, vuestra vida, vuestra ciencia. *¡Aprended del pueblo cómo mejor servir su causa!* ¡Recordad, amigos, que la juventud culta no debe ser el maestro, el benefactor paternalista ni el líder dictatorial del pueblo, sino tan sólo la mediadora de su propia liberación, inspirándole para incrementar su poder, actuando juntos y coordinando los esfuerzos!». Después de vagar de un país a otro por Europa, Nechaev cometió el error de volver a entrar en Suiza. Según un acuerdo anterior, el gobierno suizo lo entregó a las autoridades rusas. Bakunin conocía el acuerdo y envió una carta de advertencia a Nechaev, pero éste se negó a prestarle atención y fue arrestado en octubre de 1872. El 2 de noviembre de 1872, Bakunin escribió a Ogarev: «Le tengo una profunda lástima. Nadie jamás me hizo, y de forma tan intencional, tanto daño, pero aun así le tengo

Un corresponsal del *Volksstaat* (el periódico de Wilhelm Liebknecht) había informado que los obreros de París se mostraban «indiferentes ante la guerra». Bakunin sintió que era perverso acusar a los obreros de una apatía que, de existir realmente, sería criminal de su parte. Escribió a los obreros que no podían permanecer indiferentes ante la invasión germana, que de forma rotunda debían defender su libertad contra las hordas armadas del militarismo prusiano:

> Si Francia fuera invadida por un ejército de proletarios alemanes, ingleses, belgas, españoles o italianos enarbolando muy alto la bandera del socialismo revolucionario y proclamando al mundo la decisiva emancipación del trabajo, yo sería el primero en decir a los obreros de Francia: «¡Abrid vuestros brazos, abrazadlos, son vuestros hermanos, y uníos a ellos para barrer los restos podridos del mundo burgués!» [...] Pero la invasión que hoy deshonra a Francia es una invasión militar aristocrática y monárquica [...] Si quedaran pasivos ante esta invasión, los obreros de Francia traicionarían

---

lástima. Era un hombre de una extraña energía y, cuando nos veíamos, hacía arder en mí una llama muy grande y muy pura por nuestro pueblo pobre y oprimido; nuestra miseria nacional, histórica y actual le producía un verdadero sufrimiento. En ese tiempo, su comportamiento externo era bastante deshonroso, pero en su fuero interior seguía intachable. Fueron su autoritarismo y su voluntarismo descontrolados, junto con su ignorancia y sus métodos jesuíticos y maquiavélicos, lo que finalmente le arrojaron de forma terminante en el lodo. [...] No obstante, una voz interior me dice que Nechaev, que ahora está perdido para siempre y seguramente sabe que está perdido, sacará a la superficie desde el fondo de su ser, retorcido y manchado, pero lejos de ser bajo o vulgar, toda su primitiva energía y coraje. Morirá como un héroe y esta vez no traicionará a nadie ni a nada. Esto es lo que creo. Veremos si tengo razón». (Traducida en *Karl Marx and Michael Bakunin*, de K. J. Kenafick, Melbourne, 1948, págs. 132-133.) Kenafick afirma: «Bakunin tuvo razón en todo esto. Esta vez no se equivocó con Nechaev. El prisionero fue condenado a trabajos forzados y cadena perpetua y murió en 1882 en la misma Fortaleza de Pedro y Pablo donde el propio Bakunin había pasado tantos años terribles. Nechaev demostró hasta el final el mismo coraje fanático y el mismo odio a la tiranía que, aunque no se excusara de la traición a aquéllos que habían confiado en él, nos hizo sentir que, como había señalado Bakunin, allí había una mente retorcida, pero de ninguna manera vulgar» (pág. 133).

no sólo su propia libertad, sino que también traicionarían la causa de los obreros del mundo, la causa sagrada del socialismo revolucionario.

Las ideas de Bakunin acerca de la situación con la que se enfrentaban los obreros franceses y de los medios que debían emplearse para salvar a Francia y la causa de la libertad están expresadas por él en un pequeño panfleto que apareció anónimamente en septiembre de 1870 con el título de *Cartas a un francés en las presentes circunstancias.* (Véase selección en este volumen.)

Bakunin abandonó Locarno el 9 de septiembre de 1870 y llegó a Lyon el 15. A su llegada se organizó de inmediato un Comité para la Salvación de Francia con el objeto de preparar una insurrección revolucionaria, cuyo miembro más activo y decidido fue Bakunin. El programa del movimiento fue impreso en un inmenso póster rojo y firmado por los delegados de Lyon, St. Etienne, Tarare y Marsella. Aunque Bakunin era extranjero y su situación, por lo tanto, más precaria, no vaciló en agregar su firma a la de sus amigos, compartiendo de ese modo los peligros y las responsabilidades. En este primer póster declara que «El aparato administrativo y gubernamental del Estado se ha vuelto impotente y debe, por lo tanto, ser abolido» y que «El pueblo francés [ha] recobrado el control absoluto de sus propios asuntos». De inmediato propone la formación, en todas las comunas federadas, de Comités para la Salvación de Francia y el envío inmediato a Lyon de dos delegados de cada comité en la capital de cada departamento de Francia, con el fin de formar la Convención Revolucionaria para la Salvación de Francia.

El 28 de septiembre, un levantamiento popular dejó a los revolucionarios en poder de la alcaldía de Lyon, pero la traición del general Cluseret, que ayudó a suprimir un levantamiento que había apoyado, y la cobardía de algunos que traicionaron la confianza del pueblo, provocaron la de-

rrota de los revolucionarios. Bakunin, contra quien el fiscal de la República, Andrieux, había emitido una orden de arresto, escapó a Marsella, donde permaneció escondido por un tiempo tratando de preparar otro levantamiento. Mientras tanto, las autoridades francesas habían hecho circular el rumor de que Bakunin era un agente pagado de Prusia y que el gobierno de Defensa Nacional podía probarlo. Por su parte, el *Volksstaat* de Liebknecht, comentando el 28 de septiembre y el póster rojo, declaró que «Ni siquiera la prensa (oficial) de Berlín podía haber rendido mejor servicio a los planes de Bismarck».

El 24 de octubre, Bakunin, desesperado por los acontecimientos en Francia, zarpó de Marsella en un barco regresando a Locarno por Génova y Milán. El día antes de su partida había escrito lo siguiente al socialista español Sentinón, que había ido a Francia con la esperanza de participar en el movimiento revolucionario:

> El pueblo francés ya no es revolucionario. [...] El Militarismo y la Burocracia, la arrogancia de la nobleza y el jesuitismo protestante de los prusianos, en afectuosa alianza con el azote de mi querido soberano y maestro, el Emperador de todas las Rusias, van a gobernar a Europa, Dios sabe por cuántos años. ¡Adiós a todos nuestros sueños de Revolución inmediata!

El levantamiento que estalló en Marsella el 31 de octubre, sólo siete días después de la partida de Bakunin, confirmó su predicción pesimista: la Comuna Revolucionaria que se había establecido cuando llegaron a Marsella noticias de la capitulación de Bazaine sólo pudo mantenerse cinco días antes de rendirse a Alfonso Gent, que había sido enviado por Gambetta.

En Locarno, donde pasó el invierno recluido, luchando contra la pobreza y la desesperación, Bakunin escribió la continuación de sus *Cartas a un francés,* un análisis de la nueva situación en Europa. Se publicó en la primavera de 1871

con el título característico de *El imperio germano del flagelo y la Revolución Social.* Las noticias de la insurrección parisina del 18 de marzo de 1871 (la Comuna de París) aliviaron su pesimismo. El proletariado de París no había perdido su energía ni su espíritu de lucha. Pero Francia, exhausta y derrotada, no pudo ser galvanizada por el heroísmo del pueblo de París. Fracasaron los intentos en varias provincias de extender el movimiento comunalista (comunas de autogestión) y los insurrectos de París fueron finalmente aplastados por sus incontables enemigos. Bakunin, que se había trasladado al Jura a casa de unos amigos para estar más cerca de la frontera francesa, no pudo intervenir y se vio obligado a regresar a Locarno.

Pero esta vez Bakunin no se dejó llevar por el desaliento. La Comuna de París, contra la cual todas las fuerzas reaccionarias concentraron su odio furioso y venenoso, había encendido una chispa de esperanza en los corazones de todos los explotados. El proletariado del mundo saludó a ese pueblo heroico cuya sangre corrió a borbotones por la emancipación de la humanidad. «¡El Satán moderno, la gran rebelión, reprimida pero no apaciguada!», exclamó Bakunin. El patriota italiano Mazzini sumó su voz a quienes maldijeron la Comuna y la Internacional. Bakunin escribió *Respuesta de un internacionalista a Mazzini,* que apareció en agosto de 1871 tanto en publicaciones italianas como francesas. El texto causó una profunda impresión en Italia y produjo entre los jóvenes y los obreros de Italia un clima favorable al nacimiento, hacia finales de 1871, de muchas nuevas secciones de la Internacional. Un segundo panfleto, *La teología política de Mazzini y la Internacional,* consolidó y extendió aún más la Internacional. Bakunin, quien al enviar a Fanelli a España había creado allí la Internacional, fue, gracias a su polémica con Mazzini, también el creador de la Internacional en Italia. Se dedicó entonces apasionadamente a la lucha no sólo contra el dominio de la burguesía sobre el proletariado, sino tam-

bién contra los hombres que trataban de instaurar el principio de autoridad en la Asociación Internacional de Trabajadores.

## VIII

La división en la Federación Romance (la Suiza de habla francesa), que podría haberse cicatrizado si el Consejo General de Londres lo hubiera deseado y si los agentes de ese Consejo hubieran sido menos tiránicos, se agravó hasta un punto ya irreversible. En agosto de 1870, Bakunin y tres de sus amigos fueron expulsados de la Sección de Ginebra por haber manifestado su simpatía por los federalistas del Jura. Poco después del final de la guerra franco-prusiana, los agentes de Marx se desplazaron a Ginebra para sembrar otra vez la discordia. Los miembros de la ya disuelta Sección ginebrina de la Alianza creyeron que habían dado pruebas suficientes de sus intenciones amistosas con la disolución de su sección. Pero el partido de Marx y Utin no abandonó sus provocaciones: a una nueva sección llamada «Propaganda y Acción Socialista Revolucionaria», formada por refugiados de la Comuna de París y antiguos miembros de la Alianza, le fue de inmediato denegada la admisión en la Internacional por el Consejo General. En vez de un nuevo Congreso de la Internacional, el Consejo General, controlado por Marx y su amigo Engels, convino, en septiembre de 1871, una conferencia secreta en Londres a la que asistieron casi exclusivamente partidarios de Marx. La conferencia adoptó resoluciones que destruían la autonomía de las secciones y federaciones de la Internacional y daban al Consejo General poderes que violaban los estatutos fundamentales de la Internacional y de la Conferencia. Al mismo tiempo, trataba de promover y organizar, bajo la dirección del Consejo General, lo que denominaba «la acción (parlamentaria) política de la clase obrera».

Se hizo necesario tomar una decisión inmediata. La Internacional, una vasta federación de grupos organizados para luchar contra la explotación económica del sistema capitalista, estaba en peligro inminente de ser descarrilada por un pequeño grupo de sectarios marxistas y blanquistas.[15] Las secciones del Jura, junto con la Sección «Propaganda y Revolución» de Ginebra, se reunieron en Sonvilier (12 de noviembre de 1871) y fundaron la Federación Jurásica de la Internacional. Esta asociación envió una circular a todas las federaciones de la Internacional intimándolas a resistir unidas a las usurpaciones del Consejo General y a reconquistar con toda energía su autonomía. La circular, entre otras cosas, declaraba:[16]

> Se da un hecho innegable, mil veces probado por la experiencia: el efecto corruptor que conduce a la autoridad y a aquellos que la manipulan. Es absolutamente imposible que un hombre que ejerce el poder siga siendo un hombre moral...
>
> El Consejo General no podía escapar a esta ley inevitable. Esos hombres, acostumbrados a pensar y hablar en nuestro nombre, han sido llevados por las mismas exigencias de su situación, a desear que su programa particular, su doctrina particular, prevalezca en la Internacional. Al convertirse a sus propios ojos en una especie de gobierno, es natural que sus propias ideas particulares les parezcan la teoría oficial ya que disponen de la única «libertad de la ciudad» (poder ilimitado) en la Asociación mientras las opiniones divergentes expresadas por los demás grupos ya no parecen ser la expresión legítima de opiniones con idénticos derechos, sino verdaderas herejías...

15. Louis Auguste Blanqui (1805-1881) era un socialista francés que abogaba por la toma del poder con un puñado de conspiradores revolucionarios que dirigirían y controlarían el Estado y la población por métodos autoritarios.

16. Guillaume sólo cita un párrafo, el último de los que siguen. Debido a la importancia de la circular para la comprensión del conflicto en el seno de la Internacional, hemos agregado párrafos adicionales.

No impugnamos las intenciones del Consejo General. Las personas que lo componen se han visto víctimas de una necesidad inevitable. Quisieron, de buena fe y para el triunfo de su doctrina particular, introducir en la Internacional el principio de la autoridad. Las circunstancias parecieron favorecer su doctrina y nos parece bastante natural que esa escuela, cuyo ideal es LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO POR LA CLASE OBRERA, haya creído que la Internacional iba a alterar su estructura original y transformarse en una organización jerárquica dirigida y gobernada por el Consejo General...

Pero, si bien nosotros comprendemos esas tendencias, nos sentimos obligados a luchar contra ellas en nombre de la Revolución Social cuyo programa es la «Emancipación de los obreros por los mismos obreros»...

La sociedad futura no tiene que ser otra cosa que la universalización de la organización que la misma Internacional ha formado. En consecuencia, debemos luchar por hacer que nuestra organización se acerque lo más posible a nuestro ideal. ¿Cómo se puede esperar que una sociedad equitativa emerja de una organización autoritaria? Es imposible. La Internacional, embrión de la futura sociedad, de ahora en adelante debe reflejar fielmente nuestros principios de federación y libertad y debe rechazar cualquier principio que tienda a la autoridad y la dictadura.

Bakunin dio una entusiasta bienvenida a la circular de Sonvilier y dedicó todas sus energías a propagar activamente sus principios en las secciones italianas de la Internacional. Las secciones de España, Bélgica, la mayoría de las de Francia (secretamente reorganizadas pese a la reacción de Versalles que siguió a la derrota de la Comuna de París), así como la mayoría de las secciones de Estados Unidos se declararon de acuerdo con la Federación Suizo-Jurásica. Pronto se hizo palpable que se rechazarían los intentos de Marx y sus aliados por adueñarse de la Internacional. La primera mitad de 1872 fue marcada por una «circular confidencial» distribuida por el Consejo General, escrita por Karl Marx y publi-

cada en forma de panfleto, *Les prétendues scissions dans l'Internationale (Las supuestas escisiones en la Internacional)*. Destacados militantes federalistas y otros que buscaban la independencia del Consejo General eran allí personalmente difamados y las amplias protestas contra ciertos actos del Consejo General fueron descritas como sórdidas intrigas llevadas a cabo por miembros de la antigua Alianza Internacional de la Social-Democracia (Alianza) quienes, dirigidos por el «Papa de Locarno» (Bakunin), se empeñaban en destruir la Internacional. Bakunin expresó su reacción a esta circular con una carta: «La espada de Damocles, que durante tanto tiempo colgó sobre nosotros, ha caído finalmente sobre nuestras cabezas. En realidad, no se trata de una espada, sino del arma habitual de Marx: un montón de basura».

Bakunin pasó el verano y el otoño de 1872 en Zúrich, donde por su inspiración, se formó una sección eslava, compuesta casi enteramente de estudiantes serbios y rusos que se unieron a la Federación Jurásica de la Internacional. Desde abril, Bakunin había estado en contacto con jóvenes emigrados rusos en Locarno, quienes se organizaron en un grupo secreto de acción y propaganda. El miembro más militante de este grupo era Armand Ross (Michael Sazhin). En contacto íntimo con Bakunin del verano de 1870 a la primavera de 1876, Ross fue el principal intermediario entre el gran agitador revolucionario y la juventud rusa.

La propaganda de Bakunin durante este período fue de gran inspiración para los jóvenes rusos en los años siguientes. El *dictum* de Bakunin de que la juventud debía «IR AL PUEBLO» se había convertido en un axioma dentro del movimiento populista. En Zúrich, Ross estableció una imprenta de publicaciones en idioma ruso que, en 1873, publicó *Istoricheskove Razvitive Internatsionala (El desarrollo histórico de la Internacional)*, una colección de artículos traducidos de los periódicos suizos y belgas, con notas explicativas de diferentes escritores y un capítulo sobre la Alianza escrito por Bakunin. En 1974, la imprenta de Ross publicó *Gosudarstvennost i*

*Anarkhíva (Estado y anarquía*, reproducido en este volumen). Un conflicto con Peter Lavrov y disensiones personales entre algunos de sus miembros llevaron a la disolución de la Sección eslava de Zúrich de la Internacional en 1873.[17]

Mientras tanto, el Consejo General decidió convocar un Congreso general para el 2 de septiembre de 1872. Eligió La Haya por dos razones principales: era cercana a Londres y permitía así que muchos delegados, de acuerdo con las directivas de Marx o con credenciales ficticias, pudieran participar fácilmente en el Congreso; al mismo tiempo, hacía más difícil la asistencia de delegados en representación de federaciones prohibidas o remotas; por ejemplo, no había posibilidades de que Bakunin pudiera asistir.

La recién constituida Federación italiana se negó a enviar delegados. La Federación española envió cuatro; la Federación del Jura, dos; la Federación belga, siete; la Federación holandesa, cuatro, y la Federación inglesa, cinco. Estos veintidós delegados, los únicos que realmente representaban a miembros de la Internacional, constituyeron el cuerpo central de la minoría. La mayoría de cuarenta que, en realidad, sólo se representaban a sí mismos, se habían comprometido por adelantado a cumplir fielmente las órdenes de la *claque* encabezada por Marx y Engels. La única decisión del Congreso de la que aquí nos ocuparemos es la expulsión de Bakunin [Guillaume también fue expulsado. S. D.] de la Internacional. Esta acción se llevó a cabo el último día del Congreso, el 7 de septiembre, cuando una tercera parte de los delegados ya se habían marchado, por un voto de veintisiete contra siete con ocho abstenciones. Un falso

17. Peter Lavrov era profesor de matemáticas en una academia militar de San Petersburgo. Coronel del ejército ruso, fue el líder del ala moderada del movimiento populista ruso y por ello se vio obligado a emigrar a Europa occidental. Vivió en Francia y luego en Suiza, donde conoció a Bakunin. Su conflicto con Bakunin tuvo su razón de ser no sólo por sus opiniones divergentes, sino por la negativa de Lavrov a permitir que hubiera un representante bakuninista en el consejo de redacción del periódico que él y sus simpatizantes controlaban.

tribunal de cinco miembros, reunidos a puerta cerrada, declaró culpable a Bakunin de las acusaciones hechas por la camarilla marxista y lo expulsó por dos motivos:

1. Que un borrador de una declaración de principios y cartas firmadas «Bakunin» prueba que dicho ciudadano ha intentado crear, y quizás haya incluso logrado crear, una sociedad en Europa llamada «La Alianza» con normas en asuntos sociales y políticos completamente diferentes a los de la Internacional.

2. Que el ciudadano Bakunin ha hecho uso de triquiñuelas engañosas a fin de apropiarse de una porción de la fortuna de otra persona, lo que constituye fraude; que luego él, o sus agentes, recurrieron a amenazas en caso de que se le obligara a cumplir con sus obligaciones.[18]

La segunda acusación marxista se refiere a los trescientos rublos adelantados a Bakunin por la traducción de *El capital* de Marx y la carta escrita por Nechaev al editor Poliakov.

Una protesta contra esta infamia, publicada acto seguido por un grupo de inmigrantes rusos, señalaba estos puntos:

> Génova y Zúrich, 4 de octubre de 1872. Se han atrevido a acusar a nuestro amigo Mijaíl Bakunin de fraude y chantaje. No nos parece necesario ni oportuno discutir los supuestos hechos que dan lugar a estas extrañas acusaciones contra nuestro amigo y compatriota. Los hechos son bien conocidos

18. De los cinco miembros de la Comisión de Investigación, uno, Walter, cuyo verdadero nombre era Von Heddeghem, era un espía de la policía bonapartista. En marzo de 1873, unos veinte miembros de la Internacional fueron juzgados en Francia gracias a las pruebas que él presentó. Otro miembro de la comisión, Roch Splingard, presentó un informe minoritario según el cual Bakunin era juzgado con pruebas insuficientes. Declaró: «Estoy decidido a discutir esta resolución ante el Consejo». (Véase *La primera Internacional: minucias del Congreso de La Haya*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1958, págs. 226-227 y 312.)

en todos sus detalles y consideramos que es nuestro deber establecer la verdad lo antes posible. Ahora no podemos hacerlo debido a la infortunada situación de otro compatriota, que no es nuestro amigo, pero cuya persecución en este mismo momento por el gobierno ruso, lo hace sagrado. [Se refieren a Nechaev, que fue arrestado en Zúrich el 14 de agosto de 1872 y enviado a Rusia en extradición por Suiza el 27 de octubre de 1872. S.D.] El señor Marx, cuya inteligencia nosotros, entre otros, no cuestionamos, esta vez al menos no nos ha dado pruebas de sensatez. Los corazones honestos de todo el mundo se indignarán y disgustarán sin duda ante conspiración tan vergonzosa y violación tan flagrante de los principios elementales de la justicia. En cuanto a Rusia, podemos asegurar al señor Marx que todas sus maniobras caerán inevitablemente en saco roto. Bakunin es demasiado estimado y conocido allí como para que la calumnia lo ataña. Firmado: Nicholas Ogarev, Bartholomy Kaitsev, Vladimir Ozerov, Armand Ross, Vladimir Holstein, Zemphiri Ralli, Alexander Oelsnitz, Valerian Smirnov.

El día siguiente al Congreso de La Haya del 5 de septiembre de 1872, se reunió otro Congreso de la Internacional con las delegaciones de las federaciones de Italia, España, Suiza-Jura, así como representantes de las secciones de Francia y Estados Unidos, en St.-Imier, Suiza. El congreso declaró unánimemente:

Se rechazan de forma absoluta todas las resoluciones del Congreso de La Haya y no se reconocen de ninguna manera los poderes del Consejo General nombrado por el mismo. [El Consejo General había sido transferido a Nueva York. S.D.][19]

19. Los partidarios de Blanqui se separaron de Marx el 6 de septiembre de 1872, en el Congreso de La Haya, acusando a los marxistas de traicionar la coalición de estos dos grupos antilibertarios. Sobre la ruptura, véase *La déclin de la Première Internationale: La Conférence de Londres de 1871*, Ginebra, 1963, de Miklos Molnar.

La Federación italiana ya había firmado el 4 de agosto de 1872 las resoluciones del Congreso de St.-Imier que la Federación del Jura también adoptó en una reunión especial celebrada el mismo día que el Congreso. La mayoría de las secciones francesas se apresuraron a manifestar su completa adhesión. Las federaciones española y belga apoyaron las resoluciones en sus congresos celebrados respectivamente en Córdoba y Bruselas durante la semana navideña de 1872. La Federación norteamericana hizo otro tanto en su reunión de Nueva York el 12 de enero de 1873. La Federación inglesa, que tenía como miembros a Eccarius y Jung, viejos amigos de Marx, se negó a reconocer las decisiones del Congreso de La Haya y del nuevo Consejo General.[20]

20. Guillaume y Bakunin asistieron al Congreso de St.-Imier. La tercera resolución, no incluida en este texto, fue escrita por Bakunin. Dice: «Considerando que el deseo de imponer al proletariado una sola línea de acción o un programa político uniforme como único medio de lograr su emancipación social es una pretensión tan absurda como reaccionaria; que nadie puede privar legítimamente a las secciones y a las federaciones autónomas del derecho inalienable de determinar y llevar a cabo las decisiones políticas que juzguen necesarias y que todos esos intentos deben conducir inevitablemente al dogmatismo más repugnante; que las aspiraciones económicas del proletariado no pueden tener otro objetivo que el establecimiento de organizaciones absolutamente libres y de federaciones basadas en el trabajo igual para todos y absolutamente separadas e independientes de todo gobierno político estatal; que estas organizaciones y federaciones sólo pueden crearse con la acción espontánea del mismo proletariado [es decir por] los sindicatos y las comunas autónomas; que todo Estado político no puede ser otra cosa que el dominio organizado para beneficio de una clase y en detrimento de las masas, que, en el caso de que el proletariado tomase el poder, a su vez se transformaría en una nueva clase dominante y explotadora; por estas razones, el Congreso de St.-Imier declara:

1. Que la destrucción de todo poder político es la primera tarea del proletariado;

2. Que el establecimiento de una autoridad revolucionaria llamada «provisional» (o temporal) para lograr esta destrucción no puede ser otra cosa que un nuevo engaño y que resultaría tan peligrosa para el proletariado como cualquier gobierno existente;

3. Que el proletariado de todas las naciones, rechazando de forma absoluta todo compromiso con el fin de alcanzar la Revolución Social, debe crear la solidaridad de la acción revolucionaria; esto se debe hacer independientemente de toda forma de política burguesa y en oposición a la misma.»

El 5 de junio de 1873, el Consejo General en Nueva York ejerció los poderes otorgados por el Congreso de La Haya; suspendió a la Federación del Jura declarándola subversiva. Como resultado, la Federación holandesa, que había sido neutral, se unió a las siete federaciones de la Internacional, con la declaración del 14 de febrero de 1873, según la cual se negaba a reconocer la «suspensión» de la Federación del Jura.

La publicación por parte de Marx y del pequeño grupo que aún le era fiel de un panfleto lleno de crasas mentiras, titulado *La Alianza de la Social Democracia y la Internacional* (escrito en francés en la segunda mitad de 1873), no provocó más que el disgusto de todos aquellos que leyeron ese producto del odio ciego.[21]

El 1 de septiembre de 1873, el sexto Congreso de la Internacional se inauguró en Ginebra. Estuvieron representadas las federaciones de Bélgica, Holanda, Italia, Francia, Inglaterra y del Jura y Suiza; los socialistas lasallianos de Berlín enviaron un telegrama de saludos. El congreso se ocupó de la revisión de los estatutos de la Internacional, pronunció la disolución del Consejo General e hizo de la Internacional una federación libre sin la menor autoridad:

> Las federaciones y secciones que componen la Internacional requieren, para cada una, total autonomía, el derecho a organizarse como mejor les parezca, a administrar sus asuntos sin interferencia exterior alguna y a determinar los mejores y más eficientes medios para la emancipación del trabajo. (Artículo 3 de los nuevos estatutos.)

Las batallas libradas a lo largo de su vida habían dejado exhausto a Bakunin. La prisión le había envejecido antes de tiempo, su salud se había visto seriamente alterada y necesi-

---

(Tomado de *Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin*, de Max Nettlau, Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1927, pág. 199.)

21. Esta opinión de Guillaume es compartida por muchos historiadores y biógrafos responsables, por ejemplo, Franz Mehring y Otto Rühle.

taba retirarse y descansar. Cuando vio que la Internacional se había reorganizado según el principio de la libre federación sintió que le había llegado la hora de alejarse de sus compañeros. El 12 de octubre de 1873 dirigió una carta a los miembros de la Federación del Jura:

> Os ruego que aceptéis mi dimisión como miembro de la Federación del Jura y de la Internacional. Siento no tener ya la fuerza necesaria para la lucha: sería una carga en el campo del proletariado, no una ayuda. Me retiro pues, queridos compañeros, lleno de gratitud hacia vosotros y de simpatía por vuestra gran causa —la causa de la humanidad—. Continuaré siguiendo con fraternal ansiedad todos vuestros pasos y celebraré con alegría cada una de vuestras nuevas victorias. Hasta la muerte estaré a vuestro lado. (Texto completo reproducido en este volumen.)

No le quedaban ya más que tres años de vida.

Su amigo, el revolucionario italiano Carlo Cafiero,[22] lo invitó a quedarse en su casa cerca de Locarno. Allí vivió Bakunin hasta mediados de 1874, aparentemente absorbido por su nueva vida, en la que finalmente había encontrado tranquilidad, seguridad y un relativo bienestar. Pero aún se consideraba un soldado de la revolución. Cuando sus amigos italianos organizaron un movimiento insurreccional, Bakunin se trasladó a Bolonia en julio de 1874 para tomar

22. Carlo Cafiero (1846-1892) era hijo de una familia muy rica y pareció destinado a la carrera diplomática. En Londres se hizo socialista y empezó una amistad que duró casi toda su vida con Federico Engels, con quien mantuvo una prolongada correspondencia. Cuando Cafiero, que fue un pionero del movimiento sindical italiano, se encargaba de organizar a los marxistas en Italia, Engels le enviaba cartas llenas de invectivas contra Bakunin. Esto despertó la curiosidad de Cafiero y, cuando conoció a Bakunin, pasó a ser un anarquista dedicado y entusiasta que ayudó a fundar la Internacional en Italia. Cafiero gastó la fortuna que había heredado en la causa del movimiento revolucionario. Cuando, más tarde, se quedó sin un céntimo, trabajó como fotógrafo. En 1881 fue internado en un hospital mental donde pasó el resto de sus días. Sus ataques eran a menudo enternecedores: insistía en que estuvieran cerradas las ventanas para no apropiarse de la luz que pertenecía a todos.

parte en él. Pero la insurrección, pobremente planeada, fracasó y Bakunin regresó disfrazado a Suiza.

En aquella época, Bakunin y Cafiero tuvieron un altercado. Cafiero, tras haber entregado toda su fortuna a la causa de la revolución, se encontró arruinado y se vio obligado a vender la casa de Locarno. Bakunin, al no poder permanecer en Locarno, se instaló en Lugano donde, gracias a la herencia paterna que le enviaron sus hermanos, pudo mantenerse a sí mismo y a su familia. La frialdad temporal entre Bakunin y Cafiero no duró mucho y pronto restablecieron sus relaciones amistosas. Pero la enfermedad de Bakunin progresaba, destrozándolo tanto física como espiritualmente, y en 1875 ya no era más que una sombra de sí mismo. Con la esperanza de encontrar un alivio, Bakunin se fue de Lugano a Berna a consultar a su viejo amigo, Vogt, a quien dijo: «He venido a recuperar la salud o a morir». Ingresó en un hospital donde lo atendieron con todo cariño el doctor Vogt y otro amigo íntimo, el músico Reichel.

En una de sus últimas conversaciones, recordadas por Reichel, Bakunin afirmó refiriéndose a Schopenhauer:

> Toda nuestra filosofía empieza por una base falsa; siempre empieza por considerar al hombre como un individuo y no como debiera considerársele, o sea, como un ser que pertenece a una colectividad; la mayoría de las opiniones (y de los errores) filosóficos, que parten de esta falsa premisa, se encaminan hacia una concepción de felicidad etérea, o hacia un pesimismo como el de Schopenhauer y Hartmann.

En otra conversación, Reichel expresó a Bakunin su pesar por el hecho de que jamás encontrara tiempo libre para escribir sus memorias. Bakunin le contestó:

> ¿Y por qué quieres que las escriba? No vale la pena el esfuerzo. Hoy los pueblos de todas las tierras han perdido el instinto de la revolución. No, si recupero un poco las fuerzas, preferiré escribir una ética basada en los principios del colectivismo, sin hacer uso de frases filosóficas ni religiosas.

Falleció al mediodía del 1 de julio de 1876.

El 3 de julio, los socialistas de todos los rincones de Suiza llegaron a Berna a rendir su último homenaje a Mijaíl Bakunin. Ante su tumba, hablaron algunos de sus amigos de la Federación del Jura: Adhémar Schwitzguébel, James Guillaume, Élisée Reclus; Nicholas Zhukovski en representación de los rusos; Paul Brouse de la Juventud Revolucionaria Francesa; Betsien, en nombre del proletariado alemán. En una reunión después del funeral todos se sintieron arrebatados por un mismo sentimiento: olvidar, sobre la tumba de Bakunin, todos los rencores personales y unir sobre la base de la libertad y de la tolerancia mutua, todas las facciones socialistas de los dos campos. La siguiente resolución recibió una aprobación unánime:

> Los trabajadores reunidos en Berna con ocasión de la muerte de Mijaíl Bakunin pertenecen a cinco naciones diferentes. Algunos son partidarios del Estado Obrero, otros abogan por la federación libre de grupos de productores. Pero todos sentimos que una reconciliación no sólo es esencial y muy deseable, sino también fácil de establecer sobre la base de los principios de la Internacional, tal como se formulan en el artículo 3 de los estatutos revisados y adoptados en el Congreso de Ginebra de 1873.
>
> Por tanto, esta asamblea, reunida en Berna, hace un llamamiento a todos los obreros para que olviden sus vanas y desdichadas disensiones y para que se unan sobre la base de una fidelidad estricta a los principios enunciados en el artículo 3 de los estatutos antes mencionados [autonomía de las secciones].

¿Queréis saber la respuesta a este emotivo llamamiento a olvidar pasados rencores y a unirse en libertad? *El Tagwacht* marxista de Zúrich del 8 de julio publicó lo siguiente:

> Bakunin fue considerado por muchos socialistas honestos y buenos como un agente ruso. Esta sospecha, sin duda erró-

> nea, se debe al hecho de que Bakunin perjudicó mucho al movimiento revolucionario; la reacción fue la que sacó mayor provecho de sus actividades.

Estas acusaciones malévolas publicadas por el *Volksstaat* de Leipzig y el *Vpered*, editado en Londres en lengua rusa, obligaron a los amigos de Bakunin a llegar a la conclusión de que sus enemigos no pensaban desistir de la campaña de odio. Por tanto, el *Boletín de la Federación del Jura*, haciendo frente a esas hostiles manifestaciones, declaró el 10 de septiembre de 1876:

> Deseamos, como nuestra conducta siempre lo ha establecido, la más completa reconciliación posible de todos los grupos socialistas: estamos preparados a tender nuestra mano en señal de amistad a todos aquellos que sinceramente desean luchar por la emancipación del trabajo. Pero, al mismo tiempo, estamos decididos a no permitir que nadie insulte nuestros muertos.

¿Llegará la hora en que la posteridad aprecie la personalidad y los logros de Bakunin con la imparcialidad que siempre tenemos derecho a esperar? Además, ¿puede esperarse que los deseos expresados por sus amigos ante su tumba recién cubierta alcancen a realizarse algún día?

# EL PERÍODO PREANARQUISTA: EL PANESLAVISMO REVOLUCIONARIO

# 1842
# La reacción en Alemania

*La primera de las siguientes cuatro selecciones es un fragmento del ensayo fundamental de Bakunin «La reacción en Alemania», de* Cartas a un francés *escrito en octubre de 1842 con el seudónimo Jules Elysard.*[1] *Señala su abandono de los estudios puramente filosóficos hacia una participación activa en movimientos revolucionarios sociopolíticos. Criticado por sus amigos de ser un texto demasiado abstracto, el ensayo emplea el lenguaje filosófico hegeliano para justificar un concepto de revolución política y social permanente, hecho a la medida del temperamento de Bakunin. Sus polémicas están dirigidas contra los partidarios «del compromiso», quienes, al igual que el liberal-tipo de hoy día, tomaban una posición intermedia entre los conservadores —a quienes Bakunin denomina «positivistas» como opuestos a los «negativistas» radicales con respecto, por supuesto, al* statu quo *o al sistema— y los radicales. El tono religioso de algunos de los pasajes colocan al ensayo como perteneciente al período anterior a su estudio de las ideas socialistas, estudio que lo llevó a abogar públicamente por el ateísmo en 1860. Pese a la vaguedad y al fraseo filosófico, el ensayo es un llamamiento a la Revolución Social, a la realización de la libertad humana como fin supremo de la Historia y a la afirmación de la fe*

1. Traducido al inglés por Mary-Barbara Zeldin: *Russian Philosophy*, vol. I, Chicago Quadrangle Press, 1965, págs. 298, 393, 394, 400, 404, 405, 406.

*en la capacidad revolucionaria de las clases más bajas de la sociedad, los pobres. A demasiada gente le gusta repetir la frase de Bakunin «¡La pasión de la destrucción también es una pasión creativa!», sin considerar el significado social y político que le daba Bakunin.*

La libertad, la realización de la libertad: ¿quién puede negar que esto es lo que hoy encabeza la agenda de la historia? La propaganda revolucionaria, en su sentido más profundo, es la NEGACIÓN de las condiciones existentes del Estado, ya que, por respeto hacia su naturaleza más íntima, no tiene otro programa que la destrucción de cualquier orden que prevalezca en estos momentos. No debemos actuar sólo políticamente, sino que, en nuestra política, debemos actuar religiosamente, religiosamente en el sentido de la libertad, de la cual la expresión verdadera es la justicia y el amor. De hecho, para nosotros solos, que somos llamados los enemigos de la religión cristiana, para nosotros solos está reservado y hasta se ha convertido en el mayor deber [...] ejercer realmente el amor, el mayor mandamiento de Cristo y el único camino hacia la verdadera cristiandad.

A los que tienden al compromiso, podemos aplicar lo que se dijo en un periódico francés: «Para la izquierda dice: dos más dos son cuatro; para la derecha, dos más dos son seis y, para los que se comprometen en el centro, dos más dos son cinco». Jamás contestan sí o no; dicen: «En cierta medida, tenéis razón, pero por otra parte...». Y si no tienen nada que hacer, entonces dicen: «Sí, es algo curioso...». Y, como se dice de los judíos polacos que en la última guerra polaca querían servir a los dos bandos al mismo tiempo, a los polacos y a los rusos, y en consecuencia fueron colgados por ambos bandos imparcialmente, estas pobres almas se otorgan a sí mismos la imposible tarea de la reconciliación externa de los contrarios y, por sus esfuerzos, son despreciados por ambas partes. No, el espíritu de la revolución no se somete; no ha hecho más que encerrarse en sí mismo para

pronto revelarse nuevamente como principio afirmativo y creativo, y, ahora mismo, está amadrigándose —si puedo utilizar esta expresión de Hegel— como un topo bajo tierra.

Sin embargo, se mueven a nuestro alrededor manifestaciones visibles, señalando que el espíritu, ese viejo topo, ha terminado su trabajo subterráneo y que muy pronto hará acto de presencia. En todas partes, en especial en Francia e Inglaterra, se están formando sociedades sociales y religiosas que son totalmente ajenas al mundo de la política contemporánea; sociedades que sacan su vida de nuevas fuentes aún desconocidas para nosotros y que crecerán y se difundirán sin alborotos. El pueblo, la clase pobre, que sin duda constituye la mayor parte de la humanidad; la clase cuyos derechos ya han sido reconocidos en teoría pero que, no obstante, aún es despreciada por su origen, por sus conexiones con la pobreza y la ignorancia, así como sin duda por una esclavitud real; esta clase, que constituye el pueblo auténtico, está en todas partes asumiendo una actitud amenazadora y está empezando a contar las filas de enemigos, mucho más débiles numéricamente, y a exigir la puesta en práctica del derecho que ya le fue concedido por todos. Todos los pueblos y todos los hombres sienten una especie de premonición y todos aquellos cuyos órganos vitales no están paralizados se enfrentan con temblorosa expectación al futuro que se aproxima y que pronunciará la palabra redentora. Hasta en Rusia, este reino nevado y sin límites, tan poco conocido y quizás con un gran futuro, hasta en Rusia, se agolpan negros nubarrones que anuncian la tormenta. Oh, el aire es bochornoso y está preñado de relámpagos.

Hago, por lo tanto, un llamamiento a mis hermanos engañados: ¡Arrepentíos, arrepentíos, el Reino del Señor está próximo!

A los positivistas les digo: «¡Abrid los ojos de vuestra mente; dejad que los muertos entierren a los muertos y convenceos finalmente de que por fin el Espíritu, siempre joven, siempre recién nacido, no será encontrado entre las

ruinas caídas!». Y exhortamos a los que buscan el compromiso a que abran sus corazones a la verdad, a que se liberen de su circunspección miserable y ciega, de su arrogancia intelectual y del miedo servil que les reseca el alma y les paraliza los movimientos.

En consecuencia, confiemos en el Espíritu eterno que destruye y aniquila solamente porque es la fuente eterna e insondable de la vida. ¡La pasión de la destrucción también es una pasión creativa!

# 1847
# En el 17 aniversario de la insurrección polaca de 1830

*El discurso de Bakunin sobre el 17 aniversario de la insurrección polaca de 1830*[2] *es un gran paso adelante comparado con «La reacción en Alemania»; lo pronunció el 29 de noviembre de 1847 en una cena en París para conmemorar el primer levantamiento polaco; es el paso de la filosofía a la acción política. Por cierto, como consecuencia de este discurso, Bakunin fue expulsado de Francia a petición del embajador ruso, prueba definitiva de que se lo había empezado a tomar en serio. La importancia del discurso para su carrera ideológica queda plasmada en lo que escribió mucho tiempo después a Herzen y Ogarev: «Desde 1846, la causa eslavo-polaca se ha convertido para mí en una idea fija». Aquí, él mismo ubica el principio de su paneslavismo revolucionario, su mezcla especial de nacionalismo en aras de la revolución, del cual el tercer escrito de esta sección «Llamamiento a los eslavos»*[3] *es una expresión cabal. Y, por supuesto, el paneslavismo de Bakunin quería provocar una revolución general en Europa, el objetivo final y* leitmotiv *detrás de todas sus actividades en el frente eslavo.*

*El discurso apareció completo el 14 de diciembre de 1847 en el periódico* La Réforme *y también fue resumido en la siguiente intro-*

2. Daniel Guérin, *Ni Dieu, Ni Maître*, París, 1965, pág. 185.

3. *Llamamiento a los eslavos*, págs. 190-193. Sección agregada por H. E. Kaminski, *Bakounine. La Vie d'un Révolutionnaire*, París, 1938, págs. 118-119.

*ducción: «En una reunión celebrada en París el 20 de noviembre pasado, con el propósito de celebrar el 17 aniversario de la revolución polaca, un refugiado ruso, M. Bakunin, pronunció un discurso basado en los términos más generosos, que contenía opiniones actuales y osadas sobre la situación rusa:*

*»Citamos los pasajes más sorprendentes de esta declaración sensacional:*

> *Caballeros: éste es sin duda un momento solemne para mí. Soy ruso y me complace acudir a esta gran asamblea aquí reunida para celebrar el aniversario de la revolución polaca. Vuestra misma presencia es una especie de desafío, una amenaza y una maldición arrojada al rostro de los opresores de Polonia. He venido, caballeros, inspirado en un profundo amor y un inquebrantable respeto por mi país.*
>
> *No ignoro lo impopular que es Rusia en Europa. Los polacos la consideran, no sin razón, quizás como una de las causas principales de sus desgracias. Hombres de opinión independiente de otros países ven el rápido crecimiento de su poderío como un peligro siempre creciente para la libertad de los pueblos* [...]
>
> *Rusia figura como sinónimo de brutal opresión; gracias a la política execrable de nuestros soberanos, el calificativo de «ruso», en el sentido oficial de la palabra, quiere decir «esclavo y verdugo». (Sobre este tema se explaya Bakunin en la primera parte de su discurso, no sin referirse, en este período trágico para los polacos,*[4] *al martirio de Pestel, de Ryleev, de Muraviev-Apostol, de Bestuzhev-Ryumin, de Dohovski, que habían sido ahorcados en San Petersburgo veinte años antes por haber sido «los primeros ciudadanos de Rusia».)*
>
> *Hace casi un año (continuó diciendo Bakunin), creo que fue después de la masacre de Galizia, un noble polaco os hizo una propuesta extraordinaria en una carta sumamente elocuente dirigida al príncipe Metternich, que desde entonces se ha hecho famosa. Sin duda, llevado por su odio por los austríacos, que, dicho sea de paso,*

4. En la primera quincena de diciembre de 1847, los periódicos franceses informaron de la pena a morir en la guillotina de Louis Merolavsky y siete de sus compañeros acusados de alta traición por el Real Tribunal prusiano de justicia. Otros ochenta y dos acusados recibieron severas penas de cárcel.

*era bastante justificado, sugirió nada menos que debíais someteros al zar, que debíais entregaros de cuerpo y alma a él, sin condiciones ni reservas. Os aconsejaba hacer voluntariamente lo que hasta entonces habíais hecho bajo presión, y os prometía, como compensación, el que tan pronto como dejarais esa actitud de esclavos, vuestro patrón, a pesar suyo, se convertiría en vuestro hermano. Vuestro hermano, caballeros, ¿lo oís? ¡El emperador Nicolás, vuestro hermano! (¡No! ¡No! Gran conmoción en la sala.)*

*El opresor, vuestro más cruel enemigo, el enemigo personal de Polonia, el verdugo de tantas víctimas (¡Bravo! ¡Bravo!), el hombre que violó vuestra libertad, el hombre que os persigue con incansable perseverancia, tanto por odio e instinto como por estrategia política, ¿lo aceptaríais como vuestro hermano? (Gritos desde todos los rincones: ¡No! ¡No! !No!) Cada uno de vosotros preferiría que muriese Polonia antes que consentir tan monstruosa alianza. (Ovaciones prolongadas.)*

*»Y el orador prosiguió con la siguiente explicación a sus palabras anteriores:*

*Sí, precisamente porque sois enemigos del emperador Nicolás, enemigos de la Rusia oficial, sois también, por naturaleza, hasta sin desearlo, amigos del pueblo ruso. (Aplausos.) Se cree generalmente en Europa, lo sé, que nosotros, los rusos, formamos una unidad indivisible con nuestro gobierno, que estamos bastante contentos bajo el régimen de Nicolás, que él y su sistema opresor dentro del país e invasor allende las fronteras son la expresión perfecta de nuestro espíritu nacional. Nada de eso. No, caballeros, ¡el pueblo ruso no está contento! Lo digo con alegría y orgullo. Porque si la felicidad fuera posible para los rusos bajo el actual estado de abyección, el nuestro sería el pueblo más bajo y más vil del mundo.*

*»Al desarrollar la idea de una alianza revolucionaria entre Polonia y Rusia, M. Bakunin llegó a la siguiente conclusión:*

*En la medida en que hemos permanecido desunidos, nos hemos paralizado mutuamente. Juntos seremos todopoderosos para el bien de todos. Nada puede resistir a nuestra acción común y unida. La recon-*

*ciliación de Polonia y Rusia es una tarea ingente que bien vale toda nuestra dedicación. Esto representará la emancipación de sesenta millones de hombres, la libertad de todos los pueblos eslavos que están gimiendo bajo un yugo extranjero. Al final será la caída, el colapso definitivo del despotismo en Rusia. (Aplausos.)»*

*«El llamamiento a los eslavos», junto con sus borradores preparatorios, es un texto que contiene las opiniones de Bakunin después del shock y la desilusión de la Revolución de 1848. Sus ideas pueden resumirse brevemente en tres oraciones. Primero, creía que la burguesía se había revelado específicamente contrarrevolucionaria y que debía centrar las esperanzas de revolución en la clase obrera. Segundo, creía que una condición esencial de la revolución era el colapso del Imperio austrohúngaro y el establecimiento en Europa central y oriental de una federación de repúblicas eslavas libres. Tercero, creía que el campesinado, y en especial el campesinado ruso, llegaría a ser una fuerza decisiva para alcanzar finalmente una revolución exitosa.*[5] *Refiriéndose al llamamiento de Bakunin para la disolución de los Imperios ruso y austríaco, E. H. Carr señala: «Por ésta, si no por otra razón, "El llamamiento a los eslavos" es una pieza fundamental en la historia europea. Fue la primera vez, exactamente setenta años antes de noviembre de 1918, en que se abogó públicamente por la destrucción del Imperio austrohúngaro y la construcción de nuevos Estados eslavos sobre sus ruinas».*[6]

*A los demócratas burgueses no les gustó el llamamiento de Bakunin a favor de la Revolución Social que afirmaría las bases de las clases inferiores; todos los fragmentos «subversivos» fueron*

5. E. H. Carr, *Michael Bakunin*, Nueva York, Vintage, 1961, pág. 178.
6. *Ibid.*, pág. 183.

*eliminados en la versión oficial del «Llamamiento a los eslavos». El fragmento más «objetable» ha sido incluido al final de la selección. Hoy, el «Llamamiento a los eslavos» puede llegar a parecer curiosamente contemporáneo a los pueblos oprimidos del este de Europa, una vez más bajo la dominación del Kremlin.*

*Arrestado y encarcelado en Austria por su participación en la malograda revolución de marzo de 1848, Bakunin fue entregado más tarde a las autoridades rusas. En la Fortaleza de Pedro y Pablo, donde había estado ya encarcelado Dostoievski, Bakunin fue invitado, en consideración a su título de nobleza, a escribir una confesión para el zar Nicolás I, no en cuanto criminal sino como un hijo a su padre espiritual. Los párrafos aquí incluidos prefiguran ya las últimas recomendaciones de Bakunin para la estrategia anarquista.*[7]

*Vistos en conjunto, los fragmentos de estas cuatro obras, que datan respectivamente de 1842, 1847, 1848, y 1851, de los cuales los primeros dos fueron escritos antes de que Bakunin fuera encarcelado en Austria y Rusia por un período de doce años, período que marcó la evolución de Bakunin durante los tormentosos años de mediados de siglo con sus revoluciones y derrotas. Los trabajos prefiguran muchas de sus posteriores ideas anarquistas sobre la necesidad de la revolución, sobre el campesinado como fuerza revolucionaria, sobre la destrucción del orden social burgués, sobre el antiparlamentarismo y el federalismo. No obstante, lo que «confesó» bajo presión al enemigo, el más autocrático de todos los zares, en especial los planes de dictadura, pueden atribuirse en parte a que todavía estaba bajo la influencia de las ideas blanquistas y en parte al esfuerzo por encontrar fórmulas que pudieran ser comprensibles y que incluso impresionaran al zar. Como ha señalado Venturi, no hay que tomar esos fragmentos demasiado literalmente. Las cartas de la prisión de Bakunin a su familia prueban que permaneció fiel a los principios anarquistas durante todo su cautiverio: «Cuando la temporal simpatía de Bakunin [...] por la dictadura de Blanqui llegó a su fin [...] se encontró convertido en un auténtico anarquista».*[8]

7. Eugene Pyziur, *The Doctrine of Anarchism of Michael A. Bakunin*, Milwaukee, pág. 96.

8. Franco Venturi, *Roots of Revolution*, Nueva York, Groset & Dunlap, 1966, págs. 58, 62.

## 1848
## Llamamiento a los eslavos

¡Hermanos! Ha llegado el momento de decidir. Depende de vosotros tomar abiertamente una actitud favorable al viejo mundo, en ruinas, al que podréis sostener por poco tiempo más, o al nuevo mundo cuya luz os ha alcanzado ya y que pertenece a las generaciones y a los siglos venideros. También depende de vosotros determinar si el futuro estará en vuestras manos o si queréis una vez más hundiros en la impotencia, en la noche de las esperanzas abandonadas, en el infierno de la esclavitud. De vuestra elección depende el destino de otros pueblos que ansían la emancipación. Vuestra decisión los inspirará para que avancen hacia su objetivo con pasos más rápidos y sin traspiés; de otra manera, este objetivo —que jamás desaparecerá— volverá a sumergirse en sombras.

Los ojos de todos están ansiosamente fijos en vosotros. De vuestra decisión depende la realización de las esperanzas y del destino del mundo —para alcanzarlo pronto o en un futuro incierto y remoto—. Se trata de vuestro bienestar o de vuestra derrota, de la gratitud o de la condena de los pueblos hacia vosotros; ¡decidíos!

El mundo está dividido en dos campos; de un lado, la revolución; del otro, la contrarrevolución. Y las claras alternativas están ante vosotros. Cada uno debe elegir su campo, tanto vosotros como nosotros. No existe camino intermedio.

Aquellos que os señalan un camino intermedio y os lo recomiendan se equivocan o quieren engañaros.

Se equivocan si creen que podemos deslizarnos suave y seguramente hacia nuestra meta reconociendo parte de razón a los grandes oponentes en la contienda, como para aplacar a ambos adversarios y evitar por lo tanto la explosión del conflicto que es tan necesario como inevitable.

Quieren engañaros si procuran persuadiros para que, según sus tácticas diplomáticas, permanezcáis neutrales por un tiempo y elijáis luego el bando más fuerte, asegurándoos un provecho personal con la ayuda de aquellos a quienes habéis apoyado.

*Hermanos, no confiéis en el arte de la diplomacia.*

Es lo que ha arruinado a Polonia. La misma suerte os estará reservada. ¿Qué os dice la trapacería diplomática? Que podéis usarla a fin de vencer a vuestros enemigos. Pero ¿no veis que, en vez de poder utilizarla vosotros, no seréis más que un instrumento en manos de los diplomáticos, un instrumento que ellos utilizarán para aniquilar a sus propios enemigos? Una vez exterminados éstos, os tocará el turno a vosotros, ahora que estáis débiles y solos, y os someterán al yugo. ¿No veis que ésta es la táctica desvergonzada, el truco empleado por la contrarrevolución? ¿Acaso no conocéis la antigua máxima de todos los opresores: *Dividir es gobernar*?

De cualquier manera, ¿qué podéis esperar de la diplomacia? ¿Puede negar que su origen sea otro que el despotismo? ¿Puede tener otros intereses en la lucha que aquéllos a los que debe su origen? ¿Puede trabajar para la creación de un nuevo mundo que será su condena y su muerte? Jamás. Miradla directamente a la cara; ante ese rostro, prototipo de la maldad, de la duplicidad, de la traición, sentiréis el más profundo rechazo.

*La rechazaréis porque la verdad nunca nace de una mentira. Nada realmente grande se ha logrado jamás gracias a eunucos, y la libertad sólo puede alcanzarse mediante la libertad.*

Tenéis buenas razones para maldecir la vieja política

alemana, que merece vuestro odio porque nunca deseó otra cosa que vuestra ruina. Os mantuvo enjaulados durante siglos; incluso antes de Frankfurt, respondió con ironías a vuestras esperanzas y súplicas justificadas [...] y se alegró en Viena de la disolución del Congreso de Praga. Pero no os engañéis, y escuchad con atención. *Esta antigua política que condenamos, que maldecimos tanto como vosotros, contra la cual juramos una terrible venganza, esta política nunca formará parte del futuro pueblo alemán. No es la revolución alemana, no es parte de la democracia alemana.* Simplemente es la política de los viejos cancilleres de Estado, del derecho de los monarcas, de los aristócratas y de todos los privilegiados. Es la política de las camarillas y de los generales dirigidos como si fueran máquinas. Es la política cuyo fin estamos preparando, todos nosotros, animados por el espíritu de la juventud y del futuro, todos aquellos que estrecharán alegremente las manos de los demócratas de todos los países, para que, todos unidos, íntimamente unidos, luchemos por el bien común, por el futuro de todos los pueblos.

Todos los reaccionarios luchan unidos por una causa injusta; ¿no haremos nosotros lo mismo por una causa justa? Cuando la reacción conspira en toda Europa, cuando trabaja sin restricciones, con la ayuda de una organización lenta y cuidadosamente preparada extendiéndose por toda la tierra, la revolución debe hacerse capaz de luchar contra ella.

*Es un deber sagrado para todos nosotros, soldados de la revolución, demócratas de todos los países, unir nuestras fuerzas, llegar a un entendimiento y organizarnos.*

A la primera señal de revolución, como bien sabéis, siempre hubo una explosión prolongada de odio contra la antigua política de los opresores, un prolongado grito de simpatía y amor por todas las naciones oprimidas.

*Los pueblos, que durante tanto tiempo se han dejado arrastrar por las cadenas de la diplomacia, toman por fin conciencia de su vergonzosa condición. Se dan cuenta de que el bienestar de las naciones no puede lograrse mientras aún exista en cualquier rincón de*

*Europa un solo pueblo bajo el yugo; que la libertad del pueblo no debe alcanzarse sólo en un país, sino en todos. Y, por primera vez, exigen, en un grito unánime, una libertad que sea auténtica y total, una libertad sin reservas, sin excepciones, sin limitaciones.*

*¡Abajo los opresores es el grito universal! ¡Libertad para los oprimidos, los polacos, los italianos, para todos! ¡Basta de guerras de conquista, nada de guerras salvo la última guerra suprema, la guerra de la revolución para la emancipación de todos los pueblos! ¡Basta de estrechas fronteras impuestas por la fuerza en congresos de déspotas que invocan las llamadas necesidades históricas, geográficas, comerciales y estratégicas! No debe haber más fronteras que aquellas que responden simultáneamente a las necesidades naturales y a la justicia; fronteras que los mismos pueblos trazarán por su soberana voluntad según sus simpatías nacionales. Ése fue el grito unánime de los pueblos.*

*¡Hermanos! ¿Escuchasteis entonces ese grito sagrado? Allí mismo, en Viena, ¿recordáis? Lo escuchasteis y comprendisteis ese día, cuando aún luchando junto con los demás por el bienestar de todos, levantasteis, en medio de las barricadas alemanas, la gran barricada eslava sobre la que ondeó nuestra bandera nacional con el lema: ¡PARA NUESTRA FUTURA LIBERTAD!*

¡Qué grande, qué hermoso fue ese momento que se extendió por todas partes, que inundó toda Europa y la hizo temblar! Animados por el espíritu revolucionario, italianos, polacos, eslavos, alemanes, magiares, valacos de Austria y valacos de Turquía —todos aquellos que sufrían bajo el yugo extranjero— se levantaron, llenos de alegría y esperanza. Los sueños más audaces iban a ser satisfechos. Los pueblos vieron cómo la roca, que durante siglos había aplastado su independencia, se diluía por fin en la distancia, como empujada por una mano invisible. El sello mágico quedó roto, y el dragón, que había montado guardia ante el letargo melancólico de tantos pueblos muertos en vida, quedaba mortalmente herido, retorciéndose en su agonía mortal. La antigua política de los reyes había desaparecido; una nueva, la política de los pueblos, abría los ojos a la vida.

*La Revolución, en su omnipotencia, declaró la disolución de los Estados déspotas; la disolución del Imperio prusiano que abandonó uno de los territorios de Polonia; la disolución del Imperio austríaco, ese monstruo compuesto de varias naciones que habían sido encadenadas mediante el engaño y el crimen; la disolución del Imperio turco, en el que siete millones de osmanlíes*[9] *habían agarrotado y pisoteado una población de doce millones de eslavos, valacos y griegos; y, finalmente, la disolución de la última ciudadela del despotismo, el último dominio privado del maquiavelismo y la diplomacia, el Imperio ruso, alcanzado en pleno corazón, para que las tres grandes naciones por tanto tiempo esclavizadas dentro de sus fronteras, la gran Rusia, la pequeña Rusia y Polonia, por fin liberadas y entregadas a sí mismas pudieran tener sus manos libres a todos sus hermanos de raza eslava.*

*De ahí la disolución, el cambio y la regeneración en todo el norte y el este de Europa, una Italia libre y, como último resultado, la Federación Universal de las Repúblicas Europeas.*

Nos encontramos entonces en Praga, como hermanos que, tras una separación prolongada, se reúnen para decirse que sus caminos ya no pueden separarse. Fuertemente animados por vínculos comunes de historia y de sangre, nos juramos que jamás permitiríamos que nuestros destinos nos dividieran. Condenamos la política de los déspotas, de la que por tanto tiempo fuimos víctimas, y nos otorgamos el derecho a una independencia absoluta. Nos prometimos que esta independencia debía ser compartida por todos los pueblos eslavos. Reconocimos a Bohemia y Moravia como naciones. Rechazamos las reclamaciones absurdas de Frankfurt (el Parlamento), que se ha convertido en el hazmerreír de toda Europa y que había pretendido hacernos alemanes a todos, aunque tendimos a la vez nuestras manos fraternales al pueblo alemán, a la Alemania democrática. En nombre de los eslavos que vivían en Hungría, ofrecimos una

9. Osmanlíes (u otomanos): turcos de la parte occidental de Turquía (Bakunin los llamaba «osmanlíes»).

alianza fraternal a los magiares, esos duros enemigos de nuestra raza, quienes, con una población total de unos cuatro millones, quisieron esclavizar a ocho millones de eslavos. Tampoco nos olvidamos, en nuestro pacto de liberación, de nuestros hermanos que gimen bajo la dominación turca. Solemnemente condenamos esa política criminal que destrozó tres veces a Polonia y que ahora, una vez más, quiere resucitar su triste recuerdo. Expresamos el deseo ardiente de ver en breve la resurrección de ese pueblo noble y santo como señal de vuestra propia liberación. Finalmente, hicimos un fuerte llamamiento a ese gran pueblo ruso que, único entre todos los eslavos, ha sido capaz de preservar su existencia nacional. Suplicamos a los rusos que pensaran seriamente en lo que ellos conocen tan bien: que su nacionalidad y su grandeza no significan nada mientras no sean libres, mientras permitan que su poder se utilice para subyugar a la desgraciada Polonia y para amenazar constantemente a la civilización europea.

Esto es lo que hemos hecho y que en conjunto hemos exigido a los demócratas de todos los demás países: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD DE LAS NACIONES, para que los pueblos eslavos, libres y en contacto fraternal con todos, aunque más estrechamente aliados entre sí, puedan muy pronto convertirse en un vasto Estado democrático.

¡Dos grandes naciones han pasado a la vanguardia, como si se levantaran al unísono, desde los primeros días de la primavera! La cuestión social, por un lado, y la cuestión de la independencia de todas las naciones, la emancipación de los pueblos, por otro, significan independencia interior y exterior. No se trata de unos cuantos individuos, ni de un partido. Se trata del instinto admirable de las masas que han puesto sobre el tapete dos cuestiones por encima de las otras y han exigido su pronta solución. Todo el mundo ha alcanzado a comprender que la libertad no es más que mentira mientras la mayoría de la población esté reducida a una existencia miserable, mientras, privada de educación, de re-

poso y de pan, esté destinada a servir de títere a los poderosos y a los ricos. En consecuencia, la Revolución Social aparece como un corolario natural y necesario de la revolución política. Asimismo, se ha tomado conciencia de que, mientras exista una sola nación oprimida en Europa, el triunfo completo y decisivo de la democracia no será posible en ninguna parte. La opresión de uno es la opresión de todos y no podemos violar la libertad de un ser humano sin violar la libertad de todos. La cuestión social, una cuestión muy difícil, erizada de peligros y llena de oscuros presagios, no se puede resolver con teorías preconcebidas ni con un sistema aislado. Su solución necesita buena voluntad y la cooperación de todos. Exige la fe de todo el pueblo en el derecho de todos a una igual libertad para todos. Tenemos que cambiar las condiciones materiales y morales de nuestra existencia actual para acabar de una vez con este decrépito mundo social que se ha vuelto impotente, estéril e incapaz de contener o de apoyar una dosis tan grande de libertad. Debemos, primero, purificar nuestra atmósfera y, después, llevar a cabo un cambio total de nuestro medio que corrompe nuestros instintos y nuestra voluntad al cohibir nuestros corazones y nuestras mentes. La cuestión social aparece así como la cuestión primera y principal del cambio radical de la sociedad.

# 1851
# De la Confesión al Zar Nicolás I

En Bohemia deseaba una revolución decisiva y radical que lo trastornara y cambiara todo, para que, después de nuestra victoria, el gobierno austríaco no volviera a encontrar nada en su lugar acostumbrado. [...] Quería expulsar a toda la nobleza, a todos los clérigos hostiles, tras confiscar sin excepción todos los bienes en tierras. Quería distribuir una parte entre los campesinos sin tierra, con el propósito de incitarlos a la revolución, y utilizar el resto para financiarla. Quería destruir todos los castillos, quemar todos los archivos de Bohemia, sin excepción, incluidos todos los papeles administrativos, legales y gubernamentales y declarar nulas todas las hipotecas y todas las deudas que no excedieran una cierta suma, por ejemplo, uno o dos mil gulden. En fin, la revolución que había concebido era terrible y sin precedentes, aunque más bien dirigida contra las cosas que contra la gente.

Pero mis planes no se limitaban a eso. Quería transformar toda Bohemia en un país revolucionario, no sólo crear allí una fuerza capaz de defender la revolución adentro, sino también pasar a la ofensiva desde allí hacia fuera. [...]

Todas las asociaciones, los periódicos y las manifestaciones, anárquicos sólo de palabra, serían abolidos, todos sometidos a un solo poder dictatorial: los jóvenes y todos los

hombres capaces se dividirían en categorías según su carácter, sus capacidades, sus inclinaciones y serían enviados al campo con el fin de formar una organización revolucionaria y militar adicional. La sociedad secreta que dirigiría la revolución consistiría en tres grupos, independientes y sin conocerse entre sí; uno para las ciudades; otro para la juventud y un tercero para el campesinado.

Cada una de estas sociedades tendría que adaptar su acción al carácter de la localidad que le fuera asignada. Cada una tendría que organizarse según estrictas líneas jerárquicas y con una disciplina absoluta. Estas tres sociedades iban a estar dirigidas a su vez por un comité central secreto compuesto de tres o un máximo de cinco personas. En el caso de que la revolución tuviera éxito, las sociedades secretas no serían abolidas; por el contrario, se las fortalecería y expandiría para que ocuparan su lugar en la jerarquía revolucionaria.

Esta revolución, que no se limitaría a una sola nación, atraería con su ejemplo y su fuerte propaganda, no sólo a Moravia, sino [...] en general a todo el contiguo territorio alemán.

Para Rusia, quería una república; pero ¿qué clase de república? ¡Por supuesto, no parlamentaria! Yo creo que en Rusia, más que en ninguna otra parte, será indispensable un fuerte poder dictatorial; pero que sólo se ocupara de levantar el nivel de vida y la educación de las masas campesinas; un poder libre en su dirección y espíritu pero sin privilegios parlamentarios; libre para imprimir libros que expresen las ideas del pueblo, respetado por sus sóviets, fortalecido por su libre actividad y sin coacción de nada ni nadie.

# EL ANARQUISMO DE MIJAÍL BAKUNIN

*Si bien podemos señalar varios indicios libertarios en el pensamiento de Bakunin antes y después de su fuga de Siberia en 1861, hasta el período, que va de 1864 a 1867, durante su estancia en Italia, sus ideas anarquistas no tomaron la forma definitiva. En este período Bakunin dio el último paso de transición de un nacionalismo revolucionario al maduro anarquismo revolucionario que se refleja en el final de su agitada vida.*

*En 1864, Bakunin fundó la clandestina Asociación Internacional Revolucionaria (más conocida como la Fraternidad Internacional) que publicó su programa y sus estatutos en 1865-1866 en tres documentos vinculados entre sí:* La Familia Internacional, *el* Catecismo revolucionario[1] *y el* Catecismo nacional,[2] *en los que Bakunin expuso los principios básicos de su doctrina. Son, como señala H. E. Kaminski, «la base espiritual de todo el movimiento anarquista...».*[3] *A medida que evolucionaban sus ideas, Bakunin modificó algunas y elaboró otras, pero jamás se alejó de los principios fundamentales definidos en estos documentos. Fueron reproducidos en el original francés en la biografía definitiva que hizo el doctor Max Nettlau de Bakunin. Nettlau hizo cincuenta copias que depositó en las principales bibliotecas del mundo. Fueron más tarde inclui-*

1. Daniel Guérin, *Ni Dieu, Ni Maître*, París, 1965, págs. 203-215.
2. *Ibid.*, págs. 201-203.
3. H. E. Kaminski, *Bakounine: La Vie d'un Révolutionnaire*, París, 1938, págs. 213-214.

*dos en la excelente antología del movimiento anarquista,* Ni Dieu, ni maître, *editada por el famoso historiador libertario y socialista Daniel Guérin.*[4] *En su introducción, Guérin señala que éstos son «...los escritos menos conocidos y más importantes de Bakunin... No deben ser confundidos con* Normas que deben inspirar a un revolucionario, *escritas mucho tiempo después, en 1869, durante la breve asociación de Bakunin con el joven nihilista ruso Sergei Nechaev cuyo lema era "el fin justifica los medios"... Los hombres que, en Italia, fundaron la Fraternidad con Bakunin eran exdiscípulos del nacionalista republicano Giuseppe Mazzini, de quien adquirieron el gusto por las sociedades secretas. Dejaron a su mentor porque rechazaron su deísmo y su concepción puramente "política" de la revolución por ser éstos burgueses y vacíos de contenido social...»*

*Es necesario señalar que, cuando la oposición es ilegal, los revolucionarios no tienen más remedio que organizar sociedades secretas. Bakunin no fue el único; todos conspiraban: los polacos, los italianos, los partidarios de Blanqui y los nacientes sindicatos camuflados de «clubs sociales».*

*Como todos los radicales de aquella época, Bakunin creía que la caída o la muerte de Napoleón III precipitaría una nueva revolución, un nuevo 1848. Trabajó con todas sus energías para evitar que la esperada revolución cayera en los errores que habían llevado al fracaso la Revolución de 1848. Pese al alentador despertar de los movimientos socialistas y laborales, Bakunin vio que los trabajadores estaban aún muy lejos de alcanzar la necesaria conciencia revolucionaria. Para imbuir a las masas de esta conciencia y prevenir los posibles desvíos de la revolución, Bakunin sintió que la única alternativa consistía en organizar la clandestina Fraternidad Internacional y que la Revolución debía a la vez destruir el viejo orden y orientarse hacia el federalismo y el anarquismo.*

*El* Catecismo revolucionario *está ante todo dedicado a los problemas prácticos inmediatos de la revolución. Intentaba proponer a los nuevos y posibles miembros de la Fraternidad Internacional un esbozo tanto de los principios fundamentales libertarios como*

4. Guérin, *op. cit.*, págs. 197-215.

*de un programa de acción. El* Catecismo revolucionario *no procura trazar las líneas de una perfecta sociedad anárquica, el paraíso anárquico. Bakunin concebía más bien una sociedad de transición hacia la anarquía. Ponía la construcción de una sociedad anárquica completa en manos de las futuras generaciones.*

*Del* Catecismo revolucionario *se desprende que Bakunin favoreció, al principio, la expropiación directa de aquellos sectores de la industria privada que no empleaban trabajadores. Esperaba que, mediante la abolición de todo derecho de herencia, la propiedad privada desaparecería en una generación y que sería ahogada por las asociaciones productivas de trabajadores. Temía que una inmediata expropiación masiva podría encontrar a los obreros sin la suficiente preparación para ejercer el control. Esto abriría el camino a un aparato administrativo burocrático. Conduciría a un mal aún peor, es decir, a la restauración de las instituciones autoritarias. El hecho de que Bakunin incitara a la destrucción de todas las instituciones opresivas no significa que favoreciera cambios prematuros en ciertas áreas. No obstante, algunos años después, incluyó la expropiación en su programa cuando los obreros la exigiesen.*

*Al referirse a las posibilidades constructivas de las asociaciones de cooperativas obreras, Bakunin creía que, en el futuro, la humanidad no estaría políticamente organizada en naciones. Las fronteras nacionales serían abolidas. La sociedad humana sería organizada industrialmente según las necesidades de producción.*

*En vista de la situación existente, no era motivo de preocupación inmediata y simplemente lo mencionó al pasar. Más tarde, esta idea ocuparía un lugar determinante en el programa anarcosindicalista de Bakunin para la Internacional.*

*Para evitar malentendidos, el lector debe saber que, antes de que el anarquismo se convirtiera en un movimiento organizado, Bakunin, y los anarquistas en general, empleaban el término* Estado *y las expresiones relacionadas con el mismo en un doble sentido para referirse a la colectividad social o al orden social, y para designar el conjunto de las instituciones represivas que ejercía una autoridad política intrusa sobre la sociedad y el individuo. Para evitar esta confusión, hoy los anarquistas utilizan la palabra* Estado *sólo en el segundo caso.*

# 1866
# Catecismo revolucionario

[...]

II. Reemplazar el culto a Dios por *el respeto y el amor a la humanidad.* Proclamamos a la *razón humana* como único criterio de verdad; *la conciencia humana* como base de justicia; *la libertad individual y colectiva* como única fuente de orden en la sociedad.

III. La libertad es el derecho absoluto de todo hombre adulto y de toda mujer adulta de no juzgar sus actos más que según su propia conciencia y su propia razón, haciéndose responsables primero de sí mismos y luego de la sociedad que ellos han aceptado *voluntariamente.*

IV. No es cierto que la libertad de un hombre esté limitada por la de los demás hombres. El hombre es realmente libre cuando su libertad, completamente reconocida por los demás y reflejada en ellos, encuentra su confirmación y su expansión en la libertad de los demás. El hombre no es realmente libre más que entre hombres igualmente libres; la esclavitud de un solo hombre ofende a la humanidad y niega la libertad de todos.

V. La *libertad* de cada uno, en consecuencia, sólo es posible mediante la igualdad de todos. La realización de la libertad por medio de la igualdad, en principio y de hecho, es *justicia.*

VI. Si existe un principio fundamental de moral hu-

mana, es la *libertad.* Respetar la libertad de nuestros semejantes es un *deber;* amarlos, ayudarles es una *virtud.*

VII. *Rechazo absoluto de cualquier autoridad incluyendo la que sacrifica la libertad por la conveniencia del Estado.* La sociedad primitiva no tenía noción de la libertad; en su evolución, antes del pleno despertar (de la racionalidad y la libertad humanas, la sociedad pasó por un período en el que estaba controlada por la autoridad humana y divina. La estructura política y económica de la sociedad ahora debe reorganizarse sobre la base de la libertad. A partir de ahora, *el orden en la sociedad debe ser el resultado de la libertad individual mayor posible, así como de la libertad a todos los niveles de la organización social.*

VIII. La organización política y económica de la vida social no debe estar dirigida, como sucede ahora, de arriba abajo —del centro a la circunferencia— imponiendo la unidad por medio de una centralización forzada. Por el contrario, debe reorganizarse para dirigir *de abajo arriba —desde la circunferencia al centro— según el principio de asociaciones y federaciones libres.*

IX. *Organización política.* Es imposible determinar una norma concreta, universal y obligatoria para el desarrollo interno y la organización política de cada nación. La vida de cada nación está subordinada a una plétora de distintas condiciones históricas, geográficas y económicas que hacen imposible establecer un modelo de organización igualmente válido para todos. Cualquier intento de esta naturaleza será absolutamente impracticable. Sofocaría la riqueza y la espontaneidad de la vida que florece únicamente en una diversidad infinita y, lo que es peor, estaría en contradicción con los principios fundamentales de la libertad. No obstante, sin ciertas condiciones *absolutamente esenciales,* la realización práctica de la libertad sería imposible para siempre. Estas condiciones son:

1. *La abolición de todas las religiones estatales y de todas las iglesias privilegiadas, incluyendo aquéllas mantenidas o apoyadas*

*por subsidios estatales.* Libertad absoluta para que cualquier religión construya templos a sus dioses y pague y mantenga a sus sacerdotes.

2. Las iglesias, consideradas como corporaciones religiosas, jamás deben disfrutar de los *mismos* derechos políticos que se dan a las asociaciones de producción; tampoco se les puede confiar la educación de los niños, ya que simplemente existen para negar la moral y la libertad y para hacer ganancias con la actividad lucrativa de la brujería.

3. *Abolición de la monarquía; instauración del bienestar para todos.*

4. *Abolición de las clases, los rangos y los privilegios; absoluta igualdad de derechos políticos para todos los hombres y todas las mujeres; sufragio universal.* [No en el Estado, sino en las unidades de la nueva sociedad. Nota de Max Nettlau.]

5. *Abolición,* disolución y desmantelamiento del *Estado centralizado, dirigido y todopoderoso, alter ego* de la Iglesia, causa permanente de empobrecimiento, brutalización y esclavitud de las masas. *Abolición de todas las universidades estatales:* la educación pública debe ser administrada únicamente por las comunidades y las asociaciones libres. *Abolición del poder judicial estatal;* todos los jueces deben ser elegidos por el pueblo. *Abolición de todos los códigos criminales, civiles y legales ahora vigentes en Europa:* porque el código de la libertad sólo puede ser creado por *la misma libertad. Abolición de los bancos y demás instituciones de crédito estatal. Abolición de toda administración centralizada, de la burocracia, de todos los ejércitos y policías estatales permanentes.*

6. Elección directa e inmediata de todos los funcionarios jurídicos y civiles así como de los delegados (nacionales provinciales y comunales) mediante sufragio universal de ambos sexos.

7. *La reorganización interna* de cada país sobre la base de *la libertad absoluta de cada individuo, de las asociaciones productivas y de las comunidades.* Necesidad de reconocer *el derecho de secesión: cada individuo, cada asociación, cada comunidad,*

*cada región, cada nación tiene el derecho absoluto a la autodeterminación, a asociarse o no asociarse, a aliarse con quien le plazca y a repudiar sus alianzas sin considerar los así llamados derechos históricos* (derechos consagrados por precedente legal) *o la conveniencia de sus vecinos.* Una vez que se establezca el derecho de secesión, ésta dejará de ser necesaria. Con la disolución de una «unidad» impuesta por la violencia, las unidades de la sociedad tenderán a unirse por su poderosa atracción mutua y por necesidades inherentes. Consagradas por la libertad, estas nuevas federaciones de comunidades, provincias, regiones y naciones serán realmente fuertes, productivas e indisolubles.[5]

8. *Derechos individuales.*

a. El derecho de todo hombre y toda mujer, desde el nacimiento hasta la mayoría de edad, a todos los gastos de mantenimiento, ropa, alimentos, vivienda, cuidados, consejos (escuelas públicas, educación primaria, secundaria y superior, artística, industrial y científica), todo a expensas de la sociedad.

b. El derecho igualitario de los adolescentes, al elegir libremente sus carreras, a recibir ayuda y ser apoyados lo más posible por la sociedad. Después, la sociedad no ejercerá sobre ellos ninguna autoridad o supervisión salvo para salvaguardar, y de ser necesario, defender, su libertad y sus derechos.

c. La libertad de los adultos de ambos sexos debe ser absoluta y completa, libertad para ir y venir, para expresar todas las opiniones, para ser perezoso o activo, moral o inmoral, en suma, para disponer como quiera de la propia persona o de sus bienes, sin ser responsable ante nadie. Li-

5. El problema de la secesión no está tratado explícitamente por Bakunin en el *Catecismo revolucionario.* Hemos puesto algunos de sus pensamientos al respecto en este párrafo, en un momento en que parecen pertinentes. Las dos primeras oraciones aquí presentes son del *Catecismo nacional,* el resto de la *Organización de la Fraternidad Internacional Revolucionaria.* Estas dos piezas fueron escritas al cabo de un año del *Catecismo Revolucionario.*

bertad para vivir, ya sea honestamente, con el producto de su propio trabajo, ya sea a costa de otros individuos que *voluntariamente* toleran esa explotación.

d. Libertad ilimitada de propaganda, de opinión, de prensa, de reunión pública o privada, sin otra restricción que el poder natural y saludable de la opinión pública. Libertad absoluta para organizar asociaciones, aunque sean con manifiestos fines inmorales, inclusive aquellas asociaciones que aboguen por socavar (o destruir) la libertad individual y pública.

e. La libertad puede y debe defenderse únicamente mediante la libertad: proponer la restricción de la libertad con el pretexto de que se la defiende es una peligrosa ilusión. Como la moral no tiene otra fuente ni otro objeto ni otro estimulante que la libertad, todas las restricciones de la libertad, con el propósito de defender la moral, no han hecho más que perjudicarla. La psicología, las estadísticas y toda la historia prueban que la inmoralidad individual y social es consecuencia inevitable de una falsa educación pública y privada, de la degeneración de la moralidad pública y de la corrupción de la opinión pública, y sobre todo, de la organización viciada de la sociedad. Un estadístico belga eminente [Quetelet] señala que la sociedad abre el camino para los crímenes que luego cometen los delincuentes. Es sabido que todos los intentos para combatir la inmoralidad social mediante una legislación rigurosa, que viola la libertad individual, están condenados al fracaso. La experiencia demuestra que un sistema represivo y autoritario, lejos de prevenir, no hace más que aumentar el crimen; la moralidad pública y privada es mejor o peor según se otorga más o menos libertad individual. En consecuencia, para regenerar la sociedad, debemos ante todo desarraigar completamente este sistema político y social fundado en la desigualdad, el privilegio y el desprecio por la humanidad. Tras reconstruir la sociedad sobre las más completas libertad, igualdad y justicia —para no mencionar el trabajo para todos y una educación avanzada

inspirada en el respeto por el ser humano—, la opinión pública reflejará la nueva moral y se convertirá en el guardián natural de la libertad más absoluta (y del orden público).

f. Sin embargo, la sociedad no puede quedarse completamente indefensa ante los individuos parasitarios y viciados. El trabajo debe ser la base de todos los derechos políticos. Las unidades de la sociedad, cada una dentro de su propia jurisdicción, pueden privar a esos adultos antisociales de sus derechos políticos (exceptuando a los ancianos, los enfermos y aquellos que dependen del subsidio público o privado) y estarán obligadas a restituirles esos derechos políticos en cuanto empiecen a vivir de su propio trabajo.

g. La libertad de todo ser humano es inalienable y la sociedad jamás exigirá a ningún individuo que pierda su libertad o que firme contratos con otros individuos, salvo sobre una base de reciprocidad e igualdad completas. La sociedad no puede prevenir por la fuerza que un hombre o una mujer, carente de dignidad personal, se sometan con servilismo voluntario a otro individuo; pero con justicia puede tratar a esas personas como parásitos sin derecho a disfrutar de la libertad política, *aunque sólo por la duración de su servidumbre.*

h. Las personas que pierdan sus derechos políticos también perderán la custodia de sus hijos. Las personas que violen los acuerdos voluntarios, roben, causen heridas corporales, violen la libertad de cualquier individuo, serán penalizadas según las leyes de la sociedad.

[...]

j. Los individuos condenados por las leyes de cualquier asociación (comunidad, provincia, región o nación) merecen el derecho de escapar a la condena declarando que desean renunciar a esa asociación. Pero en este caso, la asociación tendrá el mismo derecho de expulsarlos y declararlos fuera de sus garantías y protección.

k. *Derecho de asociación (federalismo).* Las asociaciones de cooperativas obreras son algo nuevo en la historia. En este

momento, sólo podemos especular al respecto, pero no determinar el inmenso desarrollo que sin duda tendrán en las nuevas condiciones políticas y sociales del futuro. Es posible y hasta casi seguro que algunas trasciendan los límites de las ciudades, de las provincias y hasta de los Estados. Pueden llegar a reconstituir por entero la sociedad, dividiéndola no en naciones, sino en diferentes grupos industriales organizados según las necesidades de producción, y no según las políticas. Pero esto es para el futuro. Sean como sean en el día de mañana, nosotros hoy podemos proclamar este principio fundamental: *prescindiendo de sus funciones u objetivos, todas las asociaciones, al igual que todos los individuos, deben disfrutar de absoluta libertad.* Ninguna sociedad ni parte de la sociedad —comunidad, provincia o nación— tiene el derecho de evitar que individuos libres se asocien libremente con cualquier propósito: político, religioso, científico, artístico o incluso para la explotación o corrupción de inocentes o alcohólicos, *siempre que no sean menores de edad.* Combatir a los charlatanes y las sociedades perniciosas es tarea privativa de la opinión pública. Pero la sociedad está obligada a negarse a garantizar los derechos cívicos de cualquier organización, o corporación colectiva, cuyos objetivos o normas violen los principios fundamentales de la justicia humana. Los individuos no serán penalizados ni privados de sus plenos derechos políticos o sociales por el mero hecho de pertenecer a esas sociedades no reconocidas. La diferencia entre asociación reconocida y no reconocida será la siguiente: las asociaciones jurídicamente reconocidas tendrán el derecho de estar protegidas por la comunidad contra individuos o grupos reconocidos que se niegan a cumplir con sus obligaciones voluntarias.[6] Las asociaciones jurídicamente no reconocidas no tendrán derecho a esa

6. ¿Quien reconoce estas asociaciones? En los párrafos siguientes, Bakunin describe cada una de las organizaciones que a muchos niveles colaboraron para formar la Federación.

protección de la comunidad y ninguna de sus normas será considerada como obligatoria.

10. La división de un país en regiones, provincias, distritos y comunidades, como en Francia, dependerá naturalmente de las tradiciones, las circunstancias y la naturaleza específicas de cada país. Aquí sólo podemos señalar los dos principios fundamentales e indispensables que *deben* llevarse a la práctica en cualquier país que trata seriamente de organizar una sociedad libre. *Primero: todas las organizaciones deben constituirse a partir de una federación de abajo arriba, de la comuna a la asociación coordinadora del país o nación. Segundo: debe haber, por lo menos, un cuerpo autónomo intermediario entre la comunidad y el país, el departamento, la región o la provincia.* Sin ese cuerpo autónomo intermediario, la comunidad (en el sentido estricto del término) estaría demasiado aislada y demasiado débil para poder resistir a las presiones centralistas y despóticas del Estado que inevitablemente, como sucedió ya en dos ocasiones en Francia, restaurará el poder de un régimen monárquico despótico. El despotismo tiene su origen mucho más en la organización centralizada del Estado que en la naturaleza despótica de los reyes.

11. *La unidad básica de toda organización política en cada país debe ser la comunidad completamente autónoma, constituida por el voto mayoritario de todos los adultos de ambos sexos.* Nadie tendrá el poder o el derecho de interferir en la vida interna de la comunidad. Esta elige a todos sus funcionarios, legisladores y jueces. Administra la propiedad comunal y las finanzas. Cada comunidad tendrá que tener el derecho inalienable de crear, sin sanción superior, su propia constitución y legislación. Pero, para hacerse miembro y ser parte integrante de la federación provincial, la comunidad debe adaptar su propio carácter particular a los principios fundamentales de la constitución provincial y ser aceptada por el Parlamento provincial. Asimismo, la comunidad debe aceptar los pronunciamientos del Tribunal Provincial y cualquier medida ordenada por el gobierno provincial. (Todas las me-

didas del gobierno provincial deben ser ratificadas por el Parlamento provincial.) Las comunidades que se nieguen a aceptar las leyes provinciales no tendrán derecho a gozar de sus ventajas.

12. *La provincia no debe ser otra cosa que una federación libre de comunidades autónomas.* El Parlamento *provincial* puede estar compuesto de una cámara única de representantes de cada una de las comunidades, o de dos cámaras, siendo la segunda formada de representantes de la población provincial, independiente de la de las comunidades. El Parlamento provincial, sin interferir de ninguna manera en las decisiones internas de las comunidades, formulará la Constitución provincial (basada en los principios de este catecismo). Esta constitución debe ser aceptada por todas las comunidades que deseen participar en el Parlamento provincial. Éste establecerá la legislación que defina los derechos y las obligaciones de los individuos, de las comunidades y asociaciones en relación con la federación provincial, así como las penalidades por las violaciones de sus leyes. Sin embargo, las comunidades conservarán el derecho de diferir en puntos secundarios, aunque no en los fundamentales.

El Parlamento provincial, en estricto acuerdo con la *Carta de la Federación de Comunidades,* definirá los derechos y las obligaciones entre comunidades, el Parlamento, los Tribunales judiciales y la Administración provincial. Promulgará todas las leyes que afecten a la totalidad de la provincia, pasará resoluciones, o tomará medidas, del Parlamento nacional, sin violar no obstante la autonomía de las comunidades y de la provincia. Sin interferir en la administración interna de las comunidades, asignará a cada una de ellas su aportación a la renta provincial o nacional, que será utilizada por la comunidad según decidan sus propios miembros. El Parlamento provincial ratificará o rechazará todas las políticas o medidas de la Administración *provincial* que, por supuesto, será elegida por sufragio universal. El *Tribunal provincial* (asimismo elegido por sufragio universal) zanjará sin

apelación todas las disputas entre comunidades e individuos, entre una comunidad y otra, entre comunidades y la Administración provincial o Parlamento. [De este modo los arreglos] no llevarán a una uniformidad inerte y descolorida, sino a una unidad viva y real, al enriquecimiento de la vida comunal. Se creará una unidad que reflejará las necesidades y aspiraciones de las comunidades; en suma, habremos alcanzado la libertad individual y colectiva. Esta unidad no se alcanzará por la *compulsión* o la violencia del poder provincial, porque hasta la verdad y la justicia impuestas de forma coercitiva conducen forzosamente a la falsedad y la iniquidad.

13. *La nación no debe ser otra cosa que una federación de provincias autónomas.* [Las relaciones de organización entre las provincias y la nación deben ser en general las mismas que entre las comunidades y la provincia —Nettlau.]

14. *Principios de la Federación Internacional.* La unión de naciones que forme la Federación Internacional estará basada en los principios enunciados anteriormente. Es probable, y muy deseable, que, cuando vuelva a sonar la hora de la Revolución Popular, todas las naciones se unan en fraternal solidaridad y forjen una alianza inalienable contra la coalición de naciones reaccionarias. Esta alianza será el germen de la futura Federación Universal de los Pueblos que, de ser posible, abarcará todo el mundo. La Federación Internacional de los Pueblos Revolucionarios, con un Parlamento, un Tribunal y un Comité ejecutivo internacional está naturalmente basada en los principios de la revolución. Aplicados a la política internacional, estos principios son:

a. Cada tierra, cada nación, cada pueblo, grande o pequeño, débil o fuerte, cada región, cada provincia y cada comunidad tiene el derecho absoluto a la autodeterminación, a hacer alianzas, unirse o separarse como quiera, prescindiendo de los así llamados derechos históricos y ambiciones políticas, comerciales o estratégicas de los Estados. La unidad de los elementos de la sociedad, para ser genuina,

fructífera y durable, debe ser absolutamente libre: sólo puede brotar de las necesidades internas y de las atracciones mutuas de las respectivas unidades de la sociedad. [...]

b. Abolición del supuesto derecho histórico y del horrible derecho a la conquista.

c. Rechazo absoluto de la política de grandeza, poder y gloria del Estado. Porque ésta es una forma de política que encierra a cada país en una fortaleza hecha sólo para sí misma, dejando afuera al resto de la humanidad, organizándose en un mundo cerrado, ajeno a toda solidaridad humana, extrayendo gloria y prosperidad del mal que puede hacer a los demás países. Un país dedicado a la conquista es necesariamente un país internamente esclavizado.

d. La gloria y la grandeza de una nación radican únicamente en el desarrollo de su humanidad. Su fortaleza y su vitalidad internas se miden por el grado de libertad alcanzado.

e. El bienestar y la libertad de las naciones y de los individuos están profundamente vinculados. En consecuencia, tiene que haber libertad de comercio, de intercambio y de comunicación entre los países federados, así como la abolición de fronteras, pasaportes y recargos aduaneros (tasas). Todo ciudadano de un país federado debe disfrutar de los mismos derechos y debe poder adquirir con facilidad la nacionalidad y los derechos políticos de todos los países que pertenecen a la misma federación. Si la libertad es el punto de arranque, se alcanzará necesariamente la unidad. Pero partir de la unidad para alcanzar la libertad es difícil si no imposible; aunque fuera posible, sólo puede lograrse destruyendo una «unidad» espuria, impuesta por la fuerza.

[...]

f. Ningún país federado mantendrá un ejército permanente ni cualquier institución que separe al soldado del civil. Los ejércitos permanentes y los soldados profesionales no sólo hacen brotar las rupturas internas, la brutalización y la ruina financiera, sino que constituyen también una ame-

naza para la independencia y el bienestar de las otras naciones. De ser necesario, todos los ciudadanos sanos deben tomar las armas para defender sus hogares y su libertad. La defensa militar de cada país y el equipamiento deben estar organizados a nivel local por la comunidad, o la provincia, algo similar a las milicias en Suiza o en los Estados Unidos de América *[circa* 1860-1867].

g. El Tribunal Internacional no tendrá otra función que la de zanjar, sin apelación, todas las disputas entre las naciones y sus respectivas provincias. Las diferencias entre dos países federados serán zanjadas, sin apelación, únicamente por el Parlamento Internacional, el cual, en nombre de toda la Federación revolucionaria, también formulará la política conjunta y declarará la guerra, cuando ésta no pueda evitarse, contra la coalición reaccionaria.

h. Ninguna nación federada declarará la guerra a otro país federado. Si hay guerra y el Tribunal Internacional pronuncia su decisión, el agresor debe someterse. Si esto no ocurre, las otras naciones federadas cortarán las relaciones con el agresor y, en caso de ataque por el mismo, se unirán para rechazar la invasión.

i. Todos los miembros de la Federación revolucionaria deben tomar parte activa en guerras aprobadas contra un Estado no federado. Si una nación federada declara una guerra injusta contra un Estado foráneo y en contra del consejo del Tribunal Internacional, se le notificará por adelantado que tendrá que hacerlo sola.

j. Se espera que todos los Estados federados dejarán con el tiempo el lujo extravagante de mantener distintos representantes diplomáticos ante Estados extranjeros para hablar en nombre de todos los Estados federados.

X. *Organización social.* Sin igualdad política no puede haber una auténtica libertad política. Pero la igualdad política sólo será posible cuando haya *igualdad económica y social.*

1. La igualdad no implica la nivelación de las diferencias individuales ni el que los individuos pasen a ser física.

moral y mentalmente idénticos. La diversidad de capacidades y potencialidades —esas diferencias entre razas, naciones, sexos, edades y personas—, lejos de constituir un mal social, reflejan por el contrario la riqueza de la humanidad. La igualdad económica y social significa la nivelación de la riqueza personal, pero sin restringir lo que un hombre pueda adquirir por su propia capacidad, energía productiva y economía.

2. La igualdad y la justicia exigen únicamente que la *sociedad esté organizada de tal modo que cada ser humano —desde su nacimiento, pasando por la adolescencia y la madurez— encuentre medios idénticos, primero para la manutención y educación y, más tarde, para el ejercicio de todas sus capacidades y aptitudes naturales.* Esta igualdad desde el nacimiento, que exige la justicia para todos, será imposible mientras siga existiendo el derecho de herencia.

[...]

4. *Abolición del derecho de herencia.* La desigualdad social —desigualdad de clases, privilegios y riquezas—, no por derecho sino de *hecho,* seguirá existiendo hasta que se acabe con el derecho de herencia. Es una ley social indiscutible el que la desigualdad de *facto* produce inexorablemente la desigualdad de derechos; la desigualdad social lleva a la desigualdad política. Y, sin igualdad política —en el sentido verdadero, universal y libertario, tal como la comprendemos—, la sociedad permanecerá siempre dividida en dos partes desiguales. La primera, que abarca la gran mayoría de la humanidad, las masas del pueblo, será oprimida por la minoría privilegiada, hoy minoritaria. *El derecho de herencia viola el principio de la libertad y debe ser abolido.*

[...]

6. Cuando la desigualdad resultante del derecho de herencia quede abolida, aún quedarán desigualdades [de bienestar] debido a los diversos caudales de energía y habilidad que poseen los individuos. Estas desigualdades jamás desaparecerán por completo, pero serán cada vez menores

ante el desarrollo de la educación y de la organización social igualitaria y, sobre todo, cuando el derecho de herencia ya no entorpezca a las futuras generaciones.

7. Siendo el trabajo la única fuente de bienestar, cada uno es libre de morirse de hambre o de vivir en los desiertos o los bosques entre las bestias salvajes, pero quien quiera vivir en sociedad debe ganarse la vida con su trabajo, o será tratado como un parásito que vive del trabajo de los demás.

8. El trabajo es la base de la dignidad y de la moral humanas. Porque sólo con el trabajo libre e inteligente, el hombre, superando su propia bestialidad, alcanzó su humanidad y el sentido de justicia, cambió su entorno y creó su propio mundo civilizado. El estigma que, en el mundo antiguo y feudal, está relacionado con el trabajo y que en gran medida aún existe pese a las frases hipócritas sobre la «dignidad del trabajo» —ese estúpido prejuicio contra el trabajo tiene dos fuentes: la primera es la convicción, tan característica del mundo antiguo, de que, para que una parte de la sociedad tuviera la oportunidad y los medios de humanizarse a través de la ciencia, las artes, la filosofía y el disfrute de los derechos humanos, otra parte de la sociedad, naturalmente más numerosa, debía estar condenada a trabajar en la esclavitud. Esta organización característica de la civilización antigua fue la causa de su caída.

La ciudad, corrompida, desorganizada, entregada, por un lado, a la pasividad de los ciudadanos privilegiados y minada, por otro, por la actividad imperceptible, aunque continua, del mundo desheredado de los esclavos, quienes, mediante el trabajo común, desarrollaron un sentido de mutuo apoyo y solidaridad contra la opresión, quedó aniquilada por las invasiones de los pueblos bárbaros.

La cristiandad, la religión de los esclavos, destruyó mucho más tarde las antiguas formas de esclavitud para crear otra nueva. El privilegio, basado en la desigualdad y el derecho de conquista, santificado por la gracia divina, volvió a dividir la sociedad en dos campos contrarios: la plebe y la

nobleza, los siervos y los amos. A éstos se les asignó la noble profesión de las armas y del gobierno; a los siervos, la maldición del trabajo forzado. Las mismas maldiciones están destinadas a crear los mismos efectos; la nobleza, debilitada y desmoralizada por una pereza corrupta, cayó en 1789 bajo los golpes de los siervos y trabajadores revolucionarios. La Revolución [francesa] proclamó la dignidad del trabajo y promulgó leyes acerca del derecho al trabajo. Pero todo quedó en leyes porque, de hecho, el trabajo siguió siendo esclavo. La primera fuente de degradación del trabajo, es decir, el principio de la desigualdad política de los hombres, quedó destruida por la Gran Revolución. En consecuencia, la degradación debía atribuirse a una segunda fuente que no es otra que la *división,* que todavía existe, *entre el trabajo manual y el intelectual,* que reproduce, bajo otra forma, la antigua desigualdad y divide al mundo en dos campos: *la minoría privilegiada,* privilegiada no por la ley, sino por el *capital,* y una *minoría de trabajadores,* ya no esclavos de la ley, sino del hambre.

La dignidad del trabajo está hoy teóricamente reconocida, y la opinión pública considera un oprobio el vivir sin trabajar. Pero esto no toca el fondo del problema. El trabajo humano todavía se divide, en general, en dos categorías exclusivas: la primera —principalmente intelectual y directiva— abarca a los científicos, los artistas, los ingenieros, los inventores, los contables, los pedagogos, los funcionarios del gobierno y sus élites subordinadas que hacen cumplir la disciplina laboral. La segunda está formada por la gran masa de trabajadores que no pueden tener ideas creativas ni inteligencia, y que, ciega y mecánicamente, llevan a cabo las órdenes de la élite intelectual-directiva. Esta división económica y social tiene consecuencias desastrosas para los miembros de las clases privilegiadas y de las masas del pueblo, así como para la prosperidad y para el desarrollo moral e intelectual de la sociedad en su conjunto.

Porque, gradualmente, una vida de lujos conduce a las

clases privilegiadas a una degeneración moral e intelectual. Es verdad que un cierto grado de renovación es absolutamente necesario para el desarrollo artístico, científico y mental del hombre; para el descanso creativo, tras el ejercicio saludable del trabajo cotidiano, bien ganado y que se proporciona socialmente a todos según la capacidad y las preferencias personales. La naturaleza humana está constituida de tal manera que la propensión al mal se intensifica siempre debido a circunstancias externas, y la moral del individuo depende mucho más de las condiciones de su existencia que de su propia voluntad. A este respecto, como en todos los demás, la ley de la solidaridad social es esencial: no puede haber otro factor moralizador para la sociedad o el individuo que la libertad en una igualdad absoluta. Tomad al demócrata más sincero y ponedlo en un trono; si no lo abandona de inmediato, se convertirá seguro en un bribón. Un aristócrata de nacimiento (si, por alguna feliz circunstancia, se avergüenza de su linaje aristocrático y renuncia a sus privilegios natales) anhelará pasadas glorias, aunque sea inútil hacerlo en el presente, y se opondrá apasionadamente a cualquier progreso futuro. Lo mismo le sucede al burgués: hijo mimado del capital y del ocio, gastará sus ratos libres con deshonestidad, corrupción y libertinaje o servirá como fuerza brutal para esclavizar a la clase obrera, la cual a la larga desencadenará contra él una revancha aún más horrible que la de 1793.

Los males que aquejan al obrero por la división del trabajo son mucho más fáciles de determinar: obligado a trabajar para otros, debido a que nace en la pobreza y la miseria, privado de toda educación racional y moralmente esclavizado por influencias religiosas, es catapultado a la vida, indefenso, sin iniciativa y sin propia voluntad. Llevado a la desesperación por la miseria, a veces se rebela, pero, al carecer del sentido de unidad con sus compañeros trabajadores y de ese espíritu iluminado del que depende el poder, es a menudo traicionado o vendido por sus dirigentes y, casi

nunca, se da cuenta de quién o qué es responsable de sus sufrimientos. Agotado por inútiles batallas, vuelve a caer en la antigua esclavitud.

Esta esclavitud perdurará hasta que el capitalismo sea derrocado por la acción colectiva de los trabajadores. Serán explotados mientras la educación (que, en una sociedad libre, estará al alcance de todos) sea derecho natal exclusivo de la clase privilegiada y mientras esta minoría monopolice el trabajo científico y directivo, y mientras el pueblo —reducido al estado de máquinas o bestias de carga— sea forzado a realizar los trabajos humillantes que le asignan sus explotadores. Esta degradación del trabajo humano constituye un grave mal que contamina las instituciones morales, intelectuales y políticas de la sociedad. La historia demuestra que una multitud inculta, cuya inteligencia natural ha quedado atrofiada y embrutecida por la monotonía mecánica del trabajo diario, y que anhela en vano el conocimiento, constituye una masa sin cabeza cuya *turbulencia* ciega amenaza la existencia de la misma sociedad.

La división artificial entre trabajo intelectual y manual debe dar paso a una nueva síntesis. Cuando el hombre de ciencias realice trabajos manuales y el trabajador manual realice trabajos intelectuales, la humanidad llevará a cabo una labor inteligente que la dignificará y la hará consciente de sus derechos.

9. *El trabajo inteligente y libre será necesariamente un trabajo colectivo.* Cada persona, por supuesto, será libre de trabajar sola o colectivamente. Pero no cabe duda de que, aparte el trabajo que sea mejor realizado por un individuo, todos preferirán el trabajo colectivo en las empresas industriales o hasta científicas. Porque la asociación multiplica espléndidamente la capacidad productiva de cada trabajador; en consecuencia, un miembro que coopere en una asociación productiva ganará más en menos tiempo. Cuando las asociaciones productivas libres (que incluirán a los miembros de las cooperativas y las organizaciones laborales) se organicen

voluntariamente según sus necesidades y sus habilidades específicas, trascenderán todos los límites nacionales y formarán una inmensa federación económica universal. Esta organización incluirá un Parlamento industrial al que las asociaciones aportarán estadísticas precisas, detalladas y a gran escala; al armonizar las existencias y la demanda, el Parlamento distribuirá y asignará la producción industrial mundial a las distintas naciones. Las crisis comerciales e industriales, el estancamiento (desempleo), el desgaste del capital, etcétera, dejarán de ser una plaga para la humanidad; la emancipación del trabajo humano regenerará al mundo.

10. La tierra y todos los recursos naturales son propiedad común de todos, pero sólo serán utilizados por aquellos que los cultiven con su propio esfuerzo. Sin expropiación, tan sólo con la poderosa presión de las asociaciones de trabajadores, el capital y los medios de producción caerán en manos de aquellos que producen la riqueza con su propio trabajo. [Bakunin quiere decir que la propiedad privada de la producción sólo será permitida si los propietarios realizan el trabajo sin emplear a nadie. Creía que la propiedad colectiva gradualmente reemplazaría a la privada.]

11. *Iguales derechos políticos, sociales y económicos para la mujer, e iguales obligaciones.*

12. Abolición, no de la familia natural, sino de la familia *legal,* basada en la propiedad y la ley. El matrimonio civil y religioso será reemplazado por el matrimonio *libre.* Los hombres y las mujeres adultos tienen el derecho de unirse y separarse como quieran; tampoco tiene la sociedad el derecho de obstaculizar su unión u obligarlos a mantenerla. Con la abolición del derecho de herencia y asegurada la educación de los niños por la sociedad, todas las razones legales para la irrevocabilidad del matrimonio deben desaparecer. La unión de un hombre y una mujer debe ser libre. Porque la libre elección es condición indispensable para la sinceridad moral. En el matrimonio, el hombre y la mujer deben

gozar de una completa libertad. Ni la violencia, ni la pasión, ni los derechos a los que se renunciaba en el pasado pueden justificar una violación de la libertad ajena y toda violación de este tipo será considerada un crimen.

13. Desde el momento del embarazo hasta el parto, la mujer y sus hijos deben recibir asistencia gratuita por parte de la organización comunitaria. Las mujeres que deseen criar a sus hijos también recibirán asistencia.

14. Los padres tendrán derecho a cuidar y orientar la educación de sus hijos bajo el control último de la comunidad que se reserva el derecho y la obligación de quitar los hijos a aquellos padres que, por su ejemplo, trato cruel o inhumano, desmoralicen o perjudiquen el desarrollo físico y mental de sus hijos.

15. Los niños no pertenecen ni a sus padres ni a la sociedad. Se pertenecen a sí mismos y a su propia futura libertad. Hasta tener la edad suficiente para ocuparse de sí mismos, los niños deben criarse según la orientación de sus mayores. Sus padres son de hecho, los tutores naturales, pero debido a que el futuro de la misma comunidad depende de la formación moral e intelectual de los niños, es *la comunidad la que debe ser su tutora.* La libertad de los adultos sólo es posible cuando la sociedad libre se ocupa de la educación de los menores.

16. *La escuela laica debe reemplazar a la Iglesia,* con la diferencia de que, mientras el adoctrinamiento religioso perpetúa la superstición y la autoridad divina, el único propósito de la educación pública secular es la iniciación gradual y progresiva de los niños a la libertad por medio del triple desarrollo de su fortaleza física, su mente y su voluntad. La razón, la verdad, la justicia, el respeto por sus semejantes, el sentido de dignidad personal, que es inseparable de la dignidad de los demás, el amor a la libertad personal y la libertad de todos, la convicción de que el trabajo es la base y la condición de los derechos: éstos deben ser los principios fundamentales de toda educación pública. La educación

debe, ante todo, hacer de esos niños hombres conscientes de los valores propios del ser humano y, después, entrenarlos para los trabajos especializados. A medida que los niños crezcan, la autoridad dará lugar a siempre mayor libertad, de modo que, cuando llegue a la adolescencia, sea completamente libre y se olvide de que, en la infancia, tuvo que someterse inevitablemente a una autoridad. El respeto al valor humano, germen de la libertad, debe estar siempre presente en el momento en que los niños estén siendo severamente disciplinados. La esencia de toda educación moral es la siguiente: inculcar a los niños el respeto por la humanidad para hacer de ellos hombres buenos...

17. Habiendo alcanzado la madurez, el adolescente será considerado independiente y autónomo para actuar como quiera. A cambio, la sociedad esperará que cumpla únicamente estas tres obligaciones: que permanezca *libre,* que *viva de su propio trabajo* y que *respete la libertad de los demás.* Si los crímenes que asolan la sociedad contemporánea se deben a la mala organización de la sociedad, seguro que, en una sociedad basada en la razón, la justicia, la libertad, el respeto por la humanidad y una igualdad completa, la buena voluntad prevalecerá y el mal será una excepción que disminuirá, y más aún ante la influencia persuasiva de una opinión pública humanizada y sabia.

18. Los ancianos y los enfermos disfrutarán de todos los derechos políticos y sociales y serán mantenidos generosamente por la sociedad.

XI. *Política revolucionaria.* Estamos profundamente convencidos de que, si la libertad de todas las naciones es indivisible, las revoluciones nacionales deben ser internacionales en su alcance. Así como *la reacción europea y mundial está unificada,* ya no debe haber *revoluciones aisladas,* sino *revoluciones universales.* En consecuencia, todos los intereses particulares, las vanidades, las pretensiones, los celos y las hostilidades entre las naciones deben ahora transformarse en el *interés unificado, común y universal de la revolución, única*

*manera de asegurar la libertad y la independencia de cada nación mediante la solidaridad de todos.* Asimismo creemos que la alianza sagrada de la contrarrevolución mundial y la conspiración de los reyes, el clero, los nobles y la burguesía, que goza de presupuestos ilimitados, de ejércitos permanentes y de formidables burocracias y que está formada de todos los monstruosos aparatos de los Estados modernos centralizados, constituyen una fuerza abrumadora; así pues, esta formidable coalición reaccionaria sólo puede ser destruida con el mayor poder de la *alianza revolucionaria simultánea y la acción de todos los pueblos del mundo civilizado;* contra esta reacción *la revolución aislada de un solo pueblo nunca tendrá éxito.* Semejante revolución sería una locura, una catástrofe para el país aislado y, en efecto, constituiría un crimen contra todas las demás naciones. De todo ello se desprende que el levantamiento de un solo pueblo no debe tener un objetivo particular, sino el de todo el mundo. Esto exige un programa mundial, tan grande, tan profundo, tan auténtico, tan humano que abarque los intereses de todo el mundo. Y, a fin de canalizar las pasiones de todas las masas populares de Europa, prescindiendo de la nacionalidad, *este programa sólo puede ser el programa de la revolución social y democrática.*

Expresados de forma sucinta, los objetivos de la *revolución social y democrática* son: políticamente, la abolición de los derechos históricos de los Estados, los derechos de conquista y los derechos diplomáticos [ley internacional estatal. S. D.] Tiene como objetivo la emancipación total de los individuos y las asociaciones de los yugos divinos y humanos; busca la destrucción absoluta de todas las uniones compulsorias y de todas las aglomeraciones de comunidades en provincias y países conquistados por el Estado, incluyendo las instituciones militares, burocráticas, gubernamentales, administrativas, judiciales y legislativas. La revolución, en suma, tiene este objetivo: *libertad para todos, para los individuos y las corporaciones colectivas, las asociaciones, las comunida-*

*des, las provincias, las regiones y las naciones, así como la mutua garantía de esta libertad por la Federación.*

Socialmente, *busca la asimilación de la igualdad política a la igualdad económica.* Esto no significa la erradicación de las diferencias naturales de los individuos, sino la igualdad en *los derechos sociales de cada individuo desde el nacimiento,* en particular, medios iguales de subsistencia, mantenimiento, educación y oportunidades para cada niño o niña hasta la madurez, y recursos y facilidades iguales para crear su propio bienestar con su propio trabajo.

# 1866
# Catecismo nacional

Los catecismos nacionales de diferentes países pueden diferir en puntos secundarios, pero ciertos puntos fundamentales deben ser aceptados por todas las organizaciones nacionales de todos los países como base de sus respectivos catecismos. Estos puntos son:

1. Es absolutamente necesario, para cualquier país que desee participar en las federaciones libres de los pueblos, que reemplace sus organizaciones centralistas, burocráticas y militares por una organización federal basada únicamente en la libertad y la autonomía absolutas de las regiones, provincias, comunidades, asociaciones e individuos. Esta federación operará con funcionarios elegidos directamente y responsables ante el pueblo; no será una nación organizada de arriba abajo, o desde el centro a la circunferencia. Al rechazar el principio de una unidad impuesta y regimentada, será dirigida de abajo arriba, de la circunferencia al centro, según los principios de la federación libre. Sus individuos libres formarán asociaciones voluntarias, sus asociaciones formarán comunidades autónomas; sus comunidades, provincias autónomas; sus provincias, las regiones, y las regiones se federarán libremente en países que a su vez, tarde o temprano, crearán la federación mundial.

2. Reconocimiento del derecho absoluto de cada individuo, comuna, asociación, provincia, región y nación a separarse de cualquier cuerpo al que esté asociado. [Bakunin creía que la asociación voluntaria, impelida por necesidades comunes, sería más durable que la unidad compulsoria impuesta desde arriba. La unidad voluntaria, dice Bakunin, «entonces será verdaderamente fuerte, fecunda e indisoluble». S. D.]

3. La imposibilidad de libertad política sin igualdad política. La libertad política y la igualdad son imposibles sin igualdad económica y social.

*Necesidad de la Revolución Social*

La extensión y profundidad de la revolución diferirán más o menos en cada país según la situación política y social y el nivel del desarrollo revolucionario. No obstante, hay *ciertos principios* que hoy pueden atraer y llevar las masas a la acción, prescindiendo de su nacionalidad o de las condiciones de su civilización. Estos principios son:

1. La tierra es la propiedad común de la sociedad. Pero sus frutos y su uso sólo estarán disponibles para aquellos que la cultiven con su propio esfuerzo; así pues, el alquiler de la tierra debe ser abolido.

2. Ya que toda la riqueza social es producida por el trabajo, aquel que consuma sin trabajar, siendo capaz de hacerlo, es un ladrón.

3. Únicamente la gente honesta debe tener acceso a los derechos políticos. Esos derechos sólo deben pertenecer a los trabajadores...

4. Hoy ninguna revolución puede tener éxito en un país si no es al mismo tiempo una revolución social y política. Toda revolución exclusivamente política —ya sea en defensa de la independencia nacional o para un cambio inter-

no, o hasta para el establecimiento de una república— que no tenga como objetivo la emancipación inmediata y real política y económica del pueblo será una falsa revolución. Sus objetivos serán imposibles de lograr y sus consecuencias serán reaccionarias.

5. La Revolución no debe hacerse *para* el pueblo sino *por* el pueblo y jamás puede triunfar si no compromete entusiásticamente a todas las masas populares, es decir, tanto en la zona rural como en las ciudades.

6. Organizada por la idea y la identidad de un programa común para todos los países, coordinada por una organización secreta que no reúna a unos pocos, sino a todos los países en un único plan de acción; unificada, además, por los levantamientos revolucionarios simultáneos en la mayoría de las zonas rurales así como en las ciudades, la Revolución desde el principio asumirá y conservará un carácter *local*. Y todo ello, no en el sentido de que se origine con una preponderancia de las fuerzas revolucionarias de un país que se expande, o se concentra desde un único lugar o centro, ni tome jamás el carácter de una expedición burguesa casi revolucionaria al estilo imperial romano [es decir, enviando comisarios dictatoriales para imponer la «línea del partido»]. Por el contrario, la Revolución estallará en todas las zonas de un país. Sólo entonces será una verdadera revolución popular que comprometerá a todos —hombres, mujeres y niños— y eso es lo que hará invencible a la Revolución.

7. Al principio (cuando el pueblo, por razones justas, se vuelva espontáneamente contra sus verdugos), la Revolución será probablemente sangrienta y vengativa. Pero esta fase no durará mucho y jamás [degenerará en] un terrorismo frío y sistemático. [...] Será una guerra no contra individuos particulares, sino fundamentalmente contra las instituciones antisociales de las que dependen su poder y sus privilegios.

8. En consecuencia, la Revolución empezará destruyendo, sobre todo, todas las instituciones y todas las organiza-

ciones, iglesias, parlamentos, tribunales, administraciones, bancos, universidades, etcétera, que contribuyen a la vida del Estado. El Estado debe ser abolido por completo y declarado en bancarrota, no sólo financieramente, sino aún más política, burocrática y militarmente (incluo su fuerza policial). Al mismo tiempo, la gente en las comunas rurales así como en las ciudades confiscará, en beneficio de la Revolución, toda la propiedad estatal. Asimismo confiscará toda propiedad que pertenezca a reaccionarios y quemará toda documentación de propiedad y deudas, declarando nulo todo documento civil, criminal, judicial y oficial. De esta manera se hace la Revolución Social; una vez que los enemigos de la Revolución estén privados de todos sus recursos, ya no será necesario recurrir a medidas sangrientas contra ellos. Además, el empleo innecesario de semejantes medidas desafortunadas suelen llevar inevitablemente a la más horrible y formidable reacción.

9. Una vez que la Revolución esté localizada, asumirá necesariamente un *carácter federalista.* De ese modo, después del derrocamiento del gobierno establecido, las comunas deben reorganizarse de una forma revolucionaria, eligiendo tribunales y administradores revolucionarios sobre la base del sufragio universal y del principio de que todos los oficiales deben ser responsables, directa y efectivamente, ante el pueblo.

10. A fin de prepararse para esta revolución, será necesario conspirar y organizar una fuerte asociación secreta coordinada por el núcleo internacional. [Véase el «Programa de la Hermandad Internacional».]

# 1867
# Federalismo, socialismo y antiteologismo

*«Federalismo, socialismo y antiteologismo»*[7] *fue presentado como una «Propuesta razonable al Comité Central de la Liga por la paz y la Libertad, por M. Bakunin, Ginebra». La Liga era una organización internacional burguesa y pacifista fundada en septiembre de 1867 para evitar una guerra entre Prusia y Francia por Luxemburgo y que parecía que asolaría a Europa. Entre los patrocinadores de la Liga estaban Víctor Hugo, Garibaldi, John Stuart Mill y otros prominentes personajes. En el primer congreso celebrado en Ginebra, Bakunin pronunció un largo discurso. El texto se perdió o fue destruido, y Bakunin escribió este trabajo en forma de discurso, nunca terminado, como la mayoría de sus obras. Estaba dividido en tres partes. La primera y segunda partes, que están a continuación, tratan del federalismo y del socialismo, respectivamente; la tercera parte, sobre «antiteologismo», se omite aquí salvo una breve diatriba contra la teoría del Estado de Rousseau. Bakunin analiza la doctrina del contrato social de Rousseau, hace distinciones entre Estado y sociedad y discute las relaciones entre el individuo y la comunidad, y la naturaleza del hombre en general.*

*Como se señala en los «Apuntes biográficos», Bakunin no se hacía ilusiones respecto al potencial revolucionario de la Liga, sino que esperaba influenciar a tantos miembros como fuera posible y*

7. Bakunin, *Oeuvres*, París, Stock, 1895, vol. I, págs. 14-35.

*propagar sus principios. A fin de no alinear a los miembros, Bakunin moderó a propósito su lenguaje, pero no sus ideas. Si bien el Comité Central de la Liga aceptó la tesis de Bakunin, el congreso la rechazó, y Bakunin y sus seguidores renunciaron en 1868.*

*«Federalismo, socialismo y antiteologismo» difiere del* Catecismo *en algunos puntos importantes. Mientras el* Catecismo *es fundamentalmente un programa de acción basado en las principales ideas de Bakunin, «Federalismo» es una obra de importancia teórica en la que se analizan muchos conceptos apenas mencionados en el* Catecismo. *Bakunin introduce la idea de una etapa de transición en la cual la realización completa del socialismo «será sin duda una labor de siglos» que la historia ha puesto en la agenda y que «nosotros no podemos darnos el lujo de ignorar». También confirma su «protesta contra cualquier cosa que de algún modo se parezca al comunismo o socialismo estatal». La concepción de Bakunin de unos* Estados Unidos de Europa *(el objetivo de la Liga y el título de su publicación oficial), lejos de constituir un apoyo al Estado, hace que la existencia de cualquier Estado, en el sentido del vocablo, sea imposible. Rechaza la idea de la soberanía estatal como un «intento de organización social carente de la más completa libertad para individuos y asociaciones». Asimismo Bakunin formuló ideas sobre la naturaleza del hombre y la relación del individuo con la sociedad que sólo se mencionan en el* Catecismo, *pero luego son más elaboradas en escritos posteriores. El elogio proporcionado que Bakunin hace algunas veces de la democracia norteamericana en los Estados del norte puede justificarse en parte por ignorancia, pero en gran parte por la apasionada simpatía que sentía por el Norte en la guerra civil.*

*Federalismo*

Nos alegra poder informar que el principio del federalismo ha sido aclamado unánimemente por el Congreso de Ginebra. [...] Por desgracia, este principio ha sido pobremente formulado en las resoluciones del congreso. Ni siquiera ha

sido mencionado salvo indirectamente..., mientras que, en nuestra opinión, tendría que haber ocupado un lugar de privilegio en nuestra declaración de principios.

Se trata de un vacío lamentable que debemos apresurarnos a llenar. Según el sentido unánime del Congreso de Ginebra, debemos proclamar:

1. Que hay un solo camino para llegar al triunfo de la libertad, la justicia y la paz en las relaciones internacionales de Europa, hacer imposible la guerra civil entre los diferentes pueblos que conforman la familia europea; y ese camino es la formación de unos *Estados Unidos de Europa.*

2. Que dichos Estados Unidos de Europa jamás pueden formarse a partir de los Estados tal tomo ahora están constituidos, considerando la monstruosa desigualdad que existe entre sus respectivas fuerzas.

3. Que el ejemplo de la ahora difunta Confederación Germana ha probado una vez y para siempre que una confederación de monarquías es una farsa, indefensa para garantizar ni la paz ni la libertad de las poblaciones.

4. Que ningún Estado centralizado, al ser necesariamente burocrático y militarista, aun cuando se denominara a sí mismo República, será capaz de entrar a formar parte de una confederación internacional con firme resolución y buena fe. Su misma constitución, que suele siempre ser una negación directa o solapada de la libertad permanente, continuaría necesariamente siendo una declaración de guerra constante, una amenaza a la existencia de sus vecinos. Ya que el Estado está esencialmente fundado en un acto de violencia, de conquista, lo que en la vida privada se denomina atraco —un acto bendecido por todas las religiones institucionalizadas, eventualmente consagrado por el tiempo hasta que incluso es considerado un derecho histórico— y apoyado por esa consagración divina de la violencia triunfante como un acto supremo y exclusivo, todo Estado centralizado representa, por lo tanto, una negación absoluta de los derechos de todos los demás Estados; y aunque los reconoz-

ca en tratados, puede acabar con ellos en aras de sus propios intereses.

5. Por lo tanto, todos los miembros de la Liga deben dedicar todo su esfuerzo a constituir en sus respectivos países y a fin de reemplazar la antigua constitución —fundada de arriba abajo y basada en la violencia y el principio de la autoridad—, una nueva organización basada únicamente en los intereses, las necesidades y las preferencias naturales de sus poblaciones —sin otro principio que el de una federación libre de individuos en comunas, de comunas en provincias,[8] de provincias en naciones y, por último, de naciones en Estados Unidos de Europa primero y, eventualmente, del mundo entero.

6. En consecuencia, el abandono absoluto de todo lo que se denomina el derecho histórico del Estado; todas las

8. El ilustre patriarca italiano Guiseppe Mazzini, cuyo ideal de una república no es otro que el de la República francesa de 1793 remodelado según las tradiciones poéticas de Dante y las ambiciosas reminiscencias de la antigua Roma como soberana del mundo, más tarde revisada y reexaminada y corregida para corresponder a una nueva teología, mitad racional y mitad mística —este patriarca eminente y ambicioso, tan fervoroso y siempre tan arbitrario en sus opiniones—, siempre prefirió, pese a sus esfuerzos por elevarse a alturas de justicia internacional, la grandeza y el poderío de su país antes que el verdadero bienestar y libertad de su pueblo; Mazzini siempre ha sido un duro enemigo de la autonomía de las provincias, que naturalmente interferiría con su gran Estado italiano. Afirma que la autonomía de las comunas sería suficiente para contrarrestar la omnipotencia de la república sólidamente constituida. Está equivocado. Ninguna comuna aislada podría resistir el poder de esta formidable centralización; sería aplastada por la misma. A fin de no sucumbir en esta lucha, la comuna tendría que federarse, con propósitos de resistencia conjunta, con todas las comunas vecinas; tendría que formar una provincia autónoma con ellas. Asimismo, si las provincias no son completamente autónomas, tendrán que ser gobernadas por funcionarios del Estado. No existe un camino intermedio entre un federalismo rigurosamente organizado y un régimen burocrático. De este modo, se desprende que la república que desea Mazzini sería burocrática y por ende, un Estado militar, fundado con el objeto de tener poder externo y no de tender a una justicia internacional o una libertad externa. En 1793, bajo el Terror, las comunas de París fueron reconocidas como autónomas, lo que no previno que las aplastasen los revolucionarios de la Convención, o más bien, el despotismo de la Comuna de París, que luego Napoleón heredó naturalmente. [Nota de Bakunin.]

cuestiones relacionadas con las fronteras naturales, políticas, estratégicas y comerciales serán por tanto consideradas como pertenecientes a la historia antigua y serán rechazadas enérgicamente por todos los miembros de la Liga.

7. Reconocimiento del derecho absoluto de cada nación, grande o pequeña, débil o fuerte, de cada provincia, de cada comuna, a la autonomía completa, siempre que su constitución interna no represente una amenaza o un peligro para la autonomía y la libertad de los países vecinos.

8. El hecho de que un país haya formado parte de un Estado, aun cuando haya entrado libremente en ese Estado y por su propia voluntad, no crea una obligación para que ese país permanezca vinculado a él para siempre. La justicia humana no puede aceptar ninguna obligación perpetua; y ésa es la única justicia que puede tener autoridad para nosotros, y jamás reconoceremos otros derechos o deberes que no estén fundados en la libertad. El derecho de libre unión y de secesión igualmente libre es el primero y el más importante de los derechos políticos, el derecho sin el cual la federación jamás sería otra cosa que una centralización simulada.

9. De todo lo que se ha dicho, se colige que la Liga debe prohibir abiertamente cualquier alianza de cualquier facción nacional de la democracia europea con un Estado monárquico, incluso si el objetivo de dicha alianza fuera recuperar la independencia y la libertad de un país oprimido. Semejante alianza sólo puede llevar a la desilusión y al mismo tiempo sería una traición a la Revolución.

10. Por otro lado, la Liga, precisamente porque *es* la Liga por la Paz y la Libertad y porque está convencida de que la paz sólo puede ser conquistada —y fundada en ella— por la solidaridad más íntima y completa de los pueblos en justicia y en libertad, debe proclamar abiertamente su simpatía por cualquier insurrección nacional, ya sea extranjera o nativa, siempre que esta insurrección esté hecha en nombre de nuestros principios y en los intereses políticos y eco-

nómicos de las masas, pero no para intentar de forma ambiciosa formar un Estado poderoso.

11. La Liga combatirá de manera incesante todo lo que se denomine gloria, grandeza y poder de los Estados... Se opondrá a todos esos ídolos malévolos y falsos por los que se han sacrificado millones de víctimas humanas; en aras de la inteligencia humana, manifestada en la ciencia, la prosperidad universal fundada en el trabajo, la justicia y la libertad.

12. La Liga reconocerá la *nacionalidad* como un hecho natural que tiene el derecho inalienable a una existencia y a un desarrollo libres, pero no como un principio, ya que todo principio debe tener el poder de la universalidad, mientras que la nacionalidad, un hecho de tendencia exclusivista, separa. El llamado *principio de la nacionalidad,* tal como ha sido formulado en nuestro tiempo por los gobiernos de Francia, Rusia, Prusia e incluso por numerosos patriotas alemanes, polacos, italianos y húngaros, es una mera noción derivada, producto de la reacción contra el espíritu de la Revolución. Es aristocrático hasta el punto de despreciar los dialectos populares que hablan los pueblos analfabetos, implícitamente niega la libertad de las provincias y la verdadera autonomía de las comunas. En todos los países, el apoyo que tiene no proviene de las masas, cuyos reales intereses siempre sacrifica en nombre del llamado bien común, que siempre es el bien de las clases privilegiadas. No expresa otra cosa que los supuestos derechos históricos y las ambiciones de los Estados. En consecuencia, el derecho a la nacionalidad jamás puede ser considerado por la Liga más que como una consecuencia natural del principio supremo de la libertad; deja de ser un derecho en el momento en que toma una posición contra la libertad o incluso fuera de la libertad.

13. La unidad es el gran objetivo hacia el que se mueve la humanidad de forma irresistible. Pero se vuelve mortal, destructiva de la inteligencia, la dignidad y el bienestar de los individuos y los pueblos cuando está fundada sin respeto

por la libertad, ya sea por medios violentos o bajo la autoridad de cualquier idea teológica, metafísica, política o hasta económica. Ese patriotismo, que tiende a la unidad sin respetar la libertad, es un patriotismo siniestro, siempre desastroso para los intereses reales y populares del país al que pretende exaltar y servir. A menudo, sin deseo de serlo, es amigo de la reacción; es decir, del enemigo de la Revolución, de la emancipación de las naciones y los hombres. La Liga sólo puede reconocer una unidad, la que está libremente constituida por la federación de las partes autónomas dentro del todo; de este modo, el todo, dejando de ser la negación de los intereses y derechos privados, dejando de ser la fosa donde se entierran todas las prosperidades locales, se convierte en la confirmación y la fuente de todas estas autonomías y de todas estas prosperidades. En consecuencia, la Liga atacará vigorosamente cualquier organización religiosa, política o económica que no esté enteramente motivada por este gran principio de la libertad; careciendo de él, no hay inteligencia ni justicia ni prosperidad ni humanidad.

Tales son, caballeros de la Liga por la Paz y la Libertad, como los vemos nosotros y sin duda como los ven ustedes, los desarrollos y las consecuencias naturales de este gran principio de federalismo que ha proclamado el Congreso de Ginebra. Tales son las condiciones absolutas para la paz y para la libertad.

Absolutas, sí, pero ¿son acaso las únicas condiciones? Pensamos que no.

Los estados sureños de la gran Confederación Republicana de Norteamérica, desde la Declaración de Independencia de los estados republicanos, han sido democráticos por excelencia[9] y federalistas hasta el punto de desear la

9. Es un hecho harto conocido que, en Estados Unidos, son los partidarios de los intereses del sur contra los del norte, es decir, de la esclavitud contra la emancipación de los esclavos, los que se denominan exclusivamente «demócratas». [Nota de Bakunin.]

secesión. No obstante, se han ganado la condena de todos los amigos de la libertad y la humanidad en el mundo, y con la guerra deshonrosa e inicua que fomentaron contra los estados republicanos del norte [la guerra civil], casi derrocaron y destruyeron la mejor organización política que jamás haya existido en la historia. ¿Cuál pudo haber sido la causa de un acontecimiento tan extraño? ¿Fue una causa política? No, se trató de una causa social enteramente. La organización política interna de los estados del sur, en ciertos aspectos, fue incluso más libre que la de los estados del norte. Sólo sucedió que en esta magnífica organización de los Estados del sur había un punto oscuro, tal como había habido un punto oscuro en las repúblicas de la Antigüedad: la libertad de sus ciudadanos estaba fundada en el trabajo forzado de los esclavos. Esto fue suficiente para terminar con toda la existencia de esos estados.

Ciudadanos y esclavos: tal fue el antagonismo en el mundo antiguo así como en los estados esclavistas del nuevo mundo. Ciudadanos y esclavos, es decir, trabajadores forzados, esclavos no *de jure,* sino *de facto*; tal es el antagonismo en el mundo moderno. Y, al igual que los Estados antiguos desaparecieron con la esclavitud, los Estados modernos desaparecerán con el proletariado.

Es inútil que tratemos de consolarnos con la idea de que es un antagonismo más ficticio que real, o de que es imposible establecer una línea de demarcación entre las clases poseedoras y desposeídas, ya que estas dos clases se funden a través de muchos niveles intermedios e imperceptibles. En el mundo de la naturaleza, tampoco existen esas líneas de demarcación; en la escala ascendente de la vida, por ejemplo, es imposible indicar el punto en que termina el reino vegetal y empieza el animal, dónde termina la bestialidad y empieza el hombre. Sin embargo, hay una existencia cierta entre planta y animal, entre animal y hombre. Del mismo modo en la sociedad humana, pese a los estadios intermedios que actúan como transiciones imperceptibles en-

tre un tipo de vida política y social y otro, la diferencia entre clases es de cualquier modo fuertemente marcada. Cualquiera puede distinguir la aristocracia de noble cuna de la aristocracia financiera, la alta burguesía de la pequeña burguesía, esta última del proletariado en las fábricas y ciudades, así como se puede distinguir al gran terrateniente, el hombre que vive de su renta, del propietario campesino que labra su tierra, o al granjero del peón agrícola que no posee tierras.

Todas estas variaciones de la vida política y social pueden hoy ser reducidas a dos categorías principales, diametralmente opuestas, y que son enemigas naturales: las *clases políticas,* es decir, las *clases privilegiadas* que constituyen todos aquellos cuyos privilegios provienen de la tierra y el capital, o simplemente de una educación burguesa,[10] y las *clases trabajadoras* desposeídas, carentes de capital y tierra, y hasta de enseñanza elemental.

Se tendría que ser un sofista para negar la existencia del abismo que separa hoy a estas dos clases. Como en el mundo antiguo, nuestra civilización moderna, que contiene una minoría bastante limitada de ciudadanos privilegiados, está basada en el trabajo forzado (forzado por el hambre) de la inmensa mayoría de la población, fatalmente condenada a la ignorancia y la brutalidad.

Asimismo es inútil que tratemos de convencernos de que el abismo puede ser salvado por la simple difusión del conocimiento entre las masas. Está muy bien abrir escuelas entre las masas. Está muy bien organizar escuelas para el pueblo. Pero también debemos cuestionar si el hombre del pueblo, alimentando a su familia con el trabajo cotidiano de sus manos, él mismo privado de la educación más elemental

10. Una educación semejante, apoyada por la solidaridad que vincula a todos los miembros del mundo burgués, asegura a todo el que la ha obtenido una remuneración enormemente privilegiada por su trabajo. La tarea más común realizada por el burgués se paga dos o tres veces más de lo que recibe el obrero más inteligente. (Nota de Bakunin.)

y del ocio, anonadado y embrutecido por su trabajo, debemos cuestionar, decíamos, si este hombre tiene la idea, el deseo, o incluso la posibilidad de enviar a sus hijos a la escuela y mantenerlos durante el período de su educación. ¿Acaso no necesita la ayuda de las manos débiles de sus hijos, de su trabajo infantil, para satisfacer todas las necesidades de la familia? Ya le supone mucho sacrificio enviarlos a la escuela a uno o a dos de ellos, darles apenas un poco de tiempo para aprender un poco de lectura, escritura y aritmética y dejar que sus corazones y sus cabezas se contaminen con el catecismo cristiano que está siendo distribuido deliberada y profusamente en las escuelas públicas de todos los países. ¿Tendría éxito alguna vez esta lastimera pizca de educación para elevar a las masas trabajadoras al nivel de la inteligencia burguesa? ¿Eliminaría el abismo?

Obviamente esta cuestión vital de la enseñanza primaria y la educación superior para el pueblo depende de la solución del problema, difícil en sí, de la reforma radical de las actuales condiciones económicas de la clase trabajadora. Mejoren las condiciones de trabajo, y en consecuencia, den seguridad, comodidades y descanso al pueblo. Entonces, créanme, las masas se educarían a sí mismas y crearían una civilización más amplia, más sana y superior que la actual.

Asimismo es inútil que digamos, con los economistas, que las mejoras en la situación económica de las clases trabajadoras dependen del progreso general de la industria y del comercio en cada país, y que su completa emancipación depende de la supervisión y protección del Estado. La libertad de la industria y del comercio es de hecho algo importante y representa una de las bases esenciales de la futura alianza internacional de todos los pueblos del mundo. Así como amamos la libertad, toda clase de libertades, también debemos amar a ésta. No obstante, por otro lado, debemos reconocer que, mientras existan los actuales Estados y mientras el trabajo siga siendo el esclavo de la propiedad y del capital, esta libertad especial, si bien enriquece a una por-

ción de la burguesía en detrimento de la inmensa mayoría, sólo produce un beneficio: debilita y desmoraliza el número reducido de privilegiados al mismo tiempo que aumenta la miseria, los padecimientos y la justa indignación de la masa trabajadora y, en consecuencia, apresura la hora de la destrucción de los Estados.

Inglaterra, Bélgica, Francia y Alemania son aquellos países europeos en los que el comercio y la industria disfrutan en proporción de una mayor libertad y han alcanzado el máximo grado de desarrollo. Y es precisamente en esos países donde la pobreza se siente de forma más cruel, donde el abismo entre el capitalista y el propietario, por un lado, y la clase trabajadora por otro, se ha ensanchado hasta un grado desconocido en cualquier otro sitio. En Rusia, en los países escandinavos, en Italia, en España, donde el comercio y la industria han tenido únicamente un débil desarrollo, la gente rara vez muere de hambre, salvo en casos de catástrofes extraordinarias. En Inglaterra, la muerte por hambre es algo que ocurre cada día. Tampoco se trata de casos aislados; mueren decenas y centenares de miles de personas. ¿No es acaso evidente que en las condiciones económicas que hoy día prevalecen en el mundo civilizado —el libre desarrollo del comercio y la industria, la maravillosa utilización de la ciencia en la producción, incluso las maquinarias para emancipar al trabajador facilitándole su tarea—, todos estos inventos, este progreso del cual el hombre civilizado está justificadamente orgulloso, lejos de aliviar la situación de las clases trabajadoras, sólo la empeora y la vuelve menos soportable.

Sólo Norteamérica es todavía en gran parte una excepción a esta regla. Sin embargo, lejos de desacreditar esta regla, sirve en realidad para confirmarla. Si los trabajadores de ese país están mejor pagados que en Europa, si nadie se muere de hambre y si, al mismo tiempo, allí apenas existe el antagonismo de clases, si todos sus trabajadores son ciudadanos y si la masa de sus ciudadanos constituye verdadera-

mente un único cuerpo político, y si una buena educación primaria e incluso superior ha penetrado en las masas, sin duda se debe atribuir en gran parte al tradicional espíritu de libertad que los primeros colonizadores llevaron con ellos de Inglaterra. Aumentado, probado, fortalecido en las grandes luchas religiosas, el principio de la independencia individual y del *autogobierno* comunal y provincial fue aún más favorecido por la rara circunstancia de que, una vez trasplantado a un mundo salvaje, liberado, por así decirlo, de las obsesiones del pasado, pudo crear un nuevo mundo: el mundo de la libertad. Y la libertad es tan mágica, tan dotada del maravilloso poder de la productividad, que, únicamente con su inspiración, Norteamérica fue capaz en menos de un siglo de igualar e incluso de superar la civilización europea. Pero no nos engañemos: este maravilloso progreso y esta prosperidad tan envidiable se deben en gran parte a una importante ventaja que posee América en común con Rusia: sus inmensas riquezas de tierra fértil que aún hoy permanecen sin cultivar por carencia de mano de obra. Esta gran riqueza territorial ha sido hasta ahora desaprovechada en Rusia porque nosotros allí nunca hemos tenido libertad. Ha sido distinto en Norteamérica; ofreciendo una libertad como no existe en ninguna otra parte, cada año atrae a cientos de miles de colonos inteligentes, trabajadores y activos a quienes está en situación de poder admitir debido a su riqueza. De ese modo evita la pobreza y al mismo tiempo retrasa la hora en que se plantee la cuestión social. Un trabajador que no encuentra trabajo o está insatisfecho con el salario que le ofrece el capital, siempre como último recurso puede abrirse paso en el lejano oeste y ponerse a preparar una porción de tierra para su cultivo en las inmensidades.

Ya que esta posibilidad está siempre abierta a todos los trabajadores de América, naturalmente mantiene altos los salarios y les permite a todos disfrutar de una independencia desconocida en Europa. Esa es la ventaja, pero también hay una desventaja. Como los buenos precios de los bienes in-

dustriales se deben mucho a buenos salarios que recibe el trabajo, los fabricantes americanos no están en situación de competir en la mayoría de los casos con los fabricantes europeos. El resultado es que a la industria de los estados del norte le resulta necesario imponer una tarifa proteccionista. No obstante, esto origina en principio la creación de una serie de industrias artificiales, en especial, la opresión y la ruina de los estados sureños no industrializados, lo que les hace pedir la secesión. Por último, el resultado es la superpoblación en ciudades como Nueva York, Filadelfia, Boston y otras de masas de trabajadores que gradualmente empiezan a encontrarse en una situación análoga a la de los obreros en los grandes Estados industriales de Europa. Y de hecho, ahora vemos la cuestión social acuciando a los estados del norte del mismo modo que nos ha acuciado a nosotros.

De este modo nos vemos forzados a admitir que en nuestro mundo moderno, la civilización de los pocos aún está fundada, aunque no de forma tan absoluta como en los días de la Antigüedad, en el trabajo forzado y la relativa barbarie de la mayoría. Sería injusto decir que esta clase privilegiada es ajena al trabajo. Por el contrario, en nuestros días ellos trabajan duro y el número de gente ociosa disminuye. Están empezando a honrar el trabajo; aquellos más afortunados se dan cuenta hoy de que se debe trabajar duro a fin de permanecer en la cúspide de la actual civilización e incluso a fin de saber cómo beneficiarse de los propios privilegios y retenerlos. Pero existe una diferencia entre el trabajo hecho por las clases acomodadas y el de las clases trabajadoras: el primero es compensado en una proporción incomparablemente mejor y permite a los privilegiados la oportunidad del *ocio,* esa condición suprema para todo desarrollo humano tanto intelectual como moral: una condición jamás alcanzada por la clase trabajadora. Asimismo, el trabajo de los privilegiados es casi exclusivamente *mental,* un trabajo que implica imaginación, memoria, un proceso intelectual. Por otro lado, el trabajo de millones de proleta-

rios es *manual,* a menudo, como en todas las fábricas, por ejemplo, se trata de un trabajo que ni siquiera ejercita todo el sistema muscular del hombre, sino que tiende a desarrollar una parte del cuerpo en detrimento de las otras; por lo general, este trabajo se realiza en condiciones peligrosas para su salud y su desarrollo armonioso. El trabajador rural en este sentido es mucho más afortunado: su naturaleza no es viciada por el ambiente sofocante, frecuentemente contaminado de la fábrica; no está deformado por el desarrollo anormal de una de sus facultades a expensas de las demás; permanece más vigoroso, más completo. Por otro lado, su mente es casi siempre más lenta, más indolente y mucho menos desarrollada que la del trabajador en las fábricas y en las ciudades.

En suma, los trabajadores en los oficios, en las fábricas y en el campo representan todos el *trabajo manual,* como opuesto a los representantes privilegiados del *trabajo mental.* ¿Cuál es la consecuencia de esta división, nada ficticia sino real, que está en las mismas bases de la situación política y social contemporánea?

Para los representantes privilegiados del trabajo mental —a quienes en la actual organización de la sociedad nadie llama a presentar su clase porque, aún siendo los más inteligentes, nacen en la clase privilegiada—, para ellos van todas las ventajas así como todas las corrupciones de la civilización actual: la riqueza, el lujo, la comodidad, el bienestar, la dulzura de la vida familiar, la exclusiva libertad política junto con el poder de explotar el trabajo de millones de trabajadores y de gobernarlos cómo les plazca y cómo les beneficie —todos los inventos, todos los refinamientos de la imaginación y del intelecto... y, junto con la oportunidad de llegar a ser hombres completos, todas las depravaciones de una humanidad pervertida por el privilegio. Y a los representantes del *trabajo manual,* a esos incontables millones de proletarios e incluso de pequeños propietarios, ¿qué les queda? Para ellos está la miseria infinita, ni siquiera las alegrías de la

vida familiar —ya que la familia pronto se convierte en una carga para el pobre—, la ignorancia, la barbarie, y hasta podríamos decir la ineludible brutalidad con el dudoso consuelo de que sirven de pedestal a la civilización, a la libertad y a la corrupción de unos pocos. Pese a ello, han preservado una cierta frescura de espíritu y de corazón. Fortalecidos moralmente por el trabajo, aunque sea forzado, han conservado un sentido de justicia muy diferente a la justicia de los legisladores y los códigos. Al ser ellos mismos miserables, simpatizan profundamente con la miseria de los otros; su sentido común no ha sido corrompido por los sofismas de una ciencia doctrinaria o por la mendacidad de la política; y ya que no han abusado de la vida, ni siquiera la han usado, tienen fe en la vida.

Pero ¿qué pasa con la objeción de que este contraste, este abismo entre el número pequeño de los privilegiados y el vasto número de los desheredados, siempre ha existido y aún existe? ¿Qué ha cambiado pues? Únicamente que antes este abismo estaba lleno de los grandes bancos de niebla de la religión de modo que las masas eran engañadas y pensaban que había un territorio común a todos. Hoy en día, la Gran Revolución ha empezado a barrer esta niebla; las masas también están empezando a ver el abismo y a preguntar el por qué de su existencia. Ésta es una estupenda toma de conciencia.

Desde que la Revolución confrontó a las masas con su propio evangelio, una revelación no mística, sino racional, no celestial sino terrenal, no divina sino humana, o sea el Evangelio de los Derechos Humanos; desde que proclamó que todos los hombres son iguales y que tienen el mismo derecho a la libertad y a la vida humanas; desde entonces, las masas de los pueblos de Europa, de todo el mundo civilizado, despertándose lentamente de la somnolencia en la que les habían postrado los encantamientos de la cristiandad, están empezando a preguntarse si ellas también no tienen derecho a la igualdad, la libertad y a su humanidad.

A partir del momento en que se hizo esta pregunta, el pueblo, en todas partes, guiado por su admirable sentido común y por su instinto, se ha dado cuenta de que la primera condición para su verdadera emancipación o, si se me permite utilizar el término, su *humanización,* era ante todo una reforma radical de su condición económica. El problema del pan diario es para él la cuestión principal, y de hecho es así porque, como dijo Aristóteles: «El hombre, a fin de pensar, de sentirse libre, de convertirse en un hombre, debe estar libre de las preocupaciones de su sustento». Además, los burgueses que protestan tanto contra el materialismo del pueblo llano y que continuamente le predican la abstinencia y el idealismo, saben esto muy bien; predican con la palabra pero no con el ejemplo.

La segunda cuestión para el pueblo es la del descanso después del trabajo, una condición *sine qua non* para la humanidad. Pero jamás pueden asegurarse para las masas el pan y el descanso salvo por medio de una transformación radical de la sociedad tal como está ahora constituida. Por eso la Revolución, impelida por su propia insistencia lógica, ha dado nacimiento al *socialismo.*

## *Socialismo*[11]

La Revolución francesa, después de haber proclamado el derecho y el deber de cada individuo humano a ser un hombre, culminó en el babeufismo. Babeuf —uno de los últimos ciudadanos enérgicos y de altos principios, que la Revolución creó y a quienes luego asesinó en grandes números, y quien había tenido la suerte de contar entre sus amigos a hombres como Buonarroti—, había unido, según un singular concepto las tradiciones políticas de Francia a las ideas muy modernas de una Revolución Social. Desilusionado

11. Bakunin, *Oeuvres,* París, Stock, 1895, vol. I, págs. 36-59.

por el fracaso de la Revolución en realizar un cambio radical en la sociedad, trató de salvar el espíritu de esta revolución concibiendo un sistema político y social según el cual la república, expresión de la voluntad popular de los ciudadanos, confiscaría toda propiedad privada y la administraría para el bien de todos. Partes iguales de esa propiedad confiscada serían asignadas a la educación superior, a la educación primaria, a los medios de subsistencia, de entretenimiento, y cada individuo sin excepción estaría obligado a realizar tareas mentales y físicas según su fortaleza y capacidad. La conspiración de Babeuf fracasó; fue guillotinado junto a sus antiguos amigos. Pero su ideal de una república socialista no murió con él. Fue recogida por su amigo Buonarroti, el archiconspirador del siglo, que la transmitió como sagrada herencia a las generaciones futuras. Y, gracias a las sociedades secretas que fundó Buonarroti en Bélgica y Francia, las ideas comunistas germinaron en la imaginación popular. De 1830 a 1848, encontraron intérpretes autorizados en Cabet y M. Louis Blanc, quienes establecieron la teoría definitiva del *socialismo revolucionario.* Otro movimiento socialista, salido de la misma fuente revolucionaria y con el mismo objetivo, aunque por medio de métodos enteramente diferentes, un movimiento que deberíamos denominar *socialismo doctrinario,* fue creado por dos hombres eminentes, Saint-Simon y Fourier. El pensamiento de Saint-Simon fue interpretado, desarrollado, transformado y establecido, como una Iglesia, por el Père Enfantin, junto con muchos de sus amigos que se habían convertido en financieros y estadistas, especialmente dedicados al Imperio, Las ideas de Fourier encontraron su comentarista en *Démocratie pacifique,* editado hasta diciembre por M. Víctor Considérant.

El mérito de estos sistemas socialistas, aunque distintos en muchos aspectos, reside principalmente en su crítica profunda, científica y severa de la actual organización de la sociedad cuyas monstruosas contradicciones revelaban abiertamente, y también en el hecho, muy importante, de

atacar la cristiandad con el fin de rehabilitar nuestra existencia material y las pasiones humanas, tan malditas y sin embargo tan practicadas por el clero de la Iglesia. Los saint-simonistas querían reemplazar la cristiandad por una nueva religión basada en el culto místico de la carne, con una nueva jerarquía de sacerdotes, nuevos explotadores de la multitud por medio del privilegio inherente al genio, la capacidad y el talento. Los partidarios de Fourier, que eran mucho más democráticos, y podemos decir, más sinceros al respecto, imaginaban sus falansterios como gobernados y administrados por líderes elegidos por sufragio universal y allí, pensaban, todos encontrarían personalmente trabajo y sitio propios según la naturaleza de sus sentimientos.

Los defectos del saint-simonismo son demasiado obvios para discutirlos. El doble error de los saint-simonistas consistía, primero, en su fe sincera en que, por medio de sus poderes de persuasión y su aparato de propaganda, lograrían llegar al corazón de los ricos que de buena gana darían su exceso de riqueza a los falansterios; y segundo, en su fe de que era posible, teóricamente, *a priori,* construir un paraíso social donde descansaría toda la humanidad. No habían comprendido que, si bien podemos enunciar los grandes principios del futuro desarrollo de la humanidad, debemos dejar que la experiencia del futuro descubra la realización práctica de esos principios.

En general, la regulación fue la pasión común a todos los socialistas de antes de 1848 con solamente una excepción. Cabet, Louis Blanc, los partidarios de Fourier, los saint-simonistas, todos estuvieron inspirados por una pasión por el adoctrinamiento y la organización del futuro; todos ellos fueron más o menos autoritarios. La excepción es Proudhon.

Proudhon, hijo de un campesino y quizá por ello instintivamente cien veces más revolucionario que todos los socialistas burgueses y doctrinarios, se armó de una crítica tan profunda y penetrante como sin piedad, a fin de destruir el

sistema. Al resistir a la autoridad con la libertad, en contra de los socialistas estatales, se proclamó a sí mismo anarquista; desafiando su deísmo o su panteísmo, tuvo la valentía de llamarse simplemente ateo, o más bien, como Auguste Comte, *positivista.*

Su propio socialismo estaba basado en la libertad, tanto individual como colectiva, y en la acción espontánea de asociaciones libres que no obedecían otra ley que la general de la economía social, ya conocida y sin embargo luego descubierta por las ciencias sociales, libres de toda regulación gubernamental y de protección estatal. Este socialismo subordinaba la política a los intereses económicos, intelectuales y morales de la sociedad. Por consiguiente, por lógica propia, culminó en el federalismo.

Tal era el estado de la ciencia social antes de 1848. La polémica de la izquierda, que se llevó a cabo en periódicos, circulares y panfletos socialistas, transmitió muchas nuevas ideas a las clases trabajadoras. Estaban éstas saturadas de este material, y cuando hizo eclosión la revolución del 48, el poderío del socialismo se puso de manifiesto.

El socialismo, como hemos señalado, fue el ultimo fruto de la Gran Revolución; pero antes de producirlo, la revolución ya había dado a luz a su heredero más directo, su primogénito, el hijo amado de Robespierre y los partidarios de Saint-Just: el *republicanismo puro,* sin ninguna mezcla de ideas socialistas, resucitado de la Antigüedad e inspirado en las tradiciones heroicas de los grandes ciudadanos de Grecia y de Roma. Como era mucho menos humanitario que el socialismo, apenas conocía al hombre y únicamente reconocía al ciudadano. Y mientras el socialismo buscaba fundar una *república de hombres,* lo único que quería el republicanismo era una *república de ciudadanos,* aun cuando los ciudadanos —como en las constituciones que necesariamente sucedieron a la Constitución de 1793 debido a que esa primera constitución había ignorado deliberadamente la cuestión social—, aun cuando los ciudadanos, decía, en virtud de ser

*ciudadanos activos*, para usar una expresión de la Asamblea Constituyente, iban a basar su privilegio cívico en la explotación del trabajo de los *ciudadanos pasivos*. Además, el político republicano no es de ningún modo un egoísta que busca su propio beneficio solamente, o por lo menos no se supone que lo sea; debe ser un egoísta a favor de su patria a la que debe valorar por encima de sí mismo, por encima de todos los individuos, todas las naciones, toda la humanidad. En consecuencia, siempre ignorará la justicia internacional en todos los debates, aunque su país esté equivocado; siempre le dará prioridad. Siempre querrá que su país domine y aplaste a las demás naciones con su poder y su gloria. Por inclinación natural, le gustará la conquista, pese a que la experiencia de siglos le haya probado que los triunfos militares deben conducir inevitablemente al cesarismo.

El republicano socialista detesta la grandeza, el poder y la gloria militar del Estado. Pone por encima de él la libertad y el bienestar general. Federalista en los asuntos internos del país, desea una confederación internacional, ante todo fundada en el espíritu de justicia; y segundo, está convencido de que la revolución social y económica, trascendiendo todas las barreras artificiales y perniciosas entre los Estados, sólo se puede lograr, en parte por lo menos, con la solidaridad en acción, si no de todas, al menos de la mayoría de todas las naciones que constituyen el mundo civilizado de hoy, de modo que tarde o temprano todas las naciones deban unirse.

El republicano estrictamente político es un estoico; no se reconoce derechos sino deberes a sí mismo; o, como en la república de Mazzini, sólo pretende un derecho para sí, el de la eterna dedicación a su país, el de vivir únicamente para servirle, el de sacrificarse alegremente y hasta de morir por él; como en la canción que Dumas dedicó a los girondinos: «Morir por el propio país es el destino mejor, el más envidiable».

El socialista, por el contrario, insiste en sus derechos positivos a la vida y a todas sus alegrías intelectuales, morales

y físicas. Ama la vida y quiere disfrutar de ella con toda su abundancia. Ya que sus convicciones forman parte de sí mismo, sus deberes para con la sociedad están indisolublemente ligados a sus derechos, y a fin de permanecer fiel a ambos, se las arregla para vivir en consonancia con la justicia, como Proudhon; y si es necesario, morirá como Babeuf. Pero jamás dirá que la vida de la humanidad debe ser un sacrificio o que la muerte es el mejor destino.

La libertad, para el republicano político, es una palabra vacía; se trata de la libertad de un esclavo sumiso, una víctima dedicada al Estado. Al estar siempre dispuesto a sacrificar su libertad, también estará dispuesto a sacrificar la libertad de los demás. El republicanismo político, en consecuencia, conduce necesariamente al despotismo. Para el republicano socialista, la libertad, vinculada con el bienestar general, produciendo una humanidad de todos por medio de la humanidad de cada uno, lo es todo, mientras que el Estado, a sus ojos, es un simple instrumento, un sirviente de su bienestar y de la libertad de todos. El socialista se distingue del burgués por la *justicia,* ya que no pide nada para sí, salvo el fruto verdadero de su trabajo. Se distingue del republicano estricto por su *egoísmo franco y humano;* vive para sí mismo, abiertamente y sin frases retóricas. Sabe que, viviendo su vida, *en consonancia con la justicia,* hace un servicio a toda la sociedad y, al hacerlo, también encuentra su propio bienestar. El republicano es rígido; a menudo, debido a su patriotismo, es cruel, así como el sacerdote es cruel con frecuencia debido a la religión. El socialista es natural; es moderadamente patriota; pero de cualquier modo siempre es humano. En una palabra, existe un abismo entre el republicano político y el republicano socialista; el primero, como *fenómeno casi religioso,* pertenece al pasado; el otro, *ya positivista o ateo,* pertenece al futuro.

El antagonismo natural entre dos clases de republicanos salió abiertamente a la superficie en 1848. Desde las primeras horas de la Revolución, no se comprendieron; sus ideales, todos sus instintos, los empujaron en direcciones

diametralmente opuestas. Todo el período de febrero a junio transcurrió entre escaramuzas que, llevando la guerra civil al campo revolucionario y paralizando sus fuerzas, naturalmente fortaleció a la formidable coalición de todo tipo de reaccionarios; el miedo pronto los fundió en un solo partido. En junio, los republicanos, a su vez, formaron una coalición con la reacción con el objeto de aplastar a los socialistas. Pensaron que habían obtenido una victoria; sin embargo, arrojaron a su amada república al abismo. El general Cavaignac, el abanderado de la reacción, fue el precursor de Napoleón III. Todos se dieron cuenta de ello en ese momento, si no en Francia, al menos en todos los demás países, porque esa victoria desastrosa de los republicanos contra los trabajadores de París fue celebrada como un gran triunfo en todas las cortes de Europa, y los oficiales de la Guardia Prusiana, guiados por sus generales, se apresuraron a manifestar sus felicitaciones fraternales al general Cavaignac.

La burguesía de Europa, aterrada por el fantasma rojo, se permitió caer en una absoluta servidumbre. Por naturaleza, crítica y liberal, la clase media no tiene simpatía a los militares, pero frente a los peligros amenazadores de la emancipación popular, elige el militarismo. Habiendo sacrificado su dignidad y todas sus gloriosas conquistas de los siglos XVIII y XIX, se imaginó que, al menos, tenía la paz y la tranquilidad, necesarias para el éxito de sus transacciones comerciales e industriales. «Estamos sacrificando nuestra libertad por vosotros», pareció decir a los poderes militares que una vez más se levantaron de entre las ruinas de esta tercera revolución. «Que se nos permita, a cambio, explotar pacíficamente el trabajo de las masas y protegernos contra sus demandas que pueden parecer teóricamente legítimas pero que son detestables en lo que se refieren a nuestros intereses.» Los militares, a su vez, prometieron todo a la burguesía; incluso cumplieron con su palabra. ¿Por qué, entonces, la burguesía de Europa, toda la burguesía, está hoy generalmente descontenta?

La burguesía no había considerado el hecho de que un régimen militar es muy costoso, que, por medio de su mera organización interna, paraliza, perturba y arruina a las naciones; además, obedeciendo a su propia lógica intrínseca e inevitable, nunca ha fracasado en la producción de guerras; guerras dinásticas, guerras de honor, guerras de conquista y guerras de fronteras nacionales, guerras de equilibrio (de poder), destrucción y absorción ilimitada de Estados por otros Estados, ríos de sangre humana, un campo destruido por el fuego, ciudades arruinadas, devastación de provincias enteras —todo esto en aras de satisfacer las ambiciones de los príncipes y sus favoritos, para enriquecerlos con la ocupación de territorios, la disciplina de las poblaciones y la entrada en la historia.

Ahora la burguesía comprende estas cosas, y por eso está insatisfecha con el régimen militar que tanto ayudó a crear. Por cierto, está afligida con estos fracasos, pero ¿qué va a poner en el lugar de las cosas tal como están?

La monarquía constitucional ha visto su día y, de cualquier modo, jamás ha prosperado demasiado bien en el continente europeo. Incluso en Inglaterra, esa histórica cuna del institucionalismo moderno, conmovida por la creciente democracia, se tambalea y muy pronto le será imposible contener el oleaje de pasiones y demandas populares.

¿Una república? ¿Qué clase de república? ¿Solamente política, o democrática y social? ¿El pueblo es todavía socialista? Sí, más que nunca.

Lo que sucumbió en junio de 1848 no fue el socialismo en general. Sólo fue el *socialismo estatal*, el socialismo autoritario y regimentado, la clase de socialismo que había esperado y creído que el Estado satisfaría plenamente las legítimas aspiraciones y las necesidades de las clases trabajadoras, y que el Estado, armado de su omnipotencia, podría inaugurar un nuevo orden social. En consecuencia, lo que murió en junio no fue el socialismo; fue más bien el Estado que declaró su bancarrota ante el socialismo y, proclamándose

incapaz de pagar su deuda al socialismo, buscó el camino más rápido de liquidar a su acreedor. No logró liquidar al socialismo, pero mató la fe que el socialismo había puesto en él. Asimismo y, al mismo tiempo, aniquiló todas las teorías del socialismo autoritario o doctrinario, algunas de las cuales, como *L'Icarie* de Cabet o como *L'Organisation du Travail* de Louis Blanc, habían aconsejado al pueblo que dejara todo en manos del Estado, mientras demostraban su ineficacia por medio de una serie de experimentos ridículos. Hasta el banco de Proudhon, que podría haber prosperado en circunstancias más felices, fue aplastado por la hostilidad general y la censura de la burguesía.

El socialismo perdió su primera batalla por una razón muy simple. Aunque rico en instinto y en ideas teóricas negativas, que le dieron total justificación en su lucha contra el privilegio, carecía de esas ideas positivas, prácticas y necesarias para erigir un nuevo sistema sobre las ruinas del orden burgués, el sistema de la justicia popular. Los trabajadores que pelearon en junio de 1848 por la emancipación del pueblo estaban unidos por el instinto, no por las ideas; y las ideas confusas que tenían formaban una torre de Babel que nada podía producir. Esa fue la causa fundamental de su derrota. Por esta razón, ¿debemos nosotros dudar del mismo futuro y del poderío presente del socialismo? La cristiandad, que había puesto como objetivo la creación de un reino de justicia en el paraíso, necesitó varios siglos para triunfar en Europa. ¿Debe uno sorprenderse, pues, si el socialismo, que se ha propuesto una meta aún más difícil, la de crear el reino de la justicia en la tierra, no ha triunfado en unos pocos años?

¿Es necesario probar que el socialismo no ha muerto? Sólo necesitamos ver lo que hoy está sucediendo en toda Europa. Detrás de todo el tinglado diplomático, más allá de los ruidos de guerra que han llenado Europa desde 1832, ¿qué cuestión principal enfrenta a todos los países sino la cuestión social? Es la gran desconocida, todos presienten su

llegada, todos tiemblan con el pensamiento, nadie se anima a hablar de ella, pero ella habla por sí misma y en una voz aún más sonora. Las asociaciones de cooperativas de trabajadores, esos bancos de ayuda mutua, y los bancos de crédito laboral, esos sindicatos y esta liga internacional de trabajadores, todo este movimiento creciente de obreros en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Alemania, en Italia, en Suiza, ¿acaso no prueban que no han abandonado sus objetivos ni perdido la fe en su futura emancipación? ¿Acaso no prueba eso que ellos también han comprendido que, a fin de apresurar la hora de su reivindicación, no deben confiar en el Estado, ni en la ayuda más o menos hipócrita de las clases privilegiadas, sino en sí mismos y en sus asociaciones independientes y completamente espontáneas?

En la mayoría de los países de Europa, este movimiento que, de aspecto al menos, es ajeno a la política, todavía conserva un carácter exclusivamente económico y, por así decirlo, privado. Pero en Inglaterra ya se ha colocado directamente en el dominio tormentoso de la política. Después de organizarse como una formidable asociación, The Reform League (La Liga de la Reforma) ha ganado ya una batalla contra el privilegio políticamente organizado de la aristocracia y de la alta burguesía. The Reform League, con una paciencia y una tenacidad prácticas específicamente británicas, ha esbozado un plan para su campaña; no es demasiado rígido en nada; no se asusta fácilmente, no le detendrá ningún obstáculo: «Dentro de diez años como máximo», dicen, «e incluso con las mayores dificultades, tendremos el sufragio universal, y entonces... ¡haremos la Revolución Social!».

En Francia, en Alemania, a medida que el socialismo avanza tranquilamente por el camino de las asociaciones económicas, ha logrado ya un nivel tan serio de poder entre las clases trabajadoras que Napoleón III, por un lado, y Bismarck, por el otro, están empezando a buscar una alianza con las mismas. En Italia y en España, después del fracaso

deplorable de todos sus partidos políticos y ante la terrible miseria que soportan ambos países, todos los demás problemas serán absorbidos pronto por la cuestión social. En cuanto a Rusia y Polonia, ¿acaso tienen algún otro problema que no sea el social? Esta cuestión acaba de extinguir las últimas esperanzas de la antigua Polonia, noble e histórica; es la cuestión que amenaza con destruir el pestilente Imperio de Todas las Rusias, ahora tambaleándose en su caída. Hasta en América, ¿el socialismo no se ha manifestado en la propuesta hecha por un hombre eminente, Mr. Charles Sumner, senador por Massachusetts, para que distribuyan tierras entre los negros emancipados de los estados sureños?

Pueden ustedes ver muy bien que el socialismo está en todas partes y, que pese a su derrota de junio, se ha infiltrado, por medio de un trabajo forzosamente subterráneo, en la vida política de todos los países hasta tal punto que se hace sentir en todas partes como la fuerza latente del siglo. Pocos años más, y se revelará como un poder activo y formidable.

Con muy raras excepciones, casi todos los pueblos de Europa, incluso algunos que no conocen el término *socialismo*, hoy son socialistas. No conocen otra bandera sino la que proclama su emancipación económica por encima de todo; preferirían renunciar mil veces a cualquier cuestión, pero no a ésa. Así pues, únicamente por medio del socialismo pueden llegar a la política, o a la buena política.

Caballeros, ¿no es suficiente decir que no excluiremos el socialismo y que no lo dejaremos a un lado antes de dejar todo nuestro programa sumido en la impotencia? Según nuestro programa, al declararnos republicanos federalistas, nos hemos mostrado lo suficientemente revolucionarios como para alinear a una buena parte de la burguesía, a todos aquellos que especulan con la miseria y las desgracias de las masas y quienes incluso encuentran alguna ganancia en las grandes catástrofes que hoy más que nunca flagelan a nuestras naciones. Si dejamos aparte esta fracción, atareada,

bulliciosa, intrigante y especuladora, de la burguesía mantendremos la mayoría de los burgueses decentes y trabajadores, la cual ocasionalmente hace algún mal, más por necesidad que por voluntad o preferencia, y que no quiere otra cosa que ser liberada de esta necesidad fatal que la pone en un estado de hostilidad permanente con las clases trabajadoras y que al mismo tiempo, la arruina. En verdad, podemos decir que la pequeña burguesía, la pequeña industria y el pequeño comercio están empezando a sufrir tanto como las clases trabajadoras y, si las cosas siguen a este ritmo, esta respetable burguesía mayoritaria bien puede fundirse en el proletariado debido a su condición económica. Está siendo destruida y empujada al abismo por el gran comercio, la gran industria y en especial por los inescrupulosos especuladores a gran escala. En consecuencia, la situación de la pequeña burguesía es cada vez más revolucionaria; sus ideas, que por tanto tiempo han sido reaccionarias, se han clarificado con estas experiencias desastrosas y necesariamente deben tomar el curso opuesto. Los más inteligentes de esa clase están empezando a darse cuenta de que para la burguesía decente la única salvación reside en la unión con el pueblo y que la cuestión social es tan importante y del *mismo modo* para ellos, como para el pueblo.

Este cambio progresivo en el pensamiento de la pequeña burguesía europea es un hecho tan alentador como incontestable. Pero no debemos caer víctimas de la ilusión; la iniciativa para el nuevo proceso no estará en manos de la burguesía sino del pueblo —en Occidente, de los obreros en las fábricas y las ciudades; en nuestro país, en Rusia, en Polonia y en la mayoría de los países eslavos, de los campesinos—. La pequeña burguesía se ha vuelto demasiado miedosa, demasiado tímida, demasiado escéptica para tomar la iniciativa en solitario. Se dejará llevar, pero no llevará a nadie porque, si bien es pobre en ideas, también carece de la fe y la pasión. Esta pasión que aniquila obstáculos y crea nuevos mundos sólo se encuentra en el pueblo. En conse-

cuencia, la iniciativa para el nuevo movimiento pertenecerá indiscutiblemente al pueblo. Y ¿vamos nosotros a repudiar al pueblo? ¿Vamos a dejar de hablar de socialismo, que es la nueva religión del pueblo?

Pero el socialismo, nos dicen, muestra una tendencia a asociarse con el cesarismo. En primer lugar, esto es una calumnia; por el contrario, es el cesarismo el que, viendo cómo se levanta el poder del socialismo en el horizonte, solicita su favor para explotarlo a su manera. Pero ¿acaso ésta no es otra razón para que trabajemos por el socialismo a fin de prevenir esta alianza monstruosa que sin lugar a dudas sería la desgracia más grande que pudiera amenazar la libertad del mundo?

Debemos trabajar a su favor aparte de toda consideración práctica, porque el socialismo es la *justicia.* Cuando hablamos de justicia a partir de ahora no entendemos la justica que se imparte en los códigos legales y por la ley romana, fundada en gran parte en actos de fuerza y violencia, consagrada por el tiempo y las bendiciones de alguna Iglesia cristiana o pagana y, por eso, aceptada como un absoluto, el resto no siendo nada más que la consecuencia lógica de lo mismo.[12] Yo me refiero a esa justicia que sólo se basa en la conciencia humana, la justicia que ustedes redescubrirán en la conciencia de cada hombre, incluso en la conciencia de un niño y que se traduce a sí misma como simple *igualdad.*

Esta justicia, que es tan universal y que, sin embargo, debido a los abusos de la fuerza y a la influencia de la religión, todavía nunca ha prevalecido en el mundo de la política, de la ley o de la economía, debe servir como base para

12. A este respecto, la ciencia de la jurisprudencia ofrece una perfecta similitud con la teología. Las dos ciencias empiezan iguales: una, de un hecho real pero inicuo, la apropiación por la fuerza, la conquista; la otra, de un hecho absurdo y ficticio, la revelación divina como principio absoluto. Sobre la base de este absurdo y este hecho inicuo, ambas recurren a la lógica más rigurosa para concebir un sistema teológico por un lado y un sistema jurídico por otro. [Nota de Bakunin.]

el nuevo mundo. ¡Sin ella no hay libertad, ni república, ni prosperidad, ni paz! Por tanto debe presidir todas nuestras resoluciones a fin de que podamos cooperar eficazmente para establecer la paz.

Esta justicia nos pide que tomemos en nuestras manos la causa del pueblo, tan miserablemente maltratada hasta ahora y que exijamos en su nombre su emancipación social y económica, junto con la libertad política.

No les proponemos, caballeros, este o aquel sistema socialista. Lo que les pedimos es que se proclame una vez ese gran credo de la Revolución francesa: que cada hombre tiene derecho a los medios materiales y morales para el desarrollo de su completa humanidad; un principio que, creemos, se traduce en el siguiente mandato:

*Organizar una sociedad de tal manera que cada individuo dotado de vida, hombre o mujer, pueda encontrar medios lo más iguales posible para el desarrollo de sus distintas capacidades y para su utilización en el trabajo;* organizar una sociedad que, si bien hace imposible que cualquier individuo explote el trabajo de los demás, no permitirá que nadie comparta el disfrute de la riqueza social, siempre producida únicamente por el trabajo, a menos que haya contribuido a su creación con su propio trabajo.

La solución completa de este problema sin duda será la labor de siglos. Pero la historia nos ha enfrentado con el problema y ya no podemos evitarlo si no queremos resignarnos a una impotencia total.

Nos apresuramos a agregar que rechazamos enérgicamente cualquier intento de organización social carente de la más completa libertad para los individuos o las asociaciones, o que esté a favor de una autoridad gobernante de cualquier naturaleza que, en nombre de esta libertad —que reconocemos como la única base para cualquier organización política o económica (y la única legítima creadora de ella)—, siempre protestaremos contra lo que de algún modo se parezca al comunismo o socialismo estatal.

Lo único que creemos que el Estado puede y debe hacer es cambiar la ley de herencia, gradualmente al principio, hasta su completa anulación lo antes posible. Puesto que el derecho de herencia es una creación puramente arbitraria del Estado y una de las condiciones esenciales para la misma existencia de un Estado autoritario y divinamente sancionado, puede y debe ser abolido por la libertad, lo que significa que el Estado mismo debe lograr su propia disolución en una sociedad libremente organizada en consonancia con la justicia. Creemos que este derecho debe necesariamente ser abolido porque, mientras la *herencia* exista, habrá una desigualdad económica *hereditaria,* no la desigualdad natural de los individuos sino la desigualdad artificial de las clases —y esto necesariamente llevará a la desigualdad hereditaria del fomento y desarrollo de las facultades mentales, y continuará siendo la fuente y la consagración de todas las desigualdades políticas y sociales—. La igualdad desde el momento en que empieza la vida —en cuanto esta igualdad depende de la organización política y económica de la sociedad, y a fin de que todos, según sus propias capacidades naturales, puedan convertirse en el heredero y el producto de su trabajo—, éste es el problema que la justicia pone ante nosotros. Creemos que los fondos públicos para la educación y la escuela primaria de los niños de ambos sexos, así como su mantenimiento desde el nacimiento hasta su mayoría de edad, deben ser los únicos herederos de todos los fallecidos. Como eslavos y rusos, podemos agregar que para nosotros la idea social basada en el instinto general y tradicional de nuestros pueblos es que la tierra, propiedad de todo el pueblo, sólo debe ser poseída por aquellos que la cultivan con el trabajo de sus propias manos.

Estamos convencidos de que este principio es justo, de que es una condición esencial e indispensable para cualquier reforma social; y en consecuencia que también la Europa occidental no puede dejar de aceptarla y reconocerla,

pese a todas las dificultades que su realización puede encontrar en determinados países. En Francia, por ejemplo, la mayoría de los campesinos ya son propietarios de la tierra; sin embargo, la mayoría de esos campesinos muy pronto no poseerán nada debido al parcelamiento que es el resultado inevitable del sistema económico-político que ahora prevalece en ese país. No estamos haciendo una propuesta en ese sentido y, de hecho nos guardamos, en general, de hacer cualquier propuesta acerca de un problema específico de la ciencia social o la política. Estamos convencidos de que todas estas cuestiones deben discutirse seria y exhaustivamente en nuestro periódico. Hoy nos limitaremos a proponer que ustedes hagan la siguiente declaración:

*Como estamos convencidos de que el logro real de la libertad, de la justicia y de la paz en el mundo será imposible mientras la inmensa mayoría de las poblaciones estén desposeídas de propiedad, privadas de educación y condenadas a un anonimato social y político y a una esclavitud* de facto *si no* de jure *debido a su estado de miseria, así como a su necesidad de trabajar sin descanso ni entretenimiento a fin de producir las riquezas que hoy glorifican el mundo, recibiendo a cambio una porción tan pequeña que es apenas suficiente para su pan diario;*

*Como estamos convencidos de que para estas poblaciones, hasta ahora tan maltratadas durante siglos, el problema del pan depende de la emancipación intelectual, de la libertad, de la humanidad;*

*Como estamos convencidos de que la libertad sin socialismo es privilegio e injusticia; y de que el socialismo sin libertad es esclavitud y brutalidad;*

*Ahora, por lo tanto, la Liga proclama enérgicamente la necesidad de una radical reforma social y económica cuyo objetivo será la liberación de la población trabajadora del yugo del capital y la propiedad, sobre una base de justicia lo más estricta posible, no jurídica, ni teológica, ni metafísica, sino simplemente justicia humana basada en la ciencia positiva y en la más absoluta libertad.*

*Al mismo tiempo, la Liga decide que su periódico abra libremente sus columnas a todas las discusiones serias sobre cuestiones sociales y económicas, siempre que estén sinceramente inspiradas por*

*un deseo de la mayor emancipación popular posible, tanto a nivel material como a nivel político e intelectual.*

*La teoría del Estado de Rousseau*

... Hemos dicho que el hombre no sólo es el ser más individualista del mundo; también es *el más social.* Jean-Jacques Rousseau cometió un grave error al haber pensado que la sociedad primitiva se establecía con un consenso libre de los salvajes. Pero Jean-Jacques no es el único que dijo esto. La mayoría de los juristas y publicistas modernos, ya sea de la escuela de Kant o de cualquier otra escuela individualista y liberal, aquellos que no aceptan la idea de una sociedad fundada sobre el derecho divino de los teólogos ni de una sociedad determinada por la escuela de Hegel como una realización más o menos mística de la moralidad objetiva, ni en el concepto naturalista de una sociedad animal primitiva, todos aceptan, *nolens volens,* y por falta de cualquier otra base, *el acuerdo o contrato tácito* como punto de partida.

Según la teoría del contrato social, los hombres primitivos, que gozan de una libertad absoluta en el aislamiento, son antisociales por naturaleza. Cuando se los obliga a asociarse, destruyen la libertad de los demás. Si no se supervisa esta lucha, puede llevar a una exterminación mutua. A fin de no destruirse completamente, llegan a un *contrato,* formal o tácito, por el cual ceden parte de su libertad para asegurar el resto. Este contrato se transforma en la fundación de la sociedad, o más bien del Estado, porque debemos señalar que en esta teoría no hay lugar para la sociedad; sólo existe el Estado, o más bien la sociedad es completamente absorbida por el Estado.

La *sociedad* es el modo natural de existencia de la colectividad humana, independiente de cualquier contrato. Se gobierna con las costumbres o los hábitos tradicionales, pero nunca con leyes. Progresa lentamente, ante el impulso

que recibe de iniciativas individuales y no por medio del pensamiento o la voluntad del legislador. Hay muchas leyes que la gobiernan sin que sea consciente de las mismas, pero éstas son leyes naturales, inherentes al cuerpo social, así como las leyes físicas son inherentes a los cuerpos materiales. La mayoría de estas leyes permanecen desconocidas hasta la fecha; sin embargo, han gobernado la sociedad humana desde su nacimiento, independientes del pensamiento o la voluntad de los hombres que componen la sociedad. Por ende, no se las debe confundir con las leyes políticas o jurídicas proclamadas por un poder legislativo, leyes que se supone que sean la secuela lógica del primer contrato conscientemente formado por los hombres.

El Estado no es de ningún modo un producto inmediato de la naturaleza. A diferencia de la sociedad, no precede al despertar de la razón en los hombres. Los liberales dicen que el primer Estado fue creado por hombres libres y racionales; los derechistas lo consideran obra de Dios. En los dos casos, el Estado domina la sociedad y tiende a absorberla completamente.

Uno podría decir que el Estado, al representar como lo hace el bienestar público o los intereses comunes a todos, reduce una parte de la libertad de cada uno en aras de asegurar la parte restante. Pero esta parte restante de libertad puede ser una forma de seguridad; jamás es libertad. La libertad es indivisible; uno no puede reducir una parte de la misma sin mutarla por entero. Esta pequeña porción que se reduce es la esencia misma de mi libertad; es el todo. Por medio de un movimiento natural, necesario e irresistible, toda mi libertad se concentra en la porción, por más pequeña que sea, que me suprimen. Es la historia de la mujer de Barba Azul, que tenía un palacio a su disposición, con completa y total libertad de entrar en todas partes, de ver y tocarlo todo, salvo una pequeña cámara siniestra que la voluntad soberana de su terrible marido le había prohibido abrir so pena de muerte. Pues ella dio la espalda a todos los esplen-

dores del palacio y concentró todo su ser en esa pequeña cámara fatídica. Abrió esa puerta prohibida con toda razón, ya que su libertad dependía de su acto, mientras que la prohibición de hacerlo era precisamente una violación flagrante de su libertad. Así es también la historia de la caída de Adán y Eva. La prohibición de probar del árbol del conocimiento del bien y del mal, por ninguna otra razón salvo que era la voluntad del Señor, fue un acto de atroz despotismo por parte del buen Señor. Si nuestros primeros padres le hubieran obedecido, toda la raza humana hubiera permanecido hundida en la más horrenda esclavitud. Su desobediencia nos ha emancipado y salvado. En el lenguaje de la mitología, el suyo fue el primer acto de libertad humana.

Pero uno podría preguntarse, ¿puede el Estado, el Estado democrático, basado en el sufragio libre de todos sus ciudadanos, ser la negación de su libertad? ¿Y por qué no? Eso depende por entero de la misión y el poder que los ciudadanos otorgan al Estado. Un Estado republicano, basado en el sufragio universal, puede ser muy déspota, más déspota incluso que el monárquico, si, con el pretexto de representar la voluntad de todos, hiciera caer el peso de su poder colectivo sobre la voluntad y el libre movimiento de cada uno de sus miembros.

No obstante, supongamos que el Estado no restringe la libertad de sus miembros salvo cuando tiende a la injusticia o al mal. Previene que sus miembros se maten entre sí, se saqueen, se insulten y se hieran en general, al mismo tiempo que les otorga completa libertad para hacer el bien. Esto nos lleva de vuelta a la historia de la mujer de Barba Azul o a la historia del fruto prohibido: ¿qué es el bien?, ¿qué es el mal?

Desde el punto de vista del sistema que examinamos, la distinción entre bien y mal no existía antes de la conclusión del contrato, cuando cada individuo estaba profundamente inmerso en el aislamiento de su libertad o de sus derechos absolutos, sin la menor consideración por sus semejantes salvo la dictada por su debilidad o fortaleza relativas, es de-

cir, su propia prudencia e interés.[13] En aquel entonces, siguiendo la misma teoría, el egoísmo era la ley suprema, el único derecho. El bien estaba determinado por el éxito, el fracaso era el único mal, y la justicia no era más que la consagración del *fait accompli,* por más horrible, cruel o infame que fuera, exactamente como están hoy las cosas en la moralidad política que ahora prevalece en Europa.

La distinción entre bien y mal, según este sistema, sólo comienza con la conclusión del contrato social. A partir de entonces, lo que se reconoció como interés común fue proclamado como el bien, y todo lo contrario al mismo fue el mal. Las partes contratantes, al convertirse en ciudadanos ligados por una obligación más o menos solemne, asumieron en aquel momento un deber: subordinar sus intereses privados al interés común, a un interés inseparable de todos los demás. Sus propios derechos fueron separados del derecho público, y el único representante de éste, el Estado, fue entonces investido con el poder de reprimir todas las revueltas ilegales del individuo, y también con la obligación de proteger a cada uno de sus miembros en el ejercicio de sus derechos mientras éstos no se opusieran al derecho común a todos.

Ahora examinaremos lo que el Estado, así constituido, debería ser con relación a los demás Estados, sus pares, así como con relación a sus propias poblaciones. Este examen nos parece muy interesante y útil porque el Estado, tal como aquí está definido, es precisamente el Estado moderno en

13. Estas interrelaciones que, en realidad, jamás podrían haber existido entre los hombres primitivos, porque la vida social precedió al despertar de la conciencia individual y la voluntad inteligente entre los hombres, y porque, fuera de la sociedad, ningún ser humano jamás ha podido tener ninguna libertad, absoluta o relativa, estas interrelaciones son precisamente las mismas que ahora existen entre los Estados modernos. Cada uno de ellos se considera investido de una libertad de poder y de derecho absolutos, con exclusión de los demás Estados, y en consecuencia, en sus relaciones con los demás Estados sólo está guiado por consideraciones dirigidas por sus propios intereses. Todo esto implica necesariamente un estado de guerra permanente o latente entre ellos. [Nota de Bakunin.]

cuanto se ha separado de la idea religiosa; o sea, el *secular y ateo* proclamado por los publicistas modernos. Veamos, ¿en qué consiste su moralidad? Hemos dicho que es el Estado moderno en el momento en que se ha liberado del yugo de la Iglesia, y cuando, en consecuencia, se ha liberado del yugo de la moralidad universal y cosmopolita de la religión cristiana; en el momento en que aún no ha sido penetrado por la idea o moralidad humanitaria que, por cierto, jamás podría hacer sin destruirse a sí mismo, ya que, en su existencia separada y concentración aislada, sería demasiado estrecho para abrazar y contener los intereses y, por ende, la moralidad de toda la humanidad.

Los Estados modernos han alcanzado precisamente esta situación. La cristiandad les sirve sólo como un pretexto, o una fase, o un medio de engatusar a la multitud, ya que tiene objetivos que nada tienen que ver con los sentimientos religiosos. Los grandes estadistas de nuestra época, los Palmerston, los Muraviev, los Cavour, los Bismarck, los Napoleón, se ríen a carcajadas cuando la gente les toma en serio sus sentimientos religiosos. Se ríen más aún cuándo la gente les atribuye sentimientos, consideraciones e intenciones humanitarias, pero jamás cometen el error de tratar estas ideas en público como si fueran un absurdo. ¿Qué queda entonces de la moralidad? El interés del Estado y nada más. Desde este punto de vista, que, dicho sea de paso, ha sido el punto de vista de todos los estadistas, los *hombres fuertes* de todos los tiempos y todos los países, desde este punto de vista, digo, todo lo que lleve a preservar la grandeza y el poder del Estado, por más sacrilegio o moralmente repugnante que pueda ser, *ése es el bien.* Y, al revés, todo lo que se oponga a los intereses del Estado, por más sagrado que pueda ser, *ése es el mal.* Ésa es la moralidad secular y la práctica de todo Estado.

Sucede lo mismo con el Estado fundado en la teoría del contrato social. Según este principio, lo bueno y lo justo sólo comienzan a partir del contrato; de hecho, no son más que *el interés común y el derecho público* de todos los individuos

que han formado el contrato, con la *exclusión de aquellos que permanecen fuera del contrato.* En consecuencia, *no es otra cosa que la satisfacción que se brinda al egoísmo colectivo de una asociación especial y restringida,* la cual, fundada en el sacrificio parcial del egoísmo individual de cada uno de sus miembros, rechaza de su medio, como si fueran enemigos naturales y foráneos, a la inmensa mayoría de la especie humana, ya esté o no organizada en asociaciones análogas.

La existencia de un Estado soberano y exclusivista presupone necesariamente la existencia y, si es necesario, la formación de Estados semejantes, ya que resulta muy natural que los individuos, que se ven excluidos y amenazados en su existencia y libertad, se asocien a su vez en su contra. De ese modo tenemos a la humanidad dividida en un número indefinido de Estados extranjeros, todos hostiles y amenazados. Entre ellos no hay derecho común ni contrato social de ninguna especie. De otro modo dejarían de ser Estados independientes y se convertirían en miembros federados de un super-Estado. Pero, a menos que este gran Estado abarque a toda la humanidad, se vería confrontado con otros grandes Estados, cada uno federado interiormente, cada uno manteniendo una actitud de hostilidad inevitable. La guerra seguiría siendo la ley suprema, condición inevitable de la supervivencia humana.

Cada Estado, federado o no, trataría entonces de convertirse en el más poderoso. Debe devorar a menos que sea devorado, conquistar si no quiere ser conquistado, esclavizar si no quiere verse esclavizado, ya que dos poderes, similares pero alienados entre sí, no pueden coexistir sin destrucción mutua.

*En consecuencia, el Estado es la negación más flagrante, más cínica y más completa de la humanidad.* Hace temblar la solidaridad universal de todos los hombres en la tierra y hace que algunos de ellos se asocien sólo a fin de destruir, conquistar y esclavizar al resto. Sólo protege a sus propios ciudadanos; sólo reconoce derechos humanos, humanidad y civilización

dentro de sus confines. Ya que no reconoce ningún derecho fuera de este confín, lógicamente se arroga el derecho de ejercer la más feroz inhumanidad hacia todas las poblaciones extranjeras, a las que puede saquear, exterminar o esclavizar a voluntad. Si se muestra generoso y humano, nunca es por un sentido del deber, porque no tiene deberes salvo consigo mismo en primer lugar y luego con aquellos miembros que lo han formado libremente, quienes libremente continúan constituyéndolo, o incluso, como siempre sucede a la larga, quienes se han convertido en sus súbditos. Como no hay en existencia una ley internacional, y *jamás puede existir de un modo razonable y realista sin destruir en sus funciones el mismo principio de la soberanía absoluta del Estado,* el Estado no puede tener deberes para con las poblaciones extranjeras. Por tanto, si trata a un pueblo conquistado de un modo humano, si lo saquea y extermina sólo en parte, si no lo reduce al más bajo nivel de esclavitud, puede ser un acto inspirado en la prudencia o hasta en la pura magnanimidad, pero jamás se hace a partir de un sentido del deber, porque el Estado tiene un derecho absoluto de disponer de un pueblo conquistado como le plazca.

Esta negación flagrante de la humanidad que constituye la esencia misma del Estado, desde el punto de vista del Estado, es su deber supremo y su mayor virtud. Lleva como nombre *patriotismo* y constituye toda la *moralidad trascendente* del Estado. La denominamos moralidad trascendente porque generalmente supera el nivel de la moral y la justicia humanas, ya sea de la comunidad o del individuo, y a menudo por eso mismo se encuentra en contradicción con ellas. Así, ofender, oprimir, despojar, saquear, asesinar o esclavizar a un conciudadano es normalmente considerado un crimen. Por otro lado, en la vida pública, desde el punto de vista del patriotismo, cuando estas cosas se realizan para mayor gloria del Estado, para la preservación o extensión de su poder, todo ello se transforma en deberes y virtudes. Y estas virtudes y estos deberes son obligatorios para cada ciudada-

no patriota; se espera que todos los practiquen, no sólo contra los extranjeros, sino contra los propios conciudadanos, miembros o súbditos —como son ellos mismos— del Estado, siempre que lo exija el bien del Estado.

Esto explica por qué, desde el nacimiento del Estado, el mundo de la política siempre ha sido y continúa siendo el escenario del bandidaje y la bellaquería ilimitados, un bandidaje y una bellaquería que, dicho sea de paso, son altamente considerados porque están santificados por el patriotismo, por la moralidad trascendente y el interés supremo del Estado. Esto explica la causa de toda la historia de los Estados antiguos y modernos como una serie de crímenes repugnantes; por qué reyes y ministros, del pasado y del presente, de todos los tiempos y todos los países —estadistas, diplomáticos, burócratas y guerreros—, de ser juzgados desde el punto de vista de la simple moralidad y de la justicia humanas, se ganarían cien o mil veces la pena de trabajo forzado o galeras. No hay horror, crueldad, sacrilegio, perjurio, impostura, transacción infame, cínico robo, saqueo directo o traición truculenta que no haya sido, o que no sea, perpetrado diariamente por los representantes de los Estados, sin otro pretexto que esas palabras elásticas, y sin embargo tan terribles: «*por razones de Estado*».

Estas son palabras verdaderamente terribles porque han corrompido y deshonrado, dentro de los rangos oficiales y en las clases gobernantes de cada país, a más hombres que la misma cristiandad. Tan pronto como se pronuncian estas palabras, todo queda en silencio y todo cesa, la honestidad, el sentido de honor, de justicia, los derechos, la compasión misma cesan y, con ello, la lógica y el sentido común. El blanco es negro y el negro es blanco. Los actos humanos más bajos, la felonías más rastreras, los crímenes más atroces se convierten en actos meritorios.

El gran filósofo italiano Maquiavelo fue el primero en utilizar estas palabras, o por lo menos fue el primero en otorgarles su verdadero significado y la inmensa popularidad

propia experiencia. Sí, eso nos lo dice la historia: mientras los Estados pequeños son virtuosos debido a su debilidad, los Estados poderosos se mantienen con el crimen. Pero nuestra conclusión será enteramente diferente a la suya por una razón muy simple. Nosotros somos los hijos de la Revolución y de ella hemos heredado la religión de la humanidad que debemos fundar sobre las ruinas de la religión de la divinidad. Creemos en los derechos del hombre, en la dignidad y en la necesaria emancipación de la especie humana. Creemos en la libertad humana y en la fraternidad humana fundadas en la justicia. En una palabra, creemos en el triunfo de la humanidad sobre la tierra. Pero este triunfo, que deseamos con todas nuestras fuerzas, que queremos apresurar con nuestro esfuerzo unido, debido a que es por su propia naturaleza la negación del crimen que es a su vez intrínsecamente la negación de la humanidad, este triunfo no se podrá lograr hasta que el crimen cese de ser lo que ahora es más o menos en todas partes, *la base real de la existencia política de las naciones absorbidas y dominadas por la idea de Estado.* Y, ya que se ha probado que ningún Estado puede existir sin cometer crímenes, o al menos sin contemplar su posibilidad y planearlos, incluso cuando su propia impotencia les tendría que prevenir de llevarlos a cabo, hoy llegamos a la conclusión de *apoyar la necesidad absoluta de destruir los Estados.* O, si así se decide, su transformación completa y radical de modo que, al dejar de ser poderes centralizados y organizados de arriba abajo por la violencia o por la autoridad de algún principio, se organicen —con absoluta libertad para que se unan o no las partes y con plena libertad para abandonar la unión incluso si han entrado en ella libremente— de abajo arriba, según las auténticas necesidades y las tendencias naturales de las partes, por medio de federaciones libres de individuos, asociaciones, comunas, distritos, provincias y naciones dentro de la humanidad.

Estas son las conclusiones a las que nos ha llevado inevitablemente un examen de las relaciones externas de los lla-

mados Estados libres con otros Estados. Examinemos ahora las relaciones que mantiene el Estado fundado en el contrato libre con el que han llegado sus propios ciudadanos o súbditos.

Ya hemos observado que, al excluir a la inmensa mayoría de la especie humana de su medio, al mantener a la mayoría fuera de los compromisos recíprocos y los deberes de moralidad, de justicia y de derechos, el Estado niega a la humanidad y, utilizando la sonora palabra *patriotismo*, impone la injusticia y la crueldad como un deber supremo entre sus súbditos. Restringe, mutila, mata en ellos a la humanidad, de modo que, dejando de ser hombres, pueden ser únicamente ciudadanos, o más específicamente que, por medio de la conexión histórica y la sucesión de los hechos, jamás se puedan elevar por encima del ciudadano hasta el nivel del hombre.

Asimismo, hemos visto que cada Estado, bajo peligro de destrucción y miedo a ser devorado por sus Estados vecinos, debe encaminarse a la omnipotencia y, una vez poderoso, debe conquistar. Quien habla de conquista, habla de pueblos conquistados, subyugados, reducidos a la esclavitud en la forma o denominación que sea. En consecuencia, la esclavitud es la consecuencia necesaria de la misma existencia del Estado.

La esclavitud puede cambiar su forma o su nombre; en esencia permanece siempre igual. Su esencia podría expresarse con estas palabras: *ser un esclavo es verse forzado a trabajar para alguien del mismo modo que ser un amo es vivir del trabajo de otro.* En la Antigüedad, igual que en África y Asia hoy día, así como en una parte de América, los esclavos, con toda honestidad, eran llamados esclavos. En la Edad Media tomaron el nombre de siervos; hoy día se los llama *asalariados*. La posición de este último grupo entraña mucha más dignidad y es menos dura que la de los esclavos, pero de cualquier modo se trata de trabajo forzado tanto por el hambre como por las instituciones políticas y sociales, a fin de mantener a otra

gente en una mediana o completa comodidad. En consecuencia, son esclavos. Y, en general, ningún Estado antiguo ni moderno se las ha arreglado ni jamás se las arreglará para mantenerse sin el trabajo forzado de las masas, ya sean asalariados o esclavos, como base principal y absolutamente necesaria para el descanso, la libertad y la civilización de la clase política: *los ciudadanos.* En este aspecto, ni siquiera los Estados Unidos de Norteamérica pueden ser aún una excepción.

Tales son las condiciones internas que resultan necesariamente de un Estado en su actitud objetiva, es decir, su hostilidad natural, permanente e inevitable hacia todos los demás Estados. Veamos ahora las condiciones que son consecuencia de ese contrato libre para los ciudadanos del Estado y por el cual ellos mismos supuestamente se constituyeron en Estado.

El Estado no sólo tiene la misión de garantizar la seguridad de sus miembros contra cualquier ataque foráneo; debe también defenderlos dentro de sus propias fronteras, de atacarse entre sí, y *a cada uno contra sí mismo.* Porque cada Estado —y esto es profundamente característico de cada Estado así como de cualquier teología— presupone que el hombre es esencialmente malo y corrompido. En el Estado que ahora examinamos, *el bien,* como hemos visto, sólo comienza con la realización del contrato social y, en consecuencia, es el mero producto y el mismísimo contenido de dicho contrato. El *bien* no es el producto de la libertad. Por el contrario, mientras los hombres permanezcan aislados en su individualidad absoluta, disfrutando de su completa libertad natural, a la que no le reconocen otros límites que los de la realidad, no los de la ley, sólo siguen una ley, la de su egoísmo natural. Ofenden, maltratan y roban a los demás; obstruyen a los otros, y se devoran entre sí; cada uno según su inteligencia, su astucia y sus recursos materiales, haciendo lo mismo que se hacen los Estados entre sí. Con este razonamiento, la libertad humana no produce *bien,* sino *mal;* el hombre es malo por naturaleza. ¿Cómo se hizo

malo? Eso es cosa de la teología. El hecho es que la Iglesia, en su origen, encuentra malo al hombre y se hace cargo de hacerle bueno, es decir, de transformar al hombre natural en un ciudadano.

A esto se le podría responder que, ya que el Estado es el producto de un contrato libremente acordado por los hombres, y ya que el bien es el producto del Estado ¡cae de su peso que el bien es el producto de la libertad! Semejante conclusión estaría completamente equivocada. El mismo Estado, con este razonamiento, no es el producto de la libertad; por el contrario, es el producto del sacrificio voluntario y de la negación de la libertad. Los hombres naturales, completamente libres del sentido del derecho, pero expuestos de hecho a los peligros que amenazan su seguridad a cada instante, a fin de asegurar y salvaguardar esta seguridad, sacrifican de algún modo su propia libertad o renuncian a ella y de ese modo se convierten en ciudadanos, se convierten en los *esclavos del Estado.* En consecuencia tenemos razón en afirmar que, *desde el punto de vista del Estado, el bien no nace de la libertad, sino más bien de la negación de la libertad.*

¿Acaso no es sorprendente encontrar una correspondencia tan íntima entre la teología, esa ciencia de la Iglesia, y la política, esa ciencia del Estado; encontrar esa convergencia de dos órdenes de ideas y realidades, por fuera tan opuestas, y que, sin embargo, mantienen la misma convicción: *que la libertad humana tiene que ser destruida para que los hombres puedan ser morales, para que puedan transformarse en santos (para la Iglesia) o en ciudadanos virtuosos (para el Estado)*? Empero, a nosotros no nos sorprende nada esta armonía peculiar porque estamos convencidos, y trataremos de probarlo, de que la política y la teología son dos hermanas que proceden de la misma fuente y que persiguen los mismos objetivos bajo diferentes nombres; y que cada Estado es una Iglesia terrena del mismo modo que cada Iglesia, con su propio paraíso, el sitio de hospedaje de los benditos y del Dios inmortal, no es otra cosa que un Estado celestial.

De ese modo, el Estado, al igual que la Iglesia, empieza con esta presuposición fundamental, que los hombres son básicamente malos y que, si fueran dejados a su libertad natural, se destrozarían entre sí y ofrecerían el espectáculo de la anarquía más terrible en la cual el más fuerte explotaría y masacraría al más débil —¡todo lo contrario de lo que ocurre en nuestros Estados modelo, huelga decirlo!—. El Estado asienta el principio según el cual, para establecer el orden público, hay necesidad de una autoridad superior a fin de guiar a los hombres y reprimir sus bajas pasiones, hay necesidad de un guía y de un freno.

... Con el propósito de asegurar la obediencia a los principios y la administración de las leyes en cualquier tipo de sociedad, tiene que haber un poder vigilante, regulador y, de ser necesario, represivo, a la cabeza del Estado. Queda en nuestras manos averiguar quién debería ejercer semejante poder.

Para cualquier Estado basado en el derecho divino y con la intervención de cualquier Dios, la respuesta es suficientemente simple: los hombres que deberán ejercer ese poder son fundamentalmente los sacerdotes, y luego las autoridades temporales consagradas por los sacerdotes. Para el Estado basado en el contrato social, la respuesta sería mucho más difícil. En una pura democracia de pares —todos los cuales, sin embargo, están considerados incapaces de refrenarse en aras del bien común, y su libertad tiende naturalmente al mal—, ¿quién sería el verdadero guardián y administrador de las leyes, el defensor de la justicia y del orden público en contra de las bajas pasiones de todos? En una palabra, ¿quién podría satisfacer las funciones del Estado?

La respuesta sería: los mejores ciudadanos, los más inteligentes y virtuosos, aquellos que mejor comprenden los intereses comunes de la sociedad y la necesidad, el deber de todos de subordinar sus propios intereses al bien común. De hecho, se hace necesario que estos hombres sean tan inteligentes como virtuosos; si fueran inteligentes pero carecie-

ran de virtudes, bien podrían utilizar la riqueza común para servir sus propios intereses privados; y si fueran virtuosos sin inteligencia, su buena voluntad no sería suficiente para salvaguardar el interés público de sus errores. En consecuencia, es necesario, a fin de que una república no perezca, que disponga durante su duración de una sucesión continua de muchos ciudadanos que posean tanto virtudes como inteligencia.

Pero esta condición no se puede satisfacer siempre, o fácilmente. En la historia de cada país, las épocas que se jactan de un grupo considerable de hombres eminentes son excepcionales y famosas por los siglos. Por lo general, en el recinto del poder, predominan los insignificantes y los mediocres, y, a menudo, como hemos observado en la historia, lo que triunfa es el vicio y la violencia. Por tanto, podemos concluir que, si fuera verdad, como postula claramente la teoría de los llamados Estados racionales o liberales, según la cual la preservación y la duración de cada sociedad política dependen de una sucesión de hombres tan admirables por su inteligencia como por su virtud, no hay una sola de las sociedades hoy existentes que no hubiera dejado de existir hace mucho tiempo. Si a esta dificultad, por no decir imposibilidad, agregamos aquellas que surgen de la desmoralización peculiar proveniente del poder, las extraordinarias tentaciones a las que están expuestos todos los hombres que ostentan el poder, las ambiciones, rivalidades, celos, las gigantescas codicias que sobrecargan día y noche, en especial a aquellos que ocupan las altas esferas del poder, y contra los cuales no pueden prevalecer ni la inteligencia ni siquiera la virtud, es, entonces, una maravilla que existan tantas sociedades. Pero sigamos adelante.

Supongamos que, en una sociedad ideal, en cada período, hubo una cantidad suficiente de hombres inteligentes y virtuosos para ocuparse eficazmente de las principales funciones del Estado. ¿Quién los sacaría, los elegiría y pondría las riendas del poder en sus manos? ¿Ellos mismos, cons-

cientes de su inteligencia y su virtud, tomarían posesión del poder? Todo esto fue hecho por dos sabios de la Antigua Grecia, Cleóbulo y Periandro, a quienes, pese a su supuesta inmensa sabiduría, los griegos aplicaron el odioso nombre de tiranos. Pero ¿de qué manera tomarían el poder hombres semejantes? ¿Por persuasión o quizás por la fuerza? Si emplearan la persuasión, debemos señalar que quien mejor puede persuadir es aquel que está ya persuadido, y los mejores hombres son precisamente aquellos que están menos persuadidos de sus propios valores. Y, cuando tienen conciencia de estos valores, por lo general, encuentran repugnante imponer su virtud a los demás, mientras que los mediocres y corrompidos, siempre satisfechos de sí mismos, no sienten la menor repugnancia en glorificarse. Pero hasta supongamos que el deseo de servir a su país haya superado la natural modestia de hombres verdaderamente valiosos y los haya inducido a ofrecerse como candidatos al sufragio de sus conciudadanos. ¿Aceptaría necesariamente el pueblo a éstos en desmedro de los estrategas ambiciosos, demagogos y astutos? Si, por un lado, ellos quisieran usar la fuerza, tendrían que disponer en primer lugar de una fuerza capaz de vencer la resistencia de todo un partido. Obtendrían el poder por medio de una guerra civil que terminaría con un partido de oposición desmantelado, vencido pero, de cualquier manera, hostil. Para prevalecer, los triunfadores tendrían que persistir en el uso de la fuerza. De ese modo, una sociedad libre se convertiría en un Estado despótico, fundado en la violencia y mantenido por ella; una sociedad en la que tal vez se podrían encontrar muchas cosas valiosas, pero nunca libertad.

Si vamos a mantener la ficción del Estado libre basado en un contrato social, debemos suponer que la mayoría de sus ciudadanos deben haber tenido la prudencia, el discernimiento y el sentido de justicia necesarios para elegir a los hombres más capaces y valiosos y ponerlos a la cabeza del gobierno. Pero si un pueblo ha mostrado tales cualidades,

no una sola vez y por casualidad, sino todas las veces en toda su existencia, ¿no significaría que el mismo pueblo, como masa, habría alcanzado un nivel tan alto de moralidad y cultura que no tendría más necesidad de gobierno ni de Estado? Semejante pueblo no arrastraría una existencia sin sentido, dando rienda suelta a todos sus instintos; de su vida saldrían natural y espontáneamente la justicia y el orden público. El Estado, allí, dejaría de ser la providencia, el guardián, el educador, el regulador de la sociedad. Al renunciar a todo su poder represivo y hundirse en la posición subordinada sugerida por Proudhon, se transformaría en una simple oficina de negocios, una especie de despacho central de contabilidad al servicio de la sociedad.

No hay duda de que tal organización política, o más bien, tal reducción de acción política a favor de la libertad de la vida social, sería un gran beneficio para la sociedad, pero de ningún modo satisfaría a los actuales campeones del Estado. Para ellos, el Estado, como providencia, como director de la vida social, dispensador de justicia y regulador del orden público, es una necesidad. En otras palabras, lo admitan o no, ya se llamen republicanos, demócratas o incluso socialistas, siempre deben tener a su disposición un pueblo más o menos ignorante, inmaduro, incompetente, o hablando abiertamente, una especie de *canaille* a la que gobernar. Esto les hace posible, sin violentar su elevado altruismo, mantener los cargos más altos para ellos, a fin de dedicarse siempre al bien común, por supuesto. Como guardianes privilegiados del rebaño humano, poderosos por su dedicación virtuosa y su inteligencia superior, al mismo tiempo que acicatean al pueblo y le urgen a seguir adelante por su propio bien y bienestar, están en una posición de esquilar un poco a ese rebaño en beneficio propio.

Cualquier teoría lógica y clara del Estado está fundamentalmente basada en el principio de *autoridad*, es decir, la idea eminentemente teológica, metafísica y política de que las masas, siempre incapaces de gobernarse, deben en todo

momento someterse al yugo beneficioso de una sabiduría y de una justicia que les son impuestas, de una manera u otra, desde arriba. ¿Impuestas en nombre de qué y de quién? La autoridad que es reconocida y respetada por las masas sólo puede provenir de tres fuentes: la fuerza, la religión o la acción de una inteligencia superior. Como estamos discutiendo la teoría del Estado basado en el contrato libre, debemos posponer la discusión de esos Estados basados en la autoridad dual de la religión y la fuerza y, por el momento, debemos concentrarnos en la autoridad basada en una inteligencia superior que, como bien sabemos, siempre está representada por minorías.

¿Qué vemos realmente en todos los Estados del presente y del pasado, incluso en aquellos dotados de las instituciones más democráticas como los Estados Unidos de Norteamérica y Suiza? El gobierno real de las masas, pese a la pretensión de que el pueblo ostente el poder, sigue siendo una ficción casi todo el tiempo. De hecho, siempre son las minorías las que gobiernan. En los Estados Unidos de Norteamérica, hasta la reciente guerra civil y en parte después de ella, e incluso dentro del mismo partido del actual presidente, Andrew Johnson, esas minorías gobernantes fueron los llamados demócratas que siguieron favoreciendo la esclavitud y la feroz oligarquía de los terratenientes sureños, demagogos sin fe ni conciencia, capaces de sacrificar cualquier cosa a su codicia, a su maligna ambición. Ellos fueron quienes, por medio de acciones e influencias detestables, ostentaron prácticamente sin oposición durante cincuenta años sucesivos el poder y quienes han contribuido en gran escala a la corrupción de la moralidad política de Norteamérica.

Ahora mismo, una minoría realmente inteligente y generosa, pero siempre una minoría, el partido republicano, está desafiando con éxito esa política perniciosa. Esperamos que su triunfo sea completo: esperémoslo por el bien de toda la humanidad. Pero por más sincero que sea este parti-

do de la libertad, por más grandes y generosos que sean sus principios, no podemos esperar que, después de conquistar el poder, renuncie a su posición exclusiva de minoría gobernante y se mezcle con las masas, de modo que el autogobierno popular llegue finalmente a ser una realidad. Esto precisaría una revolución, una revolución que sería profunda, de una manera muy distinta a todas las revoluciones que han abrumado hasta ahora el mundo antiguo y el moderno.

En Suiza, pese a las revoluciones democráticas que allí han tenido lugar, el gobierno aún está en las manos de los millonarios, de la clase media, esos pocos privilegiados que son ricos, educados y que gozan de comodidades. La soberanía del pueblo, un término que, por cierto, detestamos, ya que la soberanía nos es odiosa, el gobierno de las masas por sí mismas, allí es también una ficción. El pueblo es soberano en la ley, pero no de hecho; debido a que está ocupado necesariamente en su tarea cotidiana que no le permite un descanso, ya que, si no totalmente ignorante, por lo menos es bastante inferior en educación a la clase media acaudalada, se ve obligado a dejar su supuesta soberanía en las manos de la clase media. La única ventaja que obtiene de esta situación, tanto en Suiza como en Estados Unidos, es que las minorías ambiciosas, los buscadores del poder político, no pueden tomar el poder salvo cortejando al pueblo, sometiéndose a sus pasiones pasajeras, que a veces pueden ser bastante malas, y en la mayoría de los casos, engañándolo.

Que nadie piense que, al criticar el gobierno democrático, estamos mostrando nuestra preferencia por la monarquía. Estamos firmemente convencidos de que la república más imperfecta es mil veces mejor que la monarquía más sabia. En una república, por lo menos, se dan breves períodos en los que el pueblo, si bien continuamente explotado, no está oprimido; en las monarquías, la opresión es constante. Asimismo, el régimen democrático gradualmente eleva a las masas a una participación en la vida pública —algo que la monarquía jamás hace—. No obstante, si bien prefe-

rimos la república, debemos reconocer y proclamar que cualquiera que sea la forma de gobierno, mientras la sociedad humana continúe dividida en diferentes clases como resultado de la desigualdad *hereditaria* de ocupaciones, de riqueza, de educación y de derechos, siempre habrá un gobierno clasista y la explotación inevitable de las mayorías por las minorías.

El Estado no es otra cosa que esta dominación y esta explotación, bien reguladas y sistematizadas. Trataremos de probarlo con el examen de las consecuencias del gobierno de las masas por una minoría, todo lo inteligente y dedicada que se quiera, en un Estado ideal basado en el contrato libre.

Una vez que han sido aceptadas las condiciones del contrato, sólo queda ponerlas en efecto. Supongamos que un pueblo reconociera su falta de capacidad para gobernarse, pero aún tuviera la suficiente lucidez para confiar la administración de los asuntos públicos a sus mejores ciudadanos. Al principio, estos individuos no sólo son estimados por su cargo oficial, sino por sus cualidades. Han sido elegidos por el pueblo porque son los más inteligentes, capaces, sabios, valientes y dedicados. Provenientes de la masa del pueblo, donde todos son supuestamente iguales, aún no constituyen una clase separada, sino un grupo de hombres privilegiados sólo por la naturaleza y por esa misma razón elegidos por el pueblo. Su número es necesariamente muy limitado, porque, en todos los tiempos y en todas las naciones, el número de hombres dotados con cualidades tan admirables que de inmediato tienen el respeto unánime de una nación, como la experiencia nos enseña, es muy reducido. En consecuencia, a riesgo de hacer una mala elección, el pueblo se verá obligado a elegir sus gobernantes entre ellos.

Aquí tenemos entonces una sociedad dividida en dos categorías, si bien aún no dos clases. Una está compuesta por la inmensa mayoría de ciudadanos que libremente se someten al gobierno de aquellos que ellos han elegido; la otra está compuesta de un pequeño número de hombres

dotados de atributos excepcionales, reconocidos y aceptados como excepcionales por el pueblo y a los que se les confía la tarea de gobernar. Como estos hombres dependen de la elección popular, al principio no se los puede distinguir de la masa de ciudadanos, salvo por esas cualidades que los han recomendado para la elección; y, naturalmente, ellos son los ciudadanos más útiles y dedicados de todos. Todavía no reclaman ningún privilegio o cualquier derecho especial, salvo el de llevar a cabo, con la aprobación del pueblo, las funciones especiales que se les han encomendado. Además, no son en absoluto diferentes de los demás en su manera de vivir o de ganarse la vida, de modo que aún subsiste entre todos una perfecta igualdad.

¿Se puede mantener esta igualdad durante un cierto período de tiempo? Nosotros afirmamos que no se puede, afirmación que puede ser fácilmente probada.

Nada es más peligroso para la moral de un hombre que el hábito de mandar. Los mejores hombres, los más inteligentes, generosos y puros siempre e inevitablemente serán corrompidos en esta actividad. Dos sentimientos inherentes al ejercicio del poder jamás dejan de producir esta desmoralización: *el desprecio por las masas, y para el hombre en el poder, una exagerada noción de su propia valía.*

«Las masas, al admitir su propia incapacidad para gobernarse a sí mismas, me han elegido a mí para que las encabece. Con esta acción, han proclamado claramente su propia *inferioridad* y mi *superioridad.* En esta gran multitud de hombres, entre los cuales casi no encuentro pares, sólo yo soy capaz de administrar los asuntos públicos. El pueblo me necesita; no se las puede arreglar sin mis servicios, mientras que yo me basto a mí mismo. En consecuencia, deben obedecerme por su propio bien, y yo, al dignarme a guiarlo, creo su felicidad y bienestar.» Eso es suficiente para subirle los humos a la cabeza a cualquiera, para corromper su corazón e hincharle de orgullo, ¿no es así? De este modo el hábito de mandar se transforma en una fuente de aberraciones,

tanto intelectuales como morales, hasta para el hombre más inteligente y más virtuoso.

Toda la moralidad humana —y más adelante trataremos de probar la verdad absoluta de este principio, el desarrollo, la explicación y aplicación más amplia de lo que constituye el verdadero tema de este ensayo—, toda la moralidad colectiva e individual residen fundamentalmente en *el respeto a la humanidad.* ¿Qué queremos decir con el respeto a la humanidad? Queremos decir el reconocimiento del derecho humano y de la dignidad humana en cualquier hombre, de cualquier raza, color, nivel de desarrollo intelectual, e incluso moral. Pero, si este hombre es estúpido, malvado o despreciable, ¿puedo respetarle? Por supuesto que, si es todo eso, me resultará imposible respetar su villanía, su estupidez y su brutalidad; estas cosas me son repugnantes y me indignan; de ser necesario, tomaré las medidas más fuertes contra ellas y, de ser necesario, llegaré incluso a matar si no tengo otro medio contra él de defender mi vida y todo lo que tengo por valioso y querido. Pero incluso en la lucha más violenta y amarga, hasta mortal, entre nosotros, debo respetar su carácter humano. Mi propia dignidad como hombre depende de ello. Sin embargo, si él no puede reconocer esta dignidad en los otros, ¿debemos reconocérsela a él? Si es una especie de bestia furiosa o, como a veces sucede, peor que una bestia, al reconocerle su humanidad, ¿no estaríamos manteniendo una mera ficción? No, porque por más degradación moral e intelectual que pueda ahora tener, si orgánicamente no es un idiota ni un demente, en cuyo caso se lo debería tratar como a un enfermo, si está en completa posesión de sus sentidos y de la capacidad que le ha brindado la naturaleza, entonces su humanidad, por más monstruosas que puedan ser sus desviaciones, de cualquier modo realmente existe. *Existe como una capacidad potencial, que dura toda la vida, para elevarse a tomar conciencia de su humanidad, aun cuando haya pocas posibilidades de un cambio radical en las condiciones sociales que lo han convertido en lo que es.*

Tomad al simio más inteligente y con la mejor disposición; aunque le coloquéis en el mejor medio ambiente humano, jamás podréis hacer un hombre de él. Tomad al criminal más empedernido o al hombre con la mente más pobre, siempre que no tenga una lesión orgánica que le cause idiotez o locura; la criminalidad de uno y el fracaso del otro en desarrollar una conciencia de su humanidad, *no es culpa suya ni tampoco se debe a su naturaleza; es únicamente el resultado del medio ambiente social en el que nacieron y se criaron.*

# 1869
# El Programa de la Hermandad Internacional

*Todas las evidencias indican que la «Hermandad Internacional» secreta, también llamada «Alianza Secreta», fue formalmente disuelta a principios de 1869. En réplica a las acusaciones hechas por Marx y el Consejo General de la Internacional, tanto Bakunin como Guillaume negaron su existencia. Sin la menor duda, había un grupo informal de «hombres avanzados» que se adherían a las ideas de Bakunin, pero como organización formal, dice Guillaume, «[la Hermandad Internacional] sólo existía teóricamente en la mente de Bakunin como una especie de sueño que se permitía con deleite...».*[14] *Pero esto no minimiza la importancia de las ideas formuladas en el programa que Bakunin escribió para la organización.*

*Si bien el* Programa»[15] *no cubre todos los temas discutidos en el* Catecismo revolucionario, *contiene una formulación más precisa y avanzada de las ideas de Bakunin sobre la estrategia revolucionaria, sobre la expropiación de la propiedad privada de la Iglesia y del Estado y su transferencia a la propiedad colectiva de las asociaciones industriales y agrícolas de trabajadores federados; la fe en la capacidad creativa de las masas; la violencia y el terrorismo revo-*

14. Citado por E. H. Carr, *Michael Bakunin*, Londres, Macmillam, 1937, pág. 421.

15. Guérin, *op. cit.*, págs. 228-231.

*lucionarios; la revolución por un Estado centralizado «socialista»; y, sobre todo, las tareas del movimiento de vanguardia anarquista (la Hermandad Internacional) en la Revolución Social. Además de su valor teórico, el* «Programa» *está inspirado por un espíritu profundamente humanitario totalmente distinto al estereotipo que inventaron los enemigos de Bakunin.*

La asociación de los Hermanos Internacionales desea una revolución que sea al mismo tiempo universal, social, filosófica y económica, de modo que no quede piedra sin tocar, primero en toda Europa y luego en el resto del mundo, para cambiar el orden actual de las cosas basado en la propiedad, en la explotación, el dominio y el principio de autoridad, ya sea religioso, metafísico y doctrinario a la manera burguesa, o incluso revolucionario a la manera jacobina. Al pedir la paz para los trabajadores y la libertad para todos, queremos destruir todos los Estados y todas las Iglesias, con todas sus instituciones y todas sus leyes religiosas, políticas, financieras, jurídicas, policiales, educacionales, económicas y sociales, de modo que estos millones de seres humanos miserables, engañados, esclavizados, atormentados y explotados puedan ser liberados de todos sus directores y benefactores oficiales y oficiosos —tanto asociaciones como individuos— y finalmente puedan respirar en completa libertad.

Convencidos como estamos de que los males sociales e individuales residen mucho menos en los individuos que en la organización de las cosas materiales y en las condiciones sociales, seremos humanos en nuestras acciones, tanto por el bien de la justicia como por consideraciones prácticas, y destruiremos sin misericordia lo que se interponga en nuestro camino sin hacer peligrar la revolución. Negamos la libre voluntad de la sociedad y su derecho a castigar. La misma justicia, tomada en su sentido más amplio y humano, es únicamente una idea que no representa un dogma absoluto; presenta el problema social, pero no lo resuelve. Simple-

mente indica el único camino posible hacia la emancipación humana, es decir, la humanización de la sociedad por medio de la libertad en la igualdad. La solución positiva sólo se puede lograr con una organización cada vez más racional de la sociedad. Esta solución, que tanto se desea, nuestro ideal para todos, es la libertad, la moralidad, la inteligencia y el bienestar de cada uno por medio de la solidaridad de todos: la fraternidad humana, en suma.

Cada individuo humano es el producto involuntario del medio ambiente natural y social en el que nace y de la influencia a la que sigue sometiéndose a medida que se desarrolla. Las tres grandes causas de toda la inmoralidad humana son: la desigualdad política, económica y social; la ignorancia que es el resultado natural de este estado de cosas; y la consecuencia natural de esto último: la *esclavitud.*

Ya que la organización social es siempre y en todas partes la única causa de los crímenes que cometen los hombres, el castigo que la sociedad inflige a los criminales que nunca pueden ser culpables, es un acto de hipocresía o de un absurdo patente. La teoría de crimen y castigo es el producto de la teología, es decir, de la unión de lo absurdo y la hipocresía religiosa. El único derecho que se puede otorgar a la sociedad en su estado actual es el derecho natural de matar en defensa propia a los criminales que ella misma ha producido, pero no el derecho a juzgarlos y condenarlos. Hablando estrictamente, esto no puede ser un derecho; sólo puede ser un acto natural, doloroso pero inevitable, él mismo indicación y resultado de la impotencia y de la estupidez de la actual sociedad. Cuanto menos lo utilice la sociedad, más cerca está de su emancipación verdadera. Todos los revolucionarios, los oprimidos, los que sufren, las víctimas de la actual organización social, cuyos corazones están naturalmente llenos de odio y de un deseo de venganza, deben mantener presente que los reyes, los opresores, los explotadores de todas las especies, son tan culpables como los criminales que han salido de las masas; al igual que ellos, son ha-

cedores de un mal del que no son culpables, ya que ellos también son productos involuntarios del actual orden social. No será sorprendente si el pueblo rebelde mata a muchos de ellos al principio. Será una desgracia, tan inevitable como los estragos producidos por un impulso temporal pronto terminado; pero ese acto natural no será moral, ni siquiera útil.

La historia nos ha enseñado mucho al respecto. La aterradora guillotina de 1793, a la que no se puede reprochar el haber sido lenta o remisa, de cualquier modo no logró destruir a la aristocracia francesa. Lo cierto es que la nobleza tembló hasta sus raíces, aunque no fuera destruida por completo, pero esto no fue la obra de la guillotina; se logró con la confiscación de sus propiedades. En general, podemos decir que la carnicería nunca fue un medio eficaz para exterminar a los partidos políticos; ha probado ser particularmente ineficaz contra las clases privilegiadas, ya que el poder reside menos en los hombres mismos que en las circunstancias creadas para los privilegiados por la organización de los bienes materiales, es decir, la institución del Estado y su base natural, *la propiedad individual.*

En consecuencia, para lograr una revolución exitosa, se hace necesario atacar las condiciones y los bienes materiales, destruir la propiedad y el Estado. Entonces será innecesario matar a hombres y estar condenados a sufrir la segura e inevitable reacción que ha producido y producirá toda masacre en toda sociedad.

No es nada sorprendente que los jacobinos y los blanquistas —que se hicieron socialistas más por necesidad que por convicción, que ven al socialismo como un medio para la revolución y no como un objetivo, ya que están a favor de una dictadura y de la centralización del Estado esperando que el Estado les conduzca a la reinstauración de la propiedad— sueñen con una revolución cruenta contra los hombres, en la misma medida en que no desean una revolución contra la propiedad. Pero semejante revolución sanguinaria, basada en la construcción de un Estado poderosamente

centralizado, inevitablemente conduciría a una dictadura militar y a un nuevo amo. Por ende, el triunfo del jacobismo o del blanquismo sería la muerte de la revolución.

Somos los enemigos naturales de tales revolucionarios: los posibles dictadores, reguladores y apoderados de la revolución, quienes, incluso antes de que sean destruidos los Estados monárquicos, aristocráticos y burgueses existentes, ya sueñan con crear nuevos Estados revolucionarios, completamente centralizados y aún más despóticos que los Estados que ahora tenemos. Estos hombres están acostumbrados al orden creado por una autoridad y sienten un horror tan grande ante lo que les parece desorden, pero que únicamente es la expresión franca y natural de la vida del pueblo, que incluso ante un desorden bueno y saludable que produzca la revolución, sueñan en mutilarlo con el acto de alguna autoridad de nombre que no sólo no será revolucionaria, sino que será una nueva reacción en el sentido que nuevamente condenará a las masas a estar gobernadas por decreto, a la obediencia, al inmovilismo, a la muerte; en otras palabras, a la esclavitud y a la explotación en manos de una nueva aristocracia pseudorrevolucionaria.

Lo que denominamos revolución es un estallido de lo que ahora se llama «bajas pasiones» y la destrucción del llamado orden público.

No tememos a la anarquía; la invocamos. Porque estamos convencidos de que la anarquía, queriendo decir la manifestación sin restricciones de la vida liberada del pueblo, debe brotar de la libertad, la igualdad, el nuevo orden social y la fuerza de la misma revolución contra la reacción. No hay duda de que esta nueva vida —la revolución popular— se organizará a sí misma en el debido momento, pero creará su organización revolucionaria desde abajo, de la circunferencia al centro, según el principio de la libertad, y no de arriba abajo o del centro a la circunferencia al modo de toda autoridad. Poco nos importa si esa autoridad se llama Monarquía, Iglesia, Estado constitucional, República burguesa

o incluso Dictadura revolucionaria. Detestamos y rechazamos a todos ellos como fuentes permanentes de la explotación y el despotismo.

La revolución, tal como la entendemos, tendrá que destruir el Estado y todas las instituciones del Estado, radical y completamente desde el primer día. Las consecuencias naturales y necesarias de esa destrucción serán:

a. la bancarrota del Estado;
b. la discontinuidad de pagos de deudas privadas por medio de la intervención del Estado, dejando a cada deudor el derecho de pagar sus deudas si así lo desea;
c. la discontinuidad de pagos de todo impuesto y la carga de cualquier contribución, directa o indirecta;
d. la disolución del ejército, el sistema jurídico, la burocracia, la policía y el clero;
e. la abolición de la justicia oficial, la suspensión de todo aquello llamado, jurídicamente, la ley, y del cumplimiento de esas leyes; en consecuencia, la abolición y la quema de todos los títulos de propiedad, escrituras de herencia, escrituras de venta, préstamos, escritos de todo juicio, en una palabra, toda la documentación jurídica y civil; en todas partes y en todas las cosas, el acto revolucionario reemplazará el derecho creado y garantizado por el Estado;
f. la confiscación de todo el capital productivo y de todos los medios de producción en beneficio de las asociaciones obreras, que los harán producir colectivamente;
g. la confiscación de toda propiedad de la Iglesia y del Estado, así como de los metales preciosos poseídos por individuos para beneficio de la Alianza federativa de todas las asociaciones obreras que

constituirán la comuna (a cambio de los bienes confiscados, la comuna brindará las necesidades más estrictas de la vida a todos los individuos así desposeídos y que luego ganarán más con su propio trabajo si pueden y si quieren);

h. con el propósito de efectuar la organización de la comuna revolucionaria con barricadas permanentes, y la oficina de un consejo de la comuna revolucionaria por delegación de uno o dos diputados por barricada, uno por calle o por distrito, se proveerán diputados investidos con mandatos imperativos, siempre responsables, siempre revocables. El consejo comunal así constituido podrá elegir entre sus propios miembros los comités ejecutivos, uno por cada rama de la administración revolucionaria de la comuna;

i. declaración desde la ciudad capital, en rebelión y organizada en una comuna, a efectos de que después de haber destruido al Estado autoritario y centralizado, cosa que tiene el derecho de hacer por haber estado esclavizada como cualquier otra localidad, se pronuncie por renunciar al derecho, o más bien a la pretensión, de gobernar las provincias;

j. convocatoria a todas las provincias, comunas y asociaciones para que dejen todo y sigan el ejemplo de la capital: primero, para reorganizarse sobre bases revolucionarias, luego delegar sus diputados, investidos con mandatos imperativos, responsables y revocables, a un lugar determinado de reunión con el propósito de constituir la federación de asociaciones, comunas y provincias que se han rebelado en nombre de los mismos principios y a fin de organizar una fuerza revolucionaria capaz de triunfar sobre la reacción. No se despachará a comisarios revolucionarios oficiales con cintas deco-

rándoles el pecho, sino a propagandistas revolucionarios que serán enviados a todas las provincias y comunas, en especial, a los campesinos a quienes no se los puede incitar a la rebelión por principios o decretos de una dictadura sino únicamente por el mismo acto revolucionario; es decir, por las consecuencias inevitables en todas las comunas del cese completo de la vida jurídica oficial del Estado. Asimismo, la abolición del Estado nacional en el sentido de que cualquier país extranjero, provincia, comuna, asociación o incluso un individuo aislado, que se hayan rebelado en nombre de los mismos principios serán recibidos en la federación revolucionaria prescindiendo de las actuales fronteras entre los Estados, aunque pertenezcan a diferentes sistemas nacionales o políticos; y sus propias provincias, comunas, asociaciones o individuos que defienden la reacción, serán excluidos. Es por medio de la expansión y la organización de la revolución para la defensa mutua de los países rebeldes que la universalidad de la revolución, fundada en la abolición de las fronteras y sobre las ruinas de los Estados, triunfará.

Ninguna revolución nacional o política puede jamás triunfar a menos de que se transforme en una revolución social y a menos de que la revolución nacional, precisamente debido a su carácter radicalmente socialista, que es destructor del Estado, se convierta en una revolución universal.

Ya que la Revolución se debe lograr en todas partes por medio del pueblo y debido a que su suprema dirección siempre debe residir en el pueblo, organizado en una federación libre de asociaciones industriales y agrícolas, el nuevo Estado revolucionario, organizado desde abajo por las delegaciones revolucionarias que abarcan todos los países rebeldes en nombre de los mismos principios, tendrá como

objetivo fundamental la administración de los servicios públicos, no el gobierno de los pueblos. Constituirá el *nuevo partido*, la alianza de la revolución universal, como oposición a la alianza de la reacción.

Esta alianza revolucionaria excluye cualquier idea de dictadura y de un poder directivo y supervisor. No obstante, es necesario, para el establecimiento de esta alianza revolucionaria y para el triunfo de la Revolución sobre la reacción que la unidad de ideas y de acción revolucionarias encuentre un *órgano* en medio de la anarquía popular que será la vida y la energía de la Revolución. Este órgano debe ser la *asociación secreta y universal de los Hermanos Internacionales.*

Esta sociedad tiene su origen en la convicción de que las revoluciones nunca están hechas por individuos ni tan siquiera por sociedades secretas. Se hacen a sí mismas; están producidas por la fuerza de las circunstancias, el momento de los acontecimientos y los hechos. Reciben una larga preparación en la conciencia profunda e instintiva de las masas; entonces, cuando estallan, a menudo parecen disparadas por causas superficiales. Lo único que puede hacer una sociedad bien organizada es, primero, asistir al nacimiento de la revolución difundiendo entre las masas las ideas que den expresión a sus instintos y, después, organizar no el ejército de la revolución —sólo el pueblo debe ser siempre ese ejército—, sino una especie de Estado Mayor revolucionario compuesto de individuos dedicados, enérgicos, inteligentes sobre todo amigos sinceros del pueblo, hombres ni vanos ni ambiciosos, sino capaces de servir como intermediarios entre la idea revolucionaria y los instintos del pueblo.

No hay necesidad de una gran cantidad de hombres como éstos. Cien revolucionarios, fuerte y seriamente unidos, son suficientes para la organización internacional de toda Europa. Doscientos o trescientos revolucionarios son suficientes para la organización del país más grande.

# Bakunin y el Movimiento Sindical Revolucionario

*El* Catecismo revolucionario *de 1866 y otras obras de Bakunin escritas antes de hacerse miembro de la Internacional en 1868 no trataron los problemas específicos del proletariado industrial. En 1864, cuando se fundó la Internacional, el movimiento sindical estaba en pañales, y en Italia, donde vivió Bakunin hasta 1867, apenas existía. La Internacional se desarrolló muy lentamente y sólo después de 1868 se convirtió en una fuerza revolucionaria potencial. Veintiséis de los sesenta y cuatro delegados del Congreso de Lausana de la Internacional también asistieron al primer Congreso de Ginebra de la Liga por la Paz y la Libertad que estuvo en sesión poco después de la terminación del Congreso de la Internacional. Fue entonces cuando Bakunin conoció a los miembros más activos de la Internacional y tomó conciencia de su potencial revolucionario. La entrada de Bakunin en la Internacional marcó un punto decisivo en su carrera revolucionaria y en la historia del movimiento anarquista moderno. Aplicó las ideas formuladas en el* Catecismo revolucionario *y en «Federalismo, socialismo, antiteología» a los concretos problemas prácticos a los que se enfrentaba el proletariado europeo.*

*Los movimientos sindicalistas revolucionarios que florecieron en algunos países europeos, en Centroamérica y Sudamérica, en alguna medida en Estados Unidos y en España durante la guerra civil española (1936-1939), obtuvieron su orientación de las secciones libertarias de la Internacional. El profesor Paul Brissenden ilus-*

*tra este punto con una cita del órgano del Industrial Workers of the World (IWW por sus siglas en inglés: Trabajadores Industriales del Mundo)* Industrial Worker *del 18 de junio de 1910:*

> Debemos trazar los orígenes de las ideas del sindicalismo revolucionario moderno en la Internacional [...] Muchas ideas originalmente esbozadas para la Internacional por el famoso anarquista Mijaíl Bakunin en 1868 fueron similares a los eslóganes en el siglo XX del IWW.[16]

*Los principios del sindicalismo revolucionario, también llamado «Anarcosindicalismo», elaborados por Bakunin y sus camaradas de la Internacional, son discutidos en las selecciones «La Política de la Internacional», «Programa de la Alianza» y «La Internacional y Karl Marx».*

*Declaraciones dispersas de Bakunin, según las cuales los obreros son «socialistas por instinto», «socialistas sin saberlo», implicando que los trabajadores se convierten automáticamente en revolucionarios cuando se unen en su lucha contra los patronos en aras de inmediatas mejoras económicas, no reflejan con exactitud su opinión en estos asuntos. Esas afirmaciones exageradas fueron hechas para propaganda entre trabajadores sin preparación o en el calor de la discusión con colaboracionistas burgueses o marxistas que abogaban por una acción política parlamentaria. Toda la evidencia indica que lo que realmente Bakunin quería decir era que la situación económica de los trabajadores los volvía receptivos a las ideas socialistas revolucionarias. «La propaganda teórica de las ideas socialista», dice, «también es necesaria a fin de preparar a las masas para la Revolución Social.» Estas ideas deben ser planteadas por una organización específica de revolucionarios conscientes y dedicados unidos por el programa ideológico común, en este caso por la «Alianza» de Bakunin. Bakunin define esta relación entre la Internacional y la Alianza de la siguiente manera:*

16. Paul Brissenden, *The I.W.W.: A Study on American Syndicalism*, Nueva York, Columbia University Press, 1920, págs. 36-37.

La Alianza es el complemento necesario de la Internacional. Pero la Alianza y la Internacional, si bien tienen los mismos objetivos finales, llevan a cabo diferentes funciones. La Internacional trata de unificar a las masas trabajadoras, a los millones de trabajadores, prescindiendo de nacionalidades o límites nacionales o creencias políticas o religiosas, en un solo cuerpo compacto; la Alianza, por otro lado, trata de dar a esas masas una dirección verdaderamente revolucionaria. Los programas de una y otra (organización), sin estar de ninguna manera opuestos, difieren en el grado de su desarrollo revolucionario. La Internacional contiene en germen, pero sólo en germen, todo el programa de la Alianza. El programa de la Alianza representa la más completa expresión de la Internacional.[17]

*Hay mucha confusión acerca de si Bakunin y los miembros antiautoritarios de la Internacional eran «colectivistas» o lo que ha sido llamado indistintamente «comunistas antiautoritarios», «comunistas federalistas» o «anarcocomunistas». Esta cuestión es clarificada por James Guillaume en una carta inédita hasta este momento con fecha de 24 de agosto de 1909. Una copia de esta carta fue luego enviada al editor de este libro desde Montevideo, Uruguay, por el historiador anarquista Vladimir Muñoz. Traducimos las citas siguientes:*

Al principio [Congreso de 1868 de la Internacional], el término *colectivista* designaba a los partidarios de la propiedad colectiva: todos aquellos que, opuestos a los partidarios de la propiedad individual, declaraban que las minas, la tierra, las comunicaciones y el transporte, las máquinas, etcétera, debían ser propiedad colectiva. [...] En el Congreso de Basilea (1869), los partidarios de la propiedad colectiva se dividieron en dos facciones opuestas. Los partidarios de la propiedad colectiva en manos del Estado fueron denominados «comunistas autoritarios» o «estatales». Aquellos que abogaban por la propiedad colectiva directamente en manos de las asociaciones de trabajadores fueron llamados «comunistas antiautoritarios» o «comunistas federalistas» o «anarcocomunistas». Para distinguirse de los autoritarios y evitar la confusión, los

17. François Muñoz, *Bakounine et la liberté*, París, 1965, págs. 195-196.

antiautoritarios se denominaron a sí mismos «colectivistas». [...] Varlin, el editor del proyectado periódico anarquista *La Marseillaise*, me escribió en diciembre de 1869 que «los principios expuestos en este diario son los mismos que adoptaron casi unánimemente los delegados al congreso de Basilea de la Internacional celebrado hace unos meses: *colectivismo o comunismo antiautoritario*». El año anterior, en el Congreso de 1868 de la Liga por la Paz y la Libertad, Bakunin se definió como «colectivista» y declaró: «Yo quiero que la sociedad y la propiedad colectiva o social se organice de abajo arriba por medio de asociaciones libres, y no de arriba abajo por medio de una autoridad. En este sentido, soy un colectivista».

En cuanto a la distribución de los productos del trabajo colectivo, yo escribí: «[...] Una vez que el obrero posee los medios de producción, todo el resto es de importancia secundaria. El modo en que los productos del trabajo colectivo serán compartidos colectivamente debe dejarse a criterio de cada grupo». [...] Los colectivistas sabían muy bien que, cuando los instrumentos de producción son propiedad común, el trabajo se transforma en un *acto social* y, en consecuencia, los productos son productos sociales. En 1871, Bakunin escribió: «Sólo el trabajo colectivo crea la riqueza. *La riqueza colectiva debe ser poseída colectivamente...*». En mi ensayo «Sobre la creación del nuevo orden social» [incluido en este volumen], declaré claramente que, en la sociedad colectivista, cuando las máquinas tripliquen la producción, los bienes no serán vendidos a los consumidores sino distribuidos según sus necesidades. [...] Éstas, y muchas otras citas que podría facilitar fácilmente, muestran a las claras que los internacionalistas colectivistas jamás aceptaron la teoría de «a cada uno según el producto de su trabajo».

*Guillaume no veía, en principio, diferencia entre colectivismo y comunismo antiestatal. Los colectivistas comprendían que el comunismo pleno no sería inmediatamente realizable. Estaban convencidos de que los mismos trabajadores se introducirían gradualmente en el comunismo a medida que superaran los obstáculos, tanto sociológicos como económicos.*

# 1869
# La política de la Internacional

*«La política de la Internacional»*[18] *consiste en cuatro artículos escritos por Bakunin para* L'Égalité, *el órgano de la Federación Romance libertaria y de habla francesa de la Internacional, entre el 7 y el 28 de agosto de 1869. Está escrito en el estilo popular de fácil acceso a los obreros inteligentes de esa época.*

*Bakunin empieza a esbozar en lenguaje simple los principios fundamentales de la Internacional y luego pasa a discutir la naturaleza de la burguesía y su relación con la Internacional, con el parlamentarismo y con los problemas inmediatos. Sus declaraciones astutas sobre los políticos de clase obrera, los obreros aburguesados y la burguesía en general todavía son vigentes. Las propuestas prácticas de Bakunin muestran lo bien que comprendía la mente del trabajador medio.*

*Las referencias de Bakunin a «los días de junio» y «los días de diciembre» requieren una aclaración. La revolución de 1848 empezó con el levantamiento de los obreros de París el 24 de febrero. Cuando cayó el gobierno, el rey Luis Felipe abdicó y huyó a Inglaterra. Entonces se declaró la Segunda República. Cuando colapsó el Programa Nacional de 'Talleres para los parados (similar al programa WPA de Franklin Roosevelt), un nuevo levantamiento de cien-*

18. Bakunin, *Politique de l'Internationale*, París, Stock, 1911, vol. V, págs. 169-199.

*tos de miles de obreros hambrientos de París fue aplastado por el general Cavaignac, quien había sido investido con poderes dictatoriales por la Asamblea Nacional republicana. Esa masacre, que tuvo lugar entre el 22 y el 24 de junio, se hizo famosa como «los días de junio». «Los días de diciembre» significan el acceso al poder de Luis Napoleón (más tarde emperador Napoleón III). En el plebiscito nacional del 10 de diciembre fue elegido presidente de Francia con el apoyo de los campesinos y las clases reaccionarias. Prohibió, o metió en prisión, a los radicales y a los demócratas liberales, así como a la oposición republicana, y estableció el «reino del cesarismo y el militarismo» a que se refiere Bakunin.*

## I

La Internacional, al aceptar a un nuevo miembro, no le pregunta si es ateo o creyente, si pertenece o no a un partido político. Sólo le pregunta lo siguiente: ¿es usted un trabajador y, en caso de no serlo, desea usted sinceramente y se dedicará completamente a la causa de los trabajadores hasta la exclusión de toda causa contraria a esos principios?

¿Piensa usted que los trabajadores, los únicos productores de toda la riqueza del mundo, quienes han creado la civilización y ganado todas las libertades que emplea la burguesía, deben estar condenados a la pobreza, la ignorancia y la servidumbre? ¿Comprende usted que la fuente principal de todos los males que ahora deben soportar los trabajadores es la pobreza y que esta pobreza es la consecuencia necesaria del orden económico existente de la sociedad, o principalmente del sometimiento del trabajo al yugo del capital, es decir, de la burguesía?

¿Comprende usted que existe un antagonismo irreconciliable entre el proletariado y la burguesía que es la consecuencia necesaria de sus respectivas posiciones económicas? ¿Que la riqueza de la clase burguesa es incompatible con el bienestar y la libertad de los trabajadores porque su excesiva

riqueza únicamente se puede basar en la explotación y el sojuzgamiento del trabajo, y que, por esta razón, la prosperidad y la dignidad de las masas trabajadoras exige la abolición de la burguesía como clase? [...] ¿Comprende usted que ningún obrero, por más inteligente o emprendedor que sea, puede luchar por sí solo contra el poder bien organizado de la burguesía, un poder sostenido por todos los Estados?

¿Comprende usted que, frente a la coalición formidable de las clases privilegiadas, de todos los capitalistas y todos los Estados, una asociación aislada de trabajadores, local o nacional, aunque fuera en uno de los grandes países europeos, jamás puede triunfar, y que frente a esa coalición, la victoria sólo se puede lograr mediante la unión de todas las asociaciones nacionales e internacionales en una única asociación universal que no es otra que la gran Asociación Internacional de Trabajadores?

Si usted comprende totalmente esto y realmente lo desea, entonces, prescindiendo de su lealtad nacional y de sus creencias religiosas, venga a nosotros y será bienvenido. Pero, primero, usted debe jurar:

a. subordinar sus intereses personales y familiares así como sus creencias políticas o religiosas a los intereses supremos de nuestra asociación: por la lucha del trabajo contra el capital; es decir, la lucha económica de los trabajadores contra la burguesía;
b. jamás comprometerse con la burguesía en su propio provecho;
c. jamás satisfacer su vanidad haciendo gala de desdén por la base. Si usted hace eso, será tratado como un burgués, como un enemigo del proletariado, porque el burgués desprecia la colectividad, y el proletariado sólo busca la solidaridad de todos los que trabajan y que son explotados por el capitalismo;

d. permanecer siempre fiel a la solidaridad del trabajo. La menor traición a esta solidaridad será considerada por la Internacional como el mayor crimen que pueda cometer cualquier trabajador; en suma, usted debe aceptar completamente y sin reservas nuestros estatutos generales y prometer ajustar a los mismos todos los actos de su vida.

Pensamos que los fundadores de la Internacional demostraron una gran sabiduría al eliminar todas las cuestiones religiosas y nacionales de su programa. Procuraron, intencionadamente, no expresar en el programa sus convicciones rotundamente antirreligiosas y antinacionales porque su mayor preocupación era unir a los trabajadores explotados y oprimidos del mundo civilizado en un solo esfuerzo común. Tenían necesariamente que encontrar una base común y formular una serie de principios elementales que fueran aceptables para todos los trabajadores, prescindiendo de las aberraciones políticas y económicas que aún infestaban las mentes de tantos trabajadores.

La inclusión del programa político y antirreligioso de cualquier grupo o partido en el programa de la Internacional, lejos de unir a los trabajadores de Europa, los hubiera dividido aún más de lo que están actualmente. [...] Los sacerdotes, los gobiernos y todos los partidos burgueses, incluso los más izquierdistas, aprovechando la ignorancia de los trabajadores, han tenido éxito en adoctrinar a los trabajadores con toda clase de ideas falsas cuyo único propósito es lavarles el cerebro a fin de que sirvan voluntariamente a las clases privilegiadas en contra de sus propios intereses.

Además, la diferencia en el grado de desarrollo industrial, político o moral de las clases obreras en los diferentes países es aún demasiado grande como para que se unan sobre la base de un único programa político y antirreligioso. Hacer de ese programa una condición absoluta para entrar como miembro en la Internacional sería organizar una secta

y no una asociación universal. Sólo podría destruir la Internacional en sus comienzos.

Todavía hay otra razón importante para omitir todas las tendencias políticas, al menos formalmente, *y sólo formalmente*. Hasta ahora no ha habido una verdadera política del pueblo y por «pueblo» queremos decir las clases bajas, la «chusma», los trabajadores más pobres cuya labor sostiene al mundo. Sólo ha existido una política de las clases privilegiadas, aquellas que han utilizado la capacidad física del pueblo para derrocarse y suplantarse mutuamente en la lucha inacabable por la supremacía. El pueblo ha pasado su apoyo de uno a otro con la vana esperanza de que al menos en uno de estos cambios políticos [... su pobreza y su esclavitud centenarias se vieran aliviadas. Incluso la gran Revolución francesa no alteró básicamente su estatus. Eliminó a la nobleza sólo para reemplazarla por la burguesía. El pueblo ya no es *llamado* siervo. Ahora han sido proclamados hombres libres, legalmente con los derechos de ciudadanos que han nacido libres; pero, de hecho, siguen siendo siervos en la pobreza.

Y seguirán siendo esclavos mientras las masas trabajadoras continúen sirviendo como instrumentos de la política burguesa, ya sea conservadora o liberal, incluso si su política simula ser revolucionaria. Porque todos los políticos burgueses, sea cual sea su rótulo o color, sólo tienen un propósito: perpetuar la dominación de la burguesía, y *la dominación burguesa es la esclavitud del proletariado.*

¿Qué iba a hacer la Internacional? Tenía que separar a las masas trabajadoras de la política burguesa y eliminar de su programa los programas políticos de la burguesía. Cuando primero se organizó la Internacional, las únicas instituciones que ejercieron más presión en contra fueron la Iglesia, la monarquía, la aristocracia y la burguesía. Esta última, en especial la burguesía liberal, era sin duda más humana que las otras, pero también dependía de la explotación de las masas y su único propósito era luchar también contra sus rivales por el privilegio de monopolizar la explotación. La

Internacional primero tuvo que aclarar el terreno. Ya que la política, en lo que se refiere a la emancipación, está infestada de elementos reaccionarios, la Internacional primero se tuvo que purgar a sí misma de todos los sistemas políticos y, entonces, construir, sobre las ruinas del orden social burgués, la nueva política de la Internacional. [*L'Égalité*, 7 de agosto de 1869.]

## II

Fue por estas razones que los fundadores de la Internacional basaron la organización únicamente en la lucha económica de los trabajadores contra la explotación capitalista. Razonaron que, una vez que los trabajadores tuvieran confianza en la justicia de su causa así como en su superioridad numérica y se comprometieran con sus camaradas en la lucha común contra la clase patronal, la fuerza de los acontecimientos y la intensificación de la lucha pronto los lanzaría a reconocer todos los principios políticos, socialistas y filosóficos de la Internacional, principios que, de hecho, son la única verdadera reflexión de sus propias experiencias y aspiraciones.

Desde el ángulo político y social, las consecuencias necesarias de estos principios son la abolición de todos los Estados territoriales y la construcción, sobre sus ruinas, de la gran confederación internacional de todos los grupos nacionales y productivos. Filosóficamente, significa nada menos que la realización de la felicidad humana, la igualdad, la libertad y la justicia. Y estos ideales tenderán a hacer superfluas todas las fantasías religiosas y los sueños vanos de una mejor vida en el paraíso. [...]

Pero proclamar prematuramente estos dos últimos objetivos a los trabajadores ignorantes, cuyas mentes están envenenadas por las doctrinas desmoralizantes y la propaganda del Estado y del clero, seguramente les escandalizaría y los rechazarían. [...] Ni siquiera sospecharían que en reali-

dad estos objetivos son la expresión más verdadera de sus propios intereses; que la búsqueda de estos objetivos llevaría a la realización de sus más caros deseos y que precisamente esos prejuicios religiosos y políticos en cuyo nombre rechazan estas ideas son quizás la causa directa de su miseria y esclavitud prolongadas.

Es necesario distinguir claramente los prejuicios de las clases privilegiadas. Los prejuicios de las masas [...] militan contra sus propios intereses, mientras que los de la burguesía están basados precisamente en sus intereses de clase. [...] El pueblo quiere, pero no sabe. La burguesía sabe pero no quiere. De los dos, ¿cuál es el incurable? La burguesía, por supuesto.

Una regla general: podéis convencer sólo a aquellos que ya sienten la necesidad del cambio por virtud de sus instintos y sus circunstancias miserables, pero jamás a aquellos que no sienten la necesidad del cambio. Tampoco podéis convencer a los que pueden desear escapar de una situación intolerable pero se sienten atraídos por ideas totalmente diferentes a las vuestras, debido a la naturaleza de sus hábitos sociales, intelectuales y morales.

No podéis ganar para el socialismo a un noble enamorado del dinero, ni a un burgués cuya única ambición es escalar a la nobleza, ni a un obrero que en el fondo de su corazón y de su alma quiere convertirse en un burgués. Tampoco podéis ganar a un intelectual esnob, o a un «sabio» pretencioso que esgrime su conocimiento científico después de haber leído unos pocos libros. Esa clase de gente menosprecia con arrogancia a las masas iletradas y se imaginan a sí mismos como responsables de formar una nueva casta dominante.

Ningún razonamiento o entusiasmo logrará convertir a esos desafortunados morales. El único modo efectivo de superar sus resistencias es por medio de la *acción*: cerrar las posibilidades de alcanzar posiciones privilegiadas, de explotar y de dominar. Únicamente la Revolución Social, al ba-

rrer toda desigualdad, puede moralizarlos y llevarlos a buscar su felicidad en la igualdad y la solidaridad.

Las cosas son diferentes con los trabajadores serios. Y por trabajadores serios quiero decir aquellos que están aplastados bajo el peso del yugo, todos aquéllos cuya posición es tan precaria que (salvo circunstancias extraordinarias) no pueden siquiera tener la esperanza de alcanzar una mejor situación en la vida. [...] Asimismo, en esta categoría están aquellos trabajadores escasos y generosos, quienes, aunque han tenido la oportunidad de elevarse por encima de la clase obrera, prefieren sufrir y luchar junto a sus hermanos de clase contra la burguesía. Esos trabajadores no tienen que ser convertidos; ya son socialistas verdaderos.

La gran masa de trabajadores, extenuada por la labor cotidiana, es miserable e ignorante. Empero, esta masa, pese a sus prejuicios políticos y sociales, es socialista *sin saberlo.* Debido a su posición social, es más verdaderamente socialista que todos los socialistas científicos y burgueses combinados. Es socialista en virtud de las condiciones materiales y de las necesidades de su situación, mientras que los últimos únicamente son socialistas intelectuales. En la vida real, las necesidades materiales ejercen un poder mucho más grande que las necesidades del intelecto, que siempre y en todas partes son la expresión del ser, el reflejo de los acontecimientos sucesivos de la vida, pero jamás su principio vital...

Los trabajadores no carecen de un sentido de la realidad ni de aspiraciones socialistas, sino tan sólo del pensamiento socialista. En el fondo de su corazón, cada trabajador aspira a una vida plena, al bienestar material y al desarrollo intelectual, todo basado en la justicia y la igualdad para cada ser humano que quiera vivir y trabajar en un clima de libertad. Obviamente, este ideal no se puede realizar en el actual sistema social, basado como está en la explotación cínica de las masas laboriosas. Ya que la emancipación sólo se puede alcanzar con el derrocamiento del orden

social existente, cada trabajador serio es potencialmente un socialista revolucionario.

Las semillas del pensamiento socialista están ya en el inconsciente de todo trabajador serio. El objetivo socialista es hacer al trabajador completamente consciente de lo que quiere, de despertar en él una inteligencia que corresponda a sus deseos íntimos. Una vez que se eleve la inteligencia de los trabajadores al nivel de lo que sienten instintivamente, su voluntad tiene la posibilidad de concentrarse y su poderío se volverá irresistible. Es axiomático que la ignorancia y los prejuicios religiosos y sociales [...] atrasan el desarrollo de esta inteligencia entre las masas trabajadoras. ¿Cómo disipar toda esta ignorancia? ¿Cómo arrancar todos estos prejuicios? ¿Mediante la educación? ¿Mediante la propaganda?

La propaganda y la educación son excelentes medios, pero insuficientes. El trabajador aislado, abrumado por el trabajo y los deberes cotidianos, no puede procurarse esta educación. ¿Y quién hará la propaganda? ¿Un puñado de socialistas de última hora provenientes de la burguesía? Ellos sin duda son dedicados y están motivados por impulsos generosos, pero son demasiado pocos para realizar una propaganda adecuada entre las masas.

Además, en el mejor de los casos, los trabajadores recibirán con reservas una propaganda proveniente de intelectuales que salen de un medio social hostil y totalmente diferente. El preámbulo de los estatutos de la Internacional dice: «La emancipación de los trabajadores es la tarea de los mismos trabajadores». Es absolutamente correcto. Éste es un principio fundamental de nuestra gran asociación. Pero los trabajadores poco saben de teorías y son incapaces de comprender las implicaciones de este principio. El único medio que tienen los trabajadores de aprender este principio es la práctica: *la emancipación por medio de la acción práctica.* Requiere toda la solidaridad de los trabajadores en su lucha contra los amos, por medio de *sindicatos y la creación de*

*la resistencia* [fondos de huelga]. [*L'Égalité*, 14 de agosto de 1869.]

## III

Si la Internacional desde su inicio toleró las ideas reaccionarias, políticas y religiosas de los trabajadores que se asociaron, no fue porque era absolutamente indiferente a esas ideas. Como ya he demostrado, no pudo ser indiferencia, porque todas las ideas reaccionarias pensadas por los miembros minan el principio básico y, con él, la misma existencia de la Internacional.

Los fundadores de la Internacional, repito, actuaron sabiamente al adoptar esta postura tolerante. Pensaron [...] que un trabajador, que se comprometía en la lucha, necesariamente llegaría a darse cuenta de que existe un abismo insuperable entre la [...] reacción y sus aspiraciones más deseadas [...] y, habiéndose dado cuenta de esto, se pronunciaría abiertamente para un socialismo revolucionario.

Éste no es el caso de la burguesía. Todos sus intereses están opuestos a la transformación económica de la sociedad. Y, si sus ideas también son opuestas, entonces son reaccionarios, o, para utilizar un término hoy en boga, «moderados»; siempre seguirán siendo reaccionarios, y es necesario mantenerlos alejados de la Internacional. Un trabajador puede reconocer al burgués que sinceramente quiere asociarse a la Internacional por las relaciones que éste mantiene con el mundo burgués. La gran mayoría de los capitalistas burgueses y, de los terratenientes, aquellos que tienen la valentía de hablar claramente y manifestar su aborrecimiento del movimiento obrero son, al menos, enemigos resueltos y sinceros y menos peligrosos para la Internacional que los hipócritas.

Pero existe otra categoría de socialistas burgueses que no son tan francos ni valientes. Enemigos de la liquidación social (la abolición de las instituciones autoritarias de explo-

tación), ellos, al igual que todos los burgueses reaccionarios, defienden las instituciones responsables de la esclavitud del proletariado y aun posan como apóstoles de la emancipación de la clase trabajadora.

Los socialistas radicales y liberales burgueses que fundaron la Liga por la Paz y la Libertad [véase el capítulo correspondiente en este volumen] pertenecen a esta categoría. En su primer año de existencia, 1867, la Liga rechazó horrorizada al socialismo. El año pasado, 1868, en el Congreso de Berna, nuevamente y por abrumadora mayoría, rechazaron la igualdad económica. Ahora, en 1869, al ver que la Liga está a punto de expirar y deseando prolongar su agonía un poco más, finalmente se dan cuenta de que deben tratar el problema social. Ahora se autodenominan «socialistas», pero son socialistas burgueses porque resolverían todas las cuestiones sociales sobre la base de *la igualdad social.* Quieren preservar el interés en el capital y en las rentas de la tierra y al mismo tiempo pedir la emancipación de los trabajadores.

¿Qué los lleva a realizar una tarea tan ridícula y sin esperanzas? La mayoría de los burgueses están hartos del reinado del cesarismo y el militarismo que ellos mismos, por miedo al proletariado, ayudaron a instaurar en la revolución de 1848.

Sólo necesitáis recordar los días de junio, precursores de los días de diciembre, cuando esta *Asamblea Nacional,* a una sola voz, maldijo al ilustre y heroico socialista Proudhon, el único que tuvo el coraje de desafiar y desenmascarar a ese rebaño rabioso de conservadores, liberales y radicales burgueses; tampoco ahora debéis olvidar, que, de entre sus calumniadores, algunos aún viven y son hoy más militantes que nunca, tras recibir su bautismo revolucionario durante las persecuciones de los días de diciembre, y muchos, desde entonces, han sido mártires de la libertad. Pero, aparte de estas honorables excepciones, el conjunto de la burguesía, incluso los radicales burgueses, han creado el cesarismo y el militarismo cuyas consecuencias hoy deploran. Después de haber utilizado estos elementos en contra del

proletariado, ahora quieren sacárselos de encima. ¿Por qué? Porque el régimen los ha humillado y ha abusado de sus intereses. Pero ¿cómo se pueden liberar? *Entonces*, ellos eran lo suficientemente valientes y poderosos para desafiarlos. *Ahora* son cobardes, seniles e impotentes.

La ayuda sólo puede provenir del proletariado. Pero ¿cómo puede ganarse esta ayuda? ¿Con promesas de libertad e igualdad? Estas promesas ya no hacen mella en los trabajadores. Ellos han aprendido con amarga experiencia que esas palabras altisonantes sólo significan la perpetuación de una esclavitud económica no menos dura que la anterior. Para tocar el corazón de estos millones de asalariados hay que hablar de emancipación económica. No hay un trabajador que hoy no comprenda que la libertad económica es la base de todas sus demás libertades. Siendo éste el caso, el burgués ahora debe hablar a los trabajadores de reforma económica de la sociedad.

Los miembros burgueses de la Liga por la Paz y la Libertad se dijeron:

> Pues bien, también nosotros debemos llamarnos socialistas. Debemos prometer a los trabajadores reformas sociales y económicas, siempre con la condición de que respeten la civilización y la omnipotencia de la burguesía, la propiedad privada y hereditaria, el interés en el capital y en las propiedades de bienes raíces y todo lo demás. Debemos encontrar un medio de convencerles de que, sólo con estas condiciones, se asegurará nuestra dominación y (aunque parezca extraño) la emancipación de los trabajadores. Los convenceremos incluso de que, a fin de llevar a cabo estas reformas sociales y económicas, ante todo es necesario realizar una buena revolución política, exclusivamente política, tan roja como deseen, de ser necesario incluso con una buena caída de cabezas, pero siempre en el más escrupuloso respeto de la propiedad, una revolución enteramente jacobina, en suma [...] nos convertiremos en los amos de la situación y entonces otorgaremos a los trabajadores lo que pensemos que ellos merecen.

Hay una señal infalible por la cual los trabajadores pueden reconocer a cualquier falso socialista, a un socialista burgués; si dice que la transformación política debe *preceder* a la transformación social y económica; si niega que se realicen al mismo tiempo, o se encoge de hombros cuando le dicen que la revolución política sólo tendrá sentido cuando comience con una *liquidación social* completa, inmediata y directa... [*L'Égalité*, 21 de agosto de 1869.]

## IV

Para que la Internacional permanezca pura y fiel a sus principios no se puede desviar del único camino que puede llevarla a la victoria; ante todo, debe contrarrestar la influencia de dos tipos de socialistas burgueses: los partidarios de la política burguesa, incluyendo al burgués revolucionario, y los «hombres prácticos» con su cooperación burguesa. La política de la Internacional está resumida en estas palabras de su preámbulo:

> ... *que el sometimiento del trabajo al capital es la fuente de todas las servidumbres políticas, morales y materiales,* y que por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que se debe subordinar todo movimiento político...

Queda claro que cualquier movimiento político, cuyo objetivo no sea la emancipación económica inmediata, directa, *definitiva y completa* de los trabajadores y que no proclame clara e inequívocamente el principio de la *igualdad económica* —es decir, *la restitución del capital al trabajo o la liquidación social*—, es un movimiento burgués y, por tanto, debe quedar excluido de la Internacional. La política de la burguesía y de los socialistas burgueses está basada en la idea de que la libertad política es *la condición preliminar* para la emancipación económica. Estas palabras sólo pueden significar

una cosa [...] Los trabajadores se deben aliar con los radicales burgueses para hacer primero la revolución política, y luego, más tarde, luchar contra sus exaliados para realizar la revolución económica.

Repudiamos enérgicamente esta teoría desastrosa que una vez más haría de los trabajadores el instrumento de su propia esclavitud y los sometería de nuevo a la explotación de la burguesía. Conquistar la libertad política *primero,* sólo puede significar que las relaciones sociales y económicas, al menos, permanecerán «temporalmente» incólumnes. En suma, los capitalistas mantienen su riqueza y los trabajadores su pobreza.

Nos dirán que, una vez que se gane la libertad política, más tarde ésta les servirá a los trabajadores para conquistar la *igualdad* y la *justicia económica.* Por supuesto, la libertad es una fuerza magnífica y poderosa, siempre que los trabajadores tengan la oportunidad de utilizarla y siempre que esté efectivamente en posesión de ellos. Pero, si no, esta libertad política, como siempre, será un fraude transparente, una ficción. Uno tiene que vivir en un mundo de sueños para imaginarse que un trabajador, en las imperantes condiciones económicas y sociales, puede ejercer real y efectivamente la libertad política. Carece tanto del tiempo como de los medios materiales para hacerlo.

¿Qué vimos en Francia el día siguiente de la Revolución de 1848, desde el punto de vista político la revolución más radical que podamos desear? Los trabajadores franceses no se mostraron sin duda indiferentes o poco hábiles; sin embargo, pese a que contaban con el sufragio universal, dejaron todo a los políticos burgueses. ¿Por qué? Porque carecieron de los medios materiales necesarios para hacer una realidad de la libertad política [...] mientras que los radicales y liberales burgueses, incluso los conservadores, los nuevos republicanos azucarados de última hora y otros conversos semejantes, se confabularon y conspiraron; unos gracias a su renta de propiedades o sus cargos lucrativos; los otros, gracias a sus

posiciones estatales en las que permanecieron naturalmente y en las que se atrincheraron con más fuerza que nunca...

Supongamos que los trabajadores, más sabios por la experiencia, en vez de elegir a los burgueses para constituir las asambleas legislativas, delegaron a trabajadores de su propia clase. ¿Sabéis lo que ocurriría? Los nuevos diputados obreros, trasplantados a un medio ambiente burgués, viviendo y empapándose de todas las ideas burguesas y adquiriendo sus hábitos, dejarían de ser obreros y portavoces de los mismos, y se convertirían en burgueses, de apariencia aún más burguesa que la de los mismos burgueses. Porque los hombres no hacen los cargos; los cargos, por el contrario, hacen a los hombres. Y sabemos por experiencia que los obreros burgueses no son menos egoístas que los explotadores burgueses, no menos desastrosos para la Internacional que los socialistas burgueses, no menos engreídos y ridículos que el burgués que se hace noble...

Urgir a los trabajadores para que ganen la libertad política sin primero tratar la apremiante cuestión del socialismo, sin pronunciar la frase que hace temblar a la burguesía —*liquidación social*— no quiere decir más que: «Conquistad la libertad para nosotros, de modo que luego nosotros la podamos usar en contra vuestra».

Del mismo modo que la burguesía trata de organizar una formidable campaña entre los trabajadores para que conquisten la libertad política, *usando el socialismo como cebo* para atraparlos, las masas trabajadoras, muy conscientes de su posición, clarificadas y guiadas por los principios de la Internacional, deben empezar a organizarse efectivamente y a constituir un verdadero poder, no nacional, sino internacional, para reemplazar la política de la burguesía por una política propia; y del mismo modo que la burguesía necesita una revolución para instituir su propia idea de una plena libertad política bajo las instituciones republicanas, y ya que ninguna revolución puede triunfar sin la participación del pueblo [...] se hace necesario que el movimiento de los tra-

bajadores deje de sacar las castañas del fuego para beneficio de los señores burgueses y realice una revolución que únicamente sirva a los intereses del pueblo, por la causa de todos los que luchan contra los explotadores del trabajo.

Fiel a estos principios, la Asociación Internacional de Trabajadores nunca endosará o apoyará una agitación política que no tenga como objetivo *la emancipación económica* inmediata, directa y completa de los trabajadores, la abolición de la burguesía como clase económicamente separada de la gran masa del pueblo. La Internacional no apoyará ninguna revolución que desde el mismo primer día no inscriba en su bandera... *liquidación social.*

Pero las revoluciones no se improvisan ni se hacen de forma arbitraria, ni por individuos ni por las asociaciones más poderosas. Independientes de toda voluntad y de todas las conspiraciones, siempre son producidas por la fuerza natural de los acontecimientos. Pueden ser previstas, su inminencia a veces puede ser presentida, pero su explosión jamás puede ser acelerada de forma artificial. Convencidos de esta verdad, preguntamos: «¿Qué política debe llevar a cabo la Internacional durante el intervalo más o menos prolongado que nos separa de la liberadora Revolución Social que todos esperamos?».

La Internacional, ignorando toda política nacional o local, trata de marcar la agitación laboral en todas las tierras con un *carácter exclusivamente económico.* Para lograr este objetivo inmediato —reducción de las horas de trabajo y salarios más altos—, se prepara para realizar huelgas, juntar fondos de huelga y trata de unir a los trabajadores en una organización única.

[Agrandemos nuestra organización. Pero al mismo tiempo, no olvidemos consolidarla y reforzarla de modo que nuestra solidaridad, que representa todo nuestro poderío, se haga más fuerte cada día. Practiquemos más esta solidaridad en el estudio, en el trabajo, en la acción cívica y en la misma vida. Cooperemos en nuestra empresa común para hacer

nuestras vidas un poco más soportables y un poco menos dificultosas. Siempre que nos sea posible, establezcamos cooperativas de consumidores y sociedades de crédito mutuo, aunque en las presentes condiciones económicas, éstas no nos pueden liberar de ningún modo real o adecuado, pero de cualquier manera son importantes porque entrenan a los trabajadores en la práctica de dirigir su economía y plantar las semillas preciosas de la organización del futuro.][19]

La Internacional continuará propagando sus principios, porque estos principios, al ser la expresión más pura de los intereses colectivos de los trabajadores del mundo entero, son el alma y el poder viviente y dinámico de nuestra asociación. Difundirá su propaganda ignorando las susceptibilidades de la burguesía, de modo que cada trabajador, emergiendo del sopor intelectual y moral en que se lo ha mantenido, comprenderá su situación y sabrá lo que quiere y qué hacer y en qué condiciones puede obtener sus derechos como hombre. La Internacional tendrá que conducir su propaganda aún más enérgicamente porque dentro de la misma Internacional encontramos influencias que expresan desdén por estos principios, despreciándolos como una teoría vacía e inútil y tratando de confundir a los trabajadores para que retomen al catecismo económico y religioso de la burguesía.

La Internacional se expandirá y se organizará poderosamente para que, cuando la Revolución, madura por la fuerza de los acontecimientos, estalle, haya una fuerza real preparada que sepa lo que debe hacer y en consecuencia sea capaz de guiar la Revolución en la dirección marcada por las aspiraciones del pueblo: una organización internacional de trabajadores seria en todos los países, capaz de reemplazar este mundo agónico de *Estados.*

19. Este párrafo está tomado de *Double Strike en Geneva (Doble huelga en Ginebra)* (1969) y se lo inserta aquí para ilustrar aún más el interés de Bakunin por las medidas prácticas.

Concluimos esta fiel exposición de la política de la Internacional citando el párrafo final del preámbulo de nuestros estatutos generales:

> El movimiento nacido en los países industrializados de Europa, al dar nuevas esperanzas, hace la solemne advertencia de no caer en viejos errores. *L'Égalité*, 28 de agosto de 1869.

# GUERRA FRANCO-PRUSIANA
# Y LA COMUNA DE PARÍS

# 1870
# Carta a Albert Richard

*Escrita poco antes del inicio de la guerra franco-prusiana (19 de julio de 1870-28 de enero de 1871) y del fracasado levantamiento en Lyon del* 5 *de septiembre de 1870, encabezado por Bakunin, Richard y otros miembros de la sociedad secreta de vanguardia la Alianza, esa selección,*[1] *tanto por su tema como por la fecha, pertenece a* Cartas a un francés sobre la crisis actual *escritas por Bakunin en septiembre de 1870. La «Carta a Albert Richard» es importante principalmente porque trata de las cuestiones cruciales de la relación entre la minoría revolucionaria y las masas. También es pertinente porque, al hacerlo, anticipa el curso general de la Revolución rusa y porque resume la alternativa de Bakunin a las revoluciones autoritarias. Debido a que esta carta provee la información de fondo necesaria, en este caso los comentarios explicativos seguirán al texto.*

*Albert Richard (1846-1924) fue un anarquista francés de Lyon, donde fue miembro activo de la Alianza y uno de los primeros de la Internacional. Bakunin lo acusó de traicionar el levantamiento de Lyon al colaborar con el gobierno provisional. Después de la caída de la Comuna de París en mayo de 1871, en la que luchó, Richard escribió un panfleto pidiendo la restauración de Napo-*

1. Citado por Max Nettlau en *Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin*, Berlín, Der Syndikalist, 1927, págs. 148-151.

*león III. (Sobre el levantamiento de Lyon, véanse los «Apuntes biográficos» de James Guillaume.)*

*Muchos historiadores echan la culpa a Bakunin de un «aventurismo irresponsable» que causó el colapso de la revuelta de Lyon. Pero Franz Mehring, el biógrafo oficial de Karl Marx, defiende la conducta de Bakunin:*

> Ridiculizar este intento fracasado [Marx fue uno de los más vilipendiados en este sentido] tendría que haber sido a todas luces propio de la reacción, y un oponente de Bakunin, cuya oposición al anarquismo no le había robado toda capacidad de poder formar un juicio objetivo, escribió:
>
> «Por desgracia, voces de mofa se han levantado en la prensa radical democrática, aunque el intento de Bakunin en realidad no lo merece. Naturalmente, aquellos que comparten las opiniones anarquistas de Bakunin y sus partidarios, deben adoptar una actitud crítica con respecto a sus esperanzas sin base, pero, aparte de ello, su acción en Lyon fue un valiente intento de despertar las energías adormiladas del proletariado francés y de dirigirlas simultáneamente contra el enemigo extranjero y el sistema capitalista. Más tarde, la Comuna de París intentó hacer algo por el estilo y fue cálidamente elogiada por Marx»...[2]

Usted me repite que estamos de acuerdo en los puntos fundamentales. Ah, amigo mío, mucho me temo que nos encontremos en el más absoluto desacuerdo. [...] Debo, más que nunca, considerarle partidario de la centralización y del Estado revolucionario mientras que yo, más que nunca, me opongo a ello y sólo tengo fe en la anarquía revolucionaria, que en todas partes será acompañada de un poder colectivo invisible, la única dictadura que aceptaré, ¡porque sólo eso es compatible con las aspiraciones del pueblo y con todo el empuje dinámico del movimiento revolucionario!

2. Franz Mehring, *Karl Marx: The Story of his Life*, Ann Arbor, 1962, pág. 467.

Su estrategia revolucionaria se podría resumir de la siguiente manera: tan pronto como estalle la revolución en París, París organizaría la Comuna Provisional Revolucionaria. Lyon, Marsella, Rouen y las demás grandes ciudades se rebelarían al mismo tiempo, de inmediato enviarían sus delegados revolucionarios a París y establecerían una especie de asamblea nacional, o Comité del Pueblo de la Seguridad Pública de toda Francia. Este comité decretaría la revolución para todos los franceses. Este comité decretaría la revolución, la abolición del viejo Estado y la liquidación social de todas las instituciones explotadoras, ya sean gubernativas, religiosas o económicas. Asimismo y al mismo tiempo, el Comité decretaría la colectivización de la propiedad y la organización de un nuevo Estado revolucionario con poderes dictatoriales para reprimir la reacción interna y externa: ¿no es ésta su idea?

Nuestra idea, nuestro plan es exactamente lo contrario. No hay razón para suponer que el levantamiento revolucionario necesariamente ha de empezar en París. Pero supongamos que la revolución, como de costumbre, se inicie en París. Creemos firmemente que, entonces, París tendría únicamente un papel negativo; es decir, iniciaría la destrucción del antiguo orden, pero no organizaría el nuevo orden (en el resto de Francia). Si París realizara un levantamiento exitoso, entonces tendría la obligación y el derecho de pedir la solidaridad en la completa liquidación política, jurídica, financiera y administrativa del Estado, así como de la propiedad personal política y privadamente poseída o controlada; el desmantelamiento de todos los servicios, las funciones y los poderes del Estado; la quema pública de todos los documentos públicos y privados. De inmediato, París se organizaría hasta donde fuera posible de una manera revolucionaria. Las asociaciones de trabajadores recién formadas tomarían entonces posesión de todos los medios de producción, así como de los edificios y del capital, armándose y organizándose en secciones regionales mediante grupos

formados en las calles y en los límites de los barrios. Las secciones federalmente organizadas se asociarían entonces para formar una comuna federada. Y sería obligación de la comuna declarar que no tiene el derecho ni el deseo de organizar o gobernar a Francia. Esta comuna, por el contrario, apelaría a todo el pueblo, a todas las comunas e incluso lo que hasta ahora se ha considerado territorio extranjero, a que sigan su ejemplo, a realizar su propia revolución de la forma más radical posible y a destruir el Estado, las instituciones jurídicas, la propiedad privada y todo lo demás.

París, entonces, invitará a estas comunas francesas o extranjeras a encontrarse en París, o en cualquier otro sitio, donde sus delegados elaborarían colectivamente los arreglos para sentar las bases necesarias para la igualdad, requisito indispensable de toda libertad. Formularían un programa absolutamente negativo que pondría de manifiesto lo que se debería abolir, organizaría la defensa común y la propaganda contra los enemigos de la Revolución y promovería una práctica de solidaridad revolucionaria con sus amigos en todos los países.

Las tareas constructivas de la Revolución Social, la creación de nuevas formas de vida social, sólo pueden emerger de la experiencia práctica y vivida de las organizaciones de base que construirán la nueva sociedad según sus diversas necesidades y aspiraciones.

Las provincias, al menos los centros importantes como Lyon, Marsella, Saint-Étienne, Rouen y las demás no tienen que esperar los decretos de París antes de organizar la Revolución. Se deben rebelar y, al igual que París, llevar a cabo la fase negativa, destructiva de la Revolución. Se deben organizar espontáneamente, sin interferencia externa, de modo que la Asamblea Federal Revolucionaria y las Delegaciones Comunales no intenten gobernar y regular a toda Francia. La Asamblea Revolucionaria, por el contrario, es la creación de organizaciones locales y espontáneas en cada uno de los centros revolucionarios de Francia. En suma, la Revolución

que emane de todos los sitios no debería, y no debe, depender de un único centro rector. El centro no debe ser la fuente, sino el producto; no la causa, sino el efecto de la revolución.

Debe haber anarquía, debe darse —si la revolución va a llegar a ser viva y permanecer de ese modo, real y poderosa— el máximo despertar posible de todas las pasiones y aspiraciones locales, un tremendo despertar de vida espontánea en todas partes. Después de la inicial victoria revolucionaria, los políticos revolucionarios, esos partidarios de la dictadura descarada, tratarán de aplastar las pasiones populares. Harán un llamamiento por el *orden,* la lealtad y el sometimiento a aquellos que, en el curso de la Revolución, se apoderaron de sus propios poderes dictatoriales y los legalizaron; de ese modo reconstituyen el Estado los políticos revolucionarios. Nosotros, por el contrario, debemos despertar y fomentar todas las pasiones dinámicas del pueblo. Debemos producir la anarquía y, en medio de la tempestad popular, debemos ser los pilotos invisibles que guían la Revolución, no por medio de un poder secreto, sino por la dictadura colectiva de todos los aliados (los miembros de la organización de vanguardia Alianza Internacional de la Democracia Social), una dictadura sin trucos, sin títulos oficiales, sin derechos oficiales y, en consecuencia, tremendamente poderosa, ya que sobrelleva las trampas del poder. Ésta es la única dictadura que aceptaré, pero, a fin de actuar, primero debe ser creada, debe ser preparada y organizada con anticipación, porque no se creará a sí misma, ni con discusiones ni con disputas teóricas ni con reuniones de propaganda. [...]

Si se construye este poder colectivo e invisible, se triunfará; la revolución, bien dirigida, tendrá éxito. De otro modo, ¡no lo tendrá! Si se juega con comités de ayuda social, con dictaduras oficiales, entonces la reacción que nosotros mismos habremos creado nos arrastrará en su corriente. [...] Queremos enseguida transformarnos en los Danton, los Robespierre y los Saint-Just del socialismo revolucionario y pre-

parar sus hermosos discursos, sus brillantes *coup d'états,* que haremos estallar de improviso en un mundo sorprendido...

*Nota a la carta a Albert Richard*

Es materia de controversia si el concepto de Bakunin de una «invisible dictadura colectiva» contradice sus principios libertarios. Para sostener que Bakunin fue básicamente un autoritario, algunos críticos citan sólo este pasaje e ignoran el resto de la carta. El historiador bolchevique Steklov, basando su opinión únicamente en los primeros escritos no anarquistas de Bakunin, cuando por un tiempo favoreció una dictadura al estilo de Blanqui, naturalmente cuenta a Bakunin como uno de los antecedentes de la teoría de la dictadura del partido de Lenin. G.D.H. Cole, por el contrario, pone de manifiesto que

> Bakunin estaba de acuerdo con Marx en abogar por una dictadura del proletariado sobre las clases explotadoras; pero mantuvo que esta dictadura debía ser una dictadura espontánea de la totalidad de la clase obrera en rebeldía y no a cargo de un cuerpo de dirigentes con autoridad sobre la misma.[3]

Lenin habría sostenido que una organización que ejerciera una autoridad no manifiesta, sin Estado, sin estatus oficial, sin el aparato del poder centralizado para hacer efectiva su política, no puede definirse como dictadura. No alcanzaría sin duda las afirmaciones que Lenin formuló en su *El Estado y la revolución.* Además, si se tiene en mente que este pasaje es parte de una carta que repudia en los términos más fuertes el Estado y el autoritarismo estatal de los «Robespierres, los Danton y los Saint-Just de la revolución», a

3. G. D. H. Cole, *A History of Socialist Thought,* Londres, Macmillan, 1954, vol. II, pág. 121.

quienes Lenin admiraba, es razonable llegar a la conclusión de que Bakunin usó la palabra *dictadura* para denotar una influencia preponderante, o guía ejercida en gran parte con el ejemplo, no a fin de usurpar, sino de salvaguardar la revolución del pueblo. Según este criterio, Bakunin usó las palabras *invisible* y *colectivo* para denotar el movimiento subterráneo que ejercería esta influencia de una manera ordenada. Bakunin explicó esto según los estatutos de la Alianza:

> ningún miembro [...] tiene permiso, ni siquiera en medio de la revolución total, de tomar un cargo público de ninguna naturaleza; tampoco la organización puede hacerlo [...] estará en todo momento alerta, haciendo imposible que se restablezcan las autoridades, los gobiernos y los Estados.[4]

La bien conocida afición de Bakunin por el establecimiento de sociedades secretas, jerárquicas y fuertemente organizadas, para las que redactó estatutos elaborados al estilo de los masones y los Carbonari, puede ser atribuida en parte a su temperamento romántico y en parte al hecho de que todos los grupos revolucionarios y progresistas se veían obligados a actuar en la clandestinidad. Las sociedades secretas de Bakunin, en realidad, fueron fraternidades bastante informales de individuos libremente organizados y de grupos relacionados por medio de contactos personales y por correspondencia, como lo preferían sus asociados íntimos que consideraban que sus esquemas para crear sociedades secretas, elaboradas y centralizadas eran incompatibles con los principios libertarios.

4. Max Nettlau, *Gesammelte Werke Bakunins*, Berlín, 1921-1924, vol. II, pág. 62.

# 1870
# Cartas a un francés sobre la crisis actual

*Estas* Cartas a un francés *no fueron en realidad dirigidas a nadie en particular, sino que fueron simplemente la forma que utilizó el autor para indicar la informalidad y la calidad personal de lo que tenía que decir.*

*Este extenso extracto*[5] *se divide naturalmente en tres secciones distintas: a) los* Problemas generales de la Revolución Social, *con énfasis especial en la organización de los campesinos en relación con la clase obrera urbana en los países predominantemente agrícolas, la guerra capitalista entre los Estados y la guerra civil; b)* el temperamento revolucionario y su matriz,[6] *y c)* una Crítica del programa socialdemócrata alemán.

*Sus* Cartas a un francés *están entre los escritos más importantes de Bakunin porque, en esta obra, Bakunin hizo sus contribuciones fundamentales a la teoría y la práctica de la revolución. Fueron escritas durante el período tormentoso de la guerra franco-prusiana cuando Francia tenía ante sí una derrota segura. El gobierno de Napoleón III había colapsado y el gobierno republicano provisional que le sucedió estaba absolutamente desmoralizado. Los ejércitos franceses estaban en plena retirada y las tropas prusianas se encontraban a las*

5. Bakunin, *Lettres à un Français,* París, Stock, 1907, vol. II, págs. 160-173, 213-248.

6. *Ibid.*, vol. IV, págs. 16-23, 28-31.

*puertas de París. Fue en medio de esta crisis que Bakunin elaboró ideas que, desde entonces, se han convertido en las palabras claves de los movimientos libertarios revolucionarios y a las cuales hasta los autoritarios aún rinden homenaje; ideas como la de transformar las guerras entre Estados en guerras civiles en aras de la Revolución Social; el pueblo en armas haciendo guerra de guerrillas para rechazar a un ejército extranjero y defender simultáneamente a la revolución contra sus enemigos domésticos; todo el poder a las organizaciones de base creadas por la revolución; una alternativa federal a la revolución por decreto, estatista y centralizada, entre otras cosas.*

*Una de las contribuciones más significativas de Bakunin a la teoría revolucionaria moderna fue su confianza en la capacidad revolucionaria de los campesinos. Elaboró los medios de conquistarlos para la causa de la revolución, con especial énfasis en establecer relaciones armónicas entre los campesinos y los obreros más sofisticados de las zonas urbanas. Como en todos sus textos, Bakunin reitera su opinión sobre la relación adecuada entre la organización anarquista de vanguardia y las masas. Si bien apreciaba cabalmente la importancia de la situación económica en la revolución, de cualquier modo Bakunin atribuía igual importancia a la voluntad y la conciencia revolucionarias del pueblo. El fragmento acerca del «Temperamento revolucionario y su matriz» difiere sustancialmente de la interpretación marxista y ocupa un lugar clave en la ideología revolucionaria de Bakunin.*

## *Problemas Generales de la Revolución Social*

Ya he demostrado que a Francia no la puede salvar [...] el Estado. Pero, aparte de esta institución parasitaria y artificial, una nación sólo consiste en su pueblo; en consecuencia, *a Francia sólo la puede salvar la acción inmediata, no-partidarista del pueblo,* por medio de un levantamiento masivo de todo el pueblo francés, espontáneamente organizado de abajo arriba, por una guerra de destrucción, una guerra sin misericordia, hasta la muerte.

Cuando una nación de treinta y ocho millones de personas se levanta para defenderse, decidida a destruirlo todo y siempre dispuesta a sacrificar vidas y posesiones antes de someterse a la esclavitud, ningún ejército del mundo, por más poderoso que sea, por más organizado y equipado con el armamento más extraordinario que sea podrá conquistarlo.

Todo depende de la capacidad del pueblo francés para realizar semejante esfuerzo. ¿Hasta qué punto las blanduras de la civilización burguesa han afectado su capacidad revolucionaria? ¿Esos factores lo han vuelto incapaz de convocar el heroísmo requerido y la tenacidad primitiva, prefiere la paz al precio de su libertad, o la libertad a costa de inmensas privaciones? ¿Todavía conserva al menos algo del poderío natural y de la energía primitiva que hacen poderosa a una nación?

Si Francia sólo estuviera compuesta por la burguesía, yo sin vacilar respondería en forma negativa. La burguesía francesa, como en la mayoría de los países de Europa occidental, es un inmenso cuerpo, es mucho más numeroso de lo que por lo general se supone, y hasta penetra en el proletariado y de algún modo corrompe su estrato superior.

En Francia, los trabajadores están mucho menos atados a la clase burguesa que en Alemania y cada día aumentan su separación. No obstante, la influencia negativa de la civilización burguesa continúa corrompiendo a algunos sectores del proletariado francés. Esto explica la diferencia y el egoísmo que se observa en ciertos oficios mejor pagados. Estos trabajadores son semiburgueses, debido al interés y al autoengaño, y se oponen a la Revolución porque temen que la Revolución los arruine.

La burguesía, en consecuencia, constituye un sector muy influyente y muy considerable de la sociedad francesa. Pero si, en este momento, todos los franceses fueran burgueses, la invasión prusiana envolvería a París, y Francia se perdería. La burguesía hace mucho tiempo que ha supera-

do su etapa heroica; le falta dinamismo, el heroísmo supremo que la llevó a la victoria en 1793; desde entonces se ha vuelto complaciente y satisfecha; ha ido degenerando siempre más. En caso de extrema necesidad, sacrificaría hasta a sus hijos, pero jamás sacrificaría su posición social y su propiedad para la realización de un gran ideal. Preferiría someterse al yugo alemán que renunciar a sus privilegios sociales y aceptar la igualdad económica con el proletariado. No digo que la burguesía no sea patriótica; por el contrario, el patriotismo, en el sentido más estrecho, es su virtud esencial. Pero la burguesía sólo ama su país porque, para ellos, el país representado por el Estado, salvaguarda sus privilegios económicos, políticos y sociales. Cualquier nación que retirase esta protección, sería deshonrada por ellos. En consecuencia, para la burguesía, el país *es* el Estado. Patriotas del Estado, se convierten en enemigos furibundos de las masas, si el pueblo, harto de sacrificarse, de ser utilizado como un anzuelo por el gobierno, se rebela en su contra. Si la burguesía tuviera que elegir entre los que se rebelan contra el Estado y los invasores prusianos de Francia, sin duda elegirían a estos últimos. Ésta les resultaría una opción desagradable pero, de cualquier modo, ellos son defensores del principio del Estado contra la chusma carente de valor, las masas del mundo. ¿Acaso la burguesía de París y de toda Francia no apoyó a Luis Bonaparte por la misma razón en 1848? ¿Y acaso no apoyaron a Napoleón III hasta que resultó claro a todos que su gobierno había llevado a Francia al borde de la ruina? La burguesía de Francia dejó de apoyarlo sólo cuando se atemorizó de que su caída pudiera ser la señal para la revolución popular; es decir, que él no pudiera prevenir la revolución social. Y este miedo fue tan grande que los llevó a traicionar su país. Son lo suficientemente inteligentes para comprender que el actual régimen [el gobierno que sucedió a Napoleón III] no puede salvar a Francia, que los nuevos gobernantes no tienen ni la voluntad, ni la inteligencia, ni el poder de hacerlo. Sin embargo y a pesar

de ello, continúan apoyando a este gobierno; temen más la invasión de su civilización burguesa por el pueblo de Francia que la invasión prusiana de Francia.

Dicho esto, la burguesía francesa, en general y en la actualidad, es sinceramente patriota. Detesta cordialmente a los prusianos. Con el propósito de echar a estos invasores insolentes del suelo francés, está dispuesta a hacer grandes sacrificios de soldados, la mayoría proveniente de las clases bajas, y de dinero que, tarde o temprano, podrá recuperar del pueblo. Pero insiste absolutamente en que toda la riqueza y el potencial humano estén concentrados en el Estado y que, dentro de lo posible, todos los voluntarios armados se conviertan en soldados regulares del ejército. Insiste en que a todas las organizaciones privadas voluntarias envueltas en operaciones de guerra, ya sean financieras, militares, administrativas o médicas, sólo les sea permitido funcionar bajo la directa supervisión del Estado. Asimismo exige que las milicias y los cuerpos no militares de ciudadanos privados sean organizados bajo la supervisión personal de *dirigentes autorizados con licencia del Estado,* propietarios, burgueses bien conocidos, «caballeros» y otros sólidos ciudadanos. De esta manera, aquellos trabajadores y campesinos en las fuerzas no oficiales que podrían rebelarse o participar en una insurrección, dejarán de ser peligrosos. Lo que es más, los dirigentes, de ser necesario, enviarán estas tropas para reprimir los levantamientos contra las autoridades, como sucedió en junio de 1790 cuando los guardias se opusieron al pueblo.

Sobre este particular, la burguesía de cualquier clase —desde los vigilantes más reaccionarios hasta los más rabiosos jacobinos— junto con los comunistas autoritarios y estatales, es unánime: *la salvación de Francia puede y debe ser lograda sólo por intermedio del Estado.* Pero Francia sólo puede ser salvada con medidas drásticas que requieran la disolución del Estado...

Pese a la inferioridad de los dos ejércitos franceses, aún pudieron retener al enemigo en otras partes de Francia y

rechazar los ejércitos prusianos antes de que llegaran a las puertas de París. Si el gobierno y las autoridades militares hubieran hecho lo que toda la prensa francesa les pidió que hicieran desde el principio; si tan pronto como llegaron a París las noticias de la desastrosa derrota de los ejércitos franceses, en vez de proclamar el estado de sitio en la capital y en los departamentos del este, se hubieran ordenado levantamientos masivos en todos esos departamentos; si en vez de restringir la lucha a los dos ejércitos, estos ejércitos hubieran servido de base para una formidable insurrección de guerrillas o, de ser necesario, de bandidos; si los campesinos y los obreros hubieran sido armados con armas de fuego en vez de hoces; si los dos ejércitos, dejando de lado toda la pompa y el esnobismo militares, hubieran entrado en relaciones fraternales con las innumerables unidades de irregulares [...] luchando juntos en solidaridad, incluso sin la ayuda de la Francia no ocupada, hubiesen podido salvar París. Como mínimo, hubieran detenido al enemigo el tiempo suficiente para permitir que el gobierno provisional movilizara fuerzas más poderosas...

Resumiendo los puntos principales: el aparato administrativo y gubernativo debe quedar destrozado para siempre y no ser reemplazado por otro. Dar una libertad completa de iniciativa, movimiento y organización a todas las provincias y a todas las comunas de Francia, lo que equivale a disolver el Estado e iniciar la Revolución Social...

Queda claro que París en este momento no se podrá ocupar de la formulación y aplicación práctica de las ideas revolucionarias; que deberá concentrar todos sus esfuerzos y recursos exclusivamente en su defensa. Toda la población del París sitiado deberá organizarse en un gran ejército, disciplinado por el sentido común de peligro y de las necesidades de la defensa; una inmensa ciudad en guerra, decidida a luchar contra el enemigo en cualquier parte. [...] En cambio, un ejército ni discute ni teoriza. No hace la revolución; hace la guerra.

París, preocupada por su defensa, no será capaz en absoluto de guiar u organizar el movimiento nacional revolucionario. Sí París fuera a hacer un esfuerzo tan ridículo y absurdo, liquidaría toda la actividad revolucionaria. Además, el resto de Francia, las provincias y comunas, se verían obligadas, en aras de los intereses supremos de la salvación nacional, a desobedecer todas las órdenes impartidas por París y a resistir a todos los intentos de hacerlas cumplir. Lo mejor y lo único que podría hacer París, a fin de salvarse, sería proclamar y alentar la autonomía absoluta y espontánea de todos los movimientos provinciales; y en caso de que París se olvidara de hacerlo, o fuera culpable de negligencia al respecto por cualquier razón, las provincias, con el propósito de salvar a Francia y al mismo París, *tendrían que rebelarse y organizarse independientemente de París.*

Se desprende de todo esto que, para que Francia se salve, se requerirán levantamientos espontáneos en todas las provincias. ¿Son posibles esos levantamientos? Sí, si los trabajadores de las grandes ciudades provinciales —Lyon, Marsella, Saint-Étienne, Rouen y muchas otras— tienen sangre en las venas, sesos en la cabeza, energía en el corazón y si no son doctrinarios, sino socialistas revolucionarios. *Únicamente los trabajadores de las ciudades pueden ahora [encabezar el movimiento] que salve a Francia.* Enfrentada a peligros mortales internos y externos, *Francia sólo puede salvarse por medio de levantamientos espontáneos, libres de compromisos, apasionados, anárquicos y destructivos, de las masas populares de toda Francia.*

Creo que las dos únicas clases ahora capaces de una insurrección tan poderosa son *los trabajadores y los campesinos.* No os sorprenda que incluya a los campesinos. Los campesinos, al igual que otros franceses, se comportan mal y no debido a una naturaleza malvada, sino a la ignorancia. Los campesinos no están corrompidos por la «buena vida» o la indolencia y están apenas afectados por la influencia perniciosa de la burguesía; aún conservan su energía nativa y las maneras simples de la gente del campo. Es verdad que los

campesinos, al ser pequeños terratenientes, son en considerable medida, egoístas y reaccionarios, pero esto no ha afectado su odio instintivo hacia los «caballeros», los «señoritos» rurales, y detestan a los terratenientes burgueses que disfrutan de la riqueza de la tierra sin cultivarla. Por otro lado, los campesinos son intensamente patriotas; es decir, están apasionadamente vinculados a la tierra y pienso que nada resultaría más fácil que ponerlos en contra del invasor extranjero.

Queda claro que, para pasar a los campesinos al lado de la Revolución, es necesario utilizar una gran prudencia; porque las ideas y la propaganda que son entusiastamente recibidas por los obreros urbanos, tendrán el efecto contrario en los campesinos. Es esencial hablar a los campesinos con un lenguaje simple, adecuado a sus sentimientos, su nivel de comprensión y teniendo en mente la naturaleza de sus prejuicios, inculcados por los grandes terratenientes, los curas y los funcionarios estatales. En aquellos lugares donde el Emperador [Napoleón III] es reverenciado, casi adorado, por los campesinos, no se debe provocar su antagonismo atacándolo. Es necesario minar, no con palabras sino con hechos, la autoridad del Estado y del Emperador, desenmascarando el sistema por medio del cual ellos ejercen esa influencia. Dentro de la medida de lo posible, los funcionarios del Emperador —alcaldes, oficiales de justicia, curas, policía rural y demás oficiales similares— deben ser desacreditados.

Es necesario decir a los campesinos que a los prusianos se los debe echar de Francia (algo que posiblemente sepan sin que nadie se los diga) y que deben armar y organizar unidades de guerrilla y atacar a los prusianos. Pero primero deben seguir el ejemplo dado por las ciudades, que es sacarse de encima a todos los parásitos y guardias civiles contrarrevolucionarios, poner la defensa de los pueblos en las manos de las milicias armadas del pueblo; confiscar todas las tierras del Estado y la Iglesia y las propiedades de los grandes terratenientes para su posterior distribución entre los campesinos, suspender todas las deudas públicas y privadas.

[...] Además, antes de marchar contra los prusianos, los campesinos, al igual que los obreros urbanos industriales, deben unirse federando los batallones combatientes, distrito por distrito, asegurando de ese modo una común defensa coordinada contra los enemigos internos y externos.

En mi opinión, éste es el medio más efectivo de tratar el problema campesino; porque, mientras defienden la tierra, al mismo tiempo están destruyendo, inconsciente pero eficazmente, a las instituciones estatales enraizadas en las comunas rurales, y en consecuencia, haciendo la Revolución Social...

No me inquietan en lo más mínimo las aparentes simpatías bonapartistas de los campesinos. Esas simpatías son una mera manifestación superficial de profundos sentimientos socialistas, distorsionados por la ignorancia y la propaganda malévola de los explotadores; una erupción de sarampión, que cesará con el tratamiento decidido del socialismo revolucionario. Los campesinos no donarán sus tierras ni sus vidas para mantener en el trono a Napoleón III, pero están dispuestos a matar a los ricos y tomar y dar sus propiedades al Emperador porque odian a los ricos en general. Cultivan el odio socialista completo e intenso de los hombres de trabajo contra los hombres de ocio, «la clase alta». Recuerdo un trágico incidente, en el que los campesinos de la comuna de Dordoña quemaron a un joven aristócrata terrateniente. El incidente empezó cuando un campesino dijo: «Ah, noble señor, usted se queda cómodo y tranquilo en su casa porque es rico; usted tiene dinero y nosotros vamos a enviar sus riquezas a los pobres y las vamos a usar para la guerra. Pues bien, ¡vayamos a su casa y veamos lo que allí podemos encontrar!». En estas palabras podemos ver la expresión viviente del rencor tradicional de los campesinos contra los terratenientes ricos, pero de ningún modo el deseo fanático de sacrificarse y morir por el Emperador; por el contrario, ellos naturalmente tratan de librarse del servicio militar.

Ésta no es la primera vez que un gobierno ha explotado para sus propios fines el odio legítimo de los campesinos por los terratenientes ricos y la burguesía urbana. Por ejemplo, a fines del siglo XVIII, el cardenal Ruffo, de cruenta memoria, incitó a los campesinos a una insurrección en Calabria contra el nuevo gobierno liberal republicano instalado en Nápoles. [...] Los campesinos calabreses empezaron saqueando los castillos [propiedades] y las mansiones urbanas de la burguesía rica, pero no le dieron nada al pueblo. En 1846, los agentes del príncipe Metternich planearon una insurrección de los campesinos de Galizia contra los poderosos aristócratas y terratenientes polacos, que a su vez estaban planeando una insurrección nacionalista; y antes, la emperatriz Catalina [la Grande] de Rusia alentó a los campesinos de Ucrania a que mataran a miles de nobles polacos. Por último, en 1786, el gobierno ruso organizó una *jacquerie* [revuelta campesina] en Ucrania contra los patriotas polacos, la mayoría de ellos nobles.

Por tanto, podéis ver que los gobernantes, esos guardianes oficiales del orden público, la propiedad y la seguridad personal, no tuvieron escrúpulos en usar esos métodos engañosos cuando les convenía a sus intereses. Los campesinos se vuelven revolucionarios por necesidad, por las realidades intolerables de sus vidas; sus odios violentos, sus *pasiones socialistas* han sido explotadas e ilegítimamente desviadas para servir como apoyo a los reaccionarios. Y nosotros, los socialistas revolucionarios, ¿acaso no podemos dirigir estas mismas pasiones hacia su objetivo verdadero, a una finalidad en perfecta armonía con las necesidades profundas que provocaron estas pasiones? Repito, estos instintos son profundamente socialistas porque expresan el conflicto irreprimible entre trabajadores y explotadores del trabajo, y la misma esencia del socialismo, el meollo real y natural de todo socialismo, *allí tiene su raíz*. El resto, los diferentes sistemas de organización económica y social no son más que manifestaciones únicamente experimentales, tentativas, más o menos

científicas y, por desgracia, a menudo demasiado doctrinarias, de este instinto primitivo y fundamental del pueblo.

Si realmente queremos ser prácticos; si, cansados de sueños, queremos promover la Revolución, debemos sacarnos de encima una cantidad de prejuicios dogmáticos burgueses que desgraciadamente demasiados obreros urbanos tienen. Debido a que el obrero urbano está más informado que el campesino, con frecuencia considera inferiores a los campesinos y les habla como un esnob burgués. Pero nada enfurece más a la gente que la mofa y el desprecio, y el campesino reacciona a las impertinencias del obrero urbano con un amargo odio. Esto es muy desafortunado porque este desprecio y este odio dividen al pueblo en dos bandos antagónicos, cada uno paralizando y minando al otro. De hecho, no existe un conflicto real de intereses entre estos dos bandos; sólo hay un abismo inmenso y trágico que debe ser superado a toda costa.

El socialismo más sofisticado de los obreros urbanos —y por eso mismo, levemente aburguesado— confunde y desprecia al socialismo vigoroso y primitivo del campesinado, trata de ensombrecerlo y desconfía de él. Esta falta de comunicación es responsable de la profunda ignorancia del socialismo urbano que prevalece entre los campesinos, que no pueden distinguir entre este socialismo y el carácter burgués de las ciudades. El campesino considera a los obreros urbanos como lacayos despreciables de la burguesía; este odio transforma a los campesinos en instrumentos ciegos de la reacción.

Tal es el fatal antagonismo que hasta ahora ha paralizado a las fuerzas revolucionarias de Francia y de Europa. Todo aquel que esté seriamente comprometido con el triunfo de la Revolución Social debe luchar por hacer desaparecer este antagonismo. Dado que el distanciamiento entre los dos bandos sólo se debe a un malentendido, uno de ellos debe tomar la iniciativa para realizar una reconciliación. Los obreros urbanos primero deben preguntarse qué tienen en contra de los campesinos. ¿Cuáles son sus quejas?

Hay tres quejas. La *primera* es que los campesinos son ignorantes, supersticiosos y fanáticamente religiosos y que permiten que los curas los lleven de la nariz. La *segunda* es que son fanáticamente devotos del Emperador. La *tercera* es que los campesinos son obstinados partidarios de la propiedad privada.

Es verdad que los campesinos son extremadamente ignorantes. Pero ¿es culpa de ellos? ¿Alguien ha tratado de proporcionarles escuelas? ¿Es ésta una razón para despreciarlos y maltratarlos? De ser esto así, la burguesía, que está mucho mejor educada que los obreros industriales, tendría el derecho de maltratar a los obreros; y conocemos a muchos burgueses que precisamente hacen esto con el pretexto de que su educación superior les da derecho a dominar a los obreros urbanos y que los obreros están obligados a reconocer ese derecho burgués. La superioridad de los obreros con respecto a la burguesía no se basa en su educación, que es superficial, sino en los sentimientos humanos y en su concepción realista y altamente desarrollada de lo que es justo. Pero ¿acaso los campesinos carecen de este sentimiento de justicia? Mirad con cuidado: aunque lo expresen de muchas maneras distintas, encontraréis que ellos están dotados del mismo sentimiento de lo que es justo. Veréis que, junto a su ignorancia, hay un sentido común innato, una capacidad admirable, y es esta capacidad de trabajo honrado la que constituye la dignidad y la salvación del proletariado.

Los campesinos, se dice, son supersticiosos, fanáticamente religiosos y están controlados por los curas. Su superstición se debe a su ignorancia, artificial y sistemáticamente implantada en ellos por todos los gobiernos burgueses. Además, los campesinos no son tan supersticiosos ni tan religiosos como os imagináis; únicamente sus mujeres lo son. Pero ¿acaso las mujeres de los obreros urbanos están realmente más liberadas de las supersticiones y las doctrinas de la Iglesia católica? En cuanto a los curas, su influencia de ningún modo es tan grande como se supone en general. Los campe-

sinos rinden un culto falso a la Iglesia para evitar problemas domésticos y sólo si su adhesión formal no interfiere de algún modo en sus intereses materiales. Pese a las maldiciones fanáticas de la Iglesia, la superstición religiosa de los campesinos no los detuvo en 1789 cuando quemaron propiedades de la Iglesia que habían sido confiscadas por el Estado. De este modo llegamos a la conclusión de que, a fin de arrancar la influencia de los curas en las zonas rurales, la revolución sólo tiene que hacer una cosa: poner los intereses materiales de los campesinos en directa e intensa oposición a los intereses vitales de la Iglesia.

Siempre me ofusca oír no sólo a los revolucionarios jacobinos, sino también a los socialistas esclarecidos de la escuela de Blanqui, e incluso a algunos de nuestros amigos íntimos, indirectamente influenciados por los blanquistas, proclamar la idea completamente *antirrevolucionaria* de que en el futuro será necesario decretar la abolición de todos los cultos religiosos y la expulsión violenta de todos los curas. Me siento de este modo porque, *por encima de todo, soy un enemigo absoluto de la revolución por decreto,* que proviene *de la idea del Estado revolucionario, es decir, la reacción disfrazada de revolución.* Al sistema de la revolución por decreto, *contrapongo la acción revolucionaria,* el único programa coherente, verdadero y efectivo. El sistema autoritario de decretos, al tratar de *imponer* la libertad y la igualdad, destruye a las dos. *El sistema anarquista de hechos revolucionarios y de acción natural e infaliblemente evoca la aparición y el florecimiento de la libertad y la igualdad sin ninguna necesidad de institucionalizar la violencia o el autoritarismo.* El sistema autoritario lleva necesariamente al triunfo de la reacción descarada. El otro sistema erigirá la Revolución sobre bases naturales e indestructibles.

Como ilustración, sostenemos que, si la abolición de los cultos religiosos y la expulsión de los curas quedan decretados por la ley, hasta los campesinos menos religiosos saldrán en su defensa, principalmente debido a que en los hombres hay un impulso innato e irresistible —la fuente de toda li-

bertad— a rebelarse contra una medida arbitraria, aun cuando esté impuesta en nombre de la libertad. En consecuencia, podéis estar completamente seguros de que si las ciudades cometen la locura colosal de decretar el exterminio de los cultos religiosos y la desaparición de los curas, los campesinos se rebelarán en masa contra las ciudades y se convertirán en un arma terrible en manos de la reacción. Pero ¿quiere esto decir que los curas deben quedar en posesión total de sus poderes? ¡De ninguna manera! Se los debe combatir no porque sean los funcionarios de la Iglesia católica sino porque *son los agentes de Prusia* [o de los ricos]. En las zonas rurales, así como en las ciudades, ninguna autoridad revolucionaria, ni siquiera los Comités Revolucionarios de la Seguridad Pública, deben atacar a los curas. *Esto sólo lo debe hacer el propio pueblo: los obreros en las ciudades y los campesinos en el campo deben ellos mismos tomar la ofensiva contra los curas.* Las autoridades revolucionarias les pueden ayudar de forma indirecta defendiendo su derecho a hacerlo, en apariencia por respeto a su libertad de conciencia. Al menos hasta cierto punto, adoptemos las tácticas prudentes de nuestros enemigos. Por ejemplo, veamos cómo cada gobierno apoya la libertad con palabras pero al mismo tiempo es reaccionario en los hechos. Que las autoridades revolucionarias se guarden de pronunciar frases violentas, pero mientras utilizan un lenguaje lo más moderado posible, que al mismo tiempo *actúen y hagan* la revolución.

En todos los países, los revolucionarios autoritarios siempre se han comportado de una manera totalmente diferente. Mientras han sido a menudo ultrarrevolucionarios en las palabras, al mismo tiempo han sido muy moderados, cuando no enteramente reaccionarios, en sus acciones. Hasta se puede decir que su *lenguaje explosivo, en cada caso, ha sido usado como una máscara para engañar al pueblo, para esconder la insuficiencia de sus ideas y la incoherencia de sus acciones.* Hay hombres, muchos de ellos entre la llamada burguesía revolucionaria, que al vocear eslóganes revolucionarios,

piensan que están haciendo la Revolución. Al sentir que de ese modo han satisfecho sus obligaciones revolucionarias, proceden a descuidar la acción y, en flagrante contradicción con los principios, llevan a cabo los que de hecho son actos completamente reaccionarios. Nosotros, que somos verdaderamente revolucionarios, debemos comportarnos de un modo totalmente diferente. Hablemos menos de la revolución y *hagamos mucho más.* Que otros se preocupen del desarrollo teórico de los principios de la Revolución Social, mientras nosotros nos contentamos con difundir estos principios en todas partes, *encarnándolos en hechos.*

Mis amigos y aliados íntimos [miembros de la Alianza] probablemente se sorprendan de que hable de este modo; yo, que he estado tan preocupado por la teoría, que en todo momento he sido un guardián celoso y vigilante de los principios revolucionarios. ¡Ah, cómo cambian los tiempos! *Entonces,* hace menos de un año, sólo nos estábamos preparando para una revolución que algunos esperaban antes y otros después; pero ahora hasta los ciegos pueden ver que estamos en medio de una revolución. *Entonces,* era absolutamente necesario acentuar los principios teóricos, para difundir estos principios con claridad y en toda su pureza, y de este modo construir un partido que, aunque pequeño en número, estaría compuesto de hombres sinceros, total y apasionadamente dedicados a estos principios, para que, en su momento, cada uno pudiera contar con la solidaridad de todos los demás.

Pero ahora es demasiado tarde para concentrarse en el reclutamiento de nuevos hombres para semejante organización. Para mejor o para peor, hemos construido un pequeño partido; pequeño en el número de los hombres que lo componen, pero con conocimiento total de lo que queremos; inmenso, si tomamos en cuenta a aquellos que se vinculan a nosotros instintivamente; si tomamos en cuenta a las masas populares, cuyas necesidades y aspiraciones nosotros reflejamos de forma más verdadera que ningún otro grupo.

Todos nosotros ahora nos debemos embarcar en tormentosos mares revolucionarios y, a partir de este mismo momento, debemos difundir nuestros principios, *no con palabras sino con hechos, porque ésta es la forma de propaganda más popular, más potente y más irresistible.* Hablemos menos de principios cuando las circunstancias y la política revolucionarias así lo demanden; por ejemplo, durante momentáneas debilidades en relación con el enemigo, pero en todo instante y en cualquier circunstancia, seamos inexorablemente coherentes en la acción porque de esto depende la salvación de la Revolución.

En todo el mundo, los revolucionarios autoritarios han hecho poco por promover la actividad revolucionaria, en especial porque, *siempre quisieron hacer la Revolución por sí solos, con su propia autoridad y poder.* Esto no puede dejar de limitar severamente el alcance de la acción revolucionaria ya que es imposible, hasta para el revolucionario autoritario más emprendedor y activo, comprender y tratar efectivamente todos los problemas múltiples de la Revolución. Porque toda dictadura, ya esté ejercida por un individuo o colectivamente por unos pocos individuos, es necesariamente muy circunscripta, muy corta de vista, y su limitada percepción, por tanto no puede penetrar en la profundidad y abarcar todo el complejo espectro de la vida popular; del mismo modo que incluso al barco más gigantesco le es imposible contener la profundidad y la vastedad del océano...

¿Qué deben hacer las autoridades revolucionarias —y que de ellas haya el menor número posible— para organizar y difundir la Revolución? Deben promover la Revolución no por medio de decretos, sino llevando las masas a la acción. Bajo ninguna circunstancia deben imponer ningún tipo de organización a las masas. Por el contrario, deben promover la autoorganización de las masas en cuerpos autónomos, federados de abajo arriba. Esto se puede lograr ganando la cooperación de los individuos más influyentes, más inteligentes y más dedicados en cada localidad a fin de

asegurar que estas organizaciones, dentro de lo posible, se conformen a nuestros principios. Ése es el secreto de nuestro triunfo.

¿Quién puede dudar que la Revolución se deberá enfrentar a muchos problemas difíciles? ¿Pensáis acaso que la Revolución es un juego de niños que no tendrá que superar innumerables obstáculos? Los socialistas revolucionarios de nuestro tiempo no deben seguir el ejemplo dado por los revolucionarios jacobinos de 1793. Muy pocas, si alguna, de sus tácticas valen la pena de imitar. La rutina revolucionaria les arruinaría. Deben crear todo de nuevo y basar su política y sus actividades en las experiencias vitales.

Como ya he dicho, no estoy para nada alarmado por el vínculo platónico de los campesinos con el Emperador [Napoleón III]. Este vínculo es simplemente una expresión negativa de su odio a la clase terrateniente y a la burguesía de las ciudades; no tiene por qué obstaculizar seriamente la evolución de la Revolución Social.

La última queja importante del proletariado urbano contra los campesinos se refiere a su avaricia, su egoísmo desenfrenado y su fanático apoyo a la propiedad individual de la tierra. Los trabajadores que acusan a los campesinos de todas estas faltas, primero deberían reflexionar y preguntarse: ¿quién no es egoísta? ¿Quién, en la actual sociedad, no es avaro en el sentido de que se aferra apasionadamente a la pequeña propiedad que ha podido reunir de modo que él y sus seres amados no se mueran de hambre y de privaciones en la jungla económica de esta sociedad sin piedad? Es verdad que los campesinos no son comunistas. Odian y temen a aquellos que abolirían la propiedad privada porque ellos tienen algo que perder, al menos en su imaginación, y la imaginación es un factor muy poderoso, aunque por lo general hoy no se la tiene en cuenta. La gran mayoría de los obreros urbanos, sin poseer ninguna propiedad, están inmensamente más inclinados al comunismo que los campesinos. Nada podría serles más natural;

el comunismo de los primeros es tan natural como el individualismo de los segundos, pero ésta no es razón para alabar a los obreros por sus inclinaciones comunistas ni reprochar a los campesinos por su individualismo. Las ideas y las pasiones de ambos están condicionadas por sus diferentes entornos. Además, ¿son todos los obreros urbanos comunistas?

No hay razón para denigrar o ensalzar a los campesinos. Se trata de *establecer un programa de acción que supere el individualismo y el conservadorismo de los campesinos y no sólo prevenga que su individualismo los arroje a la reacción sino que permita que ese individualismo sirva y asegure el triunfo de la Revolución.*

Recordad, queridos amigos, y repetidlo mil veces al día: el triunfo o la derrota de la Revolución depende del establecimiento de este programa de acción.

Estaréis de acuerdo conmigo en que ya es demasiado tarde para convertir a los campesinos con propaganda teórica. Entonces queda, aparte de lo que acabo de sugerir, esta otra táctica: *el terrorismo de las ciudades contra las zonas rurales.* Éste es el método que aplican nuestros queridos amigos, los obreros de las grandes ciudades de Francia, que no se dan cuenta de que esta táctica revolucionaria —yo iba a decir reaccionaria— fue tomada del arsenal de los jacobinos revolucionarios; y, si alguna vez tienen la desgracia de utilizarla, no sólo se destruirán a sí mismos, sino, lo que es peor, la propia Revolución. Porque, ¿cuál sería la consecuencia inevitable y fatal de semejante política? Toda la población rural de diez millones de personas se pasaría al otro lado de las barricadas y estas masas incontables e invencibles reforzarían la reacción.

Visto desde este ángulo así como desde otros, considero la invasión prusiana como un poco de buena suerte para Francia y la Revolución. Si esta invasión no hubiera tenido lugar y si se hubiera hecho la revolución en Francia sin ella, los mismos socialistas franceses hubieran intentado una vez

más —y esta vez por su propia cuenta— hacer una revolución estatal *(putsch, coup d'état)*. Esto sería absolutamente ilógico, sería fatal para el socialismo, pero lo cierto es que lo hubieran intentado debido a los principios jacobinistas que tanto les han influenciado. En consecuencia, entre otras medidas de seguridad pública tomadas por una convención de delegados provenientes de las ciudades, se habría sin duda *impuesto* el comunismo o el colectivismo a los campesinos. Esto habría hecho estallar una rebelión armada que habría obligado a depender de un ejército inmenso, bien disciplinado y bien organizado. Como resultado, los gobernantes socialistas no sólo darían a la reacción otro ejército de campesinos rebeldes, sino que fomentarían la creación de otra casta reaccionaria y militarista de generales hambrientos de poder en sus propios rangos. De ese modo alimentado, el aparato del Estado pronto tendría que tener un líder, un dictador, un emperador, que lo dirigiera. Todo esto sería inevitable porque brota no del capricho del individuo, sino de la lógica de la situación, una lógica que jamás se equivoca.

Por suerte, los propios acontecimientos obligarán ahora a los obreros urbanos a abrir los ojos y rechazar este procedimiento fatal copiado de los jacobinos. En las presentes circunstancias, sólo dementes podrían siquiera soñar en instaurar un reinado de terror contra las zonas rurales. Si el campo se levanta contra las ciudades, las ciudades, y Francia junto con ellas, se perderían. Esto es comprendido por las masas trabajadoras de Lyon, Marsella y otras grandes ciudades de Francia; por cierto, en parte explica su increíble y vergonzosa apatía en esta crisis terrible cuando sólo los esfuerzos combinados de todos los habitantes de Francia pueden salvar el país y, con él, al socialismo francés. (Otra posible razón de la apatía es que Marsella, Lyon y otras ciudades mencionadas no han sido invadidas por los prusianos que se acercaron a París, donde se llegó a la paz.) Los obreros franceses han perdido su impetuosidad latina. Por ahora toleran

pacientemente sus sufrimientos. Además, sus ideales, sus esperanzas, sus principios, su imaginación política y social, sus planes y proyectos prácticos —que sueñan con poner en efecto en el futuro próximo—, todo esto provino más de libros, de teorías actuales incesantemente discutidas, que de sus propios pensamientos espontáneos brotados de su concreta experiencia vital. Han visto los hechos cotidianos de sus propias vidas en términos abstractos y han perdido la facultad de sacar inspiración e ideas de la situación real que confrontaban. Sus ideas están basadas en una teoría particular, tradicional y acríticamente aceptada, con plena confianza en su validez. Y esta teoría tiene como objetivo nada menos que el sistema político de los jacobinos, de algún modo modificado para ajustarse a los socialistas revolucionarios. Esta teoría de la revolución está ahora en completa bancarrota ya que su base, el poder del Estado, ha colapsado. En estas circunstancias, la utilización de métodos terroristas contra los campesinos, como abogan los jacobinos, está completamente fuera de cuestión. Y los trabajadores de Francia, sin conocer otra alternativa, están desorientados y confundidos. Dicen, no sin razón, que resulta imposible desencadenar un reinado oficial y legal del terror e instituir medidas draconianas contra los campesinos; que es imposible establecer un Estado revolucionario, un Comité Central de Salvación Pública para toda Francia, en un momento en que el invasor extranjero no está en las fronteras, tal como sucedió en 1792, sino en el mismo corazón de Francia, a unos pocos pasos de París. Al presenciar el colapso de todo el gran aparato, siente con razón que sería inútil crear otro. Y estos revolucionarios, incapaces de comprender cómo es posible la salvación de Francia sin el Estado, estos campeones del pueblo, al no tener la más mínima concepción del tremendo poderío dinámico de lo que los estatistas de todo color, del blanco al rojo, denominan con desprecio «anarquía», se cruzan de brazos y exclaman: «Estamos perdidos, Francia está perdida».

Pero, mis queridos amigos, no estamos perdidos. *A Francia sólo la puede salvar la anarquía.*

Liberemos esta masa de anarquía en las zonas rurales así como en las ciudades, fomentémosla hasta que se convierta en una avalancha furiosa que lo devaste y lo destruya todo a su paso, tanto a los enemigos internos como a los prusianos. Ésta es una medida extrema y desesperada. Pero es la única alternativa posible. Sin ella, no habrá salvación para Francia. Habiendo fallado todos los medios ordinarios, sólo queda la primitiva energía feroz del pueblo francés que debe elegir entre la esclavitud de la civilización burguesa y la ferocidad política y primitiva del proletariado.

Jamás he creído que los obreros de las ciudades, incluso en las situaciones más ventajosas, podrían imponer algún día el comunismo o el colectivismo a los campesinos, y jamás he creído en este método de hacer el socialismo porque aborrezco cualquier sistema impuesto y porque soy un amante sincero y apasionado de la libertad. Esta falsa idea y esta esperanza mal concebida son destructivas de la libertad y constituyen la falacia fundamental del comunismo autoritario. Porque la imposición de la violencia, sistemáticamente organizada, lleva a la restitución del principio de autoridad y hace necesario el Estado y sus jerarquías privilegiadas. El colectivismo sólo se puede imponer a los esclavos, pero esta clase de colectivismo sería entonces la negación de la humanidad. En una comunidad libre, el colectivismo sólo puede darse por la presión de las circunstancias, no por una imposición desde arriba, sino por un movimiento espontáneo y libre desde abajo y únicamente cuando las condiciones del individualismo privilegiado (apoyado o sostenido por el Estado), la política del Estado, los códigos civiles y criminales, la familia jurídica y la ley de la herencia hayan sido aniquilados por la Revolución...

¿Cuáles son las principales quejas de los campesinos, la causa fundamental de su odio profundo y grande por la ciudad? Son las siguientes:

1. Los campesinos sienten que son despreciados por los obreros urbanos.

2. Los campesinos se imaginan, no sin muy buenas y numerosas razones, y muchos ejemplos históricos apoyan esta opinión, *que las ciudades quieren explotarlos y obligarlos a aceptar un sistema político que ellos aborrecen.*

3. Además, los campesinos piensan que los obreros urbanos favorecen la colectivización de la propiedad y temen entonces que los socialistas les confisquen sus tierras, a las que aman por encima de todo.

¿Qué deben hacer los obreros urbanos para superar la desconfianza y la animosidad de los campesinos? Primero de todo, deben abandonar su actitud despreciativa. Esto es absolutamente necesario para la salvación de la Revolución y de los mismos trabajadores, ya que el odio de los campesinos representa un peligro inmenso. De no ser por esta desconfianza y animosidad, la Revolución hubiera triunfado hace mucho tiempo porque la animosidad entre la ciudad y el campo es la que mantiene en todos los países la reacción y es su principal base de apoyo. Los obreros urbanos deben vencer sus prejuicios anticampesinos no sólo en aras de la Revolución, o por razones estratégicas, sino como un acto de justicia elemental. Estos prejuicios no tienen justificación alguna. Los campesinos no son parásitos; ellos también trabajan duro, salvo que lo hacen en condiciones enteramente diferentes. Los obreros urbanos, que son explotados por la burguesía, deben darse cuenta de que los campesinos, que también son explotados, son sus hermanos...

Tened esto presente. El campesino detesta a todos los gobiernos y obedece las leyes sólo porque es prudente hacerlo. Paga regularmente sus impuestos y tolera la conscripción militar de sus hijos en el ejército sólo porque no ve otra alternativa. Y es contrario a los cambios porque piensa que los nuevos gobiernos, prescindiendo de sus formas y programas, no serán mejores que sus predecesores y porque quiere

evitarse los riesgos y los esfuerzos que representa lo que podría ser un cambio inútil o aún más dañoso.

El campesino hará causa común con el obrero urbano sólo cuando esté seguro de que los obreros urbanos no le impondrán su sistema político y social, supuestamente en beneficio suyo. Se convertirá en un aliado tan pronto como se convenza de que los trabajadores industriales no le forzarán a dar sus tierras [al Estado]...

Y, cuando los obreros, abandonando su pretencioso vocabulario escolástico de socialismo doctrinario, ellos mismos inspirados de fervor revolucionario, vayan a los campesinos y les expliquen en un lenguaje llano, sin evasiones ni frases rebuscadas, lo que quieren; cuando vayan a los pueblos rurales, no como preceptores o instructores presuntuosos, sino como hermanos y pares, tratando de difundir la Revolución sin por ello imponerla a los trabajadores agrícolas; cuando quemen todos los documentos oficiales y jurídicos, los mandatos judiciales y los títulos de propiedad, y terminen con los alquileres, las deudas privadas, las hipotecas, los libros de leyes y criminales, etcétera; cuando esta montaña de viejos papeles inútiles que simbolizan la pobreza y la esclavitud del proletariado, se haga ceniza, entonces, podéis estar seguros, los campesinos comprenderán y se unirán a sus camaradas revolucionarios, los obreros urbanos.

¿Qué les da a los obreros urbanos el derecho de imponer su forma preferida de gobierno o su sistema económico a los campesinos? Afirman que la Revolución les otorga ese derecho. Pero la revolución deja de ser revolución en el momento que se vuelve despótica y cuando, en vez de promover la libertad, favorece la reacción.

El objetivo inmediato, si no el definitivo, de la Revolución es la extirpación del principio de autoridad en todas sus manifestaciones posibles; este objetivo requiere la abolición y, de ser necesario, la destrucción violenta del Estado, porque el Estado, como lo ha demostrado tan bien Proudhon, es el hermano menor de la Iglesia, es la consagración

histórica de todo el despotismo y de todo el privilegio, la razón política de todo el servilismo económico y social, la misma esencia y el meollo de la reacción. Quienquiera que en el nombre de la Revolución quiera establecer un Estado —aunque sea un estado provisional— establece la reacción y trabaja a favor del despotismo, no de la libertad; a favor del privilegio, *no* de la igualdad...

¿De dónde han sacado los socialistas franceses la idea ridícula, arrogante e injusta de que tienen el derecho de aplastar la voluntad de diez millones de campesinos e imponerles su sistema político y social? ¿Cuál es la justificación teórica para este derecho ficticio? Este supuesto derecho, de hecho, es otro regalo burgués, una herencia política del revolucionarismo burgués. Y se basa en la superioridad manifiesta o pretendida de inteligencia y educación, es decir, la supuesta superioridad de la civilización urbana sobre la rural. Pero debéis daros cuenta de que este principio puede ser fácilmente invocado para justificar cualquier conquista y consagrar cualquier opresión. La burguesía siempre ha utilizado este principio para probar que es su exclusiva misión y su exclusivo derecho de *gobernar* (lo que es lo mismo) y explotar a todos los trabajadores. En los conflictos entre naciones, así como entre clases, este principio fatal justifica toda la autoridad invasora. ¿Acaso los alemanes no invocaron repetidamente este principio para excusar sus ataques contra la libertad y la independencia de los pueblos eslavos y otros y para legitimar su violenta e impuesta germanización? ¿No afirmaban ellos que esa subyugación era el triunfo de la civilización sobre la barbarie?

¡Tened cuidado! Los alemanes ya dicen que la civilización protestante alemana es muy superior a la civilización católica de los pueblos latinos en general y a la civilización francesa en particular. ¡Prestad atención! Muy pronto los alemanes pueden llegar a sentirse moralmente obligados a civilizaros, del mismo modo que ahora vosotros nos estáis diciendo que es vuestro deber civilizar y emancipar por la

fuerza a vuestros compatriotas rurales, vuestros hermanos, los campesinos franceses. Para mí, ambas afirmaciones son igualmente odiosas y abiertamente declaro que tanto en relaciones entre naciones como en relaciones entre clases, siempre estaré del lado de quienes vosotros intentéis civilizar con estos métodos tiránicos. Me uniré a ellos en rebelión contra semejantes civilizadores arrogantes, ya sean los obreros o los alemanes y, al hacerlo, estaré sirviendo a la Revolución en contra de la reacción.

Siendo éste el caso, entonces se me preguntará: ¿debemos entonces abandonar a los campesinos ignorantes y supersticiosos en manos de la reacción? ¡De ninguna manera! La reacción debe ser arrancada de las ciudades y de las zonas rurales. Me dirán entonces que, para hacer esto, no es suficiente decir que queremos destruir la reacción; debe ser eliminada y esto sólo se puede lograr por medio de decretos. Nuevamente digo, *¡de ninguna manera!* Por el contrario —y toda la historia lo prueba—, los decretos, como cualquier tipo de autoridad, no suprimen nada; sólo perpetúan lo que se suponía que debían eliminar.

Entonces, ¿qué puede hacerse? Ya que la revolución no puede ser *impuesta en las zonas rurales, debe germinar dentro de las comunidades agrícolas, creando un movimiento revolucionario de los mismos campesinos, que les incite a destruir con la acción directa todas las instituciones políticas, jurídicas, civiles y militares y establecer y organizar la anarquía en todas esas zonas.*

Esto se puede realizar de una sola manera: hablando con los campesinos de un modo que los lance *en la dirección de sus propios intereses.* ¿Ellos aman la tierra? Que tomen la tierra y expulsen a esos terratenientes que viven del trabajo de los demás. ¿No les gusta pagar hipotecas, impuestos, alquileres y deudas privadas? ¡Que dejen de pagar! Y por último, ¿detestan el servicio militar? ¡No los obliguéis a que se incorporen al ejército!

¿Y quién luchará contra los prusianos? No es necesario que os preocupéis de ello. Una vez que se han rebelado los

campesinos y realmente vean las ventajas de la Revolución, voluntariamente darán más dinero y más hombres para defender la Revolución de lo que es posible extraerles con medidas oficiales compulsivas. Como ya hicieron en 1792, los campesinos rechazarán nuevamente a los prusianos invasores. Sólo es necesario que tengan la oportunidad de estallar, y únicamente la revolución anarquista los puede impulsar a ello.

Pero ¿acaso la institución de la propiedad privada no estará aún más reforzada cuando los campesinos se hayan dividido la propiedad expropiada a la burguesía? No, porque, con la abolición del Estado y de todas sus instituciones jurídicas, junto con la familia legal y las leyes de la herencia —todo lo cual será arrasado por el *maelstrom* de la revolución anarquista—, la propiedad ya no será protegida ni justificada por el Estado. No habrá ni derechos políticos ni jurídicos; sólo existirá el establecimiento de los hechos revolucionarios.

Preguntaréis: ya que la propiedad privada no será protegida por el Estado ni por ningún otro poder externo y sólo será defendida por el propio dueño, ¿cada hombre no agarrará lo que pueda de los demás y el fuerte robará al débil? Además, ¿quién detendrá a los débiles cuando se unan para arrojar al otro terrateniente? «Esto no tiene salida», exclamaréis. «¡Esto significa la guerra civil!»

*Sí, habrá guerra civil.* Pero ¿por qué temer tanto la guerra civil? Teniendo en cuenta la evidencia histórica, yo pregunto, ¿acaso las grandes ideas, las grandes personalidades y las grandes naciones no han salido de una guerra civil o de un orden social impuesto por algún gobierno tutelar? Vosotros, que no habéis tenido una guerra civil en veinte años, una gran nación como la vuestra, ¿acaso no ha caído tan bajo que los prusianos os pueden devorar de un solo mordisco?

La guerra civil, tan destructiva para el poder de los Estados, por el contrario, y debido a este mismo hecho, es siem-

pre favorable al despertar de la iniciativa popular y a los intereses intelectuales, morales e incluso materiales de la multitud. Y lo es por esta simple razón: la guerra civil agita y conmueve a las masas y las saca de su estado aletargado, una condición muy preciada por todos los gobiernos, una condición que convierte a los pueblos en manadas que pueden ser utilizadas y explotadas a voluntad del pastor. La guerra civil traspasa la monotonía embrutecedora de la diaria existencia de los hombres y detiene esa rutina mecanicista que les roba su pensamiento creativo...

¿Deseáis ver a diez millones de campesinos unidos contra vosotros en una única masa sólida y unánime, enardecida por el odio que han provocado vuestros decretos y vuestra violencia revolucionaria? ¿O preferís una hendidura, una división en sus rangos, producida por la revolución anarquista que os capacitará para ejercer influencia y crear una poderosa base de apoyo entre los campesinos? ¿No os dais cuenta de que los campesinos están atrasados precisamente porque no han sido sacudidos y sacados de su sopor por una guerra civil que hubiera despertado pasiones y luchas en los pueblos rurales estancados? Las masas compactas son rebaños humanos, poco susceptibles a la continua influencia de las ideas y la propaganda. La guerra civil, por el contrario, crea diversidad de ideas, de intereses y de aspiraciones. Los campesinos no carecen de sentimientos humanitarios, ni de un odio innato por la injusticia; lo que no tienen ahora es el espíritu revolucionario y la determinación. La guerra civil les proporcionará ese espíritu.

La guerra civil hará que todas las zonas rurales sean receptivas a vuestra propaganda socialista revolucionaria. Habréis creado, repito, lo que aún jamás habéis tenido: un partido que, en gran escala, pueda organizar el verdadero socialismo, la sociedad colectiva animada por la más completa libertad. Lo organizaréis de abajo arriba *alentando la acción espontánea de los mismos campesinos* según estos preceptos.

No temáis que la guerra civil, es decir, la anarquía, de-

vaste el campo. En cada sociedad humana existe un fuerte instinto de autopreservación, una poderosa inercia colectiva que la resguarda de la aniquilación y es precisamente esta inercia la causa del progreso lento y difícil de la Revolución. Bajo el peso muerto del Estado, la sociedad europea, tanto en el campo como en las ciudades (aunque más en el campo), hoy ha perdido todo su vigor, toda espontaneidad de pensamiento y acción y, si esta situación continúa unas cuantas décadas más, la sociedad europea corre el peligro de desaparecer...

No temáis que los campesinos se maten entre sí a menos que estén refrenados por la autoridad pública y el respeto a las leyes civiles y criminales. Pueden empezar en esa dirección, pero pronto se darán cuenta de que les es económica y físicamente imposible seguir haciéndolo. Dejarán de pelear entre sí, llegarán a un entendimiento y harán una especie de organización para evitar futuras luchas y para resguardar sus intereses mutuos. La necesidad imperiosa de alimentar a sus familias y a sí mismos (y en consecuencia de retornar al cultivo de sus tierras), la necesidad de defender sus hogares, sus familias y sus propias vidas contra ataques imprevistos; todas estas consideraciones pronto los obligarán sin duda a llegar a nuevos arreglos mutuamente convenientes.

Y no penséis que, debido a que se llegará a estos arreglos por la presión de las circunstancias y no por decretos oficiales, los campesinos más ricos ejercerán una influencia decisiva. Ya no protegidos por la ley, la influencia de los grandes terratenientes estará minada. Sólo son poderosos porque están protegidos por el Estado pero, una vez que el Estado esté abolido, su poder también desaparecerá. En cuanto a los campesinos más astutos y relativamente más acaudalados, su poder será eficazmente anulado por la gran masa de campesinos más pobres y también por los trabajadores agrícolas desposeídos de tierras. Este grupo, una masa esclavizada y obligada a sufrir en silencio, sólo será regenerada y fortalecida por la anarquía revolucionaria.

En suma, ya no digo que los campesinos, libremente reorganizados de abajo arriba, crearán milagrosamente una organización ideal que se conforme en todos los aspectos a nuestros sueños. Pero estoy convencido de que lo que construyan será vital y vibrante, mil veces mejor y más justo que cualquier organización existente. Además, esta organización campesina, abierta por un lado a la propaganda revolucionaria de las ciudades y, por otra, no petrificada por la intervención del Estado —porque no habrá Estado— se desarrollará y perfeccionará por medio de la libre experimentación de forma tan total como se puede razonablemente esperar en nuestro tiempo.

Con la abolición del Estado, la autoorganización espontánea de la vida popular, durante siglos paralizada y absorbida por el poder omnipotente del Estado, dará lugar a las comunas. El desarrollo de cada comuna tomará como punto de partida la condición real de su civilización. Y, ya que la diversidad entre los niveles de civilización (cultura, tecnología) en las distintas comunas de Francia, así como en el resto de Europa, es muy grande, primero habrá guerra civil entre estas mismas comunas, seguidas inevitablemente por acuerdos mutuos y equilibrio entre las mismas. Pero entretanto, ¿la lucha interna dentro de las comunas y entre las comunas mismas no paralizará la resistencia francesa y de ese modo entregará Francia a los prusianos?

De ninguna manera. La historia demuestra que las naciones nunca están más seguras de sí y más poderosas en sus relaciones exteriores que cuando están arruinadas y con profundas divisiones internas; y que, por el contrario, las naciones nunca están más débiles que cuando aparentemente están unidas bajo una autoridad supuestamente invencible.

Para convenceros de ello, tenéis que comparar dos períodos históricos: el primero, una Francia atemperada y revigorizada por las guerras internas de la Fronde, bajo el joven rey Luis XVI; el segundo, una Francia en la vejez del

mismo rey, con la monarquía reforzada, pacificada y unida bajo este gran líder francés. Contrastad la primera Francia, llena de victorias, con la segunda Francia yendo de derrota en derrota, yendo a su ruina. Asimismo comparad la Francia de 1792 con la Francia de hoy [1870]. La Francia de 1792-1793 fue arrasada por la guerra civil, toda la República comprometida en una lucha a muerte batallando furiosamente por sobrevivir. Y, pese a esta guerra civil, Francia rechazó victoriosamente una invasión de casi todos los poderes europeos. Pero, en 1870, Francia, unida y pacificada en el Imperio, se encuentra batida por los ejércitos prusianos y tan desmoralizada que su misma existencia corre peligro. [...] La compulsión inhumana y ávida de convertirse en la nación más grande y poderosa del mundo es comparable con los frenéticos y sobrehumanos estertores de un paciente delirante, que reúne toda su energía temporal, sólo para volver a caer, completamente exhausto...

*El temperamento revolucionario y su matriz*

A Francia ya no se la puede resucitar o incitar a la acción con sueños vanos de grandeza y gloria nacionales. Todo esto ya es cosa del pasado. El gobierno de Napoleón III, minado por la degeneración interna, la corrupción y las intrigas, se ha desintegrado ante el golpe de los prusianos.

Salvo en Inglaterra o Escocia donde, estrictamente hablando, no hay campesinos, o en Irlanda, Italia y España, donde los campesinos debido a su total miseria están espontáneamente inclinados a ser socialistas o revolucionarios, los pequeños propietarios campesinos de Europa occidental —en especial en Francia y Alemania— están semisatisfechos. Adoran sus propiedades y sienten que deben defender sus ventajas imaginarias contra los ataques de la Revolución Social; y, aunque no tienen beneficios reales, aún se aferran a la ilusión de la propiedad, a sus sueños vanos de riqueza.

Aparte de estos defectos, los campesinos son sistemáticamente mantenidos en una situación de brutal ignorancia por sus Iglesias y gobiernos. Los campesinos constituyen ahora la base principal, casi la única, de la seguridad y del poder de los Estados. Debido a ello, los gobiernos alimentan, con cuidado y coherencia, sus prejuicios, les implantan la fe cristiana y la fidelidad a la autoridad e incitan al odio contra todos los elementos no conformistas y progresistas de las ciudades. Pese a todos estos obstáculos, los campesinos, como ya he explicado, pueden eventualmente pasarse al campo de la Revolución Social. Para lograrlo, los revolucionarios del proletariado urbano deben tomar la iniciativa, porque son los únicos que hoy pueden corporizar la idea y el espíritu, el entendimiento y la voluntad consciente para hacer la Revolución Social. De ahí que la mayor amenaza a la existencia de los Estados esté ahora concentrada únicamente en el proletariado urbano...

Por supuesto, resulta obvio que si esta guerra termina en una derrota desastrosa y vergonzosa para Francia, los trabajadores estarán inmensamente más insatisfechos que ahora. Pero ¿quiere esto significar que estarían más dispuestos a hacerse revolucionarios? Y, aun cuando éste fuera el caso, ¿la guerra revolucionaria sería más fácil de lo que es hoy?

Mi respuesta es un rotundo no por la siguiente razón: el temperamento revolucionario de las masas trabajadoras no depende únicamente de la medida de su miseria y descontento, sino también de su fe en la justicia y en el triunfo de su causa. Las masas trabajadoras, desde la alborada de la historia hasta nuestros días, han sido las víctimas de la pobreza y del descontento. Porque todas las sociedades políticas, todos los Estados, las repúblicas tanto como las monarquías, se han basado en la miseria abierta o disfrazada y en el trabajo forzado de las masas proletarias. [...] Pero este descontento rara vez produce revoluciones. Incluso los pueblos reducidos a la peor miseria, pese a sus tribulaciones, no logran mostrar señales de revuelta. ¿Por qué no se rebelan? ¿Se debe a que

están satisfechos de su suerte? Seguro que no. No se rebelan porque no tienen una percepción adecuada de sus derechos ni la menor confianza en su propio poder; y, al carecer de ambos elementos, quedan indefensos y presas de la esclavitud durante siglos. ¿Cómo pueden adquirir las masas estas cualidades revolucionarias? El individuo culto toma conciencia de sus derechos tanto por razonamiento teórico como por la experiencia práctica de la vida. La primera condición, es decir, la capacidad de pensar en términos abstractos, aún no ha podido ser adquirida por las masas. [...] ¿Cómo pueden las masas trabajadoras adquirir un conocimiento de sus derechos? Únicamente por medio de las experiencias históricas, por esta gran tradición, desdoblada a lo largo de los siglos y transmitida de generación en generación, continuamente aumentada y enriquecida por nuevos sufrimientos y nuevas injusticias y que, por último, se propaga e informa a las grandes masas proletarias. Mientras un pueblo no haya caído aún en un estado de desesperanzada decadencia, su progreso siempre se debe a esta gran tradición beneficiosa, a este maestro inigualable de las masas... Pero los pueblos en los diferentes períodos no progresan a un ritmo parejo o similar. Por el contrario, el ritmo del progreso fluctúa, a veces es rápido, de profundo y largo alcance; en otros tiempos, apenas es perceptible, o se detiene y hasta parece retroceder. ¿Cómo se puede explicar este fenómeno?

Se lo puede relacionar con el tipo de acontecimientos que conforman cada período histórico. Hay acontecimientos que llenan de energía a los pueblos y los lanzan en una dirección de progreso. Otros acontecimientos tienen un efecto deprimente y desalentador en la moral y la actitud general de las masas, distorsionando su sentido del juicio, pervirtiendo sus mentes y llevándolas en una dirección autodestructiva. Al estudiar los grandes modelos históricos en el desarrollo de los pueblos, uno puede detectar dos movimientos opuestos comparables al flujo y reflujo de las mareas oceánicas.

En ciertas épocas, ocurren eventos que anuncian la llegada de grandes cambios históricos, de grandes expectaciones y triunfos para la humanidad. En esos momentos, todo parece moverse a un ritmo rápido. Una atmósfera de vigor y poder parece cundir en el medio ambiente social; las mentes, los corazones y las voluntades se aúnan en un único empuje poderoso a medida que la humanidad marcha a la conquista de nuevos horizontes. Es como si una corriente eléctrica incitara a toda la sociedad, uniendo los sentimientos de individuos temperamentalmente diferentes en un solo sentimiento común, forjando por completo las mentes y las voluntades en una unidad. En tiempos como ésos, el individuo está rebosante de confianza y valor porque sus sentimientos se reflejan mutuamente y quedan aumentados por las emociones de sus pares. Para citar unos pocos ejemplos de la historia moderna, ése fue el período a fines del siglo XVIII, la víspera de la Revolución Francesa. Asimismo, pero en menor medida, fueron los años que precedieron a la revolución de 1848. Y éste es el carácter, creo, de nuestra época que puede ser el preludio de acontecimientos que quizás superen los gloriosos días de 1789 y 1793...

Pero también existen épocas sombrías, desalentadoras y desastrosas en las que todo refleja decadencia, cansancio y muerte, que presagian el colapso de la conciencia pública y privada. Éstas son las mareas que siguen a las catástrofes históricas. Ése es el caso de la época del I Imperio y la restauración de Napoleón I. Ése fue el caso de los veinte o treinta años después de que los ejércitos del despotismo prusiano conquistaran Francia...

En esas condiciones, un puñado de revolucionarios puede permanecer revolucionario, pero carecerá del entusiasmo y la confianza; porque la confianza sólo es posible cuando los sentimientos de un individuo encuentran un eco, un apoyo en el incondicional espíritu y voluntad revolucionarios de la población. [...] Pero la población estará completamente desorganizada, desmoralizada y aplastada

por la reacción. [...] Todas las asociaciones de trabajadores, dentro y fuera de las fábricas, serán suprimidas. No habrá grupos de discusión, ni círculos educacionales organizados en cooperativa, no habrá ningún medio de revivir la voluntad colectiva de los trabajadores. [...] Cada trabajador estará aislado intelectual y moralmente, condenado a la impotencia...

Para asegurarse que los trabajadores no se reorganicen, el gobierno arrestará y deportará a varios cientos de ellos, o quizás a varios miles de los trabajadores más inteligentes, militantes y dedicados, a la Isla del Diablo [la excolonia penal de Francia]. Con las masas trabajadoras enfrentándose con una situación tan deplorable, pasará mucho tiempo antes de que puedan hacer la Revolución.

Los trabajadores franceses si, pese a esta situación tan desfavorable e inspirados en ese heroísmo francés que se niega a aceptar la derrota, se rebelan, es muy posible que el armamento moderno más mortífero les dé una lección. Contra esta «persuasión» aterrorizadora, ni la inteligencia ni la voluntad colectivas evitarán que los trabajadores, llevados a la resistencia sólo por una desesperación suicida, se estanquen en una situación infinitamente peor de la que tenían.

¿Y entonces? El socialismo francés ya no podrá tomar su lugar en la vanguardia del movimiento revolucionario europeo, ni luchar por la emancipación del proletariado. El nuevo gobierno, por razones propias, puede tolerar a regañadientes que queden unos pocos periódicos y escritores socialistas en Francia. Pero ni los escritores ni los filósofos ni sus libros son suficientes para crear un movimiento socialista vital y poderoso. Tal movimiento sólo puede convertirse en realidad por medio del despertar de la conciencia revolucionaria, de la voluntad colectiva y la organización de las masas mismas. Sin esto, los mejores libros del mundo no son más que teorías lanzadas a un espacio vacío, sueños impotentes.

*Resultaría difícil, si no imposible, escribir una historia de los tiempos modernos sin tomar en cuenta la absorción del movimiento socialdemócrata en la estructura del moderno capitalismo democrático de «seguridad social». Aparte de socialistas revisionistas como Eduard Bernstein, que previeron este hecho, los radicales del siglo* XIX *y de principios del* XX *esperaban el colapso inminente del capitalismo. Pero el capitalismo no sólo ha sido capaz de sobrevivir, sino que, en realidad, se ha reforzado adoptando, en distintos niveles, medidas socialdemócratas e integrándolas en el sistema económico capitalista. Jamás podría haberlo logrado sin la colaboración de los partidos socialdemócratas. Al hacerlo, el capitalismo cambió de forma, y el movimiento socialista de la vieja línea perdió su identidad.*

*Cómo y porqué esta tendencia se desarrolló en Alemania, en un tiempo baluarte de la socialdemocracia, es discutido por Bakunin en* Una crítica del programa socialdemócrata alemán. *Debido a que es tan importante y fundamental para el programa socialdemócrata, la idea de un gobierno representativo y del voto universal es analizada por Bakunin por separado.*

Examinemos la situación de los países fuera de Francia donde el movimiento socialista se ha convertido en un verdadero poder... El Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (PSDOA) y la Asociación General de Trabajadores de Alemania, fundada por Ferdinand Lasalle, son socialistas en el sentido en que ambos quieren alterar las relaciones entre capital y trabajo de una manera socialista [abolición del capital]. Tanto los partidarios de Lasalle como el partido de Eisenach [así nombrado después del congreso celebrado en Eisenach, el 7-9 de agosto de 1869] están totalmente de acuerdo en que, a fin de efectuar este cambio, será absolutamente necesario *primero reformar el Estado,* y, si esto no se puede lograr con una extensa propaganda y un movimiento sindicalista legal y pacífico, entonces el Estado tendrá que ser reformado por la fuerza, es decir, por una revolución política.

*Todos los socialistas alemanes creen que la revolución política debe preceder a la Revolución Social.* Éste es un error fatal. Porque cualquier revolución hecha *antes* de la Revolución Social será necesariamente una revolución burguesa, que sólo puede conducir a un socialismo burgués, una nueva forma más eficiente, más inteligentemente encubierta de la explotación del proletariado a manos de la burguesía. [Por «socialismo burgués», Bakunin quiere decir, al igual que Marx, una asociación entre capital y trabajo, el «público» y el Estado. El término fue introducido en Alemania por Bismarck y promovido en nuestro tiempo por socialdemócratas de derecha, «capitalistas esclarecidos» y liberales en general.]

Este principio falso —la idea de que una revolución política debe preceder a la Revolución Social— es, en efecto, una invitación abierta a todos los políticos alemanes liberales y burgueses a infiltrarse en el PSDOA. Y este partido en muchas ocasiones fue presionado por sus dirigentes —no por los miembros de las bases, radicales— a fraternizar con los demócratas burgueses del *Volkspartei* [Partido del Pueblo], un partido oportunista solamente interesado en la política y virulentamente opuesto a los principios del socialismo. Esta hostilidad quedó ampliamente aclarada por el ataque vitriólico de sus oradores patrioteros y sus órganos oficiales contra los socialistas revolucionarios de Viena.

Estos ataques contra el socialismo revolucionario produjo la indignación y la oposición de casi todos los alemanes y dejó mal parado a Liebknecht y otros dirigentes del PSDOA. Ellos quisieron calmar a los obreros y de ese modo hacerse con el control del movimiento sindical alemán y, al mismo tiempo, permanecer en términos amistosos con los dirigentes de los demócratas burgueses del *Volkspartei*, quienes pronto se dieron cuenta de que habían cometido un serio error táctico al enfrentarse al movimiento sindical alemán, sin cuyo apoyo no podían lograr el poder político.

En este aspecto, el *Volkspartei* siguió la tradición de la burguesía de nunca hacer una revolución por sí solos. Sus

tácticas, por más ingeniosamente aplicadas que sean, siempre están basadas en este principio: alistar la poderosa ayuda del pueblo haciendo una revolución política pero quedándose con los beneficios obtenidos. Fue esta clase de consideración la que indujo al *Volkspartei* a revertir su postura antisocialista y a proclamarse como un partido socialista más. [...] Al cabo de un año de negociaciones, los máximos dirigentes de los partidos obreros y burgueses adoptaron el famoso Programa Eisenach y formaron un único partido que conservó el nombre PSDOA. Este programa es realmente un extraño híbrido del programa revolucionario de la Asociación Internacional de Trabajadores [la Internacional] y el conocido programa oportunista de la democracia burguesa.

El artículo 1 del programa es, de hecho, contradictorio con el espíritu y la política fundamentales de la Internacional. El PSDOA quiere instaurar un *Estado Libre del Pueblo.* Pero las palabras *libre* y *pueblo* quedan anuladas y sin sentido por la palabra *Estado;* la palabra *Internacional* implica la negación del Estado. ¿Hablan los inventores de este programa de un Estado internacional o universal, o quieren crear un Estado que sólo abarque a todos los países de Europa occidental: Inglaterra, Francia, Alemania, los países escandinavos, Holanda, Suiza, España, Italia, Portugal y las naciones eslavas subyugadas por Austria?[7] No. Sus estómagos políticos no pueden digerir tantos países al mismo tiempo. Con una pasión que ni siquiera intentan esconder, los socialdemócratas proclaman que quieren erigir la gran patria pan-

7. El año anterior, 1869, en el Congreso de Basilea de la Internacional, Bakunin, en contraposición con el concepto tradicional del Estado que es necesariamente nacional, había hecho un llamamiento por la instauración del Estado Internacional, diciendo: [Nuestra] misión es destruir todos los Estados territoriales nacionales y erigir sobre sus ruinas el Estado Internacional de todos los millones de trabajadores». Para Bakunin, pedir la creación de un Estado Internacional sobre las ruinas de los nacionales era el equivalente de exigir la destrucción del Estado en todas sus formas. [Nota de James Guillaume.]

germana. Y, por esta razón, el único objetivo del PSDOA, la construcción de un Estado únicamente alemán, es el mismísimo primer artículo de su programa. Ante todo, son *patriotas alemanes.*

En vez de dedicarse a la creación de un gran Estado alemán, los trabajadores alemanes deberían unirse a sus hermanos explotados de todo el mundo en defensa de sus mutuos intereses económicos y sociales; el movimiento sindical de cada país debe basarse únicamente en el principio de la solidaridad internacional... Si, en caso de conflicto entre dos Estados, los trabajadores actuaran según el artículo 1 del programa socialdemócrata, se unirían, contra sus propios deseos, *con su propia burguesía* en contra de los hermanos trabajadores de otro país. En consecuencia, sacrificarían la solidaridad internacional de los trabajadores en aras del patriotismo nacional del Estado. Esto es exactamente lo que ahora están haciendo los trabajadores alemanes en la guerra franco-prusiana. Mientras los trabajadores alemanes busquen la constitución de un Estado nacional —aunque sea el más libre de los Estados populares—, inevitablemente sacrificarán totalmente la libertad del pueblo en aras de la gloria del Estado, del socialismo por la política, de la justicia y la hermandad internacional por el patriotismo. Es imposible avanzar en dos direcciones al mismo tiempo. El socialismo y la Revolución Social implican la destrucción del Estado; en consecuencia, los que quieren un Estado deben sacrificar la emancipación económica de las masas por el monopolio político de un partido único.

El PSDOA sacrificará la emancipación económica —y por ende política— del proletariado —o dicho más correctamente, *la emancipación de la política y del Estado*— por el triunfo de la democracia burguesa. Esto se desprende claramente de los artículos 2 y 3 del programa socialdemócrata. Las primeras tres cláusulas del artículo 2 se conforman en todo sentido a los principios socialistas de la Internacional: la abolición del capitalismo; total igualdad política y social,

y cada trabajador receptor del producto íntegro de su labor. Pero la cuarta cláusula, al declarar que la emancipación política es la condición *preliminar* para la emancipación económica de las clases trabajadoras, que la solución de la cuestión social sólo es posible dentro de un Estado democrático, anula esos principios y hace imposible ponerlos en práctica. La cuarta cláusula se reduce a decir lo siguiente:

«Trabajadores, sois esclavos, víctimas de la sociedad capitalista. ¿Queréis liberaros de esas cadenas económicas? Por supuesto que sí y tenéis toda la razón. Pero, para lograr vuestras justas demandas, *primero deberéis ayudarnos a hacer la revolución política. Después, os ayudaremos a hacer la Revolución Social.* Primero, con vuestra fuerza, construyamos el Estado democrático, un buen Estado democrático, como en Suiza; y, entonces, os prometemos daros los mismos beneficios que hoy disfrutan los trabajadores suizos... (Atención a las huelgas de Basilea y Ginebra brutalmente reprimidas por la burguesía.)»

A fin de convenceros de que esta increíble ilusión refleja apropiadamente las tendencias y el espíritu de la socialdemocracia alemana, sólo debéis examinar el artículo 3, que enumera todos los objetivos inmediatos y aproximados que se deben enunciar en la propaganda legal y pacífica del partido en las campañas electorales. Estas demandas duplican simplemente el conocido programa de los demócratas burgueses: sufragio universal con legislación directa del pueblo,[8] abolición de todos los privilegios políticos; reemplazo del ejército permanente por milicias de voluntarios y ciudadanos; separación de la Iglesia y el Estado, y las escuelas de la Iglesia; educación primaria libre y obligatoria; libertad de prensa, de asamblea y reunión; y reemplazo de todos los impuestos indirectos por una ley impositiva única, directa y progresivamente más alta según los salarios.

8. Esta cuestión de extrema importancia del gobierno representativo y el sufragio universal es tratada por Bakunin un texto que va por separado.

¿Acaso este programa no prueba que los socialdemócratas están exclusivamente interesados en la reforma política de las instituciones y leyes del Estado y, que para ellos, el socialismo no es más que una palabra vacía que, en el mejor de los casos, puede realizarse en el futuro lejano?

De no ser por el hecho de que las verdaderas aspiraciones y los sentimientos radicales de sus miembros, los trabajadores alemanes, van mucho más allá que este programa, ¿no estaríamos justificados al decir que el PSDOA fue creado con el solo propósito de utilizar las masas trabajadoras como instrumento inconsciente para promover las ambiciones políticas de los demócratas burgueses alemanes?

Sólo hay dos puntos en este programa que disgustarán a los capitalistas de la libre empresa. El primero aparece en la segunda parte de la cláusula 8, artículo 3; exige el establecimiento *de un día normal de trabajo* (limitación de horas), *abolición del trabajo infantil y limitación del trabajo femenino,* medidas que hacen temblar a los defensores de la libre empresa. Como amantes apasionados de toda la libertad que pueden usar en beneficio propio, exigen el derecho ilimitado de explotar al proletariado y se resienten amargamente de la intervención estatal. No obstante, los pobres capitalistas han caído en tiempos diabólicos. Han sido obligados a aceptar la intervención del Estado hasta en Inglaterra, la que ni por un milagro de la imaginación es una sociedad socialista.

El otro punto—cláusula 10, artículo 3— es aún más importante y socialista. Exige la ayuda, la protección y el crédito estatales para las cooperativas de trabajadores, en especial las cooperativas de productores, con todas las garantías necesarias; es decir, libertad de expansión. La libre empresa teme la competición exitosa de las cooperativas de trabajadores porque los capitalistas saben que los trabajadores, con sus salarios de hambre, jamás pueden llegar a acumular suficiente capital para competir con los inmensos recursos de la clase patronal... pero las cosas pueden cambiar por com-

pleto cuando las cooperativas de trabajadores, apoyadas por el crédito ilimitado del Estado, empiecen a luchar y absorban gradualmente el capital tanto privado como corporativo (industrial y comercial). Porque el capitalista estará, de hecho, compitiendo con el Estado; y el Estado, por supuesto, es el más poderoso de los capitalistas. [Por el contexto del próximo párrafo se verá que Bakunin considera el subsidio estatal a las cooperativas de trabajadores como parte de la transición del capitalismo al socialismo estatal.]

El trabajo empleado por el Estado, tal es el principio fundamental del comunismo autoritario, del socialismo estatal. El Estado, habiéndose convertido en el único propietario, al final de un período de transición necesario para permitir que la sociedad pase, sin grandes disloques, de la actual organización de privilegio burgués a la futura organización de igualdad oficial para todos, el Estado, decía, se transforma en el único banquero, capitalista, organizador y director de todo el trabajo nacional y el distribuidor de todos sus productos. Tal es el ideal, el principio fundamental del comunismo moderno.

# El gobierno representativo y el sufragio universal

*Bakunin se oponía a la participación de los trabajadores en la política burguesa porque temía que esa participación corroyera al proletariado y perpetuara (como sucedió en Alemania hasta la victoria de Hitler) el sistema. Su oposición al gobierno parlamentario fue elaborada durante su polémica con los partidos marxistas, que favorecían la acción parlamentaria de los trabajadores al mismo tiempo que ignoraban la suprema importancia de la acción directa revolucionaria.*[9] *Bakunin no se oponía al sufragio universal en principio sino únicamente cuando reforzaba al Estado democrático burgués. Pero jamás hizo de la abstención en el proceso electoral un artículo de fe. En ciertas circunstancias excepcionales, apoyaba la alianza temporal con los partidos políticos progresistas en aras de objetivos limitados y específicos. En una carta a su amigo, el anarquista italiano Carlo Gambuzzi, un exabogado, Bakunin le aconsejaba presentarse como candidato a diputado en Nápoles:*

> Quizás te sorprenda que yo, un apasionado y decidido abstencionista de la política, ahora aconseje a mis amigos [los miembros de la Alianza] que se hagan diputados; esto se debe a que han cambiado las circunstancias. Primero, todos mis amigos, y muy en especial tú, estáis tan inspirados por

9. Bakunin, *Oeuvres: Les Ours de Berne et l'Ours de Saint Petersbourg,* 1907, vol. II, págs. 35-43.

nuestras ideas, nuestros principios, que no hay peligro de que vayáis a olvidarlos, deformarlos o abandonarlos; ni que vayáis a caer en viejas costumbres políticas. Segundo, los tiempos son tan críticos, el peligro que amenaza la libertad en todos los países tan formidable, que todos los hombres de buena voluntad deben abrir una brecha y, en especial, nuestros amigos que deben estar en una situación de ejercer la mayor influencia posible en los acontecimientos...[10]

*En una carta a otro anarquista italiano, Celso Cerretti, escrita durante la reacción que tuvo lugar en toda Europa después de la caída de la Comuna de París en 1871, Bakunin señaló que España era el único país donde existía una situación revolucionaria y, en vista de las circunstancias especiales que prevalecían en ese país, aconsejó la colaboración temporal con los partidos políticos progresistas:*

...Las cartas que he recibido de diferentes partes de España indican que los trabajadores socialistas están muy bien organizados. Y no sólo los obreros, sino también los campesinos de Andalucía, entre los cuales las ideas socialistas (afortunadamente) se han difundido con éxito; estos campesinos también están preparados para tomar parte activa en la futura Revolución. Al mismo tiempo que mantenemos nuestra identidad, en este momento debemos ayudar a los partidos políticos y más tarde tratar de dar a esta Revolución un claro carácter socialista. [...] Si la Revolución triunfa en España, aceleraría y difundiría de forma natural y tremenda la Revolución en toda Europa...[11]

La sociedad moderna está muy convencida de esta verdad: *todo Estado, cualquiera que sea su origen o forma, debe llevar necesariamente al despotismo,* y que los países, que en nuestro tiempo han arrancado un poco de libertad al Estado, se han

10. Citado por François Muñoz, *Bakounine et la Liberté,* París, Pauvert, 1965, pág. 226.

11. *Ibid.*, pág. 175.

apresurado a someter a sus gobernantes, aun cuando estos gobernantes hayan salido de una revolución y fueran elegidos por todo el pueblo, al control más estricto. Para salvaguardar su libertad, dependen del control real y efectivo ejercido por la voluntad popular sobre aquellos a quienes han investido con la autoridad pública y represiva. En todos los países que viven bajo un gobierno representativo, la libertad sólo puede ser real cuando este control es real y efectivo. Se desprende en consecuencia que, si tal control es ficticio, la libertad del pueblo se convierte también en una absoluta ficción.

Resultaría fácil probar que en ningún país de Europa existe un verdadero control popular del gobierno, pero nos limitaremos a Suiza y veremos cómo se ejerce el control del gobierno suizo. Lo que sea verdad en Suiza a este respecto, debe serlo aún más en cualquier otro país. Alrededor de 1830, los cantones más progresistas de Suiza trataron de salvaguardar sus libertades instituyendo el sufragio universal. Había bases sólidas para este movimiento. En la medida en que continuaran existiendo los consejos legislativos elegidos por los ciudadanos privilegiados y los desiguales derechos de voto entre las ciudades y las zonas rurales, entre patricios y plebeyos, los funcionarios nombrados por esos consejos así como las leyes promulgadas por ellos no podían dejar de perpetuar el dominio de una aristocracia gobernante en la nación. En consecuencia, se hizo necesario abolir ese régimen y reemplazarlo por uno que honrase la soberanía del pueblo, es decir, el sufragio universal.

Por lo general, se esperaba que, una vez establecido el sufragio universal, la libertad política del pueblo quedaría asegurada. Esto resultó ser una gran ilusión. En la práctica, el sufragio universal llevó al colapso, o por lo menos a la flagrante desmoralización del Partido Radical, que hoy resulta tan obvia. Los radicales [liberales] no tenían la intención de engañar al pueblo, pero se engañaron a sí mismos. Eran bastante sinceros cuando prometieron lograr una libertad popular por medio del sufragio universal. Impulsa-

dos por esta convicción, fueron capaces de conmover a las masas a fin de derrocar al gobierno aristocrático atrincherado en el poder. Hoy día, desmoralizados por el ejercicio del poder, ellos han perdido la fe en sí mismos y en sus ideales; esto explica la profundidad de su depresión y de su corrupción.

Y la verdad es que, a primera vista, la idea del sufragio universal parecía razonable y simple; una vez que los poderes legislativo y ejecutivo emanaran directamente de las elecciones populares, ¿acaso estos poderes no reflejarían fielmente la voluntad del pueblo? ¿Y cómo podría esta voluntad popular dejar de producir la libertad y el bienestar?

Todo el sistema del gobierno representativo es un inmenso fraude que se apoya en esta ficción: que los cuerpos legislativo y ejecutivo, elegidos en sufragio universal por el pueblo, deben o hasta pueden representar la voluntad del pueblo. Instintivamente el pueblo aspira a dos cosas: la mayor prosperidad posible junto con la mayor libertad posible para vivir sus vidas, para elegir, para actuar. Quieren la mejor organización de sus intereses económicos junto con una completa ausencia de todo poder político y de toda organización política, ya que toda organización política debe anular ineludiblemente la libertad del pueblo. Tal es la aspiración dinámica de todos los movimientos populares.

Pero las ambiciones de los que gobiernan, aquellos que formulan y hacen cumplir las leyes, son diametralmente opuestas a las aspiraciones populares. Aparte de sus sentimientos o intenciones democráticos, los gobernantes, en virtud de su elevada posición, miran a la sociedad como el soberano mira a sus vasallos. Pero no puede haber igualdad entre soberano y vasallo. Por un lado, está el sentimiento de superioridad necesariamente creado por su alta posición; por otro, el de inferioridad que es resultado de la superior situación del soberano que ostenta el poder ejecutivo y legislativo. El poder político significa dominación. Y donde hay dominación, debe haber una parte sustancial de la pobla-

ción que permanece sometida a sus gobernantes; y los sometidos detestan naturalmente a sus gobernantes, quienes, a su vez, se verán obligados a sojuzgar al pueblo con medidas aún más represivas, anulando de ese modo su libertad. Tal es la naturaleza del poder político desde sus mismísimos orígenes en la sociedad humana. Esto también explica por qué y cómo los hombres, que fueron los demócratas más rojos, los radicales más vociferantes, una vez en el poder se transforman en los conservadores más moderados. Estos giros son considerados, por lo general y equivocadamente, como una especie de traición. Su causa principal es el cambio inevitable de posición y perspectiva. Jamás deberíamos olvidar que las posiciones institucionales y sus privilegios naturales son fuerzas motivadoras mucho más poderosas que el odio o la mala voluntad individuales. Si un gobierno compuesto exclusivamente de trabajadores fuera elegido mañana por sufragio universal, estos mismos trabajadores, que hoy son los demócratas y socialistas más militantes, mañana se convertirían en los aristócratas más decididos, manifiestos, o secretos adoradores del principio de autoridad, explotadores y opresores.

En Suiza, como en las demás naciones, por más igualitarias que sean sus instituciones políticas, gobierna la burguesía; las masas trabajadoras, incluso los campesinos, deben obedecer las leyes promulgadas por la burguesía. El pueblo no tiene ni el tiempo ni el conocimiento necesarios para participar en las funciones gubernativas. La burguesía posee los dos elementos; en consecuencia, no por derecho, sino de hecho, tiene el privilegio exclusivo de gobernar. La igualdad política en Suiza, como en los demás países, es por tanto una ficción pueril, un fraude absoluto.

Ahora bien, dado que la burguesía, en virtud de sus privilegios económicos y políticos, está tan alejada del pueblo, ¿cómo pueden su gobierno y sus leyes expresar los sentimientos, las ideas y aspiraciones del pueblo? Es imposible, y la experiencia cotidiana demuestra que en el poder legislativo, así

como en los demás poderes, la burguesía está interesada principalmente en promover sus propios intereses y no los intereses legítimos del pueblo. Es verdad que todos los funcionarios y legisladores de distrito están elegidos directa o indirectamente por el pueblo. Es verdad que, en el día de las elecciones, hasta los candidatos más orgullosos de la burguesía se ven obligados a cortejar a Su Majestad, el Pueblo Soberano. Se acercan al populacho soberano, el sombrero en la mano, expresando el único deseo de servirle. Para el candidato, ésta es una tarea desagradable, pronto terminada y que por tanto debe ser soportada con paciencia. Al día siguiente de la elección, todo el mundo vuelve a sus ocupaciones habituales, el pueblo de vuelta al trabajo, la burguesía a cosechar sus ganancias y a la connivencia política. Pocas veces se encuentran y jamás se vuelven a saludar hasta la próxima elección, cuando se repite la farsa. [...] Ya que el control popular en el sistema representativo es la única garantía de la libertad popular, resulta obvio que esta libertad también es totalmente espuria.

A fin de corregir los defectos evidentes de este sistema, los demócratas radicales del cantón de Zúrich introdujeron el *referéndum*, la legislación directa del pueblo. El referéndum también es un remedio ineficaz; otro fraude. Para poder votar de forma inteligente por las propuestas hechas por los legisladores, o por las medidas presentadas por los grupos interesados, el pueblo debe tener el tiempo y el conocimiento necesarios para estudiar minuciosamente estas medidas. [...] El referéndum sólo tiene sentido en aquellas raras ocasiones en las que la legislación propuesta afecta vitalmente al pueblo e interesa a todos, y los asuntos implicados son claramente comprendidos por todos. Pero casi todas las leyes propuestas son tan especializadas, tan intrincadas, que sólo los expertos políticos pueden comprender de qué modo éstas afectarán al pueblo. Por supuesto, el pueblo ni siquiera empieza a comprender o a prestar atención a las leyes y votar por ellas ciegamente cuando sus oradores favoritos le incitan a hacerlo.

Aun cuando el sistema representativo es mejorado por el referéndum, todavía no existe un control popular, y la verdadera libertad —que en el gobierno representativo se disfraza de autogobierno— es una ilusión. Debido a las penurias económicas, el pueblo es ignorante e indiferente y sólo es consciente de las cosas que le afectan muy de cerca. Comprende y sabe cómo conducir sus asuntos cotidianos. Lejos de sus preocupaciones familiares, la gente se confunde, queda incierta y políticamente deslumbrada. Tienen un sentido común saludable y práctico cuando se trata de asuntos comunales. Están bastante bien informados y saben elegir en su medio a los funcionarios más capaces. En esas circunstancias, el control efectivo es bastante posible porque los asuntos públicos están dirigidos ante la vigilancia de los ciudadanos, y todo afecta vital y directamente sus vidas cotidianas. Por eso las elecciones municipales siempre deben ser el reflejo de la verdadera actitud y de la voluntad del pueblo. [Se puede deducir del contexto que Bakunin, sin decirlo explícitamente, no se refiere a las grandes ciudades con cientos de miles o millones de habitantes, sino a las comunidades pequeñas o de tamaño medio donde una democracia cara a cara resulta práctica.] Los gobiernos provinciales y de distrito, aun cuando estos últimos sean elegidos directamente, ya no son tan representativos del pueblo. En la mayoría de los casos, el pueblo no está al tanto de las medidas políticas, jurídicas y administrativas; éstas están más allá de su interés inmediato y casi siempre escapan a su control. Los hombres a cargo de los gobiernos locales y regionales viven en un medio distinto, muy distantes del pueblo, que los conoce muy poco. No conocen los caracteres de estos líderes personalmente y los juzgan por sus discursos públicos, que están llenos de mentiras para engañar al pueblo y hacer que éste los apoye... Si el control popular de los asuntos regionales y locales ya es extremadamente difícil, el control popular del gobierno nacional o federal es absolutamente imposible.

La mayoría de las leyes y de los asuntos públicos, en especial aquellos que tratan del bienestar y de los intereses materiales de las comunidades locales y las asociaciones, se solucionan de un modo completamente incomprensible para el pueblo, sin su conocimiento o interés y sin su intervención. El pueblo está comprometido en políticas desastrosas sin tener conciencia de ello. No tiene ni la experiencia ni el tiempo necesarios para estudiar todas estas legislaciones y por tanto deja todo en manos de sus representantes elegidos. Naturalmente, éstos promueven los intereses de su clase en vez de la prosperidad del pueblo, y su mayor talento es azucarar sus medidas amargas, a fin de que caigan mejor al paladar del populacho. El gobierno representativo es un sistema de hipocrecía y de mentiras perpetuas. Su éxito se basa en la estupidez de la gente y en la corrupción del espíritu oficial.

¿Quiere esto decir que nosotros, los socialistas revolucionarios, no queremos el sufragio universal, que preferimos el sufragio limitado o un único déspota? De ninguna manera. Lo que sostenemos es que el sufragio universal, considerado en sí mismo y aplicado en una sociedad basada en la desigualdad económica y social, no es otra cosa que una burla y un fraude para el pueblo; nada más que una odiosa mentira de los demócratas burgueses, el camino más seguro para consolidar, bajo el manto del liberalismo y de la justicia, la dominación permanente del pueblo por las clases propietarias, en detrimento de la libertad popular. Nosotros negamos que el sufragio universal pueda ser utilizado por el pueblo para la conquista de la igualdad económica y social. Siempre será de forma necesaria un instrumento hostil al pueblo, que, de hecho, apoya la dictadura *de facto* de la burguesía.

# 1871
# Dios y el Estado

*El siguiente fragmento del* Imperio knouto-germano y la Revolución Social, *titulado «Dios y el Estado»*[12] *por íntimos asociados de Bakunin, Carlo Cafiero y Élisée Reclus, pero mejor titulado «Autoridad y ciencia», llega al centro mismo de la ideología de Bakunin. Las opiniones de Bakunin sobre la naturaleza de la autoridad, y su relación con la ciencia, la función de la ciencia en la sociedad, su papel en la relación entre Estado e individuo, aún son pertinentes y le colocan en una posición mucho más avanzada que la de sus contemporáneos darwinistas que habían comenzado a considerar a la ciencia como una especie de nueva religión. Bakunin no se interesaba por «la humanidad en general», sino por la singularidad y los sentimientos de las personas vivientes y reales, todos los anónimos don nadies amenazados en convertirse en meras cifras en los laberintos del superestado tecnócrata.*

*«El hombre, la sociedad y la libertad»*[13] *está tomado de una extensa nota, sin terminar, a la misma obra, e ilustra las profundas diferencias de Bakunin con esos individuos que creen que existe un antagonismo fundamental entre el individuo y la sociedad, y que el hombre es un agente libre anterior y aislado de la sociedad. Aquí es*

12. Bakunin, *Oeuvres*, 1871, Parte Segunda, vol. III, págs. 18-132.

13. Bakunin, *Oeuvres* (París, 1895), vol. I, págs. 264-267, 273-275, 277-285, 288-296.

*donde define su concepto clave, la libertad. Tan realista como era, Bakunin no se hacía ilusiones acerca del individuo ni de la sociedad. Ni naturalmente «buenos» ni naturalmente «malos»: son ambas cosas a la vez. Ya que los hombres, por un lado, tienen un impulso innato hacia la conformidad con sus iguales, «la tiranía social [es decir, la opinión pública] puede llegar a ser más tiránica que la oficial, el despotismo legalizado del Estado». Por fortuna, sin embargo, en cada ser humano existe, de forma latente o activa, una voluntad equilibradora de «rebelarse contra toda autoridad divina, colectiva o individual».*

*Autoridad y ciencia*[14]

¿Qué es la autoridad? ¿Se trata del poder inevitable de las leyes naturales que se manifiesta en la concatenación y sucesión necesarias de los fenómenos en el mundo físico y social? La verdad es que, contra estas leyes, la revuelta no sólo es prohibida sino imposible. Podemos no comprenderlas o desconocerlas, pero no podemos desobedecerlas porque constituyen las condiciones básicas de nuestra existencia; nos rodean, nos penetran, regulan todos nuestros movimientos, pensamientos y actos; aun cuando creemos que las desobedecemos, sólo estamos demostrando nuestra impotencia.

Sí, somos los esclavos absolutos de estas leyes. Pero en tal esclavitud no hay humillación o, puesto de otro modo, no existe la esclavitud. Porque la esclavitud presupone un amo externo, una autoridad aparte del súbdito, al que manda. Pero estas leyes no son nada aparte; son inherentes a nosotros; constituyen todo nuestro ser, física, intelectual, moralmente; respiramos, actuamos, pensamos, deseamos sólo estas leyes. Sin ellas no somos nada; *no somos*. ¿De dón-

14. Bakunin, *God and the State* (traducido al inglés por Benjamin R. Tucker, Nueva York, Mother Earth Edition, 1915), págs. 28-35, 60-64.

de, pues, podemos sacar el poder y el deseo de rebelarnos contra ellas?

El hombre sólo tiene una libertad con respecto a las leyes naturales: el de reconocerlas y aplicarlas en una escala cada vez más extensa en conformidad con el objetivo de emancipación o humanización individual y colectiva que persigue. Estas leyes, una vez reconocidas, ejercen una autoridad que jamás es disputada por la masa de los hombres. Por ejemplo, uno debe ser en el fondo un idiota, o un teólogo, o al menos un metafísico, un jurista o un economista burgués para rebelarse contra la ley por la cual dos más dos son cuatro. Uno debe tener fe para imaginar que el fuego no arderá, ni se verterá el agua, salvo, por supuesto, si no se echa mano, a su vez, de un subterfugio fundado en alguna otra ley natural. Pero estas revueltas, o más bien, estos intentos o tontas fantasías de revueltas imposibles son decididamente la excepción, porque en general se puede decir que la masa de los hombres en su vida cotidiana reconoce el gobierno del sentido común, es decir, la suma de las leyes naturales generalmente reconocidas, de una manera casi absoluta.

La gran desgracia es que un inmenso número de leyes naturales, ya establecidas como tales por la ciencia, siguen desconocidas de las masas, gracias a la vigilancia de los gobiernos tutelares que existen, como sabemos, sólo para «el bien del pueblo». Hay otra dificultad y es que la mayoría de las leyes naturales relacionadas con el desarrollo de la sociedad humana, que son tan necesarias, invariables y fatales como las leyes que gobiernan el mundo físico, no han sido formuladas cabalmente, o reconocidas por la propia ciencia.

Una vez que la ciencia las reconozca y pasen entonces a la conciencia de todos los hombres, la cuestión de la libertad quedará enteramente solucionada. Las autoridades más tercas deben admitir que no hay necesidad de organización política, o de dirección, o de legislación, tres cosas que son igualmente fatales y enemigas de la libertad del pueblo por cuanto le son impuestas como un sistema de leyes externas

y, en consecuencia, despóticas. Da igual que las imponga un soberano o un parlamento democráticamente elegido.

La libertad del hombre consiste solamente en esto: que él obedece las leyes naturales porque *él mismo* las ha reconocido como tales y no porque se las ha impuesto externamente cualquier voluntad, ya sea divina o humana, colectiva o individual.

Supongamos que una academia sabia, compuesta de los científicos más ilustres, fuera encargada de la organización legal de la sociedad y que, inspirada únicamente en el más puro amor a la verdad, sólo promulgara leyes en armonía absoluta con los últimos descubrimientos de la ciencia. Semejante legislación, yo diría, y semejante organización, serían una monstruosidad, primero, porque la ciencia humana siempre es necesariamente imperfecta ya que, teniendo en cuenta lo que ha descubierto hasta la fecha, aún está en pañales. De este modo, si nosotros intentásemos hacer que la vida práctica del hombre, tanto colectiva como individual, se conformase estrictamente a los últimos datos de la ciencia, condenaríamos a la sociedad, así como a los individuos, a sufrir un martirio en un lecho de Procusto.

En segundo lugar, una sociedad que obedezca las leyes emanadas de una academia científica, no porque comprenda su carácter racional, sino porque la legislación le fue impuesta por la academia en nombre de una ciencia que la gente venera sin comprender, sería una sociedad no de hombres, sino de bestias. Sería otra versión de esas misiones en el Paraguay que estuvieron tanto tiempo sometidas al gobierno de los jesuitas. Segura y rápidamente descendería al más bajo nivel de idiotez.

Y existe todavía una tercera razón que haría imposible semejante gobierno: la de que una academia científica, investida de absoluta soberanía, aun cuando estuviera compuesta por los hombres más ilustres, pronto e invariablemente terminaría en su propia corrupción moral e intelectual. Porque tal es la historia de todas las academias aún hoy en

día, con los pocos privilegios que tienen acordados. A partir del momento en que alguien se convierte en académico, en un «servidor» oficialmente licenciado, el genio científico más grande cae inevitablemente en la inactividad. Pierde su espontaneidad, su fortaleza revolucionaria y esa energía problemática y salvaje, característica del genio, siempre llamada a destruir viejos mundos tambaleantes y a sentar las bases de otro nuevo. Sin duda, gana en amabilidad, en sabiduría utilitaria y pragmática lo que pierde en poder de originalidad. En una palabra, se corrompe.

Es una característica del privilegio y de cualquier situación privilegiada: la liquidación del corazón y de la mente de los hombres. El privilegiado, ya sea económica o políticamente, es un hombre de mentalidad y corazón depravados. Esta es una ley social que no admite excepciones, y es aplicable a naciones enteras, a clases sociales, corporaciones e individuos. Se trata de la ley de la igualdad, la condición suprema de la libertad y de la humanidad. El principio tratado en este estudio es precisamente demostrar esta verdad en todas las manifestaciones de la vida humana.

Un cuerpo científico al que le ha sido confiado el gobierno de la sociedad pronto terminaría por dedicarse ya no a la ciencia, sino a otra cosa; y como, en el caso de los poderes establecidos, se ocuparía de su propia perpetuación por medio de la idiotización creciente de la sociedad confiada a su cargo y, en consecuencia, cada vez más dependiente de la autoridad de los científicos.

Pero lo que es verdad de las academias científicas también es verdad de las asambleas constituyentes, aun aquéllas elegidas por sufragio universal. Por supuesto, pueden cambiar de composición, pero esto no evita la formación en unos pocos años de un cuerpo de políticos privilegiados, exclusivamente interesados en la dirección de los asuntos públicos, y que representa una especie de aristocracia u oligarquía política. Observemos lo que ha sucedido en Suiza y en los Estados Unidos.

En consecuencia, no tengamos legislación externa ni autoridad. Una es inseparable de la otra y ambas tienden a crear una sociedad esclavizada.

¿Quiere esto decir que yo rechazo toda autoridad? Borrad ese pensamiento. En materia de botas, consulto al zapatero; en materia de casas, canales o caminos, consulto al arquitecto o al ingeniero. Para esos conocimientos especiales, pido la opinión a esos especialistas. Pero no permito que el zapatero, ni el arquitecto, ni el especialista me imponga su autoridad. Los escucho libremente y con todo el respeto que me merece su inteligencia, su carácter, su conocimiento, reservándome siempre el derecho inalienable a la crítica y la censura. No me contento con consultar una sola autoridad en ninguna especialidad dada; consulto varias; comparo sus opiniones y elijo la que me parece más verdadera. Pero no reconozco ninguna autoridad *infalible,* ni siquiera en cuestiones especiales; en consecuencia, por más respeto que tenga por la honestidad y sinceridad de un individuo, no tengo una fe absoluta en nadie. Semejante fe sería fatal para mi razón, mi libertad, y hasta el éxito de mis empresas; me transformaría de inmediato en un esclavo estúpido, el instrumento de la voluntad e intereses de otra gente.

Si me inclino ante la autoridad de los especialistas dispuesto a aceptar sus opiniones, sus sugerencias y su orientación por un tiempo y hasta cierto grado, no lo hago más que porque no estoy obligado por nadie. De otra manera, los rechazaría con horror y mandaría al diablo sus consejos, sus direcciones y sus servicios, seguro de que me harían pagar esos retazos de verdades envueltas en una multitud de mentiras con la pérdida de mi libertad y de mi autoestima.

Me inclino ante la autoridad de los especialistas porque esto me lo impone solamente mi razón. Soy consciente de mi incapacidad para comprender grandes porciones del conocimiento humano en todos sus detalles y desarrollos. La inteligencia más grande jamás alcanzaría la comprensión del todo y por eso es necesaria la división del trabajo y la

asociación. Recibo y doy; tal es la vida humana. Cada uno dirige y es dirigido a su vez. En consecuencia, no existe una autoridad fija y constante, sino una fluctuación continua de autoridad y subordinación mutuas, temporales y sobre todo, voluntarias.

Aceptar una autoridad fija, constante y universal, queda descartado precisamente porque no hay un hombre «universal» capaz de comprender, en esa riqueza de detalles sin la cual es imposible la aplicación de una ciencia a la vida, todas las ciencias y todos los aspectos de la vida humana. Así pues, si un hombre fuese capaz de abarcar semejante comprensión y quisiera imponernos su autoridad, sería necesario echar a este individuo de la sociedad porque su autoridad reduciría inevitablemente a todos los demás a la esclavitud y la imbecilidad. No creo que la sociedad deba maltratar a los hombres de genio como lo ha hecho hasta ahora; pero tampoco pienso que se les deban acordar demasiadas indulgencias; y mucho menos acordarles privilegios especiales o derechos exclusivos por tres razones: primero, porque a menudo se confundiría un charlatán con un genio; segundo, porque por medio de semejante sistema de privilegios, se podría transformar en un charlatán a un verdadero hombre de genio que, de ese modo, se desmoralizaría y degradaría; y tercero, porque pondría a un amo por encima de la sociedad.

Pero, si bien rechazamos la autoridad absoluta, universal e infalible de los científicos, aceptamos con buena disposición la autoridad respetable, aunque relativa, temporal y restringida de los especialistas científicos, pidiendo nada más que consultarles por turno, agradecidos por su valiosa información en cuanto ellos también estén dispuestos a aprender de nosotros. En general, no pedimos nada mejor que ver que los hombres dotados de un gran conocimiento, con gran experiencia, mentes brillantes y sobre todo grandes corazones, ejerzan en nosotros una influencia natural y legítima, libremente aceptada, y jamás impuesta en nombre

de ninguna autoridad oficial o de derechos establecidos; oficialmente impuesta de ese modo, de inmediato se transforma en opresión y falsedad; e inevitablemente nos impondría [...] la esclavitud y el absurdo.

En una palabra, rechazamos toda legislación, toda autoridad y todos los poderes privilegiados, sancionados, oficiales y legales, aunque provengan del sufragio universal, convencidos de que esto sólo puede servir para beneficio de una minoría dominante de explotadores contra los intereses de la inmensa mayoría sometida a ellos.

Es en este sentido que somos todos anarquistas...

La ventaja inmensa de la ciencia positiva sobre la teología, la metafísica, la política y el derecho jurídico es la siguiente: en lugar de las falsas abstracciones impuestas por estas doctrinas, presenta generalizaciones verdaderas que expresan la naturaleza y la lógica de las cosas, sus relaciones y las leyes de su desarrollo. Esto distingue profundamente a la ciencia de los modos anteriores del pensamiento y asegurará para siempre su importancia en la sociedad; la ciencia constituirá en cierto sentido la conciencia colectiva de la sociedad. Pero en un aspecto se parece a todas las demás disciplinas, ya que también se ocupa de abstracciones; está forzada por su propia naturaleza a ignorar a los hombres tal cual son, sin los cuales las abstracciones no tienen existencia. Para remediar este defecto radical, la ciencia positiva tendrá que proceder con un nuevo método. Las doctrinas del pasado siempre se han aprovechado de la ignorancia de la gente y la han sacrificado con gusto en aras de sus abstracciones, que, dicho sea de paso, son siempre muy lucrativas para sus proponentes de carne y hueso. La ciencia positiva, al admitir su incapacidad absoluta de comprender a los individuos reales y de interesarse por ellos, debe renunciar a cualquier intento de gobernar las sociedades. Si lo hiciera, sólo sacrificaría de forma continua a los hombres vivientes por las abstracciones que constituyen el único objeto de sus preocupaciones legítimas.

Una ciencia pura de la historia, por ejemplo, aún no existe; hoy apenas podemos vislumbrar sus posibilidades extremadamente complejas. Pero supongamos que estuviera completamente desarrollada, ¿qué nos podría brindar? Nos podría dar un cuadro fiel y racional del desarrollo natural de las condiciones generales —materiales e ideales, económicas, políticas y sociales, religiosas, filosóficas, estéticas y científicas— de las sociedades humanas. Pero este cuadro universal de la civilización humana, por más detallado que sea, jamás mostraría nada superior a las estimaciones generales y, en consecuencia, *abstractas*. Los millones de individuos que proporcionaron *los materiales vivos y sufrientes* de esta historia, a la vez triunfante y catastrófica —triunfante por sus resultados generales, catastrófica por la inmensa hecatombe de víctimas humanas «sepultadas bajo las ruinas»—, esos billones de oscuros individuos, sin los cuales ninguno de los grandes progresos en la historia podrían haber ocurrido —y quienes, recordad, jamás se han beneficiado de esos progresos—, no encontrarán el más mínimo lugar en nuestros anales. Vivieron y fueron sacrificados, aplastados por el bien de la humanidad en general; eso es todo.

¿Echaremos la culpa a la ciencia de la historia? Eso sería injusto y ridículo. A los individuos no se los puede aprehender con el pensamiento, las reflexiones, ni con el discurso humano que sólo es capaz de expresar abstracciones; de ese modo no se los puede aprehender en la actualidad más que en el pasado. Por lo tanto, la misma ciencia social, la ciencia del futuro, necesariamente continuará ignorándolos. A lo único que tenemos derecho es a exigirle que nos señale con una mano fiel y segura *las causas generales del sufrimiento*. Entre esas causas no se olvidará de la inmolación y la subordinación (¡todavía demasiado frecuentes!) de los individuos vivos a las generalizaciones abstractas, al mismo tiempo que nos muestre *las condiciones generales necesarias a los individuos reales que viven en la sociedad*. Ésa es su misión; ésos son sus

límites, más allá de los cuales la acción de la ciencia social sólo puede ser impotente y mortífera. Más allá de esos límites están las tensiones doctrinarias que ejercen sobre la autoridad gubernativa sus representantes licenciados, sus sacerdotes. Es hora de acabar con todos los popes y los sacerdotes, no los queremos más, aun cuando se autodenominen «socialdemócratas»...

Por un lado, la ciencia es indispensable para la organización racional de la sociedad; por otro, al ser incapaz de tener un interés por lo real y lo vivo, no debe interferir en la organización real o práctica de la sociedad. ¿Cómo se puede resolver esta antinomia?

Esta contradicción se puede resolver de una sola manera: con la liquidación de la ciencia como autoridad moral fuera de la vida del pueblo, y representada por un cuerpo de «sabios» acreditados. Debe difundirse entre las masas. La ciencia, al ser llamada a partir de ahora a representar la conciencia colectiva de la sociedad, debe convertirse en la propiedad de todos. Entonces, sin perder nada de su carácter universal, del cual jamás se puede despojar sin dejar de ser ciencia, y mientras continúa interesada exclusivamente en las causas y condiciones generales y las interrelaciones fijas de los individuos y las cosas, se fundirá de hecho con la vida inmediata y real de todos los individuos...

Nuevamente, es la vida, no la ciencia, la que crea vida; sólo la acción espontánea del pueblo puede crear la libertad. Sería espléndido, de eso podemos estar seguros, si la ciencia pudiera empezar de inmediato a iluminar la marcha espontánea del pueblo hacia su emancipación. Pero es mucho mejor no encender una luz falsa y débil, iluminada sólo para confundir a los que la siguen. Después de todo, el pueblo no carecerá de luz. No en vano ha viajado por un largo camino histórico y ha pagado por sus errores con siglos de miseria. El resumen práctico de sus dolorosas experiencias constituye una especie de conocimiento tradicional, que en algunos aspectos es tan valioso como el conocimiento teóri-

co. Por último, una porción de la juventud —aquellos estudiantes burgueses que sienten el odio suficiente a la falsedad, la hipocresía, la injusticia y la cobardía de la burguesía para encontrar la valentía de darle la espalda, y la suficiente pasión para abrazar sin reservas la causa justa y humana del proletariado— asumirá el rol de instructores fraternales del pueblo: *gracias a ellos, no habrá posibilidad de gobierno de los sabios.* La ciencia, al convertirse en el patrimonio de todos, se unirá en cierto sentido a la vida inmediata y real de cada individuo. Ganará en utilidad y gracia lo que pierda en orgullo, ambición y pedantería doctrinaria. Esto, sin embargo, no impedirá que los hombres de genio, mejor organizados para la especulación científica que la mayoría de sus semejantes, se dediquen exclusivamente al estudio de las ciencias y presten grandes servicios a la humanidad. Sencillamente serán ambiciosos sólo por la influencia social que pueda ejercer en su medio ambiente cualquier inteligencia superior, sin esperar otra compensación que el alto deleite que una mente noble siempre encuentra en la satisfacción de una noble pasión.

*El hombre, la sociedad y la libertad*

Los liberales doctrinarios, razonando a partir de las premisas de la libertad individual, pasan por los adversarios del Estado. Aquéllos de entre ellos que sostienen que el gobierno, es decir, el cuerpo de funcionarios organizados y designados para llevar a cabo las funciones del Estado, es un *mal necesario* y que el progreso de la civilización siempre consiste en disminuir continuamente los atributos y los derechos del Estado, son incoherentes. Tal es la teoría, pero, en la práctica, estos mismos liberales, doctrinarios, cuando la existencia o la estabilidad del Estado se ve seriamente amenazada, son unos defensores del Estado tan fanáticos como los monárquicos y los jacobinos.

Su lealtad al Estado, que contradice directamente sus máximas liberales, puede explicarse de dos maneras: en la práctica, sus intereses de clase convierten a la inmensa mayoría de los liberales doctrinarios en miembros de la burguesía. Esta clase numerosa y respetable exige sólo para sí los derechos exclusivos y los privilegios de una completa licencia. La base socioeconómica de su existencia política se esconde en el principio de la licencia sin restricciones expresado en la famosa frase *laissez faire, laissez aller* [la doctrina económica de la «libre empresa absoluta, o «el diablo se lleva la mejor parte»]. Pero ellos sólo quieren esta anarquía para sí mismos, no para las masas que deben permanecer bajo la severa disciplina del Estado porque son «demasiado ignorantes para disfrutar de esta anarquía sin abusar». Porque, si las masas, cansadas de trabajar para otros, se rebelaran, todo el edificio burgués se derrumbaría. Siempre y en todas partes, cuando las masas están inquietas, hasta los liberales más acérrimos cambian de actitud y se transforman en los adalides más fanáticos de la omnipotencia del Estado.

Además de esta razón práctica, hay aún otra, de naturaleza teórica, que también lleva a los liberales más sinceros al culto del Estado. Se consideran liberales porque su teoría sobre el origen de la sociedad está basada en el principio de la libertad individual y, precisamente debido a esto, deben necesariamente reconocer el derecho absoluto [la soberanía] del Estado.

Según ellos, la libertad individual no es una creación, un producto histórico de la sociedad. Sostienen, por el contrario, que la libertad individual es anterior a toda la sociedad y que todos los hombres están dotados por Dios con un alma inmortal. Se desprende que el hombre es un ser completo, absolutamente independiente, aparte de la sociedad y fuera de ella. Como agente libre, anterior a la sociedad y aparte de ella, necesariamente forma su sociedad por medio de un acto voluntario, una especie de contrato, ya sea instintivo o consciente, tácito o formal. En suma, según esta teo-

ría, los individuos no son el producto de la sociedad, sino que, por el contrario, son llevados a crear la sociedad por necesidades tales como el trabajo o la guerra.

De esta teoría se desprende que la sociedad, hablando estrictamente, no existe. La sociedad natural humana, el principio de toda civilización, el único medio en el que la personalidad y la libertad del hombre se forman y desarrollan, no existe para ellos. Por un lado, esta teoría sólo reconoce a individuos autosuficientes que viven en el aislamiento, y, por otro, sólo una sociedad arbitrariamente creada por ellos y basada únicamente en un contrato formal o tácito, es decir, el Estado. (Saben muy bien que ningún Estado en la historia ha sido creado por contrato y que todos los Estados fueron establecidos por la conquista o la violencia.)

La masa de individuos en que consiste el Estado son vistos en consonancia con esta teoría, que está muy llena de contradicciones. Cada uno de ellos está considerado, por un lado, como un alma inmortal dotada de libre albedrío. Todos son seres libres, sin trabas, autosuficientes y sin necesidad de nadie, ni siquiera de Dios ya que, al ser inmortales, ellos mismos son dioses. Por otro lado, son brutales, débiles, imperfectos, limitados, y completamente sometidos a las fuerzas de la naturaleza que los abarcan y que tarde o temprano, los llevan a sus tumbas...

Bajo el aspecto de esta existencia terrenal, la masa de los hombres presenta un espectáculo tan degradante y lastimero, tan pobre de espíritu, voluntad e iniciativa, que uno debe estar dotado de capacidad realmente grande de autoengaño para detectar en ellos un alma inmortal, o hasta la más mínima huella de libre albedrío. Parecen estar absolutamente determinados: determinados por la naturaleza exterior, por las estrellas y por todas las condiciones materiales de sus vidas; determinados por leyes y por todo el mundo de ideas o prejuicios elaborados en los siglos pasados, todos los cuales ya están preparados para conquistar sus vidas en cuanto nacen.

La inmensa mayoría de los individuos, no sólo entre las masas ignorantes sino también entre las clases privilegiadas y civilizadas, piensan y quieren únicamente lo que a su alrededor todos piensan y quieren. Sin duda creen que piensan por sí mismos, pero sólo están repitiendo por costumbre, con leves modificaciones, los pensamientos y finalidades que, de los otros conformistas, ellos absorben imperceptiblemente. Esta servidumbre, esta rutina, esta ausencia perenne de voluntad de rebeldía y esta carencia de iniciativa e independencia de pensamiento son las causas principales del desarrollo histórico, lento y desolado de la humanidad. Para nosotros, realistas y materialistas, que no creemos ni en la inmortalidad del alma, ni en el libre albedrío, esta lentitud, tan desastrosa en la realidad, es un hecho natural. Saliendo del estado del gorila, el hombre sólo con grandes dificultades ha logrado la conciencia de su humanidad y de su libertad. [...] Nació como una bestia feroz y como un esclavo, y gradualmente se ha humanizado y emancipado únicamente en la sociedad, lo cual es necesariamente anterior al nacimiento de su pensamiento, su habla y su voluntad. Puede lograr esta emancipación únicamente por medio del esfuerzo colectivo de todos los miembros, pasados y presentes, de la sociedad, la cual es la fuente y el principio natural de su existencia humana.

El hombre sólo realiza completamente su libertad individual, así como su personalidad, sólo por medio de los individuos que le rodean y gracias sólo al trabajo y al poder colectivo de la sociedad. Sin sociedad, seguramente sería la más estúpida y miserable de todas las demás bestias feroces. [...] La sociedad, lejos de disminuir su libertad, crea por el contrario la libertad individual para todos los seres humanos. La sociedad es la raíz, el árbol; la libertad es su fruto. Por ende, en cada época, el hombre debe buscar su libertad no al principio, sino al final de la historia. Se puede decir que la emancipación real y completa de cada individuo es el objetivo verdadero, grande y supremo de la historia.

La concepción materialista, realista y colectivista de la libertad, opuesta a la idealista, es la siguiente: el hombre toma conciencia de sí mismo y de su humanidad sólo en la sociedad y sólo por la acción colectiva de toda la sociedad. Se libera del yugo de la naturaleza externa sólo por medio del trabajo colectivo y social que puede transformar la tierra en un medio favorable al desarrollo de la humanidad. Sin esa emancipación material, la emancipación intelectual y moral del individuo es imposible. Se puede emancipar del yugo de su propia naturaleza es decir, subordinar sus instintos y los movimientos de su cuerpo a la dirección consciente de su mente, cuyo desarrollo sólo se produce por la educación y el entrenamiento. Pero éstos son preeminente y exclusivamente sociales [...] en consecuencia, el individuo aislado no tiene la posibilidad de tomar conciencia de su libertad.

Ser libre [...] significa ser considerado y tratado como tal por todos los semejantes. La libertad de cada individuo es únicamente el reflejo de su propia humanidad, o su derecho humano a través de la conciencia de todos los hombres libres, sus hermanos y sus iguales.

Yo sólo me puedo sentir libre en la presencia de otros hombres y en relación con ellos. En la presencia de una especie inferior de animal no soy libre ni hombre, porque este animal es incapaz de concebir y, en consecuencia, de reconocer mi humanidad. Yo mismo no soy libre ni humano hasta que no pueda reconocer la libertad y la humanidad de todos mis semejantes.

Únicamente respetando el carácter humano de los demás, respeto el mío propio. Un caníbal que devora a su prisionero [...] no es un hombre, sino una bestia. Un propietario de esclavos no es un hombre, sino un amo. Al negar la humanidad de sus esclavos, él también suprime su propia humanidad, como lo prueba la historia de todas las sociedades antiguas. Los griegos y los romanos no se sentían hombres libres. No se consideraban como tales por el derecho humano. Creían en los privilegios para los griegos o los

romanos, y sólo para sus propios países, mientras permanecían inconquistados y conquistaban otros países. Debido a que se creían bajo la protección especial de sus dioses nacionales, no sintieron que tenían el derecho de rebelarse [...] y ellos mismos cayeron en la esclavitud...

Sólo soy verdaderamente libre cuando todos los seres humanos, los hombres y las mujeres, son igualmente libres. La libertad de los demás hombres, lejos de negar o limitar mi libertad, es, por el contrario, su premisa necesaria y su confirmación. Es la esclavitud de los otros hombres la que levanta una barrera a mi libertad o, lo que significa lo mismo, es su bestialidad la que es la negación de mi humanidad. Porque mi dignidad como hombre, mi derecho humano, que consiste en negarme a obedecer a cualquier otro hombre y a determinar mis propios actos en conformidad con mis convicciones, está reflejada en la conciencia igualmente libre de todos y confirmada por el consenso de toda la humanidad. Mi libertad individual, confirmada por la libertad de todos, se extiende al infinito.

Por tanto, la concepción materialista de la libertad es algo muy positivo, muy complejo y, sobre todo, eminentemente social porque sólo se puede realizar en la sociedad y por medio de la igualdad y solidaridad más estrictas entre los hombres. Se pueden distinguir los elementos principales para su obtención. El primero es eminentemente social. Se trata del desarrollo completo de todas las facultades y poderes de cada ser humano, por medio de la educación, el entrenamiento científico y la prosperidad material, cosas que sólo puede proveer a cada individuo el trabajo colectivo, material, intelectual, manual y sedentario de la sociedad en general.

El segundo elemento de la libertad es negativo. Es la revuelta del individuo contra toda autoridad divina, colectiva o individual.

Esta primera revuelta es en contra de la tiranía suprema de la teología, del fantasma de Dios. Mientras tengamos un

amo en el cielo, seremos esclavos en la tierra. Nuestra razón y nuestra voluntad serán igualmente anuladas. Mientras creamos que debemos obedecer de forma incondicional —y con respecto a Dios, ninguna otra obediencia es posible—, debemos entonces someternos necesaria y pasivamente, sin la más mínima reserva, a la autoridad sagrada de sus agentes consagrados o no consagrados, los mesías, los profetas, los legisladores inspirados en lo divino, los emperadores, los reyes y todos los demás funcionarios y ministros, representantes y servidores consagrados de las dos grandes instituciones que se nos imponen y que están establecidas por el mismo Dios para gobernar en su nombre, es decir, la Iglesia y el Estado. Toda autoridad temporal o humana emana directamente de la autoridad espiritual y/o divina. Pero la autoridad es la negación de la libertad. Dios, o mejor dicho, la ficción de Dios, es la consagración y la fuente intelectual y moral de toda la esclavitud en la tierra; y la libertad de la humanidad nunca será completa hasta que no se aniquile la facción insidiosa y desastrosa de un patrón celestial.

Esto está, naturalmente, seguido de la revuelta contra la tiranía de los hombres, tanto individual como social, representada y legalizada por el Estado. En este punto debemos hacer una distinción bien precisa entre las prerrogativas oficiales y, en consecuencia, dictatoriales de la sociedad organizada como Estado y las de la influencia natural y la acción de los miembros de una sociedad no oficial y no artificial.

La revuelta contra esta sociedad natural es mucho más difícil para el individuo que contra la sociedad oficialmente organizada del Estado. La tiranía social, a menudo abrumadora y funesta, no asume el violento carácter imperativo del despotismo legalizado y formalizado que caracteriza la autoridad del Estado. No está impuesta en forma de leyes a las que todo individuo, so pena de castigo judicial, se ve obligado a someterse. La acción de la tiranía social es más suave, más insidiosa, más imperceptible, pero no menos poderosa y persuasiva que la autoridad del Estado. Domina a los hom-

bres con las costumbres, los hábitos de la vida cotidiana, todo lo cual se combina para formar lo que se denomina opinión pública.

Abruma al individuo desde el nacimiento. Penetra en cada faceta de la vida de modo que cada individuo, a menudo sin saberlo, está en una especie de conspiración contra sí mismo. Se desprende de ello que, para rebelarse contra esta influencia que la sociedad ejerce naturalmente sobre él, él debe rebelarse, al menos hasta cierto punto, contra sí mismo. Porque, junto con todas sus tendencias naturales y sus aspiraciones materiales, intelectuales y morales, él mismo no es otra cosa que el producto de la sociedad y precisamente allí es donde se erige el inmenso poder que la sociedad tiene sobre el individuo.

Desde el punto de vista de la moralidad absoluta, es decir, del respeto humano, este poder de la sociedad puede ser beneficioso y también puede ser perjudicial. Es beneficioso cuando tiende al desarrollo de la ciencia, de la prosperidad material, de la libertad, la igualdad y la solidaridad. Es nefasto cuando tiende en la dirección opuesta. Un hombre nacido en una sociedad de brutos tiende a seguir siendo un bruto; nacido en una sociedad gobernada por los sacerdotes, se convierte en un idiota, un hipócrita moralizador; nacido en una banda de ladrones, probablemente se convierte en un ladrón y, si tiene la desgracia de nacer en una sociedad de semidioses que gobiernan la tierra, se convertirá en un despreciable esclavizador de la sociedad, en un tirano. En todos estos casos, la revuelta contra la sociedad en que nació es indispensable para la humanización del individuo.

Pero, repito, la revuelta del individuo contra la sociedad es mucho más difícil que la revuelta contra el Estado. El Estado es una institución histórica y transitoria, como su institución hermana, la Iglesia, es el regulador de los privilegios de una minoría y de los verdaderos esclavizadores de la inmensa mayoría.

La revuelta contra el Estado es mucho menos difícil

porque hay algo en la misma naturaleza del Estado que provoca la revuelta. El Estado *es autoridad.* Es la ostentación y la infatuación de la fuerza. No se insinúa. No busca convertir y, si a veces suaviza su tiranía, lo hace de mala gana. Porque su naturaleza no es persuadir, sino imponerse por la fuerza. Por más esfuerzos que haga por enmascararse, es el violador legal de la voluntad de los hombres, el permanente negador de su libertad. Aun cuando el Estado ordene el bien, produce el mal; porque cada orden golpea la libertad en el rostro; porque cuando se decreta el bien, se convierte en mal desde el punto de vista de la moralidad y de la libertad humanas. La libertad, la moralidad y la dignidad humanas del individuo consisten precisamente en lo siguiente: que él hace el bien no porque lo obliguen a hacerlo, sino porque él lo concibe, lo quiere y lo ama libremente.

La autoridad de la sociedad no está impuesta de forma oficial ni arbitraria, sino natural. Y a este hecho se debe que su efecto en el individuo es incomparablemente mucho más poderoso que el del Estado. Crea y moldea a todos los individuos en su seno. Pasa a ellos lentamente, desde el día del nacimiento hasta la muerte, todas sus características materiales, intelectuales y morales. La sociedad, por así decirlo, se individualiza en cada individuo.

El verdadero individuo, desde el instante de su gestación en el seno de su madre, ya está predeterminado y particularizado por la confluencia de influencias geográficas, climáticas, etnográficas, higiénicas y económicas, que constituyen la naturaleza de su familia, su clase, su nación, su raza. Se forma según sus aptitudes con la combinación de todas estas influencias exteriores y físicas. Lo que es más, gracias a la organización relativamente superior del cerebro humano, cada individuo hereda en su nacimiento, en diferentes grados, no ideas y sentimientos innatos, como afirman los idealistas, sino únicamente la capacidad de sentir, desear, pensar y hablar. Son facultades rudimentarias sin ningún contenido. ¿De dónde proviene el contenido? De la

sociedad... las impresiones, los hechos y los acontecimientos incorporados a los patrones del pensamiento, equivocados o no, se transmiten de un individuo a otro. Estos son modificados, expandidos, mutuamente complementados e integrados por todos los miembros individuales y los grupos de la sociedad en un sistema único que, finalmente, constituye la conciencia común, el pensamiento colectivo de la sociedad. Todo esto, transmitido por la tradición de generación en generación, se desarrolla y aumenta con el trabajo intelectual de siglos y constituye el patrimonio intelectual y moral de una nación, una clase, una sociedad.

Cada nueva generación, al llegar a la edad del pensamiento maduro, encuentra en sí misma y en la sociedad las ideas establecidas y las concepciones que le sirven como punto de partida y le proporcionan, por así decirlo, la materia prima de su propio trabajo intelectual y moral. [...] Estas son las concepciones de la naturaleza, del hombre, de la justicia, de los derechos y las obligaciones de los individuos y las clases, de las convenciones sociales, de la familia, de la propiedad, del Estado y de muchos otros factores que afectan las relaciones entre los hombres. Y estas ideas están grabadas en la mente del individuo y condicionadas por la educación y el entrenamiento que recibe aun antes de tomar clara conciencia de sí mismo como entidad. Mucho después, las redescubre, consagradas y explicadas, elaboradas por la teoría, expresadas en la conciencia universal o los prejuicios colectivos de las instituciones religiosas, políticas y económicas de la sociedad a la que pertenece. Él mismo está tan imbuido de estos prejuicios que, involuntariamente y en virtud de todos sus hábitos intelectuales y morales, es el sostenedor de todas estas iniquidades, incluso si no está personalmente interesado en defenderlas.

Por cierto, no es sorprendente que las ideas que pasan por la mente colectiva de la sociedad tengan un poder tan grande en las masas del pueblo. Lo que es sorprendente, por el contrario, es que haya en esas masas individuos que

tengan las ideas, la voluntad y la valentía de ir contra la corriente del conformismo. Porque la presión de la sociedad sobre el individuo es tan grande que no existe carácter tan fuerte, ni inteligencia tan poderosa como para ser completamente inmune a su influencia despótica e irresistible...

Nada demuestra mejor la naturaleza social del hombre que esta influencia. Se puede decir que la conciencia colectiva de cualquier sociedad, corporizada en las grandes instituciones públicas, en todos los detalles de la vida privada, sirve como base de todas sus teorías. Constituye una especie de atmósfera intelectual y moral: por nefasta que pueda ser, es, sin embargo, absolutamente necesaria para la existencia de todos sus miembros, a quienes domina al tiempo que los apoya, y refuerza la superficialidad y la rutina que mantienen unidas a la gran mayoría de las masas.

La mayoría de los hombres —y no sólo las masas del pueblo, sino aún más las clases privilegiadas y cultas— se sienten incómodos a menos que se adapten de forma absoluta y sigan la tradición y la rutina en todos los actos de su vida. Razonan que «Nuestro padre pensó y actuó de esta manera, entonces debemos pensar y hacer lo mismo. Todos los demás piensan y actúan de esta manera. ¿Por qué habríamos de pensar y actuar de modo diferente?».

# 1871
# El Programa de la Alianza

*El tema central* El Programa de la Alianza[15] *es la relación entre la vanguardia revolucionaria consciente, la Alianza de Bakunin y las masas trabajadoras dentro y fuera de la Internacional, a la que se trata de influenciar en una dirección revolucionaria. Cómo organizar a los desorganizados y cómo radicalizarlos cuando estén organizados en el tema principal, aunque Bakunin hace digresiones en otros asuntos no estrictamente relacionados con esto. Ya que el texto trata de diferentes temas, en aras de la claridad ha sido dividido en tres secciones (los subtítulos son nuestros).*

El Programa de la Alianza *se inicia con una discusión de la burocracia sindical, una descripción de cómo los comités ejecutivos elegidos por las secciones de los sindicatos de base locales tendían a transformarse y, en vez de ser los representantes elegidos, se convertían en amos de los afiliados. Puso de manifiesto que ninguna organización, por más libre que fuera, podía soportar por mucho tiempo el letargo y la indiferencia de sus miembros sin degenerar en alguna forma de dictadura, una advertencia muy actual en nuestro tiempo.*

*Las «secciones de Fábrica» de Bakunin estaban compuestas de ciudadanos nativos, de los obreros altamente cualificados y mejor pagados y de los obreros de la industria joyera, la mayoría de los cuales favorecían la acción parlamentaria y la colaboración de clases. Los*

15. Bakunin, *Oeuvres*, París 1913, vol. VI, págs. 15-28, 55-91.

*obreros de la construcción y otros trabajadores manuales, la mayoría no cualificados, extranjeros mal pagados, favorecían una acción económica directa. Al no tener derecho al voto, no estaban naturalmente interesados en la acción parlamentaria. Su privación de derechos ciudadanos y las indignidades que sufrían, a menudo a manos de los privilegiados trabajadores de la* Fábrica, *los lanzó al apoyo de Bakunin y de las secciones libertarias suizas de la Internacional.*

*La segunda parte trata la organización interna de la Internacional. Las llamadas secciones centrales mencionadas son los grupos de vanguardia, ideológicos y activistas, que animan la organización de las masas. Al discutir la relación entre esta minoría revolucionaria y los afiliados en general de la Internacional, Bakunin se concentra en la estructura y los problemas internos de la Internacional, así como en sus objetivos últimos. La vasta masa de los trabajadores estaba bastante desorganizada y sólo una fracción ínfima de la minoría organizada estaba afiliada a la Internacional. La organización en considerable medida estaba infiltrada por elementos de opinión burguesa que abogaban por la colaboración de clases, así como por marxistas y otros socialistas autoritarios. Cómo superar estas dificultades y forjar en la Internacional un movimiento sindical, masivo y revolucionario, capaz de ser punta de lanza y realizar la Revolución Social, era la cuestión.*

*En la tercera parte, Bakunin anticipa la objeción de que su recomendación pudiera transformar la Internacional en una réplica en miniatura del Estado. Como tan frecuentemente en otros escritos, Bakunin pone de manifiesto la necesidad de que una minoría revolucionaria y organizada se ponga en guardia contra la usurpación del poder. Insiste en que esta minoría no es lo mismo que la oligarquía gobernante del Estado y define las diferencias esenciales entre la organización libertaria y la organización estatal. Trascendiendo la cuestión laboral como tal, entra en una digresión fructífera sobre la relación del individuo con la sociedad y la naturaleza de la sociedad y el Estado.*

*La centralización y la descentralización, el monopolio del poder y la difusión del poder entre las numerosas unidades de la sociedad y los individuos que la componen, es un tema más que se repite*

*en toda la literatura anarquista: pone de manifiesto los problemas más profundos de nuestra época...*

*La burocracia sindical*

Después de haberse convencido de que lo que ellos quieren que hagan las secciones es lo que realmente los afiliados desean, los comités toman decisiones en nombre de ellos sin siquiera molestarse en consultarlos. Lo más probable es que este engaño tenga efectos desafortunados, en especial en la moralidad social de los mismos dirigentes. Los dirigentes se consideran como los amos absolutos de sus constituyentes, como jefes permanentes cuyo poder queda sancionado tanto por sus servicios como por el tiempo en que están en el cargo.

Hasta los mejores hombres son susceptibles a la corrupción debido a las tentaciones del poder y a la ausencia de una oposición seria y coherente. En la Internacional no puede tener cabida la corrupción mercenaria porque la asociación es demasiado pobre para pagar salarios altos, ni siquiera adecuados a sus oficiales. [...] Pero la Internacional por desgracia es víctima de una corrupción de otra clase: *la vanidad y la ambición.*

Si existe un mal en la historia humana, ese mal es el principio de la autoridad. Él solo, sostenido por la ignorancia y la estupidez de las masas, sin las cuales no puede existir, es la fuente de todas las catástrofes, todos los crímenes y todas las infamias de la historia.

Cualquiera, incluso el mejor de los hombres, lleva en sí la semilla de esta enfermedad culpable y cada germen debe necesariamente crecer y propagarse ante la más mínima condición favorable. En la sociedad humana, estas condiciones son la estupidez, la ignorancia y los hábitos serviles de las masas. Bien puede decirse que las mismas masas crean sus explotadores, sus propios déspotas, sus propios verdugos

de la humanidad. Cuando soportan pacientemente y en silencio su humillación y esclavitud, los mejores hombres que salen de la base, los más inteligentes, los más activos, los mismos hombres que en mejores circunstancias podrían prestar grandes servicios a la humanidad, se transforman en déspotas, aun cuando se engañen a sí mismos creyendo que en realidad están trabajando para beneficio de sus víctimas. Por contraste, en una sociedad inteligente y alerta, celosa de sus libertades y dispuesta a defender sus derechos, hasta el más malévolo, el más egoísta de los individuos, se convierte necesariamente en un buen hombre. Tal es el poder de la sociedad, mil veces más fuerte que el individuo más fuerte.

De este modo, es evidente que la ausencia de oposición, de control y de una vigilancia continua se transforma inevitablemente en una fuente de maldad para todos los individuos que ostentan el poder. Y aquéllos entre ellos que adoran y desean salvaguardar su moralidad personal no deben, en primer lugar, estar mucho tiempo en el poder, y, en segundo lugar, cuando aún tienen el poder, deben favorecer una oposición vigilante y saludable.

Esto es lo que los comités de Ginebra (sin duda inconscientes de esta amenaza a su moralidad personal) por lo general no logran hacer. Por medio de autosacrificios, iniciativas y capacidad, lograron el liderazgo y, por una especie de autoalucinación, casi inevitable para aquellos que duran demasiado en un cargo, terminaron imaginándose indispensables. De este modo casi imperceptible se fue creando una especie de aristocracia gubernativa en el corazón mismo de secciones tan democráticas como las de los obreros de la construcción. [...] Con la creciente autoridad de todos los comités, los trabajadores se volvieron cada vez más indiferentes a todos los problemas, salvo el de la huelga y el pago de las cuotas, que son recolectadas con grandes dificultades...

La sección de los obreros de la construcción dejó simplemente todo el poder decisorio en manos de sus comités.

«Hemos elegido un comité. El comité decidirá.» Esto es lo que decían a cualquiera que tratara de averiguar sus opiniones sobre un tema dado. Pronto dejaron de tener opinión, como páginas en blanco en las que el comité podía escribir lo que se le ocurriera. Mientras el comité no pidiera mucho dinero ni presionara a los obreros para que pagaran las cuotas atrasadas, el comité podía hacer lo que le viniera en gana con impunidad. Esto está muy bien para los comités, pero no es de ningún modo favorable para el progreso social, intelectual y moral del poder colectivo de la Internacional. De esta manera, el poder gravita en la dirección de los comités y, debido a una especie de ficción característica de todos los gobiernos, los comités sustituyen con su propia voluntad y sus propias ideas las de los afiliados. Sólo se representan a sí mismos. Semejante poder, basado en la ignorancia y la indiferencia de los obreros, es su consecuencia inevitable y detestable. Una vez introducido en la organización interna de la Internacional, prepara el ambiente para la proliferación de toda clase de intrigas, vanidades, ambiciones e intereses personales. Es un buen modo de inspirar una autosatisfacción pueril y un sentido de seguridad tan ridículo como nefasto para el proletariado; y también de asustar las almas tímidas entre la burguesía. Pero no es una fuerza poderosa. No promoverá de ninguna manera la lucha a muerte que ahora debe asumir el proletariado europeo contra el mundo demasiado real de la burguesía.

Esta diferencia ante los problemas generales, que se manifiesta cada vez más día a día, esta indolencia que deja todos los problemas en manos del poder decisorio de los comités y el hábito de subordinación automática que es su consecuencia natural, contagia no sólo las secciones, sino también los mismos comités. La mayoría de los miembros de comités se convierten en los instrumentos sin pensamiento de dos o tres, o quizás de uno solo de sus colegas. Algunos son más inteligentes o más agresivos que los demás. De ese modo, una mayoría de las secciones, así como de sus comi-

tés, están de hecho gobernadas por oligarcas o individuos que esconden su poder absoluto incluso en organizaciones que cuentan con constituciones y procedimientos para su salvaguardia...

En secciones sólidamente organizadas como las de la *Fábrica* (pese a sus demás fallos), donde existe una verdadera autonomía, ellos han podido limitar drásticamente el poder arbitrario del Comité Central de Ginebra (representante de todos los sindicatos locales en la rama de Ginebra de la Internacional) [...] aun cuando ejercen una influencia predominante. Y esto se debe a muchas razones; primero, a que los trabajadores de Ginebra están mucho mejor informados; tienen una mayor comprensión política y son mucho más articulados que los obreros de la construcción; segundo, que las secciones de la *Fábrica* siempre delegaron al Comité Central sus trabajadores más capaces e inteligentes y en quienes depositaban toda su confianza; delegados que cumplían responsablemente todas sus obligaciones ante sus respectivas secciones tal como lo estipulan los estatutos, informando regularmente a los afiliados sobre las propuestas presentadas y el modo en que votaron, así como pidiendo más instrucciones (además del cese inmediato de los delegados no satisfactorios)...

Entre los obreros de la construcción estas condiciones no se dieron; cuando la revuelta contra la tiranía era aplastada antes de estar eficazmente organizada, las secciones sólo podían defender sus derechos y su autonomía de una manera: los trabajadores convocaban asambleas generales de los afiliados. Y nada provoca más antipatía en los comités que estas asambleas populares a las que los comités tratan siempre de contraatacar convocando *asambleas de todos los comités de sección...*

En estas grandes reuniones de los comités, los puntos a tratar eran ampliamente discutidos y prevalecía la opinión más progresista. La mayoría de las veces, cuando el espíritu de las masas no estaba corrompido por la propaganda habilidosa y calumniadora de los comités, estas asambleas se ins-

piraban en una especie de instinto colectivo que empujaba irresistiblemente a la gente en dirección de la verdad y la justicia. Hasta los más recalcitrantes eran llevados por la corriente del sentimiento generoso. Los poderosos, los conspiradores que manipulaban a los obreros en reuniones secretas, perdían su postura arrogante cuando eran desafiados por estas asambleas, en las que el sentido común popular [...] destruía sus sofismas. En estas asambleas de todas las secciones, grandes números de obreros antaño pasivos, se dejaban llevar por la camaradería general, repudiaban a sus dirigentes y votaban contra sus resoluciones...

*La estructura de la Internacional*

El auge de la industria moderna produjo la fundación de la Internacional en 1864 en casi todos los países de Europa, en especial en los altamente industrializados como Inglaterra, Francia, Alemania, Suiza y Bélgica. Dos factores dieron como consecuencia la creación de la Internacional. El primero fue el despertar simultáneo de espíritu, coraje y conciencia de los trabajadores en aquellos países que sufrieron la derrota catastrófica de los levantamientos de 1848 y 1851. El segundo factor fue el extraordinario enriquecimiento de la burguesía y la pobreza concomitante de los trabajadores. Pero, como sucede a menudo, esta fe renaciente no se manifestó de inmediato entre las masas proletarias. Las primeras asociaciones débiles y muy aisladas fueron encabezadas por algunos de los militantes más inteligentes y cultos, la mayoría de los cuales tenían experiencia de luchas anteriores. Fueron ellos quienes, al volver de la reunión fundadora de la Internacional en Londres, organizaron las primeras secciones centrales de la Internacional en sus respectivos países.

Las secciones centrales no representan ninguna industria específica, sino que abarcan a los trabajadores más avanzados de todas las industrias. ¿Qué representan estas seccio-

nes? La idea detrás de la Internacional. ¿Cuál es su misión? La elaboración y la propaganda de su idea. ¿Cuál es esta idea? Es la total emancipación de todos aquellos que sacan su miserable manutención de cualquier forma de trabajo productivo, quienes están económicamente explotados por los capitalistas y sus intermediarios privilegiados. Tal es la fuerza negativa, combativa o revolucionaria de esta idea. ¿Y cuál es la fuerza positiva? Es la fundación de un nuevo orden social basado en el trabajo emancipado, que erigirá espontáneamente, encima de las ruinas del Viejo Mundo, la federación libre de las asociaciones de trabajadores. Estos dos aspectos de la misma cuestión son inseparables.

Porque nadie puede destruir sin tener, al menos, una concepción remota, verdadera o falsa, de un nuevo orden de cosas que reemplazará al antiguo. Cuanto más fantástica la concepción, más despiadada debe ser la fuerza destructiva. Cuanto más se acerca el concepto a la realidad y se conforma al desarrollo necesario y creativo de la sociedad existente, más útiles y saludables serán los efectos de su acción destructiva. La acción destructiva siempre está determinada no sólo por su propósito e intensidad, sino también por los medios empleados. Está condicionada por el ideal constructivo del cual saca su inspiración inicial, lo que constituye su alma.

Las secciones centrales son los núcleos activos que fomentan, desarrollan y clarifican esa nueva fe. Nadie se afilia en ellas como trabajador especializado en este o aquel oficio. Todos se afilian como trabajadores en general para promover la organización general del trabajo en todos los países. Son *trabajadores* en general. ¿Trabajadores para qué? Trabajadores para la idea, para la propaganda y para la organización del poder económico y militante de la Internacional, trabajadores de la Revolución Social.

Si la Asociación Internacional de Trabajadores sólo estuviera formada de secciones centrales, jamás podría haber logrado ni siquiera el uno por ciento del poder del cual aho-

ra se puede enorgullecer. Las secciones centrales hubieran sido meras sociedades de debates donde se hubieran discutido perpetuamente toda clase de cuestiones sociales, incluyendo la de la organización de los trabajadores, sin que se hiciera el más mínimo intento, o sin la menor posibilidad real de poner en práctica estas ideas. Y esto por la simple razón de que «el trabajo en general» es una idea abstracta que sólo se concreta en la inmensa diversidad de los oficios e industrias especializados. Cada industria tiene sus propios problemas específicos que no se pueden determinar con fórmulas abstractas y que sólo se revelan por medio de desarrollos y prácticas reales.

La relación de estas industrias con el trabajo en general es el resultado de la combinación vital de todos estos oficios y todas esas funciones particulares, y no se basa en un principio apriorístico y abstracto, dogmática o violentamente impuesto.

Si la Internacional hubiera estado formada sólo por secciones centrales, éstas quizás hubieran podido organizar conspiraciones a fin de derrocar el orden social existente, pero no hubieran podido lograr su objetivo. Porqué hubieran atraído sólo a un puñado de heroicos trabajadores, mientras que los restantes millones de trabajadores hubieran permanecido fuera de este círculo reducido. Y al orden social no se lo puede destruir sin conquistar el apoyo de estos millones. Sólo un grupo relativamente pequeño de individuos se mueve con una idea abstracta. Los millones, las masas proletarias (y esto también es verdad en las clases privilegiadas), sólo se mueven por la fuerza de los acontecimientos [...] por sus intereses inmediatos y sus pasiones momentáneas.

A fin de interesar y comprometer a todo el proletariado en la tarea de la Internacional, es necesario acercarse a ellos no con vagas generalizaciones, sino con una comprensión realista de sus preocupaciones cotidianas. Para ganarse la confianza de los trabajadores carentes de información, y

la vasta mayoría del proletariado por desgracia está en este grupo, es necesario empezar a hablar al obrero, no de los problemas generales del proletariado en el mundo, ni de las causas generales responsables de esos problemas, sino únicamente de su propio oficio y de las condiciones laborales en su propia localidad, su horario de trabajo, el costo de la vida, y sugerir medidas prácticas para aliviar estos males y mejorar sus condiciones. Sería un error hablarle primero de asuntos como la abolición de la propiedad hereditaria, la abolición de los derechos jurídicos del Estado y el reemplazo del Estado por una federación libre de asociaciones de productores. Probablemente él no comprenda estas teorías. ¡No! Habladle en un lenguaje lleno de ideas que apelen a su sentido común y que pueda verificar en sus experiencias cotidianas. Estas medidas son: el establecimiento de una solidaridad completa con sus compañeros trabajadores a fin de defender sus derechos y resistir a la agresión del patrón. Luego, la extensión de esta solidaridad de su lugar de trabajo hasta abarcar los oficios en su propia localidad, es decir, su entrada formal como miembro activo en la sección de su oficio o profesión, una sección afiliada a la Asociación Internacional de Trabajadores.

Después de haberse afiliado a su sección de la Internacional, el obrero recién alistado aprende muchas cosas. Aprende que la misma solidaridad que existe dentro de su sección también está establecida entre todas las diferentes secciones y oficios en toda la zona; que esta solidaridad más amplia se ha hecho necesaria porque todos los patronos en todas las industrias han establecido un frente unido para recortar los salarios y rebajar los niveles de vida de los obreros. Más tarde aprenderá que esta solidaridad no se limita a su zona, sino que se extiende mucho más allá, allende las fronteras, y que abarca a los trabajadores del mundo, poderosamente organizados en defensa propia, para realizar la guerra contra la explotación de la burguesía.

Un trabajador no necesita mucha preparación intelectual para hacerse miembro de un sindicato afiliado a la Internacional. Él ya está, inconscientemente y de una manera natural, perfectamente condicionado para ello. Lo único que tiene que saber es que el trabajo duro lo está destruyendo, que su salario es apenas suficiente para mantener a su familia, que su patrón es un explotador despiadado a quien detesta con todo el odio del esclavo que se rebela contra su amo. Este sentimiento, cuando ya se ha ganado la batalla definitiva, es reemplazado por un sentimiento de justicia y buena voluntad hacia su antiguo amo, como corresponde a alguien que ahora vive en la fraternidad de los hombres libres.

El trabajador comprende fácilmente que no le es posible luchar solo. Para defender sus derechos, debe unirse a sus compañeros trabajadores en su lugar de trabajo y comprometer su solidaridad en la lucha común. Aprende que un sindicato en un solo taller no es suficiente y que es necesario que todos los trabajadores del mismo oficio y en la misma localidad unan sus fuerzas. Incluso el menos informado de los trabajadores, como resultado de esta experiencia compartida, pronto se da cuenta de que la solidaridad debe trascender los estrechos límites locales.

Los trabajadores del mismo oficio y de la misma localidad declaran una huelga por menos horas de trabajo y un salario superior. El jefe importa esquiroles de otros sitios, y hasta de fuera del país, que trabajarán por un salario inferior y más horas. A fin de competir con los productores extranjeros que pueden vender sus productos más baratos debido a costos laborales más bajos, los patrones se ven obligados a reducir los salarios y alargar el horario laboral. Mejores condiciones laborales en un país sólo se pueden mantener si las condiciones de los demás países son comparables. En todo caso, la experiencia que se repite enseña incluso a los trabajadores de mentalidad más simple que no es suficiente estar organizados localmente, y que los obre-

ros del mismo oficio deben estar sindicalizados no sólo en una región o un país, sino en todos los países...

Si un solo oficio está organizado internacionalmente, mientras los demás oficios siguen desorganizados [...] el patrón que haga menos dinero en las empresas sindicalizadas, transferirá gradualmente su capital a industrias y empresas menos organizadas o sin ninguna organización sindical. Esta situación crea desempleo en los oficios organizados y obliga a los obreros a morirse de hambre, o a aceptar salarios más bajos y horarios más largos. Las condiciones en cualquier oficio o industria, tarde o temprano, afectan a los obreros de otras ramas de la producción. Estos factores demuestran a todos los trabajadores en todas las ocupaciones en todas las tierras que están indisolublemente vinculados por una solidaridad económica y un sentimiento fraterno...

La Asociación Internacional de Trabajadores no brotó elaborada ya de las mentes de unos pocos teóricos eruditos. Se desarrolló a partir de la real necesidad económica, de las amargas tribulaciones que debían soportar los trabajadores y del impacto natural que estas tribulaciones tuvieron en el espíritu de los trabajadores. Para que la Internacional naciera, fue necesario que los elementos que contribuyeron a su formación —los factores económicos, las experiencias, las aspiraciones y la actitud del proletariado— ya hubieran proporcionado una sólida base para la misma. Fue necesario que en todo el mundo hubiera grupos de vanguardia o asociaciones de trabajadores avanzados dispuestos a iniciar este gran movimiento laboral de autoemancipación...

No es suficiente que los trabajadores se liberen por medio de la solidaridad internacional. También es necesario que tengan confianza en la eficacia de esta solidaridad y en su futura liberación. En el mundo del trabajo, esta solidaridad también se expresa emocionalmente con un profundo y apasionado sentimiento. A medida que se sienten las consecuencias políticas y sociales de la opresión económica, este sentimiento, o solidaridad emocional, cre-

ce cada vez más intenso en los trabajadores de todos los oficios y países.

El nuevo miembro aprende más por su propia experiencia que por la explicación verbal de sus compañeros trabajadores, explicaciones que son confirmadas por su propia experiencia y por las experiencias de todos los miembros de su sección. Los obreros de su oficio, ya no dispuestos a soportar la codicia de los amos, declaran una huelga. Para un trabajador que vive sólo de su mísero salario, cada huelga es una desgracia. Deja de ganar dinero y no tiene ahorros. [...] El fondo de huelga de su sindicato, reunido con grandes dificultades, no puede mantener una huelga que dure muchos días o siquiera semanas. Los huelguistas deben morirse de hambre, o ceder ante las duras condiciones impuestas por sus patronos insolentes si la ayuda no les llega rápidamente.

Pero ¿quién ofrecerá ayuda a los huelguistas? La ayuda sólo puede provenir de los trabajadores de los demás oficios y de otros países. De pronto, ¡se produce lo insospechado! ¡Llega la ayuda! La Internacional envía un mensaje de socorro, y responden tanto las secciones locales como las extranjeras. [...] Esta experiencia, renovada muchas veces, demuestra al trabajador, con mucha más fuerza que las palabras, la gran ventaja de la solidaridad internacional del trabajo.

Para compartir las ventajas de esta solidaridad, al trabajador no se le pregunta sobre sus creencias religiosas o políticas. Sólo se le hace una pregunta: con los beneficios, ¿aceptará también las obligaciones a veces inconvenientes de su afiliación? ¿Practicará *la solidaridad económica en el sentido más amplio de la palabra?*

Pero una vez que esta solidaridad está firme y seriamente establecida, todos los principios sublimes y más subversivos de la Internacional brotan naturales de esta solidaridad, y el obrero se transforma en el enemigo más despiadado de la religión, los derechos jurídicos del Estado, la autoridad, tanto divina como humana, y todo desde el punto de vista socialista, que es el resultado natural de esta solidaridad económica.

Y la inmensa ventaja práctica que tienen las secciones de oficios sobre las secciones centrales consiste precisamente en esto: que su evolución y sus principios quedan demostrados a los trabajadores no por medio de un razonamiento teórico, sino por la experiencia vital y trágica de una lucha que cada día se hace más profunda y más terrible. El trabajador menos educado, llevado por las mismas consecuencias de la lucha, termina reconociéndose como un revolucionario, como un anarquista y un ateo sin saber en lo más mínimo cómo ha llegado a serlo.

Queda claro que sólo las secciones sindicales pueden proporcionar una educación práctica a sus miembros y que sólo esto puede conducir a la organización de las masas proletarias dentro de la Internacional, sin cuya poderosa participación, la Revolución Social nunca se podrá realizar. Repito que, si la Internacional consistiera únicamente en secciones centrales, serían como almas sin cuerpo, magníficos sueños utópicos...

Por fortuna, las secciones centrales [...] fueron fundadas, no por burgueses, no por académicos profesionales, no por políticos, sino por trabajadores socialistas [como opuestos a la juventud burguesa]. Los trabajadores socialistas tenían [un enfoque de la organización laboral] altamente positivo y práctico. [...] Esta feliz circunstancia les permitió evitar dos errores que destruyeron todos los intentos revolucionarios burgueses: el vacío palabrerío académico y las conspiraciones platónicas. No podían esperar a las masas. Tenían que convencer a los distintos oficios ya organizados [pero no en la Internacional] [...] para afiliarse a la organización general [la Internacional] y al mismo tiempo conservar su autonomía... Y lograron organizar tantas secciones centrales como secciones sindicales en las diferentes industrias. [Las secciones centrales también persuadían a los obreros desorganizados para afiliarse a la Internacional como miembros generales.]

La inmensa tarea a la que se ha dedicado la Asociación

Internacional de Trabajadores no es únicamente económica o material. Al mismo tiempo y al más alto nivel, tiene un objetivo social, filosófico y moral. [...] Lejos de disolverse, las secciones centrales deben perseguir este objetivo y continuar difundiendo la nueva filosofía social, teóricamente inspirada en la ciencia verdadera —experimental y racional— y basada en principios humanistas en consonancia, con los instintos eternos de igualdad, libertad y solidaridad social.

La ciencia social, como doctrina moral, es el desarrollo y la formulación de esos instintos. Entre ellos y la ciencia hay un vacío que debe llenarse. Porque, si el instinto a solas hubiera sido capaz de liberar a los pueblos, hace tiempo que lo hubiera hecho. Estos instintos no impidieron a las masas aceptar, en el curso melancólico y trágico de su historia, todos los absurdos religiosos, políticos, económicos y sociales de los que han sido sus víctimas eternas. Las masas son una fuerza, o al menos los elementos esenciales de una fuerza. ¿De que carecen? Carecen de dos cosas que hasta ahora constituyeron el poder de todo gobierno: la organización y el conocimiento.

La organización de la Internacional, al tener como objetivo no la creación de un nuevo despotismo, sino la desaparición de toda dominación, tomará un carácter esencialmente distinto al del Estado. Del mismo modo que el Estado es autoritario, artificial, violento, ajeno y hostil a la evolución natural de los instintos populares, la organización de la Internacional se debe conformar en todos los aspectos a estos instintos y a estos intereses. Pero ¿qué es la organización de las masas? Es una organización basada en las diversas funciones de la vida cotidiana y en los distintos tipos de trabajo. Es la organización por oficios y ocupaciones. Una vez que las diferentes industrias estén representadas en la Internacional, incluyendo el cultivo de la tierra, se habrá logrado su organización, la organización de la masa del pueblo.

La organización de las secciones sindicales y su representación en la Cámara del Trabajo crea una gran academia

en la cual los trabajadores pueden y deben estudiar la ciencia económica; estas secciones también llevan en sí las simientes vivas de la nueva sociedad que reemplazará a la antigua. No sólo están creando las ideas, sino también los hechos del futuro mismo.[16]

*La estructura del Estado contrastada con la de la Internacional*

Cuando la Internacional haya organizado a la mitad, al tercio o siquiera a una décima parte del proletariado europeo, los Estados dejarán de existir. [...] Porque, aun cuando un trabajador de cada diez se afilie a la Internacional seriamente y con pleno conocimiento de causa, el resto caerá bajo su convincente influencia y, en la primera crisis, todos seguirán a la Internacional a fin de lograr la emancipación del proletariado.

¿Podría semejante movilización de la influencia de la Internacional sobre las masas llevar a un nuevo sistema de dominación estatal? No, porque la diferencia esencial entre la acción organizada de la Internacional y la acción de todos los Estados es que la Internacional no está investida de ninguna autoridad oficial o poder político de ninguna clase. Siempre será la organización natural de la acción, de una cantidad mayor o menor de individuos, inspirados y unidos por el objetivo general de influenciar [con el ejemplo] la opinión, la voluntad y la acción de las masas. Los gobiernos, por el contrario, se imponen a las masas y las obligan a obedecer sus decretos, sin tomar en consideración sus sentimientos, sus necesidades ni sus deseos. Entre el poder del Estado y el de la Internacional existe la misma diferencia que entre el poder oficial del Estado y la actividad natural de un club. La Internacional no es, ni jamás será, algo más que

16. Este párrafo, no incluido en el texto estándard se encontró en un fragmento del original reimpreso en *Der Anarchismus von Proudhon zu Kropotkin*, Berlín, Der Syndikalist, 1927, pág. 133.

la organización de la acción no obligatoria de los individuos sobre la masa. Lo opuesto es lo que ocurre con el Estado y sus instituciones: la Iglesia, la universidad, los juzgados, la burocracia, los impuestos, la policía y los militares... todos corrompen el espíritu y la voluntad de sus súbditos y exigen su obediencia pasiva...

El Estado es la autoridad organizada, la dominación y el poder de las clases poseedoras sobre las masas... la Internacional sólo quiere su completa libertad y convoca a la revuelta. Pero, a fin de que esta rebelión sea poderosa y lo suficientemente capaz de derrocar la dominación del Estado y de las clases privilegiadas, la Internacional tiene que organizarse. Para lograr su finalidad, sólo emplea dos medios que, si bien no siempre son legales, son completamente legítimos desde el punto de vista de los derechos humanos. Estos dos medios son la difusión de las ideas de la Internacional y la natural influencia de sus miembros en las masas.

Quien sostenga que semejante acción, al ser un movimiento para crear un nuevo poder autoritario, amenaza la libertad de las masas, debe ser un sofista o un imbécil. Toda la vida social no es más que una interdependencia incesante y mutua de los individuos y las masas. Todos los individuos, incluso los más fuertes e inteligentes, son en todo momento de sus vidas los productores y los productos de la voluntad y de la acción de las masas.

La libertad de cada individuo es el resultado, siempre renovado, de numerosas influencias materiales, intelectuales y morales de los individuos que lo rodean y de la sociedad en que ha nacido y en la que se desarrolla y muere. El deseo de escapar de esta influencia, en nombre de una libertad trascendental, divina o absolutamente autosuficiente, es condenarse a la no existencia; renunciar al ejercicio de esta libertad sobre los demás es renunciar a toda acción social y a toda expresión de los propios pensamientos y sentimientos y a terminar en la nada. Esa independencia absoluta y esa libertad, niño mimado de idealistas y metafísicos, es un brutal absurdo.

En la sociedad humana, al igual que en la naturaleza, cada ser sólo vive con el principio supremo de la intervención más activa en la existencia de todos los demás seres. El carácter y la extensión de esta intervención dependen de la naturaleza del individuo. Abolir esta intervención mutua significa la muerte. Y, cuando exigimos la libertad de las masas, ni siquiera soñamos en destruir ninguna de las influencias naturales que cualquier individuo o grupo de individuos ejercen entre sí. Sólo queremos la abolición de las imposiciones artificiales, privilegiadas, legales y oficiales. Si la Iglesia y el Estado fueran instituciones privadas, sin duda estaríamos en su contra, pero no cuestionaríamos su derecho a la existencia. Luchamos contra ellos porque están organizados para explotar el poder colectivo de las masas por medio de superestructuras oficiales y violentas. Si la Internacional se transformara en Estado, nosotros, sus más celosos defensores, nos convertiríamos en sus enemigos más implacables.

Pero el asunto es precisamente que la Internacional no puede organizarse como Estado. No lo puede hacer porque la Internacional, como su nombre indica, significa la abolición de todas las fronteras y no puede haber Estado sin fronteras, sin soberanía. La historia ha probado que el Estado universal, el sueño de los grandes déspotas del mundo, es irrealizable. El Estado universal, o el *Estado Popular,* con el que sueñan los comunistas alemanes, sólo puede significar una cosa: *la destrucción del Estado.*

La Asociación Internacional de Trabajadores carecería totalmente de sentido si no tuviera como finalidad la abolición del Estado. Organiza a las masas únicamente para facilitar esta destrucción. ¿Y cómo las organiza? No de arriba abajo, no limitando las múltiples funciones de la sociedad que reflejan la diversidad del trabajo, no forzando la vida natural de las masas dentro del molde del Estado, no imponiendo en ellas una unidad ficticia. Por el contrario, las organiza de abajo arriba, empezando con la vida social de las masas y sus reales aspiraciones e induciéndolas a agruparse,

armonizar y equilibrar sus fuerzas según la diversidad natural de sus ocupaciones y circunstancias... Ésta es la verdadera función de las secciones sindicales.

Ya hemos dicho que, a fin de organizar a las masas y con ellas establecer sólidamente la influencia de la Internacional, sería suficiente, estrictamente hablando, que se afiliara uno de cada diez trabajadores. [...] En tiempos de grandes crisis económicas y políticas, cuando los instintos rebeldes de las masas se manifiestan, cuando estos rebaños humanos de esclavos [...] se levantan por fin para liberarse de sus yugos, se encuentran confundidos y sin poderío debido a que están completamente desorganizados. Están en situación de prestar atención a todas las sugerencias valiosas; diez, veinte o treinta militantes bien organizados, actuando en conjunto, sabiendo lo que quieren y cómo conseguirlo, pueden reunir fácilmente a varios cientos de activistas valientes. Vimos un ejemplo de esto durante la Comuna de París [1871]. Una organización seria despertó a la vida durante el sitio, ni por asomo con el poder que exigía la situación, pero, pese a sus fallos y debilidades, fue capaz de constituir un poder formidable con un gran potencial de resistencia.

¿Qué sucederá cuando la Internacional esté mejor organizada, cuando muchas más secciones —sobre todo las secciones agrícolas— estén enroladas en sus filas, cuando cada sección triplique el número de sus afiliados? ¿Qué pasará cuando todos y cada uno de los miembros conozca mejor que ahora los objetivos últimos y los principios verdaderos de la Internacional, así como los medios para asegurar su triunfo? La Internacional se convertirá en un poder invencible.

# 1871
# La Comuna de París y la idea del Estado

*«La Comuna de París y la idea del Estado»*[17] *es el preámbulo de Bakunin a la segunda parte de su obra mayor* El Imperio knouto-germánico y la Revolución Social. *La Comuna de París de 1871 es un hito en la historia del movimiento socialista, una muestra según la cual se evalúa toda la teoría socialista, un acontecimiento culminante cuya importancia aún es motivo de debate. Karl Marx, en* La guerra civil en Francia, *y V. I. Lenin, en* El Estado y la revolución, *la señalan como el modelo de la revolución proletaria. Pero, si bien los marxistas y los blanquistas la citan como prueba de sus teorías, los anarquistas mantienen que la Comuna de París demostró la bancarrota del socialismo autoritario y la validez de su propio enfoque. Como observó James Guillaume:*

> Ésta *[La guerra civil en Francia]* es una declaración sorprendente por la cual Marx parece haber abandonado su propio programa y haberse pasado al lado de los federalistas [ahora conocidos como anarquistas]. ¿Fue ésta una conversación sincera por parte del autor del *Capital,* o una maniobra temporaria dictada por los acontecimientos, una adhesión aparente a la Comuna para beneficiarse del prestigio que tiene su nombre?

17. Bakunin, *Oeuvres,* París, Stock, 1910, vol. IV, págs. 245-275.

*Arthur Müller Lehning, el editor de la edición completa de los* Archives de Bakounine *que ahora se publica en Holanda, declara que*

> Es una ironía de la historia el que, en el mismo momento en que el enfrentamiento entre autoritarios y antiautoritarios llegaba a su apogeo en la Internacional, Marx asimilara, en efecto, el programa de la tendencia antiautoritaria... La Comuna de París no tenía nada en común con el socialismo estatal de Marx y estaba más de acuerdo con las ideas de Proudhon y las teorías federalistas de Bakunin. *La guerra civil en Francia* está en completa contradicción con todos los escritos de Marx sobre la cuestión del Estado.[18]

*El admirador y biógrafo oficial de Marx, Franz Mehring, concuerda en que*

> [...] Las opiniones del *Manifiesto comunista* no pueden conciliarse con el elogio [en *La guerra civil en Francia*] al vigoroso impulso que empezó a destruir el Estado parasitario. [...] Tanto Marx como Engels eran muy conscientes de esa contradicción y, en un prefacio a una nueva edición del *Manifiesto comunista* publicada en junio de 1872, revisaron sus opiniones. [...] Tras la muerte de Marx, Engels, en la lucha contra los anarquistas, volvió a la actitud anterior según el planteamiento original del *Manifiesto.* [...] Si una insurrección podía abolir todo el aparato opresivo del Estado con unos cuantos decretos, ¿no era ésta la confirmación de la actitud sostenida sin concesiones por Bakunin?[19]

*Bakunin no elogió sin reservas todo lo hecho por la Comuna y no vaciló en señalar algunos de sus mayores errores; contrariamente a algunos de sus colegas, tuvo en cuenta sus defectos.*

*Después de examinar la Comuna, Bakunin se centra en «la noción del Estado» y esboza un orden social sin Estado que «afirma-*

18. Citado por Daniel Guérin, *op. cit.*, págs. 262-263.
19. Mehring, *op. cit.*, págs. 452-453.

*ría y reconciliaría los intereses de los individuos y la sociedad», armonía activamente obstaculizada por el Estado que sacrifica a la mayoría en favor de una minoría. Se detiene en las relaciones entre Iglesia y Estado, dos males gemelos que institucionalizan «la lujuria del poder»; sus comentarios sobre la naturaleza del hombre, la sociedad, el orden, el Estado, la fe religiosa y el concepto de la libertad son una muestra clara de sus principales ideas.*

Esta obra, al igual que toda mi obra publicada, que no ha sido muy extensa, es consecuencia de los acontecimientos. Es la continuación natural de mis *Cartas a un francés* (septiembre de 1870), en la que tuve la fácil, aunque dolorosa, distinción de prever y anunciar las calamidades que hoy afligen a Francia y a todo el mundo civilizado y cuya única cura es la Revolución Social.

Mi propósito ahora es probar la necesidad de semejante revolución. Revisaré el desarrollo histórico de la sociedad y lo que ahora está teniendo lugar en Europa, en este momento, ante nuestros ojos. De ese modo, todos los que desean sinceramente la verdad podrán aceptarla y proclamar abierta e inequívocamente los principios filosóficos y los objetivos prácticos que están en el meollo mismo de lo que denominamos Revolución Social.

Reconozco que la tarea que me he impuesto no es simple. Me podrían llamar presuntuoso si tuviera motivos personales para asumirla. Permitid que asegure al lector que no tengo ninguno: no soy un académico, ni un filósofo, ni siquiera un escritor profesional. No he escrito mucho en mi vida, salvo, por así decirlo, en defensa propia y únicamente cuando una convicción apasionada me obligó a superar mi disgusto instintivo por cualquier exhibición pública de mí mismo.

Pues entonces, ¿quién soy yo y qué es lo que me anima a publicar esta obra en este momento? Soy un buscador apasionado de la verdad y un acérrimo enemigo de las viciadas ficciones que utiliza el orden establecido, un orden que se ha beneficiado de todas las infamias religiosas, metafísicas, polí-

ticas, jurídicas, económicas y sociales de todos los tiempos, a fin de brutalizar y esclavizar al mundo. Soy un amante fanático de la libertad. La considero el único medio ambiente en el que pueden desarrollarse y realizarse la inteligencia, la dignidad y la capacidad humanas. No quiero decir esa libertad tolerada a medias y regulada por el Estado, porque ésa es una mentira constante y no representa más que el privilegio de unos pocos cimentado en la servidumbre de los demás. Tampoco me refiero a esa libertad egoísta, individualista, baja y fraudulenta que proclama la escuela de Jean-Jacques Rousseau y todas las demás escuelas del liberalismo burgués, que consideran los derechos de todos, *representados* por el Estado, como un límite a los derechos de cada individuo; necesariamente, siempre terminan reduciendo a cero los derechos individuales. No, yo me refiero a la única libertad que merece ese nombre, la libertad que implica el desarrollo total de todas las capacidades materiales, intelectuales y morales en cada uno de nosotros; la libertad que no conoce otras restricciones que las impuestas por las leyes de nuestra propia naturaleza. En consecuencia, no existen, hablando estrictamente, restricciones, ya que estas leyes no nos son impuestas por cualquier legislador desde fuera o por encima de nosotros. Estas leyes son subjetivas, inherentes a nosotros mismos; constituyen la mismísima base de nuestro ser. En vez de tratar de abolirlas, tenemos que ver en ellas la condición real y la causa efectiva de nuestra libertad: esa libertad de cada hombre que no encuentra una limitación en la libertad de otro hombre, sino la confirmación y la extensión de sí misma. Me refiero a la libertad triunfante sobre la fuerza bruta y lo que siempre ha sido la verdadera expresión de esa fuerza, el principio de autoridad. Me refiero a la libertad que destrozará los ídolos en el cielo y en la tierra y que construirá un nuevo mundo para la humanidad en solidaridad sobre las ruinas de todas las iglesias y de todos los Estados.

Soy un partidario convencido de la igualdad económica y social porque sé que, sin ella, la libertad, la justicia, la dig-

nidad humanas, la moral y el bienestar de los individuos, así como la prosperidad de las naciones, nunca serán más que un hato de mentiras. Pero, ya que estoy a favor de la libertad como condición fundamental de la humanidad, creo que la igualdad debe establecerse en el mundo por medio de la organización espontánea del trabajo y la propiedad colectiva con asociaciones libremente organizadas de productores y con la igualmente espontánea federación de comunas, a fin de reemplazar al dominante Estado paternalista.

Es en este punto en el que se produce una división fundamental entre los socialistas y colectivistas revolucionarios, por una parte, y los comunistas autoritarios que apoyan el poder absoluto del Estado, por otro. Sus objetivos últimos son idénticos. Ambos desean por igual la creación de un nuevo orden social basado, primero, en la organización del trabajo colectivo, impuesto inevitablemente en todos y cada uno por la fuerza natural de los acontecimientos, en condiciones iguales para todos; y, segundo, en la propiedad colectiva de los medios de producción.

La diferencia radica sólo en que los comunistas se imaginan que pueden lograr su objetivo con el desarrollo y la organización del poder político de las clases trabajadoras y, principalmente, del proletariado de las ciudades apoyado por el radicalismo burgués. Los socialistas revolucionarios, por otro lado, creen que pueden triunfar sólo por medio del desarrollo y la organización del poder social apolítico o antipolítico de las clases trabajadoras de las ciudades y el campo, incluyendo a todos los hombres de buena voluntad de las clases altas que rompen con su pasado y desean abiertamente incorporarse y aceptar el programa revolucionario en su totalidad.

La diferencia conduce a una divergencia de tácticas. Los comunistas creen necesario organizar a las fuerzas obreras a fin de tomar el poder político del Estado. Los socialistas revolucionarios se organizan con el propósito de destruir, o para decirlo más amablemente, para acabar con el

Estado. Los comunistas favorecen el principio y las prácticas de la autoridad; los socialistas revolucionarios ponen toda su fe en la libertad. Los dos son partidarios por igual de la ciencia para eliminar la superstición y ocupar el lugar de la religión. A los primeros les gustaría imponer la ciencia por la fuerza; los segundos tratarían de propagarla de modo que los grupos humanos, una vez convencidos, se organizaran y federaran espontáneamente, libremente, de abajo arriba, de mutuo acuerdo y respondiendo a sus propios intereses, jamás siguiendo un plan preestablecido impuesto a las masas «ignorantes» por unas pocas cabezas «superiores».

Los socialistas revolucionarios sostienen que hay mucho más sentido común y sabiduría en las aspiraciones instintivas y en las necesidades reales de las masas que en la inteligencia profunda de todos los doctores y guías de la humanidad, quienes, después de tantos fracasos, aún siguen tratando de hacer feliz a la raza humana. Además, los socialistas revolucionarios creen que la humanidad ha estado durante demasiado tiempo sometida a un mando; que la causa de sus problemas no estriba en ninguna forma particular de gobierno, sino en los principios fundamentales y la mera existencia del gobierno, tenga la forma que tenga.

Por último, existe una bien conocida contradicción entre el comunismo, tal como lo ha formulado la escuela germana y que en parte han aceptado los norteamericanos y los ingleses, y el programa de Proudhon, muy desarrollado y llevado a sus últimas consecuencias por el proletariado de los países latinos. El socialismo revolucionario acaba de intentar su primer golpe y su demostración práctica en la Comuna de París.

Soy partidario de la Comuna de París, que, pese al baño de sangre que sufrió a manos de la reacción clerical y monárquica, ha crecido más fuerte y más poderosa en los corazones y en las mentes del proletariado europeo. Sobre todo, soy partidario porque fue una negación directa y claramente formulada del Estado.

Es muy significativo que esta rebelión contra el Estado haya tenido lugar en Francia, que hasta ese momento había sido la tierra de la centralización política por excelencia y que fuera precisamente París, guía y fuente de la gran civilización francesa, la que tomara la iniciativa en la Comuna. París, echando a un lado su corona y proclamando con entusiasmo su propia derrota para dar vida y libertad a Francia, a Europa, al mundo entero; París, reafirmando su poder histórico de liderazgo, mostrando a todos los pueblos esclavizados (¿y acaso hay alguna masa que no esté esclavizada?) el único camino hacia la emancipación y el bienestar; París, infligiendo un golpe mortal a las tradiciones políticas del radicalismo burgués y sentando una base real para el socialismo revolucionario contra los reaccionarios de Francia y de Europa. París, amortajada en sus propias ruinas para decir su solemne verdad a la reacción triunfante; salvando, en su propio desastre, el honor y el futuro de Francia y demostrando a la humanidad que, si la vida, la inteligencia y la fortaleza moral han abandonado a las clases superiores, ¡han preservado su poder y su futuro en el proletariado! París, inaugurando la nueva era de la emancipación definitiva y completa de las masas y de su verdadera solidaridad allende las fronteras estatales; París, destruyendo el nacionalismo y levantando la religión de la humanidad sobre sus ruinas; París, proclamándose humanitaria y atea y reemplazando las ficciones divinas por las grandes realidades de la vida social y la fe en la ciencia, reemplazando las mentiras y las iniquidades de la vieja moralidad por los principios de la libertad, la justicia, la igualdad y la fraternidad, ¡bases eternas de toda la moral humana! París, heroica, racional y confiada, confirmando su fe poderosa en los destinos de la humanidad con su propia caída gloriosa, su propia muerte; ¡pasando su fe, en todo su poder, a las generaciones venideras! París, manchada por la sangre de sus hijos más nobles; ésta es la humanidad misma, crucificada por la reacción internacional y unida de Europa, bajo la inspiración directa de todas las Iglesias

cristianas y ese sumo sacerdote de la desigualdad, el Papa. Pero la próxima revolución internacional, expresión de la solidaridad de los pueblos, será la resurrección de París.

Éste es el verdadero significado y éstos son los inmensos resultados beneficiosos que abarcan la vida y la muerte de la siempre memorable Comuna de París.

La Comuna de París duró demasiado poco tiempo y su desarrollo interno fue demasiado obstaculizado por la lucha mortal en la que tuvo que comprometerse contra la reacción de Versalles como para que al menos formulara teóricamente, aunque no lo aplicara, su programa socialista. También debemos tomar conciencia de que la mayoría de los miembros de la Comuna no eran socialistas, propiamente hablando. Si parecieron serlo fue porque se vieron arrastrados en esa dirección por el curso irresistible de los acontecimientos, la naturaleza de la situación, las necesidades de su posición, en vez de por su propia convicción personal. Los socialistas eran una pequeña minoría; había como máximo catorce o quince; el resto eran jacobinos. Pero dejemos en claro que hay jacobinos y jacobinos. Hay jacobinos abogados y doctrinarios, como el señor Gambetta; su republicanismo positivista... presuntuoso, despótico y legalista ha repudiado la vieja fe revolucionaria, dejando al jacobinismo sólo su culto a la unidad y la autoridad; entregó el pueblo francés a los prusianos y más tarde a los reaccionarios nativos. Y existen aquellos jacobinos que son francamente revolucionarios, los héroes, los últimos representantes sinceros de la fe democrática de 1793; capaces de sacrificar su bien armada unidad y autoridad en vez de someter sus conciencias a la insolencia de la reacción. Estos jacobinos magnánimos, naturalmente guiados por Delescluze,[20] una gran alma y un gran carácter, desean el triunfo de la Revolución por encima de todo y, ya que hoy las masas muestran

20. Louis Charles Delescluze (1809-1871) fue un periodista político francés. Participó en las revoluciones de 1830 y 1848, fue miembro de la Asamblea Nacional de 1871 y delegado militar de la Comuna de París. Resultó muerto en las barricadas en mayo de 1871.

una tendencia hacia el socialismo, que ninguna revolución se puede hacer sin las masas y que esa tendencia socialista las lleva exclusivamente hacia una revolución económica y social, los jacobinos de buena voluntad, dejándose llevar cada vez más por la lógica del movimiento revolucionario, terminarán siendo socialistas pese a sí mismos.

Ésta, precisamente, era la situación en la que se encontraron los jacobinos que participaron en la Comuna de París. Delescluze, y muchos más junto a él, firmaron programas y proclamas cuya importancia y promesas generales eran de una naturaleza positivamente socialista. No obstante, pese a su buena fe y toda su buena voluntad, eran simplemente socialistas conducidos más por las circunstancias externas que por las convicciones internas; carecían del tiempo y hasta de la capacidad para superar y olvidar muchos de sus propios prejuicios burgueses que se oponían a su socialismo recién adquirido. Se puede comprender que, atrapados en su lucha interna, nunca podían ir más allá de las generalidades, ni tomar aquellas medidas decisivas que terminaran para siempre con su compromiso y todos los contactos con el mundo burgués.

Esto representó una gran desgracia para la Comuna y para estos hombres. Estuvieron paralizados y paralizaron la Comuna. Empero, no les podemos echar la culpa. Los hombres no se transforman de la noche a la mañana; no cambian a placer sus naturalezas ni sus costumbres. Ellos probaron su sinceridad al dejarse matar por la Comuna. ¿Quién les puede pedir más?

No se les puede atribuir más culpa que al pueblo de París, bajo cuya influencia actuaron y pensaron. El pueblo era más socialista por instinto que por pensamiento. Todas sus aspiraciones eran socialistas en el más alto nivel, pero sus ideas, o más bien sus expresiones tradicionales, no lo eran. El proletariado de las grandes ciudades de Francia, incluso el de París, todavía se aferra a muchos prejuicios jacobinos y a muchos conceptos dictatoriales y gubernamentales. El cul-

to a la autoridad —resultado fatal de la educación religiosa, fuente histórica de todos los males, privaciones y servilismos— no se ha erradicado por completo en el proletariado. Esto es tan verdadero que hasta los hijos más inteligentes de París, los socialistas más convencidos, aún no se han liberado completamente de estas ideas. Si exploráis un poco sus mentes, encontraréis al jacobino, al partidario del gobierno, escondido en un rincón oscuro, humilde pero no muerto.

Asimismo, el pequeño grupo de socialistas convencidos que participaron en la Comuna estaba en una situación muy difícil. Mientras carecían del apoyo de las grandes masas del pueblo de París y mientras la organización de la Asociación Internacional de Trabajadores era imperfecta y apenas comprendía a unos pocos miles de personas, ellos tuvieron que mantener una lucha cotidiana contra la mayoría jacobina. En medio del conflicto, tenían que alimentar y proporcionar trabajo a varios miles de trabajadores, organizarlos y armarlos, y mantener una vigilancia estrecha y continua de las actividades de los reaccionarios. Todo esto en una ciudad inmensa como París, sitiada, enfrentada a la amenaza del hambre y aún presa de todas las intrigas oscuras de la reacción, que se las arregló para establecerse en Versalles con el permiso y la gracia de los prusianos. Tuvieron que instalar un gobierno revolucionario contra el gobierno y el ejército de Versalles; a fin de combatir contra la reacción monárquica y clerical, se vieron obligados a organizarse de una manera jacobina, olvidándose de las primeras condiciones del socialismo revolucionario, o sacrificándolas.

En esta confusa situación, era natural que los jacobinos, su facción más fuerte, que constituía la mayoría de la Comuna y que asimismo poseía un instinto político más altamente desarrollado, tuviera más poder de mando que los socialistas. Es sorprendente que no utilizaran más su ventaja, que no dieran un carácter enteramente jacobino a la insurrección de París, que, por el contrario, se dejaran llevar a una revolución social.

Yo sé que muchos socialistas, muy lógicos en la teoría, echan la culpa a nuestros amigos de París por no haber actuado lo suficiente como socialistas en la práctica revolucionaria. Por el contrario, la prensa vocera de los burgueses los acusa de haber seguido su programa demasiado al pie de la letra. Olvidemos, por un momento, las denuncias innobles de esa prensa. Quiero llamar la atención a los teóricos más estrictos de la emancipación proletaria sobre el hecho de que son injustos para con nuestros hermanos de París, porque, entre la teoría más correcta y su aplicación práctica, hay una distancia enorme que no se puede cubrir en unos pocos días. Quien haya tenido el placer de conocer a Varlin,[21] por ejemplo (por nombrar sólo a un hombre cuya muerte es cierta), sabe que él y sus amigos estaban guiados por unas convicciones socialistas profundas, apasionadas y bien consideradas. Éstos eran hombres cuyo celo ardiente, devoción y buena fe jamás han sido cuestionados por aquellos que los han conocido. No obstante, precisamente porque eran hombres de buena fe, estaban llenos de falta de confianza frente a la inmensa tarea a la que dedicaron sus mentes y sus vidas; ¡pensaban demasiado poco en sí mismos! Y estaban convencidos de que, en la Revolución Social, diametralmente opuesta a una revolución política en ésta y otras cosas, la acción individual iba a ser casi nula, mientras que la acción espontánea de las masas tenía que serlo todo. Lo único que los individuos pueden hacer es formular, aclarar y difundir ideas que expresen los deseos instintivos del pueblo, y contribuir con sus constantes esfuerzos a la organización revolucionaria de los poderes naturales de las masas. Esto y nada más, el resto debe ser logrado por el mismo pueblo. De otra manera, terminaríamos con una dictadura política, la reconstitución del Estado, con todos sus privilegios, iniquidades y opresiones; al tomar un sendero retorcido pero inevitable, llegaríamos al restableci-

21. Véase nota 12 en «Apuntes biográficos de Bakunin».

miento de la esclavitud política, social y económica de las masas.

Varlin y todos sus amigos, como todos los socialistas sinceros, y generalmente como todos los trabajadores nacidos y criados en el pueblo, compartían este sentimiento perfectamente legítimo de precaución ante la actividad continua de un individuo, o del mismo grupo de individuos, y el dominio ejercido por las personalidades superiores. Y debido a que eran hombres justos y generosos por encima de todo lo demás, volvieron esta idea instintiva, esta desconfianza, contra sí mismos tanto como contra las demás personas.

Opuesto a las creencias de los comunistas autoritarios —que a mí me parecen completamente equivocados— de que una revolución social debe ser decretada y organizada por una dictadura, o por una asamblea constituyente, que salga de una revolución política, nuestros amigos, los socialistas de París, creían que la revolución no se podía hacer, ni se podía llevar a su más pleno desarrollo sino por la acción continua y espontánea de las masas, los grupos y las asociaciones del pueblo.

Nuestros amigos de París tenían mil veces razón. De hecho, ¿dónde está la mente, por más brillante que sea, o, si hablamos de una dictadura colectiva, aunque sea formada por varios miles de individuos dotados de mentes superiores, dónde están los intelectos suficientemente poderosos como para abarcar la multiplicidad infinita y la diversidad de los intereses verdaderos, las aspiraciones, los deseos y las necesidades que conforman la voluntad colectiva del pueblo? ¿E inventar una organización social que no sea un lecho de piedra sobre el cual la violencia del Estado, de forma más o menos directa, obligue a tenderse a una sociedad infeliz? Siempre ha sido así, y es precisamente este viejo sistema de organización social por la fuerza el que debe aniquilar la Revolución Social, otorgando una total libertad a las masas, los grupos, las comunas, las asociaciones y a todos los individuos, destruyendo de una vez para siempre todas las

causas históricas de la violencia, que son el poder y sin duda la misma existencia del Estado. En su caída arrastrará a todas las desigualdades de la ley y todas las mentiras de las distintas religiones debido a que tanto la ley como la religión jamás han sido otra cosa que la consagración obligatoria, ideal y real, de toda la violencia representada, garantizada y protegida por el Estado.

Resulta obvio que esa libertad nunca será *concedida* a la humanidad y que los verdaderos intereses de la sociedad, de todos los grupos, asociaciones locales e individuos que conforman la sociedad, jamás serán satisfechos hasta que dejen de existir los Estados. Es obvio que todos los llamados intereses generales de la sociedad, a los que supuestamente representa el Estado y que son en realidad una negación general y constante de los verdaderos intereses de las regiones, comunas, asociaciones e individuos sometidos al Estado, son una mera abstracción, una ficción, una mentira. El Estado es como un inmenso matadero, o un enorme cementerio, en donde entran todas las verdaderas aspiraciones, todas las fuerzas vivas de un país, generosa y alegremente, a la sombra de esa abstracción, para dejarse asesinar y enterrar. Y, al igual que no existe una abstracción por sí misma, al no tener piernas sobre las que sostenerse, ni brazos con los que crear, ni estómago con el que digerir la masa de víctimas que les son enviadas, es asimismo evidente que la abstracción celestial o religiosa, Dios, en realidad representa los verdaderos intereses de una clase privilegiada, el clero, mientras que su complemento terrestre, esa abstracción política, el Estado, representa los intereses, no menos reales, de la clase explotadora que tiende a absorber a todas las demás: la burguesía. Del mismo modo que el clero siempre ha dividido a la gente y hoy día tiende a separar aún más a los hombres en una minoría muy poderosa y acaudalada y una mayoría miserable, la burguesía, con sus distintas organizaciones sociales y políticas en la industria, la agricultura, la banca y el comercio, así como en todas las funciones administrativas, finan-

cieras, judiciales, educacionales, policiales y militares del Estado, tiende cada vez más a fundir todos estos elementos en una oligarquía realmente dominante, por un lado, y, por otro, a la formación de una enorme masa de criaturas más o menos sin esperanzas, de criaturas defraudadas que viven en una ilusión perpetua, empujadas constante e inevitablemente hacia el proletariado por la fuerza irresistible del actual desarrollo económico, y reducidas a servir como ciegos instrumentos a esa oligarquía todopoderosa.

La abolición de la Iglesia y del Estado debe ser la primera condición indispensable para la verdadera liberación de la sociedad que puede y debe reorganizarse, no de arriba abajo, según un plan ideal diseñado por sabios o estudiosos, ni por decretos promulgados por un poder dictatorial, ni siquiera por una asamblea nacional elegida por medio del sufragio universal. Semejante sistema, como ya he dicho, llevaría de forma inevitable a la creación de un nuevo Estado; y, en consecuencia, a la formación de una aristocracia gobernante, es decir, toda una clase de personas que nada tienen en común con las masas. Y, por supuesto, esta clase explotaría y sometería a las masas con el pretexto de servir al bien común o salvar al Estado.

La futura organización social debe ser llevada a cabo de abajo arriba, por la libre asociación o federación de trabajadores, empezando por las asociaciones y culminando finalmente en una gran federación internacional y universal. Sólo entonces el verdadero y vivificante orden social de libertad saldrá a la vida, un orden social que, lejos de limitar, afirme y reconcilie los intereses de los individuos y de la sociedad.

Se dice que la armonía y la solidaridad universales de los individuos con la sociedad jamás se pueden lograr en la práctica debido a que los intereses, al ser antagónicos, jamás se pueden reconciliar. Contesto a esta objeción diciendo que, si todos los intereses no se han jamás armonizado hasta ahora, se debe a que el Estado ha sacrificado los intereses de

la mayoría en beneficio de una minoría privilegiada. De ahí esa famosa incompatibilidad; este conflicto de intereses personales con los de la sociedad no es más que un fraude, una mentira política, producto de la mentira teológica que inventó la teoría del pecado original a fin de deshonrar al hombre y destruir su autorrespeto. La misma falsa idea respecto a los intereses irreconciliables también fue formulada por los sueños de la metafísica que, como sabemos, es parienta próxima de la teología. La metafísica, al no poder reconocer el carácter social de la naturaleza humana, miró a la sociedad como un agregado mecánico y puramente artificial de individuos, súbitamente reunidos en nombre de una unidad formal o secreta, realizada libremente o bajo la influencia de un poder superior. Antes de unirse en la sociedad, estos individuos, dotados de algo así como un alma inmortal, disfrutaron de una libertad absoluta, según los metafísicos. Nosotros estamos convencidos de que toda la riqueza del desarrollo intelectual, moral y material del hombre, así como su aparente independencia, son el producto de su vida en sociedad. Fuera de la sociedad, no sólo dejaría de ser un hombre libre, sino que ni siquiera sería genuinamente humano, un ser consciente de sí mismo, el único ser que piensa y habla. Únicamente la combinación de la inteligencia y del trabajo colectivo pudo sacar al hombre de ese estado salvaje y brutal que constituyó su naturaleza original, o más bien el punto inicial de su posterior desarrollo. Estamos profundamente convencidos de que toda la vida de los hombres, sus intereses, tendencias, necesidades, ilusiones, incluso sus estupideces, así como cualquier conato de violencia, injusticia, y aparentes actividades voluntarias, simplemente representan el resultado de inevitables fuerzas societarias. La gente no puede rechazar la idea de la independencia mutua, ni tampoco puede negar la influencia recíproca y la uniformidad que expresan las manifestaciones de la naturaleza externa.

En la misma naturaleza, esta correlación maravillosa y

esta interdependencia de fenómenos no se producen ni mucho menos sin lucha. Por el contrario, la armonía de las fuerzas de la naturaleza sólo aparece como resultado de una lucha continua, que es la verdadera condición de la vida y del movimiento. En la naturaleza, como en la sociedad, el orden sin lucha significa la muerte.

Si el orden es natural y posible en el universo, sólo es debido a que el universo no se gobierna según un sistema preconcebido impuesto por la voluntad suprema. La hipótesis teológica de la legislación divina conduce a un absurdo evidente, a la negación no sólo de todo orden, sino de la misma naturaleza. Las leyes naturales sólo son reales en cuanto son inherentes a la naturaleza; es decir, no están establecidas por una autoridad. Estas leyes son únicamente manifestaciones simples, o más bien variaciones continuas de las uniformidades que constituyen lo que denominamos «naturaleza». La inteligencia humana y su ciencia las han observado, las han verificado experimentalmente, las han agrupado en un sistema y las han llamado leyes. Pero la naturaleza como tal no conoce leyes. Actúa de forma inconsciente; en sí misma representa la variedad infinita de los fenómenos que aparecen y se repiten inevitablemente. Esta inevitabilidad de acción es la única razón por la cual puede existir, y existe, el orden universal.

Semejante orden también es evidente en la sociedad humana, que parece haber evolucionado de un modo supuestamente antinatural, pero que en realidad está determinada por las naturales necesidades animales y su capacidad de pensar que han contribuido con un elemento especial a su desarrollo: un elemento completamente natural en el sentido de que los hombres, como todo lo que existe, representa el producto material de la unión y la acción de las fuerzas naturales. Este elemento especial es la razón, la capacidad de formular generalizaciones y abstracciones, gracias a la cual el hombre es capaz de proyectarse en su propio pensamiento, examinarse y observarse como un objeto externo y extraño.

Al elevarse por encima de sí mismo con el pensamiento, y por encima del mundo a su alrededor, alcanza la representación de la abstracción perfecta, el vacío absoluto. Y este absoluto es nada menos que su capacidad de abstracción que desdeña todo lo que existe y encuentra su reposo al lograr una negación completa. Éste es el último límite de la mayor abstracción de la mente; esta nada absoluta es Dios.

Éste es el significado y el fundamento histórico de toda doctrina teológica. Como no comprendieron la naturaleza, ni las causas materiales de su propio pensamiento, y ni siquiera sospecharon las condiciones o leyes naturales que motivan ese pensamiento, estos hombres primitivos y estas sociedades primitivas no tuvieron la más mínima sospecha de que sus nociones absolutas eran simplemente el resultado de su propia capacidad de formular ideas abstractas. Por ende, vieron estas ideas, sacadas de la naturaleza, como objetos reales, al lado de las cuales la misma naturaleza dejaba de valer algo. Empezaron a adorar sus ficciones, sus nociones improbables del absoluto y a honrarlas. Pero ya que sentían la necesidad de dar alguna forma concreta a las ideas abstractas de la nada, o de Dios, crearon el concepto de la divinidad y, además, lo dotaron de todas las cualidades y los poderes del bien y del mal, que sólo encontraban en la naturaleza y la sociedad. Tal fue el origen y el desarrollo histórico de todas las religiones, desde el fetichismo hasta la cristiandad.

No es nuestra intención llevar a cabo un estudio de la historia de los absurdos religiosos, teológicos o metafísicos, ni discutir la procesión de todas las encarnaciones divinas y visiones creadas a lo largo de siglos de barbarie. Todos sabemos que la superstición trajo desastres y causó ríos de sangre y de lágrimas. Todas estas aberraciones abominables de la pobre humanidad fueron estadios históricos e inevitables en el crecimiento y la evolución normales de las organizaciones sociales. Semejantes aberraciones engendraron la idea fatal, que dominó la imaginación de los hombres, según la cual el universo estaba gobernado por un poder y una voluntad so-

brenaturales. Los siglos llegaron y se fueron, y las sociedades se acostumbraron a esta idea a tal punto que finalmente destruyeron cualquier impulso o capacidad para lograr un progreso mayor del que aparecía en su medio.

El ansia de poder de unos pocos individuos al principio, y de varias clases sociales más tarde, estableció la esclavitud y la conquista como principios dominantes, e implantó esta terrible idea de divinidad en el corazón de la sociedad. A partir de entonces, no se consideró posible ninguna sociedad sin estas dos instituciones, la Iglesia y el Estado, como su base. Estas dos plagas sociales están defendidas por todos sus apólogos doctrinarios.

Tan pronto como aparecieron estas instituciones en el mundo, las dos clases dominantes —los sacerdotes y la aristocracia— se organizaron rápidamente y no perdieron tiempo, adoctrinaron a los esclavos con la idea de la utilidad, indispensabilidad y divinidad de la Iglesia y del Estado.

# 1872
# Carta a *La Liberté*

*Esta larga carta a* La Liberté *(fechada el 5 de octubre de 1872), jamás terminada y jamás enviada, fue escrita casi un mes después de la expulsión de Bakunin y Guillaume de la Internacional, hecho ocurrido durante el Congreso de La Haya entre los días 2 y 7 de septiembre de 1872. En el Extracto I,*[22] *Bakunin protesta contra el procedimiento empleado por Marx y «la sentencia de excomunión que se acaba de pronunciar contra mí» y resume asimismo los desacuerdos fundamentales entre las dos tendencias en el seno de la Internacional, así como su posición con respecto a las teorías de dictadura revolucionaria de Marx, el período de transición, los gobiernos provisionales, las asambleas constituyentes y los temas relacionados con estas cuestiones.*

*El Extracto II*[23] *ofrece una crítica aguda y condensada de la práctica de toda la teoría marxista de la historia, el determinismo económico, la naturaleza del Estado, la acción parlamentaria, la «Dictadura del Proletariado», los trabajadores urbanos y las masas rurales, las posibilidades de revolución en los países «avanzados» y «atrasados», etcétera. Asimismo, Bakunin esboza las diferencias entre las concepciones anarquista y marxista de la libertad y de la cohesión social, así como el tema del federalismo descentralizado en oposición a la forma estatista de organización.*

22. Bakunin, *Oeuvres*, 1910, vol. IV, págs. 339-350.
23. *Ibid.*, págs. 373-387.

## I

*A los editores de* La Liberté

Señores:

Debido a que ustedes han publicado la sentencia de excomunión que acaba de pronunciar el Congreso Marxista de La Haya contra mí, seguramente, y con toda justicia, publicarán mi respuesta. Aquí está.

El triunfo del señor Marx y su grupo ha sido completo. Seguros de contar con una mayoría que ellos han preparado desde hace tiempo con sumo cuidado y capacidad, aunque no con respeto por los principios de moralidad, verdad y justicia como tan a menudo lo proclaman en sus discursos y tan rara vez en sus acciones, los marxistas se sacaron las máscaras. Y, como corresponde a hombres que aman el poder, y siempre en nombre de la soberanía del pueblo que a partir de ahora servirá de piedra fundamental a todos aquellos que aspiran a gobernar las masas, han manifestado abiertamente su dictadura sobre los miembros de la Internacional.

Si la Internacional fuera menos fuerte y estuviera menos profundamente arraigada, si se hubiera basado, tal como ellos se imaginan, únicamente en un liderazgo oficial, formalmente organizado, y no en la verdadera solidaridad de los intereses y aspiraciones efectivas del proletariado de todos los países del mundo civilizado —en la federación libre y espontánea de las secciones y asociaciones de trabajadores, independientes de cualquier control gubernativo—, los decretos de este pernicioso Congreso de La Haya, encarnación demasiado indulgente y fiel de las teorías y prácticas marxistas, hubieran sido suficientes para aniquilarla. Hubieran reducido al ridículo y a la nada a esta magnífica asociación, a cuya fundación, me complace decirlo, el señor Marx contribuyó con inteligencia y energía.

¡Un Estado, un gobierno, una dictadura universales! Los sueños de Gregorio VII, de Bonifacio VII, de Carlos V

y de los Napoleones aparecen en formas novedosas, pero siempre con las mismas pretensiones, en el campo socialdemócrata! ¿Puede alguien imaginarse algo tan burdo y al mismo tiempo más repugnante? ¡Afirmar que un grupo de individuos, incluso los más inteligentes y con las mejores intenciones, pueda ser capaz de convertirse en el espíritu, el alma, la voluntad directiva y unificadora del movimiento revolucionario y de la organización económica del proletariado de todas las tierras, demuestra tal herejía contra el sentido común y la experiencia histórica que uno se pregunta cómo puede haberla concebido un hombre de la inteligencia de Karl Marx!

Los papas, al menos, tienen la excusa de poseer la verdad absoluta de la que afirman ser depositarios por gracia del Espíritu Santo, en el que se supone que deben creer. El señor Marx no dispone de una excusa semejante y no le insultaré sugiriendo que se imagina que, científicamente, ha inventado algo que se aproxima a la verdad absoluta. Pero, a partir del momento en que se elimina la verdad absoluta, no puede existir un dogma infalible para la Internacional y, en consecuencia, ninguna teoría política o económica oficial; y nuestros congresos jamás deben asumir el rol de consejos ecuménicos que proclaman principios obligatorios que deben respetar todos sus miembros y creyentes.

Sólo existe una ley que es verdaderamente obligatoria para todos los miembros, secciones, individuos y federaciones de la Internacional, para todos los cuales esta ley es la única base verdadera. En su forma más completa, en todas sus aplicaciones y consecuencias, esta ley favorece *la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los oficios y países en su lucha económica contra los explotadores del trabajo.* La unidad viviente de la Internacional sólo se basa en la organización real de esta solidaridad por medio de la acción espontánea de los grupos de trabajadores y por la federación absolutamente libre de las masas de trabajadores de todos los idiomas y de todas las naciones, siempre más poderosa porque

es libre; la Internacional no se puede unificar con decretos y bajo el látigo de ningún tipo de gobierno.

¿Quién puede dudar que, de esta organización siempre creciente de la solidaridad militante del proletariado contra la explotación burguesa, saldrá la lucha política[24] del proletariado contra la burguesía? Tanto los marxistas como nosotros estamos unánimemente de acuerdo al respecto. Pero he aquí una cuestión que nos separa completamente de los marxistas.

Nosotros creemos que la política del proletariado, necesariamente revolucionaria, debe tener como objetivo único e inmediato la destrucción del Estado. No entendemos cómo alguien puede hablar de solidaridad internacional cuando hay un deseo de conservar el Estado, a menos que uno sueñe con el Estado Universal, es decir, con la esclavitud universal, como en la que han soñado los grandes emperadores y pontífices. Porque el Estado, debido a su misma naturaleza, es una violación de esta solidaridad y, por ende, la causa continua de guerras. Tampoco podemos comprender cómo puede alguien hablar de la libertad del proletariado, o de la verdadera emancipación de las masas, dentro del Estado y por medio del Estado. El Estado significa dominio, y cualquier dominio presupone el sometimiento de las masas y, en consecuencia, su explotación para beneficio de una minoría gobernante.

Nosotros no aceptamos, ni siquiera con el propósito de una transición revolucionaria, las convenciones nacionales, las asambleas constituyentes, los gobiernos provisionales o las llamadas dictaduras revolucionarias, porque estamos convencidos de que la revolución sólo es sincera y permanente dentro de las masas; que, cuando se concentra en las manos de unos pocos individuos gobernantes, inevitable e inmediata-

24. Bakunin utiliza la palabra *política* en un sentido amplio, abarcando no sólo el gobierno o el Estado, sino cualquier área o problema de vida comunitaria distintos a los de salarios y subsistencia.

mente se convierte en reacción. Tal es nuestra creencia; éste no es el momento indicado para explayarse al respecto. Los marxistas profesan ideas muy distintas. Como corresponde a buenos alemanes, son adoradores del poder del Estado y son asimismo necesariamente los profetas de la disciplina política y social, los campeones de un orden social edificado de arriba abajo, siempre en nombre del sufragio universal y la soberanía de las masas a quienes brindan el honor de poder obedecer a sus líderes, sus patrones elegidos. Los marxistas no admiten ninguna otra emancipación que la que esperan de su llamado Estado Popular (*Volksstaat*).

Entre los marxistas y nosotros se abre un abismo. Ellos son los gubernamentales; nosotros somos anarquistas, pese a todo.

Tales son las dos principales tendencias políticas que en la actualidad dividen a la Internacional en dos campos. Por un lado, no hay nada, propiamente hablando, salvo Alemania; por el otro, encontramos, a distintos niveles, a Italia, España, el Jura suizo, gran parte de Francia, Bélgica, Holanda y en un futuro muy próximo, a los pueblos eslavos. Estas dos tendencias tuvieron un enfrentamiento directo en el Congreso de La Haya y, gracias a la gran habilidad táctica del señor Marx, gracias a la organización enteramente artificial de su último congreso, la tendencia alemana ha prevalecido.

¿Significa esto que esta enojosa cuestión haya sido resuelta? Ni siquiera fue debidamente discutida; la mayoría, después de haber votado como un regimiento bien entrenado, paralizó todas las discusiones con su voto. De este modo, la contradicción aún existe, más aguda y más alarmante que nunca, y el mismo señor Marx, por más intoxicado que esté con su victoria, no se puede imaginar seriamente que ha podido liquidarla a precio tan bajo. Y, si lo hiciera, se debe haber desilusionado rápidamente con la actitud unida de los delegados del Jura, de España, Bélgica y Holanda (para no mencionar a Italia, que ni siquiera se dignó a enviar delegados a este congreso tan claramente fraudulento), una

protesta más bien moderada de tono, sin embargo muy poderosa y profundamente significativa.

Pero ¿qué se debe hacer hoy? Ahora, debido a que una solución o una reconciliación en el campo político es imposible, debemos practicar una mutua tolerancia, dejando a cada país el derecho inalienable de seguir la tendencia política que prefiera, o que encuentre más apropiada a su situación especial. En consecuencia, al rechazar todas las cuestiones políticas del programa obligatorio de la Internacional, debemos buscar el fortalecimiento de la unidad de esta gran asociación únicamente en el campo de la solidaridad económica. Tal solidaridad nos une mientras que las cuestiones políticas nos separan inevitablemente.

Ahí es donde reside la verdadera unidad de la Internacional: en las comunes aspiraciones económicas y el movimiento espontáneo de las masas de todas las naciones —no en ningún gobierno, ni en una uniforme teoría política impuesta a las masas por un congreso general—. Es tan evidente que uno debe estar aturdido por el apasionamiento para dejar de entenderlo.

Yo no puedo comprender cómo déspotas con corona, o sin ella, pueden haber soñado en tener el mundo en sus manos. Pero ¿qué se puede decir de un amigo del proletariado, un revolucionario que afirma que realmente desea la emancipación de las masas, cuando posa como director y árbitro supremo de todos los movimientos revolucionarios que pueden surgir en cualquier país y se anima a soñar en someter al proletariado a una única idea pergeñada en su propia mente?

Yo creo que el señor Marx es un revolucionario sincero, aunque no siempre consecuente, y que realmente desea la revuelta de las masas. Y me pregunto cómo no ve el establecimiento de una dictadura universal, colectiva o individual, una dictadura que, de una forma u otra, llevaría a cabo las funciones de supremo director de la revolución mundial, regulando y gobernando un movimiento insurrecto de las

masas en todos los países, como si fuera una máquina, cómo no ve que el establecimiento de semejante dictadura sería suficiente para matar a la revolución, para paralizar y distorsionar a todos los movimientos populares.

¿Dónde está el hombre, dónde está el grupo de individuos, por más geniales que sean, que se anime a jactarse de que sólo él puede abarcar y comprender la infinita diversidad de intereses, tendencias y actividades en cada país, en cada provincia, en cada localidad, en cada profesión y oficio que en su inmensidad están unidos, pero no regimentados, por ciertos principios fundamentales y por la gran aspiración común, la misma aspiración [la igualdad económica sin pérdida de autonomía] que, habiendo calado hondo en la conciencia de las mismas masas, constituirá la futura Revolución Social?

¿Y qué puede uno pensar de un Congreso Internacional que, supuestamente en aras de esta revolución, impone al proletariado de todo el mundo civilizado un gobierno investido de poderes dictatoriales, con el derecho inquisitorial y pontifical de suspender las federaciones regionales de la Internacional y abolir naciones enteras en nombre de un supuesto principio oficial que, de hecho, sólo es idea de Marx, transformado por el voto de una mayoría ficticia en verdad absoluta? ¿Qué puede uno pensar de un Congreso que, para hacer aún más patente su locura, relega a América este gobierno dictatorial [el Consejo General de la Internacional] compuesto por hombres quienes, aunque probablemente honestos, sí son ignorantes, oscuros, absolutamente desconocidos hasta por el mismo Congreso? Nuestros enemigos, la burguesía, tendrían razón si se burlasen del Congreso y sostuvieran que la Asociación Internacional de Trabajadores combate la tiranía existente sólo para implantar una nueva tiranía sobre sí misma y que, al tratar de buena manera de reemplazar viejos absurdos, los crean nuevos!

## II

El que hombres como los señores Marx y Engels deban ser indispensables para los partidarios de un programa que consagra el poder político y abre las puertas a todas sus ambiciones, es algo comprensible. Ya que habrá poder político, necesariamente habrá sometidos, pues, sin obediencia, no puede haber poder. Uno podría objetar que no obedecerán a hombres, sino a las leyes que ellos mismos han legislado. Pero a eso replico que todos sabemos cómo la gente hace estas leyes y establecen normas de obediencia a estas leyes hasta en los países más libres y democráticos. Cualquiera que no esté metido en un partido que confunde la ficción con la realidad recordará que, incluso en esos países, el pueblo no obedece las leyes legisladas por él mismo, sino las leyes hechas en su nombre; y que su obediencia a esas leyes jamás puede ser otra cosa que obediencia a la voluntad arbitraria de una minoría tutelar y gobernante; o, en una palabra, un servilismo voluntario.

Nosotros, los anarquistas revolucionarios, que sinceramente queremos la total emancipación popular, vemos con repugnancia otra expresión en este programa: la designación del proletariado, los trabajadores, como *clase* y no como masa. ¿Sabéis lo que eso significa? Es nada más ni nada menos que el gobierno aristocrático de los obreros de fábricas y de las ciudades sobre los millones que constituyen el proletariado rural, quienes, en las previsiones de los socialdemócratas alemanes, se convertirán, en efecto, en los súbditos de su llamado Estado Popular. La «clase», el «poder», el «Estado» son tres términos inseparables, uno de los cuales presupone los otros dos, y que se resumen en lo siguiente: *el sometimiento político y la explotación económica de las masas.*

Los marxistas piensan que, al igual que en el siglo XVIII la burguesía destronó a la nobleza a fin de tomar su lugar y absorber gradualmente y luego compartir con la misma el dominio y la explotación de los trabajadores de las ciudades

y del campo, ahora al proletariado destronará y absorberá a la burguesía y, entonces, en conjunto dominará a los trabajadores rurales...

Aunque difiriendo a este respecto con nosotros, ellos no rechazan por completo nuestro programa. Sólo nos reprochan querer apresurarnos por acelerar la lenta marcha de la historia y por ignorar la ley científica de revoluciones sucesivas en períodos inevitables. Habiendo proclamado en sus obras de análisis filosófico del pasado que la cruenta derrota de los campesinos insurrectos alemanes y el triunfo de los Estados despóticos en el siglo XVI constituían un gran movimiento de avance revolucionario, ahora tienen las agallas de pedir el establecimiento de un nuevo despotismo, supuestamente en beneficio de los trabajadores urbanos y en detrimento de los trabajadores del campo.

Esta misma lógica lleva a los marxistas directa y fatalmente a lo que nosotros denominamos el *socialismo burgués* y a la conclusión de un nuevo pacto político entre los burgueses «radicales», o que se ven obligados a serlo, y la mayoría aburguesada «inteligente» y «respetable» de los trabajadores urbanos, en detrimento de las masas proletarias no sólo en el campo, sino también en las ciudades.

Tal es el significado de las candidaturas obreras a los parlamentos de los Estados existentes y el de la conquista del poder político. ¿Acaso no es evidente que la naturaleza popular de ese poder nunca será otra cosa que una ficción? Obviamente es imposible que miles, en realidad unos pocos miles, de personas ejerzan ese poder eficazmente. Necesariamente tendrán que ejercer ese poder representados por terceros, confiarlo a un grupo de hombres elegidos para representarlos y gobernarlos... Después de un breve período de libertad o euforia revolucionaria, estos nuevos ciudadanos del nuevo Estado se despertarán para encontrarse nuevamente como peones y víctimas de los nuevos grupos de poder...

Tengo toda la confianza en que, en unos pocos años,

hasta los trabajadores alemanes irán por el camino que más les convenga, siempre y cuando nos permitan tener la misma libertad. Hasta reconocemos la posibilidad de que su historia, su naturaleza especial, el estado de su civilización y toda su situación hoy les obligue a seguir ese camino. Que los trabajadores alemanes, americanos e ingleses y los de otras naciones marchen con la misma energía hacia la destrucción de todo el poder político, que haya libertad para todos y un respeto natural por esa libertad, tales son las condiciones esenciales de la solidaridad internacional.

A fin de apoyar su programa para la conquista del poder político, Marx dispone de una teoría muy especial, que no es otra cosa que la consecuencia lógica de todo su sistema. Sostiene que la condición política de cada país siempre es el producto y la fiel expresión de su situación económica; para cambiar la primera sólo es necesario transformar la segunda. En eso radica todo el secreto de la evolución histórica según Marx. No toma en consideración los otros factores de la historia, tal como la omnipresente reacción de las instituciones políticas, jurídicas y religiosas dentro de la situación económica. Él dice: «La pobreza produce la esclavitud política, el Estado». Pero no permite que se dé la vuelta a estas palabras para decir: «La esclavitud política, el Estado, reproduce a su vez la pobreza y la mantiene como condición de su propia existencia, de modo que para destruir la pobreza, ¡es necesario destruir el Estado!». Y resulta extraño que Marx, quien prohíbe que sus discípulos consideren la esclavitud política, el Estado, como la verdadera causa de la pobreza, ¡ordene a sus seguidores en el Partido Socialdemócrata que consideren la conquista del poder político como una condición preliminar absolutamente necesaria para la emancipación económica!

[Insertamos aquí un párrafo del discurso de Bakunin en septiembre de 1869, durante el Congreso de la Internacional, en el cual presenta otra objeción a la teoría del determinismo económico de Marx.]

El informe del Consejo General de la Internacional [redactado por Marx] dice que, debido a que el hecho jurídico no es más que la consecuencia del hecho económico, es por tanto necesario transformar este último a fin de eliminar al primero. Es un hecho incontestable que lo que se ha llamado derecho jurídico o político en la historia siempre ha sido la expresión y el producto de un hecho concreto. Pero también es incontestable que, después de haber sido el efecto de actos o hechos previamente sucedidos, este derecho causa a su vez otros efectos, transformándose en un hecho muy real y poderoso que se debe eliminar si se desea un orden diferente al actual de las cosas. Y, de este modo, el derecho hereditario, después de haber sido la consecuencia natural de la apropiación violenta de la riqueza natural y social, luego se convirtió en la base del Estado político y de la familia jurídica, que garantizan y defienden la propiedad privada...

Del mismo modo, Marx soslaya completamente un elemento de suma importancia en el desarrollo histórico de la humanidad, es decir, el temperamento y el carácter peculiares de cada raza y cada pueblo que en sí mismos son el producto natural de un sinnúmero de causas étnicas, climatológicas, económicas e históricas, pero que ejercen, incluso aparte e independientes de las condiciones económicas de cada país, una influencia considerable en sus destinos y hasta en el desarrollo de sus fuerzas económicas. Entre estos elementos y aquellos denominados características naturales, hay uno cuya acción es completamente decisiva en la historia particular de cada pueblo; se trata de la intensidad del espíritu de revuelta y, con ella, me refiero a la parte de libertad de que está dotado o que ha conservado cada pueblo. Este instinto es un hecho completamente primordial y animal; uno lo encuentra en diversos grados en cada ser viviente, y la energía y el poder vital de cada uno deben ser medidos por su intensidad. En el Hombre este instinto, aparte de las necesidades económicas que le impulsan, se convierte en el agente más poderoso de la total emancipación humana. Y, debido

a que es un asunto más de temperamento que de intelecto o cultura moral, a veces sucede que un pueblo civilizado lo posee sólo en un grado débil, ya sea porque lo ha agotado en su desarrollo previo, o porque su civilización le ha desprovisto del mismo, o posiblemente porque desde el principio estuvo menos dotado de él que otros pueblos...

El razonamiento de Marx termina en una contradicción absoluta. Tomando en consideración únicamente la cuestión económica, insiste en que sólo los países más avanzados, aquellos en los que la producción capitalista ha alcanzado el mayor desarrollo, son los más capaces de hacer la Revolución Social. Estos países civilizados, con la exclusión de todos los demás, son los únicos destinados a iniciar y llevar a cabo la revolución. Esta revolución expropiará ya sea por medios pacíficos, graduales, ya sea por medios violentos, a los actuales propietarios y capitalistas. A fin de apropiarse de las tierras y del capital y de llevar a cabo sus intensos programas económicos y políticos, el Estado tendrá que ser muy poderoso y sumamente centralizado. El Estado revolucionario administrará y dirigirá el cultivo de la tierra por medio de sus autoridades asalariadas que comandarán a los ejércitos de campesinos, organizados y disciplinados con ese propósito. Al mismo tiempo, sobre la ruina de los bancos existentes, se levantará un único banco estatal que financiará todo el comercio laboral y nacional.

Rápidamente se hace evidente que un plan, al parecer tan simple, de organización puede entusiasmar la imaginación de los trabajadores, quienes desean tanto la justicia como la libertad y quienes tontamente se imaginan que una puede existir sin la otra; como si, a fin de consolidar y conquistar la justicia y la igualdad, uno pudiera depender de los esfuerzos de los demás, en especial de los gobiernos, sin considerar cómo han sido elegidos o cómo son controlados, para que hablen y actúen en nombre del pueblo. Porque para el proletariado esto, en realidad, no será más que una barraca: un régimen, donde dormirán, se despertarán, trabajarán y

vivirán al son del tambor hombres y mujeres —regimiento donde los astutos y los cultos obtendrán privilegios gubernamentales; y donde aquellos con mentalidad mercenaria, atraídos por la inmensidad de las especulaciones internacionales del banco estatal, encontrarán un amplio campo para negocios lucrativos y secretos.

Habrá esclavitud dentro de este Estado y con el extranjero habrá guerra sin tregua, al menos hasta que las razas «inferiores», latinas y eslavas, cansadas de la civilización burguesa, ya no se resignen más al sometimiento al Estado, que será aún más despótico que el Estado anterior, aunque se llame Estado Popular.

La Revolución Social, tal como la imaginan y la desean los trabajadores latinos y eslavos, es infinitamente más amplia en perspectiva que la propuesta por el programa alemán o marxista. Para ellos no se trata de la emancipación de la clase trabajadora, parsimoniosamente dada en pequeñas cantidades y realizable en un futuro remoto, sino más bien la emancipación completa y real de todos los trabajadores, no sólo en algunas, sino en todas las naciones, «desarrolladas» o «subdesarrolladas». Y el primer lema de esta emancipación no puede ser otro que la *libertad.* No la libertad política burguesa tan ensalzada y recomendada por Marx y sus partidarios, como primer paso en la conquista de la total libertad, sino una *amplia libertad humana,* una libertad que destruya todos los grillos políticos, metafísicos y dogmáticos que hoy día soportan todos, que brindará a cada uno, tanto cuerpos colectivos como individuales, una total autonomía en sus actividades y su desarrollo, libres de una vez para siempre de inspectores, directores y guardianes.

El segundo lema de esta emancipación es la *solidaridad,* no la solidaridad marxista, decretada desde arriba por un gobierno, por trucos o por la fuerza, sobre la masa; no esa unidad de la totalidad que es la negación de la libertad de cada uno y que, por ese mismísimo hecho, se convierte en falsa, en una ficción que esconde la realidad de la esclavitud,

sino esa solidaridad que es, por el contrario, la confirmación y la realización de toda libertad, pues no tiene sus orígenes en ninguna ley política de ninguna especie, sino en la inherente naturaleza social del Hombre, en virtud de la cual ninguno es libre si todos los demás que le rodean y ejercen una influencia, directa o indirectamente, en su vida, no son igualmente libres...

La solidaridad que se busca, lejos de ser el producto de una organización autoritaria artificial, sólo puede ser el producto espontáneo de la vida social, tanto económica como moral; el resultado de la libre federación de intereses, aspiraciones y tendencias comunes... Tiene como base esencial la *igualdad, el trabajo colectivo* —obligatorio no por ley, sino por la fuerza de las realidades— y la propiedad colectiva; a modo de luz y guía, tiene la experiencia, la práctica de la vida colectiva, el conocimiento y el aprendizaje; como último objetivo, el establecimiento de una humanidad libre que comienza con la caída de todos los Estados.

Éste es el ideal, no divino, no metafísico, sino el humano y práctico,[25] que corresponde a las aspiraciones moder-

25. Práctico, en el sentido en que su realización será menos difícil que la de la idea marxista que, además de la mezquindad de su programa, tiene el grave inconveniente de ser absolutamente impracticable. No será la primera vez que hombres inteligentes y racionales, partidarios de cosas posibles y prácticas, sean llamados «utópicos» y aquellos que ahora son calificados de «utópicos» mañana sean reconocidos como hombres prácticos. El absurdo del sistema marxista consiste precisamente en la vana esperanza de que, delimitando excesivamente el programa socialista para que resulte aceptable a los burgueses radicales [liberales], transformará a estos últimos en siervos involuntarios y desganados de la Revolución Social. Éste es el gran error. Todas las experiencias de la historia demuestran que una alianza hecha entre diferentes partidos siempre se presta al beneficio del partido más reaccionario; esta alianza debilita necesariamente al partido más progresista al disminuir y distorsionar su programa, al reducir su fortaleza moral y su confianza en sí mismo; mientras que un partido reaccionario, cuando es culpable de falsedad, está actuando de forma normal y simplemente es fiel a sí mismo, y hasta se las arregla para conseguir la reputación inmerecida de veraz. Uno no debe olvidarse jamás del ejemplo de Mazzini, quien, pese a su rígido republicanismo, se pasó toda la vida pactando con la monarquía y siempre terminó siendo su títere. Tampoco vaciló en manifestar que todos los coque-

nas de los pueblos latinos y eslavos. Ellos quieren una libertad plena, una solidaridad completa, una igualdad absoluta; en suma, quieren una humanidad a gran escala y no aceptarán nada menos, siquiera con el pretexto de que la libertad limitada sólo es temporal. Los marxistas denunciarán estas aspiraciones como locuras, como hace tiempo ya lo hacen, pero los pueblos latinos y eslavos jamás intercambiarán estos objetivos magníficos por los lugares comunes totalmente burgueses del socialismo marxista.

---

teos marxistas con la burguesía radical, ya sea reformista o «revolucionaria», sólo pueden conducir a la desmoralización y desorganización del naciente poder del proletariado y, en consecuencia, a una nueva consolidación del poder establecido de los gobernantes burgueses.

La insurrección comunista de la Comuna de París de marzo de 1871 inauguró la Revolución Social. La importancia de esta revolución reside, no en los intentos muy débiles que la Comuna tuvo el tiempo y la oportunidad de realizar, sino más bien en las ideas que avivó, la luz deslumbrante que arrojó a la verdadera naturaleza y finalidad de la Revolución, y las esperanzas que se han despertado en todos lados. Generó un tremendo poder entre las masas de todos los países, en especial en Italia, donde el despertar popular nació de esta insurrección contra el Estado.

El efecto de esta revuelta ha sido tan poderoso que los mismos marxistas, cuyas ideas fueron totalmente rebatidas por esos hechos, se han visto en la obligación de sacarse el sombrero ante ella. En realidad, hicieron algo más que eso: contra la lógica más elemental y sus propios sentimientos reales, proclamaron que su causa y programa son los de ellos, Han visto el poder apasionado que esta revolución ha encendido en todos. *[Nota de Bakunin.]*

# 1872
# La Internacional y Karl Marx

*El siguiente texto, «La Internacional y Karl Marx»,*[26] *se centra —al igual que «La Comuna de París y la idea del Estado» y los escritos de la carta a* La Liberté *y* Estado y anarquía*— en la crítica de Bakunin al marxismo; crítica que es siempre más pertinente a medida que continúa en todos lados la revaluación del marxismo.*

*Este texto fue escrito cuando el enfrentamiento decisivo entre las facciones autoritarias y antiautoritarias de la Internacional había alcanzado su punto culminante con la expulsión de Bakunin y Guillaume durante el célebre Congreso de La Haya en 1872. La primera parte se refiere a la conducta de Marx en la Internacional y señala las diferencias de principio y tácticas entre las dos facciones opuestas. Asimismo, trata de los principios básicos del sindicalismo revolucionario, incluyendo una crítica del marxismo, en especial en relación con el movimiento obrero. Bakunin desarrolla temas vitales como: 1) los liberales burgueses prolaboristas; 2) si debe el Consejo General asumir poderes dictatoriales en la Internacional; 3) si la Internacional debe ser un modelo de la nueva sociedad que está tratando de construir o una réplica del Estado; 4) la relativamente próspera «casta semiburguesa de artesanos y obreros industriales»*

26. Bakunin, *L'Empire Knouto-Germanique et la Révolution Sociale, Oeuvres,* París, 1910, págs. 393-480.

*que fácilmente podrían constituir una «cuarta clase gobernante» (siendo las otras tres la Iglesia, la burocracia de Estado y los capitalistas); y 5) la confianza de Bakunin en el potencial revolucionario de las masas más oprimidas, más pobres y alienadas que él denomina «la flor del proletariado».*

*La segunda parte trata principalmente de la critica de Bakunin a la teoría marxista del materialismo histórico y del determinismo económico, sosteniendo que los acontecimientos decisivos que conforman las «leyes de la historia» fatalistas de Marx no son ni inevitables, ni necesariamente progresivas.*

Cuando se trata de explotar, la burguesía practica la solidaridad. Para combatirla, los explotados deben hacer lo mismo; y la organización de esta solidaridad es el único objetivo de la Internacional. Este objetivo, tan simple y tan claramente expresado en los estatutos originales, es la única obligación legítima que todos los miembros, secciones y federaciones de la Internacional deben aceptar. Y esto ya se ha llevado a cabo. Lo demuestra el hecho de que, en apenas ocho años, más de un millón de trabajadores se han afiliado y unido sus fuerzas bajo la bandera de esta organización que, de hecho, se ha convertido en un poder verdadero, un poder al que ahora los monarcas más poderosos se ven obligados a prestar atención.

Pero todo poder implica ambiciones, y el señor Marx y compañía, sin haber jamás tenido en cuenta la naturaleza y la fuente del poder prodigioso de la Internacional, parecen imaginarse que pueden transformarla en un medio o instrumento para la realización de sus propias pretensiones políticas. El señor Marx, quien fue uno de los principales iniciadores de la Internacional (un título de gloria que nadie puede poner en duda) y quien en los últimos ocho años ha prácticamente monopolizado el Consejo General, tendría que haber comprendido mejor que nadie dos cosas que son evidentes y que sólo los cegados por la vanidad y la ambición pueden ignorar: 1.°) que el espléndido crecimiento

de la Internacional se debe *a la eliminación en su programa oficial y en sus normas* de todas las cuestiones políticas y filosóficas, y 2.°) al estar basadas todas sus secciones y federaciones en el principio de la autonomía y la libertad, la Internacional felizmente se ha visto liberada de la presencia de un *centralizador* o director que naturalmente impediría y paralizaría su crecimiento. Antes de 1870, precisamente en el período de la mayor expansión de la Internacional, el Consejo General de la Internacional no interfirió con la libertad y la autonomía de las secciones y federaciones; no porque careciera de la voluntad de dominar, sino únicamente porque carecía del poder necesario para hacerlo y porque nadie le hubiera obedecido. El Consejo General era un apéndice que se arrastraba detrás del movimiento espontáneo de los trabajadores de Francia, Suiza, España e Italia.

En lo que se refiere a la cuestión política, todo el mundo sabe que, si fue eliminada del programa de la Internacional, no fue culpa del señor Marx. Tampoco se debe a ningún cambio de opinión del autor del famoso *Manifiesto* de los comunistas alemanes publicado en 1848 por él y su amigo y cómplice, el señor Engels. Tampoco dejó de poner de manifiesto esta cuestión en la «Proclama Inaugural» —circular dirigida a todos los trabajadores de todos los países—, publicada en 1864 por el Consejo General Provisional de Londres. El único autor de esa «Proclama» fue el señor Marx.[27]

En ese documento, el jefe de los comunistas autoritarios alemanes acentuaba que «la conquista del poder político es la primera tarea del proletariado...».

El Primer Congreso de la Internacional (Ginebra, 1866) cortó en sus mismas raíces el intento del señor Marx —quien ahora actúa como el dictador de nuestra gran aso-

27. Se refiere a la «Declaración de la Asociación Internacional de Trabajadores», escrito en 1864 y traducido en 1865 al francés por Charles Longuet con el título *Manifeste de l'Association Internationale des Travailleurs.*

ciación— de aplicar este principio político. Ha sido completamente eliminado del programa y de los estatutos[28] adoptados por aquel congreso, que sigue siendo la base de la Internacional. Haced el esfuerzo de leer los magníficos «Considerandos» que son el Preámbulo de nuestros estatutos generales y veréis que la cuestión política está tratada con estas palabras:

> Considerando que la emancipación de los trabajadores debe ser la tarea de los mismos trabajadores; que los esfuerzos de los trabajadores por lograr su emancipación no deben ser para reconstituir nuevos privilegios, sino para establecer, de una vez por todas, derechos y obligaciones iguales; que la esclavitud de los trabajadores al capital es la fuente de toda servidumbre —política, moral y material—; que por esta razón *la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que se deben subordinar todos los movimientos políticos,* etcétera.[29] [Todos los subrayados son de Bakunin. N. de S. D.]

Esta frase clave de todo el programa de la Internacional rompe las cadenas que atan al proletariado a la política de la burguesía. Al reconocer esta verdad, el proletariado ensanchará aún más el abismo que lo separa de la burguesía con cada medida que tome.

La Alianza,[30] sección ginebrina de la Internacional, ha interpretado ese párrafo de los «Considerandos» en los siguientes términos:

> La Alianza rechaza toda acción política que no tenga como objetivo inmediato y directo el triunfo de los trabajadores

28. Escrito por Marx y adoptado sin modificaciones por el Congreso de Ginebra.

29. Los «Considerandos» fueron adoptados en sus versiones francesa y alemana, junto con el texto inglés, por el Congreso de Ginebra de 1866.

30. La Asociación Internacional de Democracia Social, fundada por Bakunin y otros en 1866. Su programa fue la base ideológica del ala libertaria de la Primera Internacional.

> sobre el capitalismo. En consecuencia, fija como su objetivo final la abolición del Estado, de todos los Estados [para ser reemplazados] por la federación universal de todas las asociaciones locales por medio de la libertad y en libertad.

Contrario a esto, el Partido Socialdemócrata de Trabajadores Alemanes, fundado en 1869 bajo los auspicios de los señores Marx, Liebknecht y Bebel, anunció en su programa que «la conquista del poder político era la condición indispensable de la emancipación económica del proletariado» y que, en consecuencia, el objetivo inmediato del partido debe ser la organización de una gran campaña legal para conquistar el sufragio universal y todos los demás derechos políticos. El objetivo final era el establecimiento de un Gran Estado Pangermánico, el denominado Estado Popular.

Entre estas dos tendencias, existen las mismas concepciones conflictivas y el mismo abismo que separan al proletariado de la burguesía. ¿Es, por tanto, sorprendente que estos adversarios irreconciliables chocaran en la Internacional, que la lucha entre ellos, en todas las formas y en todas las ocasiones posibles, aún continúe llevándose a cabo? La Alianza, fiel al programa de la Internacional, rechaza con desdén toda colaboración con la política burguesa, por más disfraz radical y socialista que lleve. Aconseja al proletariado que la única emancipación verdadera, la única política que realmente les beneficia, es la política exclusivamente *negativa* de demoler las instituciones políticas, el poder político, el gobierno en general y el Estado, y que, para lograrlo, es necesario unificar las fuerzas dispersas del proletariado en una organización Internacional, un poder revolucionario dirigido contra el poder atrincherado de la burguesía.

Los socialdemócratas alemanes propugnan una política absolutamente distinta. Dicen a esos trabajadores, que por desgracia les prestan atención, que la tarea primera y de mayor urgencia de su organización consiste en ganar los dere-

chos políticos por medio de la agitación legal. De ese modo subordinan el movimiento por la emancipación económica a un movimiento exclusivamente político; y, con esta obvia inversión de todo el programa de la Internacional, de un solo golpe llenan el abismo que había sido abierto por la Internacional entre el proletariado y la burguesía.

Y han hecho algo más. Han atado al proletariado al rumbo de la burguesía. Porque resulta evidente que todo este movimiento político, expuesto con tanto entusiasmo por los socialistas alemanes, ya que debe preceder a la revolución económica, sólo puede ser dirigido por la burguesía, o lo que aún es peor, *por trabajadores convertidos en burgueses por su vanidad y ambiciones.* Y, de hecho, este movimiento, al igual que todos sus predecesores, sustituirá una vez más al proletariado y lo condenará a ser el instrumento ciego, la víctima, para ser utilizada y luego sacrificada en la batalla entre los partidos burgueses rivales por el poder y el derecho al dominio y a la explotación de las masas. A cualquiera que dude de esto sólo debemos mostrarle lo que ahora sucede en Alemania, donde los órganos de la socialdemocracia cantan himnos de alegría al ver un congreso de burgueses profesores de economía política que confían el proletariado a la protección paternalista de los Estados; y ha ocurrido en Suiza —allí donde predominó el programa marxista, en Ginebra, Zúrich, Basilea—, programa que la Internacional ha declinado hasta el punto de sólo ser una fuente de votos en beneficio de los burgueses radicales. Estos hechos irrebatibles me parecen más elocuentes que cualquier palabra.

Estos hechos son reales y son un efecto natural del triunfo de la propaganda marxista. Y es por esta razón que nosotros luchamos a muerte contra las teorías marxistas, convencidos de que, si triunfasen en toda la Internacional, lo menos que harían sería matar su espíritu, así como ya lo han hecho en gran parte en los sitios a que me he referido.

La verdad es que hemos deplorado, y aún deploramos,

profundamente la inmensa confusión y la desmoralización que estas ideas han causado al detener el maravilloso y prometedor crecimiento de la Internacional y que casi han destrozado la organización. Pese a esto, ninguno de nosotros ha ni tan sólo soñado jamás con no permitir que el señor Marx y sus fanáticos discípulos divulguen sus ideas en nuestra gran asociación: de hacerlo, violaríamos nuestro principio fundamental: *absoluta libertad para divulgar las ideas políticas y filosóficas.*

La Internacional no permite a ningún censor y ninguna verdad oficial en cuyo nombre se pueda imponer la censura. Hasta ahora, la Internacional se ha negado a darle este privilegio a la Iglesia o al Estado y se debe precisamente a este hecho el que el crecimiento increíblemente rápido de la Internacional haya sorprendido al mundo.

Esto es lo que el Congreso de Ginebra (1866) comprendió mejor que el señor Marx. El efectivo poder de nuestra asociación, la Internacional, radicaba en la eliminación en su programa de todos los planteos políticos y filosóficos, no como *temas de discusión y estudio sino como principios obligatorios* que todos los miembros debían aceptar.

Es verdad que en el segundo congreso de la Internacional (Lausana, 1867), amigos mal informados, no enemigos, se movieron para la adopción de un plan político. Pero, por fortuna, la cuestión de la política fue formulada de forma inofensiva en esta platónica declaración: «que la cuestión política es inseparable de la cuestión económica», una declaración que suscribiría cualquiera de nosotros. Porque resulta evidente que la política, es decir, las instituciones y las relaciones de los Estados, no tienen otro objeto que asegurar a las clases gobernantes la explotación legal del proletariado. En consecuencia, desde el momento en que el proletariado toma conciencia de que se debe emancipar, necesariamente se debe preocupar por el juego de la política a fin de luchar y derrotarlo. Nuestros adversarios no entienden el problema en este sentido. Lo que ellos buscan y

hasta desean es la política *constructiva* del Estado. Pero, al no encontrar un sentimiento favorable en Lausana, se abstuvieron sabiamente de presentar la cuestión.[31]

En 1868, lo trataron nuevamente en el Congreso de Bruselas. Los internacionalistas belgas, al ser comunalistas, es decir, antiautoritarios y anticentralistas por historia y tradición, no ofrecieron a nuestros oponentes ninguna posibilidad de éxito. Una vez más, no insistieron en la cuestión política.

¡Tres años de derrotas! Esto fue demasiado para la ambición impaciente del señor Marx. Ordenó a su ejército hacer un ataque directo. Y esa orden fue llevada a cabo en el congreso de Basilea (1869). Las circunstancias parecían favorables. El Partido Socialdemócrata tenía tiempo suficiente para organizarse en Alemania bajo la dirección del señor Liebknecht y Bebel. El partido tenía conexiones con la Suiza alemana, en Zúrich y Basilea, e incluso en la sección alemana de la Internacional en Ginebra. Fue la primera vez que estuvieron presentes en gran número los delegados alemanes en un congreso de la Internacional.

...Aunque bien preparados para la gran batalla, los marxistas perdieron. [...] Poco después de su derrota en ese congreso, el Consejo General, que de hecho era el comodín de Marx, se despertó de su forzado letargo (tan saludable para la Internacional) y lanzó una ofensiva. Comenzó con un torrente de odiosas falsedades y complots contra aquellos que se animaban a discrepar con la *claque* de Marx, todo esto fue difundido por periódicos alemanes y en todos los países con cartas y circulares secretas y confidenciales y por toda clase de agentes reclutados de distintas maneras en el campo marxista.

Esto fue seguido por la Conferencia de Londres (sep-

31. Bakunin quiso decir que los marxistas se habían abstenido de presentar un programa positivo proponiendo al proletariado «La conquista del poder político». [James Guillaume.]

tiembre de 1871), la cual, preparada por el largo brazo del señor Marx, aprobó todo lo que él quería: la conquista del poder político como parte integral del programa obligatorio de la Internacional y la dictadura del Consejo General, es decir, la dictadura personal del señor Marx y, en consecuencia, la transformación de la Internacional en un inmenso Estado monstruoso con él como jefe.

La legitimidad de esa conferencia ha sido disputada. El señor Marx, un hábil manipulador político, sin duda ansioso de probar al mundo que, aunque carecía de armas de fuego y cañones, las masas aún podían ser gobernadas con mentiras, libelos e intrigas, organizó el Congreso de La Haya en septiembre de 1872. Apenas habían pasado dos meses desde ese congreso,[32] y ya en toda Europa (con excepción de Alemania, donde los trabajadores sufren lavados de cerebro con las mentiras de sus líderes y su prensa) y en las federaciones libres (belga, holandesa, inglesa, norteamericana, francesa, española, italiana, sin olvidar nuestra excelente federación Jurásica [Suiza] se ha levantado una oleada de indignación contra la burla cínica que pretende autodenominarse el verdadero Congreso de la Internacional. Gracias a una mayoría comprada y ficticia, compuesta casi exclusivamente por miembros del Congreso General, hábilmente utilizada por el señor Marx, todo ha sido disfrazado, falsificado, brutalizado. La justicia, el sentido común, la honestidad y el honor de la Internacional fueron funestamente rechazados, su propia existencia puesta en peligro; todo esto a fin de establecer la dictadura del señor Marx. No es solamente algo criminal, es una locura. Empero, al señor Marx, que se considera el padre de la Internacional (sin la menor duda fue uno de los fundadores), ¡no le importa nada y permite todo esto! A esto pueden llevar la vanidad personal, la sed de poder y, sobre todo, la ambición política. Porque Marx es personalmente responsable de todos estos actos. Marx, pese

32. Esto fue escrito el 4 de noviembre de 1872.

a todas sus malas acciones, conscientemente ha hecho un gran servicio a la Internacional al demostrar de la manera más dramática y evidente que, si algo puede matar la Internacional, es la introducción de la política en su programa.

La Asociación Internacional de Trabajadores, como he dicho, no hubiese crecido de forma tan fenomenal si no hubiera eliminado de sus estatutos y de su programa todas las cuestiones políticas y filosóficas. Esto queda claro y es verdaderamente sorprendente que sea necesario demostrarlo una vez más.

Pienso que no necesito demostrar que, para que la Internacional sea un verdadero poder, tiene que ser capaz de organizar dentro de sus rangos a la inmensa mayoría del proletariado europeo. Pero ¿qué programa político o filosófico puede congregar bajo sus banderas a estos millones [de personas]? Únicamente un programa que sea muy general, en consecuencia vago e indefinido, ya que cualquier definición teórica necesariamente implica la eliminación y, en la práctica, la exclusión de miembros.

Por ejemplo: hoy no existe ninguna filosofía seria que no tome como punto de partida al *negativo* ateísmo. (Históricamente se hizo necesario negar los absurdos teológicos y metafísicos.) Pero ¿acaso creéis que, si esta simple palabra «ateísmo» hubiera sido inscrita en la bandera de la Internacional, esta asociación habría sido capaz de atraer más de unos pocos centenares de miembros? Por supuesto que no; no porque la gente sea realmente religiosa, sino porque creen en un Ser Superior; y continuarán creyendo en un Ser Superior hasta que una Revolución Social les brinde los medios de lograr aquí en la tierra sus aspiraciones. Es cierto que, si la Internacional hubiera exigido que todos sus miembros fueran ateos, hubiese excluido de sus rangos a la flor y nata del proletariado.

Para mí, la flor y nata del proletariado no es, como para los marxistas, la capa superior, la aristocracia del trabajo, aquellos que son más cultos, que ganan más y viven con más

comodidades que los demás trabajadores. Precisamente, esa capa semiburguesa de trabajadores, si los marxistas logran lo suyo, constituirá la *cuarta clase gobernante.* Esto, por cierto, podría suceder si la gran masa del proletariado no se defiende contra ella. En virtud de su posición semiburguesa y de su relativo bienestar, esta capa superior de trabajadores, por desgracia, está profundamente saturada de todos los prejuicios sociales y políticos y de todas las estrechas aspiraciones y pretensiones de la burguesía. De todo el proletariado, esta capa superior es la menos social y la más individualista.

Por la *flor y nata del proletariado,* yo entiendo gran masa, esos millones de analfabetos, los desheredados, los miserables, los pobres, a quienes los señores Marx y Engels someterían a una administración paternalista con un *gobierno fuerte.*[33] ¡Naturalmente, para la propia salvación del pueblo! Supuestamente todos los gobiernos se establecen únicamente para cuidar el bienestar de las masas. Por la flor y nata del proletariado, precisamente me refiero a la eterna «carne» (de la que comen los gobiernos), la gran *chusma del pueblo* (los desposeídos, «la hez de la sociedad»), comúnmente denominados por Marx y Engels, según la pintoresca y despreciativa expresión de *Lumpenproletariat.* Yo pienso en la «canalla», esa «hez» casi incontaminada por la civilización burguesa, que lleva en su ser interior y en sus aspiraciones todas las necesidades y miserias de su vida colectiva, todas las semillas del socialismo del futuro, y que hoy día es lo suficientemente poderosa como para inaugurar y conseguir el triunfo de la Revolución Social.

En casi todos los países, esta «hez» se negaría a entrar en la Internacional si esta asociación tuviera un compromiso oficial con el ateísmo. Sería un golpe fuerte si rechazaran a la Internacional, porque de ellos depende todo el éxito de nuestra gran asociación.

Ocurre exactamente lo mismo con todas las direccio-

33. Palabras de Engels en una carta dirigida a Cafiero.

nes políticas. Por más que intenten los señores Marx y Engels, no podrán cambiar lo que es manifiesta y universalmente evidente; no existe ningún principio político capaz de inspirar y llevar a las masas a la acción. Los intentos de movilizar a las masas colapsaron después de unos años, incluso en Alemania. Lo que las masas quieren en primer lugar es su inmediata emancipación económica; para ellos esta emancipación es equivalente a la libertad y la dignidad humanas, un problema de vida o muerte. Si hoy existe un ideal al que las masas pueden adherirse de forma apasionada, éste es el de la igualdad económica. Y las masas tienen mil veces razón porque, mientras no cambie la situación presente y sea reemplazada por la igualdad económica, todo lo que constituye el valor y la dignidad de la existencia humana (la libertad, la ciencia, el amor, la inteligencia y la solidaridad fraterna) seguirá siendo para ellos una desilusión horrible y cruel.

La pasión instintiva de las masas por la igualdad económica es tan grande que, si tuvieran esperanzas de recibirla de un régimen despótico, sin la menor duda y con poca reflexión, se entregarían al despotismo. Por fortuna, la experiencia humana ha sido muy útil incluso para las masas. Hoy, en todas partes, están empezando a comprender que ningún despotismo ha logrado o podido tener la voluntad o el poder de brindarles la igualdad económica. El programa de la Internacional es felizmente muy explícito respecto a esta cuestión: *la emancipación de los trabajadores sólo pueden lograrla los mismos trabajadores.*

¿No es acaso sorprendente que el señor Marx haya creído posible sacar de esta precisa declaración, que probablemente él mismo escribió, su socialismo científico? ¡Porque la organización y el gobierno de una nueva sociedad, en manos de sabios socialistas, es el peor de todos los gobiernos despóticos!

Pero, gracias a la grande y querida gente de la calle, la «hez», a quienes mueve un instinto tan invencible como jus-

to, todos los esquemas gubernamentales de esta pequeña minoría de la clase trabajadora, ya disciplinada y encaminada a convertirse en los soldados de un nuevo despotismo, el socialismo científico del señor Marx, jamás les será impuesto y está condenado a ser sólo un sueño. Esta nueva experiencia, quizás la más triste de las experiencias, no afligirá a la sociedad porque el proletariado de todos los países hoy está animado por una profunda desconfianza para con todo lo político y todos los políticos, sea cual sea el color de su partido. Todos ellos, desde los republicanos «más rojos» a los monárquicos más ardientes por igual han engañado, oprimido y explotado al pueblo.

Tomando en consideración los sentimientos de las masas, ¿cómo puede esperar alguien atraerlas con un programa político específico? Y, en el supuesto de que las masas se permitan entrar en la Internacional, tal como ocurre, ¿cómo puede alguien esperar que el proletariado de todas las tierras, que tanto difiere en temperamento, en cultura, en desarrollo económico, soportaría el yugo de un programa político uniforme? Sólo los dementes pueden imaginarse semejante posibilidad. No obstante, el señor Marx no sólo disfruta imaginándoselo: quiere lograr esta proeza. Con un despótico ataque traicionero,[34] hizo pedazos el pacto de la Internacional, esperando de ese modo, como aún hoy lo hace, imponer un programa político uniforme, *su propio programa*, a todas las federaciones de la Internacional y, en consecuencia, al proletariado de todas las naciones.

Esto ha causado una profunda división en la Internacional. No nos engañemos; se ha fracturado la unidad básica de la Internacional. Esto se ha logrado, repito, con los actos del partido marxista que, en el transcurso de todo el Congreso de La Haya, ha tratado de imponer su voluntad, el pensamiento y la política de su jefe en toda la Internacional.

Si las declaraciones del Congreso de La Haya son toma-

34. Resoluciones del Congreso de La Haya.

das seriamente, nuestra gran asociación no tendría otra alternativa que disolverse. Porque no nos podemos imaginar que los trabajadores de Inglaterra, Holanda, Bélgica, el Jura suizo, España, Estados Unidos, por no mencionar a los eslavos, se someterían a la disciplina marxista.

Sin embargo, si uno está de acuerdo con los distintos políticos de la Internacional —con los jacobinos revolucionarios, los blanquistas, los republicanos democráticos, por no mencionar a los socialdemócratas o los marxistas— en que la cuestión política debe ser parte integrante del programa de la Internacional, uno debe admitir que Marx tiene razón. La Internacional puede ser poderosa únicamente si actúa como una unidad, con un solo programa político para todos. De otra manera habría tantas Internacionales como programas.

Pero como resulta claramente imposible que los trabajadores de todos los diferentes países se unan voluntaria y espontáneamente bajo los mismos programas políticos, se les tendría que imponer este programa único. Para evitar la impresión de que fue introducido en la Internacional por el Consejo General, dominado por los marxistas, un congreso marxista «arreglado» votó a su favor, demostrando de un modo nuevo esta vieja verdad sobre el sistema representativo y el sufragio universal: en nombre de la elección libre de todos, se decreta la esclavitud de todos. Esto es lo que realmente sucedió en el Congreso de La Haya.

Para la Internacional fue lo que la batalla y derrota de Sedan fue para Francia:[35] la invasión victoriana del pangermanismo, no de Bismarck, sino de Marx, imponiendo el programa político de los comunistas autoritarios y los socialdemócratas de Alemania y la dictadura de su jefe sobre el mundo proletario. Para esconder mejor este esquema y endulzar la amarga píldora, este notorio congreso envió a América al Consejo General de marionetas, elegido e ins-

35. Sedan fue la derrota francesa decisiva en la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

truido por el mismo señor Marx, siempre obediente a sus instrucciones secretas, para asumir todas las trampas, el trabajo penoso y las apariencias del poder, mientras que entre bambalinas el señor Marx ejerce el poder verdadero.

Pero por más repugnante que pueda parecer este esquema a almas sensibles y timoratas, se hizo absolutamente necesario a partir del momento en que se presentó la propuesta de incluir la cuestión política en el programa de la Internacional. Ya que se considera necesaria la unidad de acción política, y debido a que no puede aparecer por medio del acuerdo voluntario y espontáneo de las federaciones y secciones de los diferentes países, ésta debe ser impuesta. Únicamente de esta manera se puede crear esta unidad política tan fuertemente deseada y buscada. Pero al mismo tiempo se crea la esclavitud.

En suma: al introducir la cuestión política en el programa y los estatutos oficiales y obligatorios de la Internacional, los marxistas han puesto a nuestra asociación ante un terrible dilema: *o unidad política con esclavitud, o libertad con división y disolución.* ¿Cuál es la opción? Bastante simple: debemos volver a nuestros principios originales y omitir el asunto político específico, dejando de ese modo en libertad a las secciones y federaciones para desarrollar sus propias políticas. Pero ¿acaso cada sección y federación no querrá seguir la política que prefiera?

Sin la menor duda. Pero ¿no se transformará la Internacional en una torre de Babel? Por el contrario, únicamente entonces alcanzará una verdadera unidad, básicamente económica, que la llevará a una real unidad política. Entonces se creará, aunque por supuesto no al mismo tiempo, la gran política de la Internacional; no engendrada por una sola cabeza, ambiciosa y erudita, pero de cualquier modo incapaz de abrazar todas las necesidades de un proletariado por más inteligente que sea,[36] sino por la acción absolutamente

36. Aquí Bakunin se refiere a unas palabras de Sorge, un delegado de

libre, espontánea y concurrente de todos los trabajadores de todos los países.

La fundación de la Internacional, para la unidad tan vanamente buscada en los actuales dogmas políticos y filosóficos, ha sido ya realizada por los sufrimientos, intereses, necesidades y aspiraciones reales y comunes de los trabajadores de todo el mundo. Esta solidaridad no se debe crear artificialmente. Es un hecho, es la vida misma, una experiencia cotidiana en el mundo del trabajador. Y lo único que queda por hacer es convencerle de este hecho y ayudarle a organizarlo conscientemente. Este hecho es la *solidaridad para las exigencias económicas*. Este eslogan es, en mi opinión, el único y, a la vez, realmente más importante logro de los primeros fundadores de nuestra asociación, entre los cuales, como siempre me gusta recordar, el señor Marx ha desempeñado un papel de gran importancia y utilidad, salvo en sus esquemas políticos, que el Congreso de Ginebra (1866) sabiamente eliminó del programa que él había presentado.

Siempre he evitado llamar al señor Marx y sus numerosos colaboradores los «fundadores» de la Internacional, no porque yo esté movido a ello por bajos instintos con el fin de rebajar o disminuir sus méritos; por el contrario, insisto en darles todo el crédito que se merecen. Ahora bien, estoy convencido de que la Internacional no ha sido un producto suyo, sino el fruto del mismo proletariado. Ellos (Marx y compañía) fueron de alguna manera la comadrona y no la madre. El gran autor (sin saberlo, como suele ocurrir a los autores de grandes cosas) fue el proletariado, representado por unos pocos cientos de trabajadores anónimos, franceses, ingleses, belgas, suizos y alemanes. Fue su profundo y preciso instinto de trabajadores, aguzado por los sufrimientos inherentes a su condición, lo que los impulsó a encon-

Estados Unidos al Congreso de La Haya: «Los partidarios de la autonomía dicen que nuestra organización no tiene necesidad de una cabeza. Nosotros, por el contrario, pensamos que *debemos* tenerla, con mucha materia gris en su interior» [James Guillaume].

trar el principio verdadero y el verdadero propósito de la Internacional. Tomaron como punto de partida las necesidades comunes ya existentes y vieron *la organización internacional del conflicto económico contra el capitalismo* como el verdadero objetivo de esta asociación. Al darle exclusivamente esta base y este objetivo, los trabajadores establecieron de inmediato todo el poder de la Internacional. Abrieron de par en par las puertas a millones de oprimidos y explotados sin tener en cuenta sus creencias, sus niveles culturales o su nacionalidad.

No se puede cometer el error de exigir más de lo que una institución o un hombre pueden dar. Al exigirles más, se los desmoraliza, obstaculiza, pervierte e inutiliza totalmente para cualquier acción constructiva. En poco tiempo la Internacional produjo grandes resultados. Organizó y continuará organizando masas cada vez más numerosas del proletariado para luchas económicas. ¿Se deprende de esto que se puede utilizar al proletariado también como instrumento en la lucha política? Debido a que así lo pensó, el señor Marx casi destruyó la Internacional en el Congreso de La Haya. Es la vieja historia de la gallina de los huevos de oro. Ante la convocatoria a unir fuerzas para la lucha económica, las masas de trabajadores de distintos países se apresuraron a unirse bajo la bandera de la Internacional, y el señor Marx se imaginó que las masas permanecerían agrupadas bajo ella —¿qué digo?—, que se apresurarían a unirse en cantidades aún mayores cuando él, el nuevo Mesías, hubiera inscrito los mandamientos de su nuevo decálogo en nuestra bandera, en el programa oficial y unificador de la Internacional.

Éste fue su error. Las masas, sin considerar su nivel de cultura, creencias religiosas, país o idioma, comprendían el lenguaje de la Internacional cuando les hablaba de su pobreza, sus sufrimientos y su esclavitud bajo el yugo del capitalismo. Respondieron cuando se les explicó la necesidad de unirse en una gran lucha común. Pero allí se les habló acer-

ca de un programa político —muy culto y, sobre todo, bastante autoritario— que para su propia salvación intentaba —en la misma Internacional en que iban a organizar su propia emancipación— imponerles un gobierno dictatorial (¡únicamente temporal, por supuesto!), dirigido por un hombre extraordinariamente inteligente.

Es una simple locura esperar que las masas de trabajadores de Europa se queden en la Internacional en semejantes circunstancias.

Pero podéis preguntaros: «¿Acaso el éxito admirable [de la Internacional] no ha demostrado que el señor Marx tiene razón, y acaso el Congreso de La Haya no votó a favor de todas sus ponencias?».

Nadie sabe mejor que el mismo Marx lo poco que las resoluciones aprobadas por el infortunado congreso de La Haya expresaban el pensamiento verdadero y las aspiraciones de las federaciones de todos los países. La composición y la manipulación de este congreso han causado tanto dolor y desilusión que nadie tiene la menor esperanza acerca de su valor verdadero. Menos el Partido Socialdemócrata alemán, las federaciones de todos los países —norteamericana, inglesa, holandesa, belga, francesa, la del Jura suizo, española e italiana— protestaron contra todas las resoluciones de este congreso desastroso y desgraciado, y denunciaron con vehemencia sus innobles intrigas.

Pero dejemos a un lado la cuestión moral y tratemos únicamente los puntos principales. Un programa político carece de valor si sólo trata de vagas generalidades. Debe especificar con precisión qué instituciones reemplazarán a aquellas que serán destruidas o reformadas. El programa de Marx es una red completa de instituciones políticas y económicas rígidamente centralizadas y sumamente autoritarias, aprobadas, sin duda, como todas las instituciones despóticas de nuestro tiempo, por el sufragio universal, pero empero subordinadas a un gobierno *muy fuerte*, por citar a Engels, el *alter ego* de Marx, el confidente del autócrata.

Pero ¿por qué se debe insertar este programa en los estatutos oficiales y unificadores de la Internacional? ¿Por qué no el de los blanquistas? ¿Por qué no el nuestro? ¿Podría deberse a que el señor Marx lo creó? Ésta no es una razón. ¿O es porque los trabajadores alemanes parecen aceptarlo? Pero el programa anarquista es aceptado con muy pocas excepciones por todas las federaciones latinas; los eslavos no aceptarían ningún otro. ¿Por qué entonces el programa de los alemanes debe dominar la Internacional, que fue concebida en libertad y sólo puede prosperar en la libertad y por medio de ella?

Queda claro que el deseo de obligar a las federaciones, ya sea por la violencia, por intrigas o por ambas cosas, a aceptar un único programa político arbitrario, debe fracasar; el resultado más probable debiera ser la disolución de la Internacional y su división en numerosos partidos políticos, cada uno promoviendo su propio programa político. Para salvar su integridad y asegurar su progreso, sólo queda un procedimiento: preservar la dirección original y *mantener la cuestión política fuera del programa y estatutos oficiales y obligatorios de la Asociación Internacional de Trabajadores, que fue organizada no para la lucha política sino únicamente con objetivos económicos; y negarse absolutamente a que sea usada por nadie como instrumento político.* Aquellos que [capturen la Internacional] y la comprometan con una política positiva en la lucha entre los partidos políticos rivales [para la conquista del poder estatal] se desmoralizarán de inmediato. Aquellos que tontamente se imaginan que realmente tienen ese poder lo verán escapárseles de entre los dedos y disolverse ante sus propios ojos.

Ahora bien, ¿dejaría la Internacional de preocuparse por las cuestiones políticas y filosóficas? ¿Ignoraría la Internacional el progreso en el mundo del pensamiento así como de los acontecimientos que acompañan la lucha política, o salen de ella, esa lucha dentro de los Estados o entre ellos y se interesaría exclusivamente por los problemas económicos? ¿Se limitaría la Internacional a reunir estadísticas, estu-

diar las leyes de producción y de la distribución de las riquezas, regular los salarios, reunir fondos de huelga, organizar huelgas locales, nacionales e internacionales, establecer sindicatos nacionales e internacionales y fundar mutualidades y cooperativas de producción para los consumidores siempre que le fuera posible?

Nos apresuramos a decir que es absolutamente imposible ignorar las cuestiones políticas y filosóficas. Una preocupación exclusiva por las cuestiones económicas sería fatal para el proletariado. Sin duda alguna, la defensa y organización de sus intereses económicos —un asunto de vida o muerte— debe ser la tarea fundamental del proletariado. Pero resulta imposible que los trabajadores allí se detengan sin renunciar a su humanidad y sin privarse del poder moral e intelectual que es tan necesario para la conquista de sus derechos económicos. En las circunstancias miserables en las que ahora se encuentra el trabajador, el principal problema con el que se enfrenta es el pan para él y su familia. Pero mucho más que cualquiera de las clases privilegiadas actuales, él es un ser humano en la acepción más amplia del término; tiene sed de dignidad, de justicia, de igualdad, de libertad, de humanidad y de conocimiento. Y lucha apasionadamente por conseguir todas estas cosas junto con el disfrute total de los frutos de su labor. En consecuencia, si aún no se han formulado en la Internacional las cuestiones políticas y filosóficas, es porque será el mismo proletariado el que lo haga.

Por un lado, las cuestiones políticas y filosóficas deben quedar excluidas del programa de la Internacional. Por otro, se las debe discutir sin falta. ¿Cómo se puede resolver esta aparente contradicción?

Este problema se resolverá a sí mismo mediante la libertad. Ninguna teoría política o filosófica debe ser considerada como un principio fundamental, o introducirse en el programa de la Internacional. Tampoco debe ser obligatoria la aceptación de cualquier teoría filosófica o política como condición para asociarse, ya que, como hemos visto,

imponer cualquier teoría en las federaciones que componen la Internacional significaría la esclavitud, o resultaría en la división y la disolución, lo que no es menos desastroso. Pero de esto no se desprende que en la Internacional no pueda ocurrir la discusión libre de todas las teorías políticas y filosóficas. Por el contrario, precisamente la existencia misma de una teoría oficial mataría esa discusión al volverla totalmente inútil en vez de viva y vital y al inhibir la expresión y el desarrollo de los propios sentimientos e ideas del trabajador. Tan pronto como se pronuncia una *verdad oficial* —después de haber sido científicamente descubierta por este gran cerebro en solitaria labor—, una verdad proclamada e impuesta en todo el mundo desde la cima del Sinaí marxista, ¿para qué discutir de algo más?

Lo único que queda por hacer es aprender de memoria los mandamientos del nuevo decálogo. Por un lado, si la gente no tiene la verdad y no puede proclamarla, tratará de buscarla. ¿Quién busca la verdad? Todos y, sobre todo, el proletariado, que la desea y necesita mucho más que los demás. Muchos no creen que el proletariado puede por sí mismo encontrar y desarrollar espontáneamente verdaderos principios filosóficos y una verdadera política. Ahora trataré de demostrar de qué manera esto está siendo llevado a cabo en el seno de la Internacional por los trabajadores.

Los trabajadores, como he dicho, se asociaron originariamente a la Internacional con un propósito muy práctico: solidaridad en la lucha a favor de completos derechos económicos y en contra de la explotación opresiva de la burguesía de todas las tierras. Notad que con este único acto, aunque al principio sin darse cuenta de ello, el proletariado toma una postura decididamente negativa en la política. Y esto de dos maneras. Primero y por encima de todo, socava el concepto de las fronteras políticas y de las políticas internacionales de los Estados, la existencia de los cuales depende de la simpatía, la cooperación voluntaria y el patriotismo fanático de las masas esclavizadas. Segundo, crea

un abismo entre la burguesía y el proletariado y ubica al proletariado fuera de la actividad y las maniobras políticas de todos los partidos dentro del Estado; pero, al ponerse fuera de la política burguesa, el proletariado se vuelve necesariamente en contra de ella.

El proletariado, al adherirse a la Internacional, ha tomado inconscientemente una actitud política muy definida. No obstante, ésa es una posición política absolutamente *negativa;* y el error grave, para no decir la traición y el crimen de los socialdemócratas, quienes están exigiendo al proletariado alemán que siga el programa marxista, es que trataron de transformar esta actitud negativa en una colaboración pasiva con la política burguesa.

La Internacional, al poner al proletariado fuera de la política del Estado y del mundo burgués, construyó de ese modo un nuevo mundo, el de los proletarios unidos de todo el mundo. Tal es el nuevo mundo del futuro: el heredero legítimo, pero al mismo tiempo el sepulturero de todas las civilizaciones anteriores, las cuales, basadas en el privilegio, están en completa bancarrota, exhaustas y condenadas a la extinción. Sobre las ruinas de este viejo mundo, sobre la demolición de todas las opresiones humanas y divinas, de toda esclavitud, de toda desigualdad, la Internacional está destinada a crear una nueva civilización. Ésta es la misión y, por tanto, el programa verdadero de la Internacional, no el programa oficial artificial del que ojalá nos protejan todos los dioses cristianos y paganos, sino el que es inherente a la misma naturaleza de la organización.

El programa verdadero —y lo repetiré mil veces— es bastante simple y moderado: *la organización de la solidaridad en la lucha económica del trabajo contra el capitalismo.* Sobre esta base, al principio exclusivamente material, se levantarán los pilares intelectuales y morales de la nueva sociedad. A fin de crear tal sociedad, todos los pensamientos, todas las tendencias filosóficas y políticas de la Internacional, nacidas en el seno del propio proletariado, deben originarse y tomar

como principal punto de partida esta base económica que constituye la esencia misma y el objetivo declarado y obvio de la Internacional. ¿Es esto posible?

Sí, y este proceso está ahora mismo teniendo lugar. Quien se haya mantenido en contacto con los acontecimientos en el seno de la Internacional en los últimos pocos años, se percatará de cómo esto lentamente está teniendo lugar, a veces a un ritmo rápido, otras lento, pero siempre de tres modos diferentes, pero firmemente relacionados: *primero,* con el establecimiento y coordinación de fondos de huelgas y la solidaridad internacional de las huelgas; *segundo,* con la organización y coordinación (federativa) internacional de sindicatos profesionales y de oficios; *tercero,* con *el desarrollo directo y espontáneo de ideas filosóficas y sociológicas en la Internacional,* ideas que inevitablemente se desarrollan en consonancia con los primeros dos puntos y son producidas por esos movimientos.

Consideremos ahora estas tres maneras, diferentes pero inseparables, y comencemos con la organización de fondos de huelga y la solidaridad de huelgas.

Los fondos de huelga sólo tienen como objetivo juntar recursos que hagan posible organizar y mantener huelgas, una tarea siempre costosa. La huelga es el comienzo de la guerra social del proletariado contra la burguesía, una táctica que permanece dentro de los límites de la legalidad. Las huelgas son una táctica valiosa de dos maneras. Primero electrifican a las masas reforzando su energía moral y despertando en ellas el sentido de profundo antagonismo entre sus intereses y los de la burguesía. En consecuencia, contribuyen inmensamente produciendo y manifestando en los trabajadores de todos los oficios, de todas las localidades y de todos los países, la conciencia y el hecho mismo de la solidaridad. De este modo, una acción doble, una negativa, la otra positiva, tiende a crear directamente el nuevo mundo del proletariado al oponerlo de una forma casi absoluta al mundo burgués.

Es significativo que, al respecto, los burgueses socialistas y radicales siempre se han opuesto resueltamente a la idea de huelgas y han hecho esfuerzos desesperados por desalentar al proletariado con las huelgas. Mazzini jamás pudo soportar que se hablara de huelgas; y si sus discípulos, muchos de los cuales desde su muerte se han desmoralizado, desorientado y desorganizado [10 de marzo de 1872], hoy apoyan tímidamente una huelga, esto se debe únicamente a que la propaganda a favor de la Revolución Social ha provocado tal impacto en las masas italianas, y las demandas sociales y económicas se han manifestado con tal poder en las huelgas que simultáneamente han estallado en toda Italia, que temen oponerse a este movimiento, quedarse aislados y perder toda influencia en el pueblo.

Mazzini, junto a todos los burgueses socialistas y radicales de Europa, tenía razón *desde su punto de vista* al condenar las huelgas. Porque, ¿qué quieren hoy los partidarios de Mazzini, tan imbuidos por el espíritu de conciliación que están a punto de unirse a quienes se autodenominan «radicales» en el parlamento italiano? Quieren el establecimiento de un único y gran Estado democrático republicano. Para establecer ese Estado, primero deben derrocar al actual, y para ello es indispensable el apoyo poderoso del pueblo. Una vez que el pueblo haya prestado este gran servicio a los políticos de la escuela de Mazzini, será enviado naturalmente de vuelta a las fábricas y talleres, o a los campos, a reasumir sus labores esenciales. Allí no se someterán a la monarquía paternalista, sino a la protección fraternal del nuevo pero no menos autoritario gobierno republicano. Hoy los trabajadores deben renunciar a las huelgas y apelar a los nuevos gobernantes. Pero ¿cómo se puede hacer para que los socialistas burgueses y radicales actúen a favor de los trabajadores?

¿Apelando a sus instintos socialistas? ¡Imposible! Esto sería el modo más seguro de alimentar el odio y la oposición ciega de todos los capitalistas y propietarios contra ellos mismos y la república de sus sueños. Asimismo es imposible por-

que los socialistas burgueses y radicales quieren precisamente colaborar con estos explotadores y con ellos desean constituir el nuevo gobierno. No pueden establecer un nuevo gobierno de orden con las anárquicas masas «bárbaras e ignorantes», en especial cuando estas masas se han inspirado, en el curso de sus luchas económicas, en la pasión por la justicia, por la igualdad y por su verdadera libertad, algo que es incompatible con cualquier gobierno. Los socialistas radicales y burgueses, en consecuencia, deben evitar la cuestión social (económica) y concentrarse en incitar las pasiones políticas y patrióticas de los trabajadores. Eso hará que sus corazones latan al unísono con los corazones de la burguesía; entonces los trabajadores estarán preparados psicológicamente para prestar a los políticos radicales el precioso servicio que se les exige: el de derrocar al gobierno monárquico.

Pero hemos visto que el primer efecto de las huelgas es destruir esta armonía emocionante y muy beneficiosa con la burguesía. Las huelgas tienen el efecto de recordar a los trabajadores que entre ellos y sus gobernantes existe un abismo y de despertar en el corazón del proletariado las pasiones socialistas y las aspiraciones que son absolutamente incompatibles con el fanatismo político y patriótico. Sí, desde esta perspectiva, Mazzini tenía mil veces razón: ¡las huelgas no se deben permitir!

Mazzini, por las razones que acabo de exponer, desea claramente poner punto final al antagonismo de clases. Pero ¿quiere realmente el señor Marx conservar este antagonismo que hace imposible toda participación de las masas en la política del Estado absolutista? Porque semejante acción política no puede tener éxito a menos que la burguesía entre en ella y únicamente cuando esta clase la desarrolle y la dirija. Marx no puede ignorarlo. Me resulta imposible creer que no sea consciente de ello después del discurso que pronunció recientemente en Ámsterdam en el cual declaró que en ciertos países, quizás en la misma Holanda, la cuestión social se puede resolver pacíficamente; es decir, de una

forma amistosa, legal, sin fuerza. Esto sólo puede significar que el problema social se puede resolver por medio de una serie de compromisos sucesivos, tranquilos y juiciosos entre la burguesía y el proletariado; Mazzini jamás ha estado en desacuerdo con este punto de vista.

Finalmente, Mazzini y Marx concuerdan en un punto crucial: que las grandes reformas sociales que emanciparán al proletariado pueden conquistarse únicamente por medio de un gran Estado democrático, republicano, muy poderoso y sumamente centralizado. Este Estado, alegan, debe imponer al pueblo un gobierno muy fuerte, esto en interés del propio pueblo, para asegurar su educación y bienestar.

Entre Mazzini y Marx siempre ha existido una enorme diferencia y ésta va a favor de Mazzini. Mazzini era un creyente profundamente sincero y apasionado. Adoraba a su Dios, al que dedicaba todo cuanto sentía, pensaba y hacía. En cuanto a su propio estilo de vida, era un hombre muy sencillo, modesto y nada egoísta. Pero se ponía inflexible, furioso cuando alguien atacaba a su Dios.

El señor Marx no cree en Dios, pero cree profundamente en sí mismo. Tiene el corazón, no lleno de amor, sino de rencor. Tiene muy poca benevolencia para con los hombres y se pone igual de furioso e infinitamente más rencoroso que Mazzini cuando alguien se anima a cuestionar la omnisciencia de la divinidad que él adora, es decir, el mismo señor Marx. A Mazzini le gustaría imponer a la humanidad el absurdo de Dios; el señor Marx trata de imponerse a sí mismo. No creo en ninguno de los dos, pero, si me viera obligado a optar, yo preferiría el Dios de Mazzini.

Creo que es mi deber dar esta explicación para que los amigos y discípulos de Mazzini no puedan acusarme de deshonrar la memoria de su maestro al asociarlo con el señor Marx. Vuelvo a mi tema.

Digo entonces que, por todas las razones expuestas, no me sorprendería si pronto oyéramos hablar de una reconciliación entre la agitación mazzinista y la intriga marxista en

Italia. Sostengo que, si el partido marxista, los llamados socialdemócratas, continúa por el camino de la acción política, tarde o temprano, se verá obligado a oponerse a la acción económica —la táctica de las huelgas—, ya que estos dos métodos son incompatibles en la realidad...

*La conciencia política y la civilización estatista*

¿Es tan siquiera posible que la propaganda más inteligentemente planteada y enérgicamente expresada pueda imbuir a las grandes masas de una nación de tendencias, aspiraciones, pasiones y pensamientos que les son absolutamente ajenos, que no son producto de su propia historia, de sus costumbres, ni de sus tradiciones? A mí me parece que, cuando se presenta de este modo la cuestión, cualquier hombre razonable y sensato, que tenga una mínima idea de cómo se desarrolla la conciencia popular, sólo puede contestar negativamente. A fin de cuentas, ninguna propaganda ha creado jamás artificialmente una fuente, o base, para las aspiraciones o ideas de un pueblo, que siempre son el producto de su desarrollo espontáneo y de las concretas condiciones de vida.

Entonces, ¿qué puede hacer la propaganda? En general, puede expresar los propios instintos del proletariado en una forma nueva, más definida y apta. A veces puede precipitar y facilitar el despertar de la conciencia en las mismas masas. Las puede hacer conscientes de lo que son, de lo que sienten y de lo que ya desean instintivamente; pero jamás la propaganda puede hacerlas lo que no son, ni despertar en sus corazones pasiones que son ajenas a su propia historia.

Ahora, a fin de discutir si, por medio de la propaganda, es posible hacer que un pueblo tome conciencia política por primera vez, debemos especificar qué significa la conciencia política *para las masas de un pueblo*. Subrayo *para las masas de un pueblo* porque sabemos muy bien que, para las

clases privilegiadas, la conciencia política no es otra cosa que el derecho a la conquista, garantizado y codificado, a la explotación del trabajo de las masas y a gobernarlas con el fin de asegurar esta explotación. Pero para las masas que han sido esclavizadas, gobernadas y explotadas, ¿en qué consiste esa conciencia política? Se puede asegurar que en una sola cosa: la diosa de la revuelta. Esta madre de toda libertad y tradición de la revuelta es la condición histórica indispensable para la realización de una y todas las libertades.

Vemos entonces que esta expresión, *conciencia política,* a lo largo del curso de los acontecimientos históricos posee dos significados absolutamente distintos que corresponden a dos puntos de vista opuestos. Desde el punto de vista de las clases privilegiadas, la conciencia política significa conquista, esclavismo y el mecanismo indispensable para esta explotación de las masas: *la organización coextensiva del Estado.* Desde el punto de vista de las masas, significa la destrucción del Estado. Por tanto, significa dos cosas que son diametral e inevitablemente opuestas.

Es absolutamente cierto que jamás ha existido un pueblo, por más abrumado o maltratado por las circunstancias que haya sido que no sintiera, al menos al comienzo de su esclavitud, alguna chispa de rebelión. Rebelarse es una tendencia natural de la vida. Hasta un gusano se rebela contra el pie que lo aplasta. En general, la vitalidad y relativa dignidad de un animal pueden ser medidas por la intensidad de su instinto de rebelión. En el mundo de las bestias, tanto como en el mundo de los seres humanos, no hay hábito más degradante, más estúpido o más cobarde que el hábito del supino sometimiento y la obediencia a la opresión de los demás. Afirmo que jamás ha existido un pueblo tan depravado que en algún momento, al menos al principio de su historia, no se haya rebelado contra el yugo de sus esclavistas y explotadores y contra el yugo del Estado.

Pero se debe reconocer que, desde las guerras sangrientas de la Edad Media, el Estado ha aplastado todas las revuel-

tas populares. Con la excepción de Holanda y Suiza, el Estado reina triunfante en todos los países de Europa. En nuestra «nueva» civilización, existe la esclavitud obligatoria de las masas y, por razones de beneficio económico, la lealtad más o menos voluntaria a las clases económicamente privilegiadas al Estado. Y las llamadas revoluciones del pasado —incluyendo la gran Revolución francesa, pese a los magníficos conceptos que la inspiraron—, todas estas revoluciones no han sido otra cosa que las luchas entre las clases explotadoras rivales por el disfrute exclusivo de los privilegios que les brinda el Estado. No expresan otra cosa que la lucha por el dominio y la explotación de las masas.

*Crítica del determinismo económico y del materialismo histórico*

Los sociólogos marxistas, hombres como Engels y Lassalle, al objetar nuestros puntos de vista, afirman que el Estado no es toda la causa de la pobreza, la degradación y el servilismo de las masas; que tanto la condición miserable de las masas como el poder despótico del Estado son, por el contrario, el resultado de una causa general más profunda. En especial, nos dicen que ambos son productos de una fase inevitable en la evolución económica de la sociedad; una fase, que, históricamente, constituye un inmenso paso adelante hacia lo que ellos denominan la «Revolución Social». Como muestra de hasta qué extremo ha llegado la obsesión por esta doctrina citemos: el aplastamiento de las formidables revueltas de los campesinos en la Alemania del siglo XVI llevó inevitablemente al triunfo del Estado centralizado y despótico, fecha en la cual dio inicio la esclavización de siglos del pueblo alemán. Esta catástrofe es aplaudida por Lassalle como una victoria para la futura Revolución Social. ¿Por qué? Porque, según los marxistas, los campesinos son los representantes naturales de la reacción, mientras que el Estado moderno, militarizado y burocrático, a partir de la

segunda mitad del siglo XVI, inició la transformación lenta, pero siempre progresiva, de la antigua economía feudal y terrateniente en una era industrial de producción, en la cual el capital explota al trabajo. En consecuencia, el Estado ha sido una condición esencial para la futura Revolución Social.

Ahora se comprende por qué el señor Engels, siguiendo esta lógica, escribió, en una carta a nuestro amigo Carlo Cafiero, que tanto Bismarck como el rey Víctor Manuel de Italia (inadvertidamente) habían ayudado en gran forma a la revolución porque los dos crearon una centralización política en sus respectivos países. Ruego a los aliados y simpatizantes franceses del señor Marx que examinen con sumo cuidado cómo se está aplicando este concepto marxista en la Internacional.

Nosotros, que, como el señor Marx, somos materialistas y deterministas, reconocemos asimismo la inevitable vinculación de los hechos económicos y políticos en la historia. En realidad, reconocemos la necesidad y el carácter inevitable de todos los acontecimientos que se suceden, pero no nos inclinamos ante ellos de forma indiferente; y, sobre todo, tenemos mucho cuidado en no elogiarlos cuando éstos, por su propia naturaleza, se muestran en flagrante contradicción con la finalidad suprema de la historia. Éste es un ideal absolutamente humano que se encuentra de forma más o menos reconocible en los instintos y las aspiraciones del pueblo y en todos los símbolos religiosos de todas las épocas, porque es inherente a la raza humana, la más social de todas las especies animales sobre la tierra. Este ideal, hoy mejor comprendido que nunca, *es el triunfo de la humanidad, la conquista y establecimiento más completos de la libertad y el desarrollo personales —material, intelectual y moral— para cada individuo, mediante la organización absolutamente libre y espontánea de la solidaridad económica y social.*

Todo lo que en la historia se muestra ajustado a ese fin, desde el punto de vista humano —y no disponemos de

otro—, es bueno; todo lo que sea contrario a eso, es malo. Nosotros sabemos muy bien, de cualquier modo, que lo que denominamos bueno y malo es siempre el efecto natural de causas naturales y que, por tanto, uno es tan inevitable como el otro. Pero, en lo que propiamente llamamos naturaleza, reconocemos numerosas necesidades a las que estamos muy poco inclinados a bendecir, como, por ejemplo, la necesidad de morir si uno es mordido por un perro rabioso. Del mismo modo, en esa concatenación inmediata de la vida de la naturaleza que se llama historia, nos encontramos con muchas necesidades que nos parecen mucho más merecedoras de oprobio que de bendición y a las que creemos que debemos estigmatizar con todas las energías de las que seamos capaces en interés de nuestra moralidad social e individual. No obstante, reconocemos que, a partir del momento en que se han realizado, incluso los hechos más detestables tienen un carácter de inevitabilidad que se encuentra en todos los fenómenos de la naturaleza así como de la historia.

A fin de aclarar mi pensamiento, daré unos cuantos ejemplos. Cuando estudio las condiciones sociales y políticas de los romanos y los griegos en el período de decadencia de la Antigüedad, llego a la conclusión de que la conquista de Grecia por los bárbaros políticos y militares de Roma y la consecuente destrucción de un nivel comparativamente más alto de libertad humana fueron acontecimientos naturales e inevitables. Pero esto no impide que, retrospectivamente, yo me ponga de parte de los griegos y en contra de Roma en esa lucha. Porque descubro que la raza humana no ha ganado nada en absoluto con el triunfo de Roma.

Del mismo modo, que los cristianos con su furia sagrada destruyeran las bibliotecas de los paganos y todos sus tesoros artísticos o de filosofía y ciencia antiguas fue un hecho absolutamente natural y, en consecuencia, inevitable. Pero me resulta imposible ver de qué manera este acontecimiento ayudó de alguna forma a nuestro desarrollo político y social. Estoy incluso dispuesto a dudar del proceso inevitable

de los hechos económicos que, de creer en el señor Marx, deben considerarse, con exclusión de todas las demás consideraciones, como la única causa de los fenómenos morales e intelectuales de la historia. Además, estoy decididamente dispuesto a pensar que todos estos hechos de barbarie sagrada, o más bien esa larga serie de actos y crímenes bárbaros que los primeros cristianos cometieron contra el espíritu humano, estuvieron entre las causas principales de la degradación intelectual y social, además de la esclavitud política y social, que llenaron esa larga serie de siglos llamada Edad Media. Estad seguros de esto: si los primeros cristianos no hubieran destruido las bibliotecas, los museos y los templos de la antigüedad, hoy no habríamos estado condenados a luchas contra el montón de horribles y vergonzosos absurdos que aún pueblan las mentes de los hombres hasta tal punto que a veces dudo de la posibilidad de un futuro humano.

Continuando mis protestas contra el tipo de hechos históricos cuya inevitabilidad yo también reconozco, hago una pausa ante el esplendor de las repúblicas italianas y ante el magnífico despertar del genio humano durante el Renacimiento. Sin embargo, veo cómo se acercan dos amigos tan antiguos como la misma historia, las dos mismas serpientes que hasta ahora han destruido toda la belleza y toda la virtud que haya creado la humanidad. Se llaman la Iglesia y el Estado, *el papado y el imperio.* Son males eternos y aliados inseparables que se abrazan y, juntos, aniquilan a esa Italia desgraciada, tan hermosa, y la condenan a tres siglos de muertes. Así pues, aunque nuevamente lo encuentro natural e inevitable, maldigo al papa y al emperador.

Pasemos a Francia. Después de un siglo de luchas, el catolicismo, apoyado por el Estado, triunfó finalmente contra el protestantismo. Pues bien, ¿cómo puede ser que encuentre todavía en la Francia de hoy a algunos políticos e historiadores de la escuela fatalista que, llamándose revolucionarios, consideran que la victoria del catolicismo —una victoria cruenta e inhumana como pocas— es un triunfo verdadero

para la causa de la Revolución Social? El catolicismo, insisten ellos, fue entonces el Estado que representaba la democracia, mientras que el protestantismo representaba la revuelta de la aristocracia contra el Estado y, en consecuencia, contra la democracia. Esta clase de sofisma es absolutamente similar al sofisma marxista que también considera que el triunfo del Estado es una victoria de la democracia social. Con estos absurdos repugnantes y desagradables se pervierte la mente y el sentido moral de las masas, habituándolas a aplaudir a los sanguinarios explotadores, los patronos y servidores del Estado, como sus salvadores y emancipadores.

Es mil veces cierto decir que el protestantismo, no como teología calvinista, sino como protesta enérgica y armada, representaba la revuelta, la libertad y la destrucción del Estado, mientras que el catolicismo era el orden público, la autoridad, la ley divina, la mutua salvación de la Iglesia y del Estado, la condenación de la sociedad humana a una esclavitud férrea.

Por tanto, si bien reconozco la inevitabilidad del hecho consumado, no vacilo en afirmar que la victoria del catolicismo en Francia en los siglos XVI y XVII fue una tremenda desgracia para toda la raza humana. La masacre de San Bartolomé y la revocación del edicto de Nantes fueron hechos tan desastrosos para Francia como, en nuestro tiempo, lo fueron la derrota y la masacre del pueblo de París en la Comuna. En verdad, he oído a franceses muy inteligentes y valiosos atribuir la derrota del protestantismo francés a la naturaleza revolucionaria del pueblo francés. «El protestantismo —alegan ellos— sólo fue una semirrevolución; nosotros necesitamos una revolución total; por esta razón los franceses no quisieron ni pudieron detener la Reforma. Francia prefirió seguir siendo católica hasta el momento en que pudiera proclamarse atea. Por esta razón, el pueblo francés, con verdadera resignación cristiana, toleró tanto los horrores de San Bartolomé y la revocación, no menos abominable, del edicto de Nantes.»

Estos valiosos patriotas no pudieron, o no quisieron, considerar una cosa. Un pueblo que por cualquier razón tolera la dictadura, al final perderá el hábito saludable, o incluso su mismo instinto de revuelta. Una vez que un pueblo pierde la inclinación a la libertad, se convierte necesariamente, no sólo en sus condiciones externas, sino en la misma esencia de su ser, en un pueblo de esclavos. El protestantismo fue derrotado en Francia y, quizás por esa razón, el pueblo francés perdió, o tal vez no adquirió nunca, la costumbre de la libertad. Debido a que ese hábito no existe hoy en Francia, allí se carece de una *conciencia política.* Y, debido a esta falta de conciencia política, todas las revoluciones que hasta ahora allí se han llevado a cabo no pudieron lograr su libertad política. Con la excepción de sus grandes días revolucionarios, que son sus días festivos, el pueblo francés hoy sigue siendo lo que antes era: un pueblo de esclavos.

Pasando a otros casos, me referiré a la partición de Polonia. Al menos en esta cuestión, aquí me alegro de estar de acuerdo con el señor Marx, ya que él, como yo y todos los demás, considera que esta partición es un *gran crimen.* Me gustaría saber por qué, dados sus puntos de vista optimista y fatalista, se contradice al condenar un gran evento que ya pertenece al pasado histórico. Proudhon, a quien él tanto quiso,[37] fue mucho más lógico y coherente que el señor Marx. Al tratar con fuerza y energía de establecer una justificación histórica para sus conclusiones, escribió un panfleto desafortunado[38] en el que, primero, demostró de forma bastante contundente que la Polonia de la nobleza debía desaparecer porque llevaba en sí misma los gérmenes de su disolución. Luego, intentó contrastar de forma desfavorable

37. La frase «Proudhon, a quien él tanto quiso» es una alusión irónica a la bien conocida antipatía que Marx sentía por Proudhon. [James Guillaume.]

38. El panfleto «desafortunado» es probablemente «Si les traites de 1815 ont cessé d'exister» (1864) en el que Proudhon se opuso al establecimiento de Polonia como Estado independiente. [James Guillaume.]

a esta nobleza con el Imperio zarista, al que consideraba un presagio de la triunfante democracia social. Esto fue mucho más que una equivocación. No vacilo en afirmar, pese a mi más tierno respeto por el recuerdo de Proudhon, que se trató de un crimen, el crimen de un sofista que, a fin de ganar una disputa, se animó a insultar a una nación martirizada en el mismísimo momento en que se rebelaba por enésima vez contra sus opresores rusos y alemanes y por enésima vez debía postrarse bajo sus golpes...[39]

¿Por qué Marx, en contradicción con sus propias ideas, está a favor del establecimiento de un Estado polaco independiente? El señor Marx no sólo es un socialista de muchos conocimientos, sino asimismo un político muy inteligente y un patriota no menos ardiente que Bismarck, aunque enfoque sus objetivos de una manera bastante distinta. Y, al igual que muchos de sus compatriotas, socialistas u otros, desea el establecimiento de un gran Estado germano, que glorifique al pueblo alemán y beneficie a la civilización mun-

39. El crimen de Proudhon consistió en ignorar dos verdades. La primera fue que la antigua República polaca estaba basada en la esclavitud de la población rural por las instituciones de la nobleza. La segunda fue que, ya que la insurrección de 1863, como cada levantamiento anterior, estuvo inspirada por un ardiente patriotismo, exclusivamente político y carente de ideales socialistas, cualquier restablecimiento del gran Estado polaco dentro de sus viejos límites estaba condenado al fracaso. Quizás era cruel decir estas verdades a una nación desafortunada en el mismo momento en que sucumbía ante su peor asesino. Pero al menos era la verdad y se debía decir. La culpa de Proudhon fue que su oposición a los patriotas polacos lo llevó a ver las tropas, los funcionarios y las hordas salvajes del zar como los emancipadores socialistas de los campesinos polacos de sus crueles patronos polacos. Proudhon, al igual que la mayoría de sus compatriotas, era profundamente ignorante de Polonia como de Rusia, pero aun así, su instinto revolucionario le debería haber puesto en guardia contra una distorsión monstruosa que le ganó la gratitud de nuestros patrióticos paneslavistas moscovitas. Además, estos patriotas estaban en ese mismo instante confiscando la propiedad de los señores polacos insurgentes, no para su distribución entre el campesinado, sino para compartir el botín de Polonia con los imperialistas rusos. Que el Imperio ruso pueda llegar a emancipar a alguien: ¡qué absurdo más repugnante! Un absurdo que, por supuesto, no está a la altura de la honestidad, el buen juicio o el instinto revolucionario de Proudhon. [Nota de Bakunin.]

dial. Pues bien, entre los obstáculos para la concreción de este objetivo está el Imperio de Rusia, el cual, con amenazador poderío, pasa como el protector de los pueblos eslavos contra la civilización alemana.

La política de Bismarck es la del presente; la política de Marx, quien, como mínimo, se considera el sucesor de Bismarck, es la del futuro.[40] Y cuando digo que el señor Marx se considera la continuación de Bismarck, estoy muy lejos de difamar a Marx. Si no se considerara de esa manera, no habría permitido que Engels, el confidente de todos sus pensamientos, escribiera que Bismarck sirve a la causa de la Revolución Social. Inadvertidamente, la sirve ahora a su propio modo; el señor Marx la verá después de otra manera.

Ahora examinemos el carácter particular de la política del señor Marx. Averigüemos cuáles son los puntos que difieren de la política de Bismarck. El punto principal, y se podría decir el único, es el siguiente: el señor Marx es un demócrata, un socialista autoritario y un republicano. Bismarck es un aristócrata total, un *Junker* monárquico. En consecuencia la diferencia es muy grande, muy seria, y ambas partes son sinceras en sus diferencias. Sobre este punto, no hay acuerdo o reconciliación posibles entre Bismarck y el señor Marx. Incluso teniendo en cuenta la dedicación de Marx a lo largo de su vida a la causa de la democracia social, que ha demostrado en numerosas ocasiones, su misma posición y su ambición son una garantía positiva sobre este punto. En una monarquía, por más liberal que sea o incluso en

40. En este aspecto, Bakunin nos tendría que haber dado una explicación de la razón que tenía Marx para condenar la partición de Polonia, cuando Bismarck aprobaba la partición y deseaba mantener a la nación polaca en la esclavitud. Pero Bakunin se olvidó de su promesa. De cualquier modo, no es difícil adivinar su pensamiento. Bakunin razonaba que Marx, al ver en el Imperio ruso el enemigo futuro de su gran República alemana, era partidario de la restauración de una nación polaca independiente que serviría de barrera entre Rusia y Alemania y, en consecuencia, salvaguardaría la frontera oriental de la (futura) República alemana. [James Guillaume.]

una República conservadora como la de Thiers,[41] no puede haber lugar para el señor Marx. Y mucho menos en el Imperio germano-prusiano fundado por Bismarck, con un tirano militarista y bigotudo de emperador, y todos sus barones, burócratas y guardianes. Antes de poder llegar al poder, el señor Marx tendrá que arrasar con todo eso. Por tanto, se ve obligado a ser un revolucionario.

Los conceptos de la forma y de las condiciones del gobierno son las ideas que separan a Bismarck del señor Marx. Uno es un monárquico acérrimo y el otro es un demócrata y un republicano de pura cepa y, además, un demócrata socialista y un socialista republicano.

Veamos ahora los puntos en común. *Es el culto total al Estado.* No tengo necesidad de probarlo en el caso de Bismarck. Las pruebas están a la vista. Es absolutamente un hombre de Estado y únicamente un hombre de Estado. Pero tampoco resulta difícil probar que el señor Marx también es un hombre de Estado. Adora el gobierno hasta tal punto que incluso quiso instituir uno en la Asociación Internacional de Trabajadores; y adora el poder hasta tal punto que quiso, y aún quiere hoy día, imponernos una dictadura. Su programa político socialista es una expresión muy fiel de su actitud personal. El objetivo supremo de todos sus objetivos, tal como proclaman los estatutos fundamentales de su partido en Alemania, es el establecimiento de un Gran Estado Popular (*Volkstaat*).

Pero quien dice Estado, dice necesariamente un Estado particular y limitado, que sin duda comprende, si es muy grande, muchos pueblos y países diferentes, pero excluye a otros. Porque, a menos de que esté soñando con un Estado universal, como hicieron Napoleón y Carlos V, como soñó el papado en la Iglesia Universal, el señor Marx tendrá que contentarse con gobernar un solo Estado. Y quien dice Esta-

41. Louis Adolphe Thiers (1797-1877) fue el presidente de la Tercera República (1871-1873) y responsable de la represión de la Comuna de París (1871).

do siempre dice *un* Estado y quien dice *un* Estado lo afirma con la existencia de *otros* Estados; y quien dice *otros* Estados, declara inmediatamente competición, celos, una guerra sin tregua e incesante. La lógica más simple y el testimonio de la historia demuestran esta verdad.

Cualquier Estado, bajo el peligro de perecer y verse devorado por los Estados vecinos, debe tender al poder más completo; y, ya poderoso, debe embarcarse en una carrera hacia la conquista de modo que no pueda ser conquistado, ya que dos Estados similares, pero en competición, no pueden coexistir sin tratar de destruirse mutuamente. Quien dice «conquista», bajo cualquier forma o nombre, dice pueblos conquistados, esclavizados y sometidos.

Está en la naturaleza del Estado el romper la solidaridad de la raza humana. El Estado no se puede preservar como entidad integrada con todo su poderío a menos que se erija como el supremo objetivo y razón de ser de sus propios súbditos, aunque no lo sea para los súbditos de los demás Estados soberanos. Esto conduce inevitablemente a la supremacía de la moralidad estatal y de los intereses estatales sobre la razón y moralidad humanas y universales y, de ese modo, rompe la solidaridad universal de la humanidad. El principio de la moralidad política o estatal es muy simple. Al ser el Estado el supremo objetivo, todo lo que favorezca al crecimiento de su poder es bueno; todo lo contrario a ello, por más humano o ético que sea, es malo. A la moralidad se le llama *patriotismo.* La Internacional es la negación del patriotismo y, en consecuencia, la negación del Estado. Por tanto, si el señor Marx y sus amigos del partido socialdemócrata alemán tuvieran éxito y lograran introducir el principio del Estado en nuestro programa, destruirían la Internacional.

El Estado, para su propia conservación, debe necesariamente ser poderoso en sus asuntos externos, pero, si lo es con respecto a esas relaciones exteriores, también lo será necesariamente con respecto a los asuntos internos. La mo-

ralidad de todo Estado debe conformarse a las condiciones y circunstancias peculiares de su existencia; es una moralidad que restringe y, por lo tanto, rechaza cualquier moralidad humana o universal. Debe ocuparse de que todos sus ciudadanos piensen y sobre todo actúen en total armonía con la moralidad patriótica del Estado; asimismo, que permanezcan inmunes a la influencia y las enseñanzas de la verdadera moralidad humanista. Esto hace absolutamente necesaria la censura estatal porque demasiada libertad de opinión y pensamiento es incompatible con la unanimidad de criterios que exige la seguridad del Estado. Y el señor Marx, en conformidad con este punto de vista eminentemente político, considera que la censura es razonable. Que ésta sea en realidad la opinión del señor Marx queda suficientemente demostrado por sus intentos de introducir la censura en la Internacional, aun cuando disfrace estos esfuerzos con pretextos plausibles.

Pero, por más vigilante que sea la censura, aunque el Estado fuera a tener el monopolio exclusivo de la educación y la instrucción de todo el pueblo, tal como quería Mazzini y como hoy desea el señor Marx, el Estado jamás puede estar seguro de que pensamientos prohibidos y peligrosos no puedan de algún modo infiltrarse hasta la conciencia de sus súbditos. Los frutos prohibidos ejercen un gran atractivo en los hombres, y el demonio de la revuelta, ese enemigo eterno del Estado, se despierta con tal facilidad en los corazones de los que no están absolutamente atontados, que ni la educación ni la instrucción, ni siquiera la censura del Estado, pueden garantizar lo suficiente su seguridad. Debe contar además con una policía, agentes dedicados que vigilen y dirijan, secretamente y sin impedimentos, la corriente de las opiniones y las pasiones del pueblo. Hemos visto que el mismo Marx está tan convencido de esta necesidad que impuso sus agentes secretos en todas las regiones de la Internacional, sobre todo en Italia, Francia y España. Finalmente, por más perfecta que sea, desde el punto de vista de la preserva-

ción del Estado, la organización de la educación y del adoctrinamiento de sus ciudadanos, de la censura y de la policía, el Estado no puede asegurar su existencia mientras no tenga fuerzas armadas para defenderse de sus *enemigos interiores.*

El Estado es el gobierno de arriba abajo de un inmenso número de hombres, muy diferentes desde el punto de vista del nivel cultural, la naturaleza de sus países o de las localidades donde habitan, las ocupaciones que tienen, los intereses y las aspiraciones que los guían; el Estado es el gobierno de todos ellos por una u otra minoría. Esta minoría, aunque fuera elegida mil veces por el sufragio universal y fuera controlada en sus actos por instituciones populares, a menos que esté dotada de la omnisciencia y la omnipotencia que los teólogos atribuyen a Dios, no podría de ningún modo conocer y prever las necesidades de su pueblo, o satisfacer con una justicia cierta aquellos intereses que son los más legítimos y urgentes. Siempre habrá descontentos porque siempre habrá algunos que sean sacrificados.

Además, el Estado, al igual que la Iglesia, por su propia naturaleza es un gran devorador de seres vivos. Es un ser arbitrario en cuyo corazón todos los intereses positivos, vivientes, únicos y locales del pueblo se encuentran, chocan, se destruyen mutuamente y quedan absorbidos por esa abstracción denominada el *interés común,* o el *bien común,* o el *bienestar público.* Y allí es donde todas las voluntades verdaderas se cancelan en esa otra abstracción que lleva por nombre la *voluntad del pueblo.* De esto se desprende que la llamada voluntad del pueblo jamás es otra cosa que el sacrificio de sus intereses. Pero, a fin de que se imponga esta omnívora abstracción sobre millones de hombres, debe estar representada y apoyada por algún ser real, alguna fuerza viviente. Así pues, esta fuerza siempre ha existido. En la Iglesia se la llama clero y en el Estado, la clase gobernante o del poder.

Y, de hecho, ¿qué encontramos a lo largo de la historia? El Estado siempre ha sido el patrimonio de alguna clase privilegiada: una clase clerical, una clase aristocrática, una cla-

se burguesa. Y, por último, cuando todas las demás clases se han extenuado, el Estado se convierte entonces en el patrimonio de la clase burocrática y, en ese momento, cae —o si queréis, sube— al estado de máquina. Pero, en cualquier caso, para la salvación del Estado, es absolutamente necesario que exista alguna clase privilegiada dedicada a su conservación.[42]

Pero, en el Estado Popular de Marx, se nos dice que no habrá ninguna clase privilegiada. Todos serán iguales, no sólo desde el punto de vista jurídico y político, sino también desde el económico. Al menos esto es lo que promete, aunque yo dudo mucho de que esa promesa se pueda mantener. En consecuencia, no habrá ninguna clase privilegiada, pero *habrá* un gobierno, y anotad esto muy bien, será un gobierno extremadamente complejo. Este gobierno no se contentará con administrar y gobernar políticamente a las masas como hacen hoy todos los gobiernos actuales. Asimismo administrará económicamente a las masas, concentrando en manos del Estado la producción y la distribución de las riquezas, el cultivo de la tierra, la organización y dirección del comercio y, finalmente, la aplicación del capital a la producción por el único banquero: el Estado. Todo esto exigirá un conocimiento inmenso y muchas cabezas «saturadas de cerebro» en este gobierno. Será el reinado de la *inteligencia científica,* el más aristocrático, despótico, arrogante y elitista de los regímenes. Habrá una nueva clase, una nueva jerarquía de científicos y eruditos, reales y ficticios, y el mundo se dividirá en una minoría ilustrada que gobierna y una inmensa mayoría ignorante. Y entonces, ¡ay de la masa de ignorantes!

Semejante régimen no dejará de producir un considerable descontento en las masas del pueblo y, a fin de mante-

42. Este párrafo no aparece en el texto original pero se ha agregado aquí porque aclara y resume el argumento de Bakunin. Proviene del Volumen I, página 227 de las *Oeuvres;* más específicamente de la «Carta a los internacionalistas de Suiza jurásica», con fecha 28 de abril de 1869.

nerlas bajo control, el gobierno «ilustrado» y «liberador» del señor Marx tendrá necesidad de una no menos considerable fuerza armada. Porque, según dice Engels, el gobierno debe ser fuerte para poder mantener el orden entre los millones de analfabetos cuyo poderoso levantamiento podría ser capaz de destruir y derrocarlo todo, incluso un gobierno «saturado de cerebro».

Podéis ver bastante bien que, detrás de todas esas palabras democráticas y socialistas y de las promesas del programa de Marx para el Estado, está todo lo que constituye la verdadera naturaleza despótica y brutal de todos los Estados, sea cual sea su forma de gobierno. Además, en un análisis final, el Estado Popular de Marx y el Estado monárquico y aristocrático de Bismarck son completamente idénticos en cuanto a sus objetivos fundamentales internos y exteriores. En los asuntos externos, hay el mismo empleo de fuerzas militares, es decir, de conquista. Y en los asuntos internos, el mismo empleo de la fuerza, el último argumento de los líderes políticos amenazados por las masas que, hartas de creer, esperar, someterse y obedecer, siempre, se levantan en rebeldía.

Consideremos ahora la verdadera política nacional de Marx. Al igual que Bismarck, él es un patriota alemán. Desea la grandeza y la gloria de Alemania como Estado. En ningún caso, nadie considerará un crimen que ame su país y su pueblo, ni que esté tan profundamente convencido de que el Estado es la condición *sine qua non* para la prosperidad de su país y la emancipación de su pueblo. Por ende, desea naturalmente ver una Alemania Organizada en un poderoso Estado, ya que los Estados débiles y pequeños siempre corren el riesgo de ser devorados por los otros. En consecuencia, Marx, como patriota ardiente y previsor, debe desear el poder y la expansión de Alemania como Estado.

Pero, por otro lado, Marx es un famoso socialista y, lo que es más, uno de los principales iniciadores de la Internacional. No se contenta con trabajar sólo por la emancipa-

ción del proletariado alemán. Se siente obligado en su honor a trabajar al mismo tiempo por la emancipación del proletariado de todos los países. Como patriota alemán, quiere el poder y la gloria, el dominio de Alemania, pero como socialista de la Internacional, debe desear la emancipación de todos los pueblos de la tierra. ¿Cómo se puede resolver esta contradicción?

Sólo existe un modo: proclamar que un poderoso y gran Estado alemán es condición indispensable para la emancipación de todo el mundo; que el triunfo nacional y político de Alemania es el triunfo de la humanidad.

Esta convicción, una vez lograda, no sólo es posibilista, sino que, en nombre de la más sagrada de las causas, es obligatoria, para que la Internacional y todas las federaciones de todos los países sirvan de poderoso medio, eficaz y, sobre todo, popular, para el establecimiento de ese gran Estado pan-germánico. Y eso es precisamente lo que intentó hacer Marx en la Conferencia de Londres de 1871 y en las resoluciones que pasaron sus amigos franceses y alemanes en el Congreso de La Haya [1872]. Si no obtuvo un éxito aún mayor, seguramente no fue por falta de celo o de gran habilidad de su parte, sino probablemente porque sus ideas fundamentales eran falsas y de imposible realización.

# LOS ÚLTIMOS AÑOS

# 1873
# El estatismo y la anarquía

Estado y anarquía *(1873) es el primer volumen completo de una obra más extensa de Bakunin. Escrito en ruso, con especial énfasis en los problemas eslavos, esta obra influenció profundamente el pensamiento revolucionario ruso. En el primer capítulo, «Crítica de la teoría marxista del Estado», Bakunin, sin nombrar específicamente a Marx, presenta sin embargo las bases para atacar su estatismo. «La teoría del Estado, así como la llamada "dictadura revolucionaria" parten de la idea de que una "élite privilegiada", formada por aquellos científicos y "revolucionarios doctrinarios" que creen que "la teoría es anterior a la experiencia social", debería imponer su esquema preconcebido de organización social al pueblo. El poder dictatorial de esta minoría culta queda oculto por la ficción de un gobierno pseudorrepresentativo que pretende expresar la voluntad popular.»*

*Incluso muchos de los críticos de Bakunin reconocen que sus ideas más pertinentes están plasmadas en esta implacable «Crítica de la teoría marxista del Estado».*[1] *Por ejemplo, en el número de* New Politics *del verano de 1968, Burton Hall escribe:*

1. Bakunin, *Gosudarstvennost i Anarkhiya (Estado y anarquía)*, Archives Bakounine; Instituto International de Historia Social, E. J. Brill, Leiden, Holanda; 1.ª edición, 1873. Reimpreso en el ruso original con traducción francesa de Marcel Brody, 1967; págs. 209-216; 273-276; 278-281; 283.

> [...] resulta sumamente incómodo para un devoto socialista revisar los argumentos intercambiados entre Marx y Bakunin y considerar que tal vez Bakunin tuvo la razón todo el tiempo [...] no sólo por la exactitud de sus predicciones en cuanto a lo que sería el socialismo, si alguna vez llegaba a existir, sino aún más exactamente, en cuanto a que el razonamiento en el que basó estas predicciones, reforzado por la evidencia histórica de la última mitad de siglo, parece casi incontestablemente persuasivo.

*A este respecto, las predicciones de Bakunin sobre la economía dominada por el Estado y sobre la regimentación del trabajo se forjaron en los principios propuestos por el* Manifiesto Comunista, *centralización del crédito y del transporte en el Estado, trabajo obligatorio para todos, formación de ejércitos industriales, en especial en la agricultura, etcétera.*

*El segundo capítulo, «Algunas precondiciones para una Revolución Social»*[2] *plantea dos cuestiones principales: 1) las condiciones subjetivas (psicológicas) y las objetivas (materiales) para una Revolución Social; y 2) si los pueblos eslavos pueden lograr la Revolución Social mediante un Estado paneslavo, o cualquier otra forma de Estado. Esto le lleva naturalmente a examinar la naturaleza misma del Estado y a emitir la idea de que el Estado es algo más que «el comité ejecutivo de la clase capitalista». Con este propósito, cita el ejemplo de Serbia en aquel momento para demostrar cómo el Estado puede convertirse en una dictadura que se perpetúa a sí misma y que domina tanto al pueblo como la economía; de qué manera un inmenso ejército de funcionarios gubernamentales puede crear, bajo ciertas circunstancias, su propio Estado y «explotar* [...] *al pueblo a fin de proporcionar a los burócratas todas las comodidades de la vida». Esta descripción evocará sin dificultad en el lector el destino de varias minorías nacionales modernas que se han liberado a sí mismas de sus amos coloniales para implantar sus propios Estados.*

*El último capítulo, sacado del apéndice a* Estado y anarquía, *trata fundamentalmente de las precondiciones para una Revolu-*

2. *Ibid.*, págs. 7-8; 17-19; 34-35; 42-47; 56-57; 63-67; 69-83.

*ción Social en Rusia.*[3] *Contrariamente a lo que se suele creer, Bakunin no idealiza al campesino ruso, ni tampoco, como muchos de sus contemporáneos, acepta sin la menor crítica al* Mir *(la comunidad campesina) como la unidad ideal de una sociedad futura. Al discutir el programa de los liberales moderados y los populistas, Bakunin opina sobre la eficacia de las cooperativas y el establecimiento de colonias (comunas) y otras medidas reformistas que podrían dar lugar a cambios sociales fundamentales. Esboza asimismo una propuesta para traer a la Revolución Social a la juventud rusa inteligente y dedicada de las clases medias y altas.*

Estado y anarquía *revela, entre otras cosas, la oposición de Bakunin al argumento de Auguste Comte (1798-1857), fundador de la sociología moderna, según el cual la vida social debe ser regulada según las leyes inmutables de las ciencias físicas. Contrariamente a los comtianos contemporáneos suyos, Bakunin afirma que las leyes científicas que gobiernan los objetos inanimados no pueden aplicarse al comportamiento de los seres vivientes dotados de la facultad de elección y la capacidad de modificar su conducta, tal como lo exigen las distintas situaciones. Si bien aprobaba el esfuerzo de Comte por plantear el estudio de la sociedad sobre bases materialistas, veía el positivismo como una «religión de la humanidad» bajo la égida de una iglesia científica, y como una forma cualquiera de idealismo filosófico, o de metafísica, aunque se formulara en términos científicos; los consideraba por este motivo fundamentalmente reaccionarios, ya que se inclinaban «a obligar a las generaciones futuras a entrar en el estrecho molde de* [...] *teorías necesariamente experimentales».*

### *Crítica de la teoría marxista del Estado*

Ningún camino conduce de la metafísica a las realidades de la vida. La teoría y los hechos están separados por un abismo insondable. Es imposible saltar este abismo entre la ló-

3. *Ibid.*, Apéndice A, págs. 4-7; 10-11; 13-19; 20-22.

gica y el mundo de la naturaleza y de la vida real con lo que Hegel llamaba «un salto cualitativo».

El camino que lleva del hecho concreto a la teoría, y viceversa, es el método científico y ése es el camino verdadero. En el mundo práctico, es el movimiento de la sociedad hacia formas de organización que reflejarán lo más posible la vida misma en todos sus aspectos y complejidades.

Éste es el camino del pueblo hacia su completa emancipación, un camino accesible a todos; el camino de la revolución anarquista que provendrá del mismo pueblo, una fuerza elemental que barrerá todos los obstáculos. Luego, desde las profundidades del alma popular, emergerán espontáneamente las nuevas formas creativas de la vida social.

El camino de los metafísicos es completamente distinto. Metafísico es el término que usamos para designar a los discípulos de Hegel y los positivistas, y, en general, a todos los adoradores de la ciencia como diosa, a todos esos modernos Procustes que de una manera u otra, han creado un ideal de organización social, un molde estrecho en el que meterían a las futuras generaciones, a todos aquellos que, en vez de ver en la ciencia únicamente una de las manifestaciones de la vida natural y social, insisten en que la totalidad de la vida queda comprendida en sus teorías científicas necesariamente experimentales. Los metafísicos y los positivistas, todos esos caballeros que consideran que es su misión prescribir las leyes de la vida en nombre de la ciencia, son, consciente o inconscientemente, reaccionarios.

Esto es muy fácil de demostrar.

La ciencia, en el verdadero sentido de esa palabra, la ciencia de verdad, está en este momento sólo al alcance de una minoría insignificante. Por ejemplo, entre nosotros en Rusia, ¿cuántos sabios auténticos hay en una población de ochenta millones? Probablemente unos mil están en contacto con la ciencia, pero difícilmente más que unos pocos podrían considerarse de primera magnitud y científicos serios. Si la ciencia fuera a dictar las leyes, la mayoría abrumadora,

muchos millones de hombres, serían gobernados por cien o doscientos expertos. En realidad, aún serían menos, porque no toda la ciencia está relacionada con la administración de una sociedad. Esta sería tarea de la sociología —la ciencia de las ciencias— que presupone, en el caso de un sociólogo bien entrenado, un conocimiento adecuado de todas las demás ciencias. ¿Cuánta gente así hay en Rusia? ¿O en Europa? Veinte o treinta. ¿Y estos veinte o treinta gobernarían el mundo? ¿Puede alguien imaginarse un despotismo más absurdo y más abyecto?

Es casi seguro que estos veinte o treinta expertos se pelearán entre sí y, si se pusieran de acuerdo en políticas comunes, sería a expensas de la humanidad. El vicio principal del especialista medio es su inclinación a exagerar su propio conocimiento y despreciar el de los demás. Dadle el control y se convertirá en un tirano insufrible. Ser esclavos de pedantes... ¡qué destino para la humanidad! Dadles todo el poder, y empezarán a probar con los seres humanos los mismos experimentos que ahora los científicos realizan con perros y conejos.

Debemos respetar a los científicos por sus méritos y logros, pero, a fin de evitar que corrompan sus propias normas morales e intelectuales, no se les debe dar ningún privilegio especial y ningún otro derecho que los que ya tienen todos los demás, por ejemplo, la libertad de expresar sus convicciones, ideas y conocimiento. Ni ellos ni ningún otro grupo especial deben tener poder sobre los demás: quien recibe poder se convertirá inevitablemente en un opresor y explotador de la sociedad.

Pero se nos dice: «La ciencia no siempre será el patrimonio de unos pocos. Llegará un tiempo en que será accesible a todos». Tal tiempo está aún muy distante y habrá muchos levantamientos sociales antes de que ese sueño se convierta en realidad. Y aun entonces, ¿quién querrá poner su destino en manos de los sacerdotes de la ciencia?

A nosotros nos parece que cualquiera que considere

que, después de una revolución social, todos recibirán la misma educación, está muy equivocado. La ciencia, entonces como ahora, seguirá siendo uno de los muchos campos de especialización, aunque deje de ser accesible sólo a unos pocos de una clase privilegiada. Con la eliminación de las distinciones de clase, la educación estará al alcance de todos aquellos que tengan la capacidad y el deseo de tenerla, pero en detrimento del trabajo manual, que será obligatorio para todos.

Habrá una educación científica general, accesible a todos, en especial el aprendizaje del método científico, el hábito del pensamiento correcto, la habilidad de generalizar a partir de los hechos y hacer deducciones más o menos correctas. Pero cerebros enciclopédicos y sociólogos avanzados,[4] habrá muy pocos. Sería muy triste para la humanidad que en un momento dado la especulación teórica fuera la única fuente de luz para la sociedad, en caso de que sólo la ciencia estuviera a cargo de la administración de la sociedad. La vida se debilitaría y la sociedad humana se transformaría en una horda servil y sin voz. El dominio de la vida por la ciencia no puede dar más resultados que el embrutecimiento de la humanidad.

Nosotros, los anarquistas revolucionarios, somos partidarios de la educación para todo el pueblo, de la emancipación y de la expansión lo más amplia posible de la vida social. En consecuencia, somos los enemigos del Estado y de toda forma de principio estatal. En oposición a los metafísicos, los positivistas y todos los adoradores de la ciencia, declaramos que la vida social y natural siempre está antes que la teoría, que sólo es una de sus muchas manifestaciones, pero jamás su creadora. Del fondo de sus insondables profundidades, la sociedad se desarrolla por medio de una serie de acontecimientos, pero no sólo por el pensamiento. La

4. Por *sociólogos*, Bakunin aludía a aquellos a quienes hoy día nosotros llamamos «generalistas», hombres que saben lo suficiente de todos los campos especializados para tratar de toda la gama de tareas intelectuales.

teoría siempre es creada por la vida, pero jamás al revés; como hitos y señales en el camino, sólo indica la dirección y los diferentes estadios del desarrollo independiente y único de la vida.

De acuerdo con esta idea, no queremos ni deseamos imponer a nuestro pueblo, ni a ningún otro, cualquier esquema de organización social sacado de los libros o inventado por nosotros. Estamos convencidos de que las masas del pueblo llevan en sí mismas, en sus instintos (más o menos desarrollados por la historia), en sus necesidades cotidianas y en sus aspiraciones conscientes o inconscientes, todas las semillas de la futura organización social. Buscamos este ideal en el mismo pueblo. Cada poder estatal, cada gobierno, por su propia naturaleza, se coloca fuera y por encima del pueblo e inevitablemente lo subordina a una organización y a objetivos que son ajenos y opuestos a las verdaderas necesidades y aspiraciones del pueblo. Nos declaramos los enemigos de todo gobierno, de todo poder estatal y de toda organización gubernamental en general. Pensamos que el pueblo puede ser libre y feliz únicamente cuando esté organizado de abajo arriba en asociaciones completamente independientes y libres, sin el paternalismo gubernamental, aunque sin carecer de las influencias de una variedad de grupos e individuos libres.

Tales son nuestras ideas como revolucionarios sociales y, en consecuencia, nos llaman anarquistas. No protestamos contra esta denominación, porque de hecho, somos enemigos de cualquier poder gubernamental ya que sabemos que semejante poder corrompe tanto a quienes se cobijan bajo su manto como a aquellos que se ven obligados a someterse a él. Bajo su influencia perniciosa, los primeros se vuelven ambiciosos y tiranos egoístas, explotadores de la sociedad en favor de sus intereses personales o de clase; los segundos se convierten en esclavos.

Los idealistas de todas clases —metafísicos, positivistas, aquellos que apoyan el gobierno de la ciencia sobre la vida,

los revolucionarios doctrinarios—, todos defienden la idea del Estado y el poder estatal con la misma elocuencia, porque en ellos ven, como consecuencia de sus propios sistemas, la única salvación para la sociedad. De modo bastante lógico, ya que han aceptado las premisas básicas (que nosotros consideramos totalmente erróneas) de que el pensamiento precede a la vida, que la teoría es anterior a la experiencia social y, por tanto, que la ciencia social tiene que ser el punto de partida de todos los levantamientos y reconstrucciones sociales. Inevitablemente, luego llegan a la conclusión de que, debido a que el pensamiento, la teoría y la ciencia, al menos en nuestro tiempo, están en posesión de unos pocos, esos pocos deben ser los líderes de la vida social, no sólo sus iniciadores, sino también los líderes de todos los movimientos populares. Al día siguiente de la revolución, el nuevo orden social no debe ser organizado por la asociación libre de las organizaciones populares o sindicales, locales o regionales, desde abajo hacia arriba, según las exigencias y necesidades del pueblo, sino únicamente por el poder dictatorial de esa minoría culta que pretende expresar la voluntad del pueblo.

Esta ficción de gobierno pseudorrepresentativo sirve para ocultar el dominio de las masas por un puñado de privilegios; una élite elegida por las hordas del pueblo que son arreadas y que no saben por quién o por qué votan. Sobre esta expresión artificial y abstracta de lo que falsamente se imaginan que es la voluntad popular y de la cual los seres vivientes no tienen la menor idea, ellos construyen la teoría del Estado como la teoría de la llamada dictadura revolucionaria.

Las diferencias entre la dictadura revolucionaria y el Estado son superficiales. Fundamentalmente, ambas representan el mismo principio de gobierno de una minoría sobre una mayoría en nombre de la supuesta «estupidez» de la última y de la supuesta «inteligencia» de la primera. En consecuencia, ambas son igualmente reaccionarias, ya que am-

bas directa e indirectamente deben conservar y perpetuar los privilegios económicos y políticos de la minoría gobernante y la sujeción política y económica de las masas populares.

Ahora queda claro por qué los revolucionarios dictatoriales, quienes pretenden derrocar los poderes existentes y las estructuras sociales a fin de erigir sobre sus ruinas su propia dictadura, nunca fueron ni jamás serán los enemigos del gobierno, sino, por el contrario, siempre serán los promotores más entusiastas de la idea del gobierno. Únicamente son enemigos de los actuales gobiernos porque desean reemplazarlos. Son los enemigos de las estructuras gubernamentales actuales porque éstas *excluyen* la posibilidad de su propia dictadura. Al mismo tiempo, son los amigos más devotos del poder gubernamental. Porque, si la Revolución realmente destruyera ese poder liberando a las masas, esta minoría pseudorrevolucionaria quedaría imposibilitada para subyugar a las masas a fin de ser ella misma la beneficiaria de su propia política de gobierno.

Ya hemos expresado en distintas oportunidades nuestra profunda aversión a las teorías de Lassalle y Marx que recomiendan a los trabajadores, si no como idea definitiva, al menos como objetivo inmediato, la creación de un *Estado popular*, el cual, según su interpretación, no será otra cosa que «el proletariado elevado al estatus de clase gobernante».

Preguntemos, si el proletariado va a ser la clase gobernante, ¿a quiénes gobernará? En suma, habrá otro proletariado que será sometido al nuevo poder, al nuevo Estado. Por ejemplo, la «gleba» campesina, que, como se sabe, no cuenta con la simpatía de los marxistas, quienes la consideran como representante de un nivel más bajo de cultura, probablemente será gobernada por el proletariado de las ciudades. O, si este problema recibe un enfoque nacionalista, los eslavos quedarán en la misma relación subordinada al victorioso proletariado alemán que éste ahora mantiene respecto a la burguesía alemana.

Si hay un Estado, debe existir el dominio de una clase por otra y, en consecuencia, esclavitud; el Estado sin esclavitud es inimaginable. Y por esta razón, nosotros somos enemigos del Estado.

¿Qué significa que el proletariado sea elevado al estatus de clase dominante? ¿Es posible que todo el proletariado esté a la cabeza del gobierno? Hay casi cuarenta millones de alemanes. ¿Los cuarenta millones pueden ser miembros del gobierno? En tal caso, no habrá gobierno, no habrá Estado, pero, si va a haber un Estado, habrá quienes gobiernen y quienes sean esclavos.

La teoría marxista resuelve este dilema de forma harto simple. Por gobierno popular, ellos quieren decir el gobierno de una pequeña cantidad de representantes elegidos por el pueblo. El derecho general y de todo hombre a elegir los representantes del pueblo es la última palabra de los marxistas así como de los demócratas. Ésta es una mentira detrás de la cual se oculta el despotismo de una minoría dominante, una mentira mucho más peligrosa, ya que parece expresar la llamada voluntad popular.

Por último, desde cualquier punto de vista que miremos esta cuestión, siempre llegamos a la misma conclusión melancólica: el gobierno de las grandes masas del pueblo en manos de una minoría privilegiada. Los marxistas dicen que esta minoría estará compuesta de trabajadores. Sí, posiblemente de extrabajadores, quienes, tan pronto como se conviertan en gobernantes y representantes del pueblo, dejarán de ser trabajadores y contemplarán a las simples masas trabajadoras desde las alturas palaciegas del Estado; ya no representarán más al pueblo sino a sí mismos y a sus deseos de gobernar al pueblo. Quienes duden de esto, muy poco conocen la naturaleza humana.

Estos representantes elegidos, dicen los marxistas, serán socialistas dedicados y cultos. Las expresiones «socialista culto» «socialismo científico», etcétera, que aparecen continuamente en los discursos y escritos de los partidarios de Las-

salle y Marx, prueban que el pseudo-Estado Popular no será otra cosa que el control despótico del populacho por una nueva aristocracia nada numerosa de pseudocientíficos y verdaderos científicos. El pueblo «inculto» quedará totalmente aparte de los deberes de la administración y será tratado como un rebaño regimentado. ¡Una hermosa liberación, sin duda!

Los marxistas son conscientes de sus contradicciones y se dan cuenta de que un gobierno de científicos será una verdadera dictadura pese a su forma democrática. Se consuelan con la idea de que este gobierno será temporal. Dicen que la única labor y el único objetivo consistirá en educar y elevar al pueblo económica y políticamente hasta tal punto que pronto ese gobierno será innecesario; y el Estado, después de perder su carácter político y coercitivo, automáticamente se transformará en una organización completamente libre de intereses económicos y comunas.

Hay una contradicción flagrante en esta teoría. Si su Estado será realmente del pueblo, ¿por qué eliminarlo? Y si el Estado es necesario para emancipar a los trabajadores, entonces, los trabajadores aún no son libres, por tanto, ¿por qué llamarlo un Estado Popular? Durante nuestra polémica, nosotros les hemos hecho darse cuenta de que la libertad o la anarquía, que significan una libre organización de las masas trabajadoras desde abajo para arriba, es el objetivo final del desarrollo social, y que cualquier Estado, sin exceptuar el Estado Popular, es un yugo que, por un lado, da lugar al despotismo y, por otro, a la esclavitud. Dicen que semejante yugo dictatorial es un paso de transición hacia el logro de la completa libertad del pueblo: el anarquismo y la libertad son el objetivo, mientras que el Estado y la dictadura son los medios y, por tanto, a fin de liberar a las masas populares, ¡primero deben ser esclavizadas!

Nuestra polémica se detiene al llegar a esta contradicción. Ellos insisten en que sólo la dictadura (por supuesto de ellos) puede crear la libertad del pueblo. Replicamos que

toda dictadura no tiene otro objetivo que su propia perpetuación y que sólo puede generar y fomentar esclavitud en el pueblo que la sufre. La libertad únicamente puede ser creada por la libertad, por una rebelión total del pueblo y por la organización desde abajo y voluntaria del pueblo.

La teoría social de los socialistas antiestatales, o anarquistas, les lleva directa e inevitablemente hacia un rompimiento con todas las formas del Estado, con todas las variedades de la política burguesa y no les deja otra posibilidad que la Revolución Social. La teoría opuesta, el comunismo estatal y la autoridad de los científicos, atrae y confunde a sus seguidores y con el pretexto de la táctica política, hace tratos continuos con los gobiernos y los distintos partidos políticos burgueses y conduce directamente a la reacción.

El punto crucial de este programa es que el Estado sólo va a liberar al (pseudo) proletariado, con este propósito, el Estado debe acordar liberar al proletariado de la opresión del capitalismo burgués. ¿Cómo es posible imponer semejante voluntad al Estado? El proletariado debe tomar posesión del Estado por medio de una revolución, una tarea heroica. Sin embargo, una vez que el proletariado se apodere del Estado, debe moverse de inmediato para abolir esta eterna prisión del pueblo. Pero, según el señor Marx, el pueblo no sólo no debe abolir el Estado, sino por el contrario, debe fortalecerlo, agrandarlo y entregarlo a la total disposición de sus benefactores, guardianes y maestros —los líderes del partido comunista, me refiero al señor Marx y a sus amigos—, quienes entonces liberarán al pueblo a su modo. Concentrarán todo el poder administrativo en sus propias manos porque el pueblo ignorante tiene necesidad de guardianes poderosos; y crearán un banco central, estatal, que también controlará todo el comercio, la industria, la agricultura y hasta la ciencia. La masa del pueblo estará dividida en dos ejércitos, el agrícola y el industrial, bajo las órdenes directas de los ingenieros estatales que constituirán la nueva clase político-científica privilegiada.

La propaganda y la organización de la Internacional están dirigidas de forma exclusiva a la clase trabajadora, que, en Italia como en el resto de Europa, corporiza toda la vida, el poder y las aspiraciones de la futura sociedad. La Internacional atrajo sólo a un puñado de simpatizantes provenientes del mundo burgués, quienes, después de haber aprendido a odiar apasionadamente el orden social existente y todos sus falsos valores, renunciaron a su clase y se dedicaron de cuerpo y alma a la causa del pueblo.

Si pueden arrancar los últimos vestigios de lealtad subjetiva al mundo burgués y de vanidad personal, esos hombres, aunque pocos en número, podrían prestar un servicio inapreciable al movimiento revolucionario. Sacan su inspiración del movimiento popular. Pero, a cambio, pueden contribuir con su conocimiento especializado, su capacidad de pensamiento abstracto y de generalización y la habilidad de organizar y coordinar, cualidades que constituyen la fuerza creativa sin la cual cualquier victoria es imposible. En Italia y en Rusia hay más de esos jóvenes que en otros países. Pero lo que representa una ventaja aún mayor para la Revolución es que en Italia existe un proletariado enorme, desacostumbradamente inteligente por naturaleza, pero que por lo general carece de educación y vive en condiciones de extrema pobreza. Este proletariado está compuesto de dos o tres millones de obreros urbanos, principalmente en fábricas y pequeños talleres, y aproximadamente de unos veinte millones de campesinos totalmente paupérrimos. Esta inmensa clase ha sido reducida a tal degradación que incluso los defensores de esta terrible sociedad están empezando a hablar abiertamente en el Parlamento y en la prensa oficial, admitiendo que las cosas han alcanzado una situación crítica y que de inmediato se debe hacer algo para evitar un holocausto popular que destruiría todo lo que encontrara a su paso.

En ninguna parte existen condiciones más favorables para la Revolución Social que en Italia. En Italia no hay, como en la mayoría de las demás naciones europeas, una categoría especial de trabajadores relativamente ricos, que ganan salarios más altos, que se jactan de sus capacidades literarias y que están tan impregnados de prejuicios burgueses que, salvo por los salarios, no se diferencian en nada de la burguesía. Esta clase de trabajadores burgueses es numerosa en Alemania y en Suiza, pero en Italia, por el contrario, su número e influencia son insignificantes, una simple gota en el océano. En Italia predomina el proletariado extremadamente pobre. Marx habla desdeñosamente, pero con bastante injusticia, de ese *Lumpenproletariat.* Porque en ellos, y solamente en ellos, no en el estrato burgués de los trabajadores, reside toda la inteligencia y todo el poder de la futura Revolución Social.

Una insurrección popular por su propia naturaleza es instintiva, caótica y destructiva. Y siempre representa grandes sacrificios personales y una pérdida enorme de propiedad privada y pública. Las masas siempre están dispuestas a sacrificarse y esto es lo que las transforma en una horda brutal y salvaje, en capaces de realizar logros heroicos y aparentemente imposibles y, debido a que poseen poco o nada, no están desmoralizadas por las responsabilidades de la propiedad. Y en un momento de crisis, en aras de la defensa propia o de la victoria, no vacilarán en quemar sus propias casas y barrios; y ya que la propiedad no actúa en ellas como un freno, porque pertenece a sus opresores, les anima una pasión destructora. Esta pasión negativa, si es verdadera, dista mucho de ser suficiente para obtener los objetivos de la causa revolucionaria, pero, sin ella, la revolución sería imposible. La revolución exige una destrucción amplia y extensa, una destrucción fecunda y renovadora, ya que de este modo, únicamente de este modo, nacen los nuevos mundos...

Ni siquiera la miseria más terrible de millones de traba-

jadores es suficiente en sí misma para lanzarlos a la realización de la revolución. El hombre por naturaleza, está dotado (o maldito) de una maravillosa paciencia y sólo el demonio sabe cómo puede soportar miserias inimaginables e incluso la muerte lenta por el hambre; y hasta el impulso hacia la desesperación está suavizado por una completa insensibilidad para con sus propios derechos y por una obediencia imperturbable...

La gente en estas condiciones está desahuciada. Prefiere morir a rebelarse. Pero, cuando a un hombre se le lleva a la desesperación, lo más probable es que se rebele. La desesperación es un sentimiento amargo y apasionado, capaz de arrancar a los hombres de su resignación semiconsciente si ya tienen noción de una situación más deseable, aunque no tengan muchas esperanzas de obtenerla. Pero es imposible permanecer mucho tiempo en un estado de desesperación total: uno debe ceder, morir, o hacer algo: luchar por una causa, pero ¿qué causa? Obviamente, la de liberarse a sí mismo, la de luchar por una vida mejor...

Pero la pobreza y la desesperación aún no son suficientes para generar la Revolución Social. Es posible que provoquen intermitentes rebeliones locales, pero no grandes levantamientos masivos y amplios. Para que esto suceda, es indispensable que el pueblo esté inspirado por una idea universal, históricamente desarrollada a partir de las profundidades instintivas de los sentimientos populares, ampliada e iluminada por una serie de acontecimientos significativos y severos, así como por una experiencia amarga. Es necesario que el pueblo tenga una idea general de sus derechos y una fe profunda, apasionada, casi religiosa en la validez de estos derechos. Cuando esta idea y esta fe populares se dan en la clase de miseria que lleva a la desesperación, entonces la Revolución Social está cercana y es inevitable, y ninguna fuerza de la tierra puede resistirse ante ella.

Ésta es exactamente la situación del proletariado italiano. Los sufrimientos que se ve obligado a soportar son ape-

nas menos terribles que la miseria y la pobreza que abruman al pueblo ruso. Pero el proletariado italiano está imbuido de un nivel más alto de apasionada conciencia revolucionaria que las masas rusas, una conciencia que día a día se hace más fuerte y más clara. El proletariado italiano, por naturaleza inteligente y apasionado, está finalmente empezando a comprender lo que quiere y lo que se debe hacer para lograr su completa emancipación. En este sentido, la propaganda de la Internacional, enérgica y extensamente difundidas durante los últimos dos años, ha tenido un gran valor. Este sentimiento profundo, esta idea universal, sin la cual (como ya hemos dicho) toda insurrección de masas, por más grande que sea el sacrificio realizado, es absolutamente imposible, ha sido estimulada por la Internacional, que al mismo tiempo señala el camino a la emancipación y los medios para organizar el poder del pueblo.

Al principio, esta idea se manifiesta en el deseo apasionado de poner punto final a su pobreza y su miseria y de satisfacer todas sus necesidades materiales con el trabajo colectivo, igual y obligatorio para todos. Luego llegará a incluir la abolición de todo dominio y la organización libre de la vida del país según las necesidades populares. Esto significa el rechazo de la forma de control estatal de arriba abajo en favor de la organización de abajo arriba, creada por el mismo pueblo, sin gobiernos ni parlamentos. Ésta sería la organización lograda por medio de la participación libre de asociaciones de trabajadores agrícolas e industriales, y por medio de las comunas y las provincias. Por último, y en el futuro más distante, erigiría sobre las ruinas de todos los Estados la fraternidad de los pueblos.

Vale la pena hacer notar que, en Italia, como en España, el programa del comunismo estatal marxista no ha tenido ningún éxito efectivo, mientras que el programa de la famosa Alianza de socialistas revolucionarios [la organización anarquista de vanguardia], que proclamaba la lucha indiscriminada contra toda dominación, todo tutelaje y toda

autoridad gubernamental, ha sido entusiasta y abrumadoramente aceptada por los trabajadores.

Un pueblo, inspirado por semejantes ideas, siempre puede alcanzar su propia libertad y basar su propia vida en la más amplia libertad para todos sin amenazar u obstaculizar la libertad de las demás naciones. Por esa razón ni Italia ni España se embarcarán en una carrera de conquistas, sino que, por el contrario, ayudarán a todos los pueblos a realizar su propia Revolución Social...

La producción capitalista moderna y la especulación bancaria exigen inexorablemente una enorme centralización del Estado que, por sí misma, puede someter a millones de trabajadores a la explotación capitalista. La organización federal de abajo arriba de las asociaciones de trabajadores, de los grupos, comunas, cantones (condados), regiones y finalmente de pueblos enteros, es la única condición para una libertad verdadera y no ficticia, pero esa libertad viola los intereses y las convicciones de las clases dominantes, tal como la autodeterminación económica es incompatible con sus nuevos métodos de organización. No obstante, la *democracia representativa* armoniza maravillosamente bien con el sistema económico capitalista. Este nuevo sistema estatista, basándose en la supuesta *soberanía* de la *voluntad popular*, tal como la denominan sus supuestos representantes en asambleas populares de farsa, incorpora las dos condiciones principales y necesarias para el progreso del capitalismo: la centralización estatal y el sometimiento real del pueblo soberano a la minoría intelectual gobernante, la cual, si bien afirma representar al pueblo, lo explota inexorablemente.

La explotación del trabajo humano no puede ser azucarada ni siquiera por la forma más democrática de gobierno [...] para el trabajador siempre será una píldora amarga. De esto se desprende que ningún gobierno, por más paternalista que sea, por más inclinado que esté a evitar la fricción, tolerará una amenaza a sus instituciones económicas explotadoras, ni a su hegemonía política: incapaz de lograr la obediencia

acostumbrada a su autoridad por medio de engaños y otros métodos pacíficos, el gobierno entonces recurrirá a una incesante coacción, a la violencia, es decir, al control político y al último cartucho del control político que es el poder militar.

Por su propia naturaleza, el Estado moderno es un Estado militarista; y todo Estado militarista debe necesariamente convertirse en un Estado conquistador e invasor; para sobrevivir, debe conquistar o ser conquistado, por la simplísima razón de que un poder militar acumulado lo sofocará si no tiene una salida. En consecuencia, el Estado moderno debe ser un Estado inmenso y poderoso: ésta es la precondición esencial para su supervivencia.

Y, del mismo modo que la producción capitalista debe expandirse continuamente para evitar la bancarrota y absorber a sus competidores más débiles y tratar de monopolizar a todas las demás empresas capitalistas del mundo, el Estado moderno tratará inevitablemente de ser el único Estado universal, ya que la coexistencia de dos Estados universales es por definición, imposible. La soberanía, el empuje hacia la dominación absoluta, es inherente a cualquier Estado; y el primer prerrequisito para esta soberanía es la debilidad comparativa, o, al menos, el sometimiento, de los Estados vecinos...

Un Estado poderoso sólo puede tener un sólido fundamento: la centralización burocrática y militar. La diferencia fundamental entre una monarquía y la más democrática de las repúblicas es que, en la monarquía, los burócratas explotan y roban en nombre del Rey al pueblo en beneficio de los privilegiados, así como para llenar sus propios cofres, mientras que, en la República, el pueblo es oprimido y robado del mismo modo en beneficio de las mismas clases, pero en nombre de la «voluntad popular» (y para llenar los cofres de los burócratas democráticos). En la República, el Estado que se supone propiedad del pueblo, legalmente organizado, ahoga y continúa, de hecho, ahogando al pueblo. Pero el pueblo no puede sentirse mejor si el garrote con el que le castigan es denominado «garrote popular».

... Ningún Estado, por más democrático que sea, ni siquiera en la República más roja, puede darle al pueblo lo que éste realmente quiere: la autoorganización y administración libres de sus propios asuntos de abajo arriba, sin la menor violencia o interferencia desde arriba, porque cada Estado, incluso el pseudo-Estado Popular inventado por el señor Marx, es en esencia únicamente una máquina que gobierna a las masas desde arriba, por intermedio de una minoría privilegiada de intelectuales pedantes que se imaginan saber lo que necesita y quiere el pueblo mejor que el mismo pueblo...

Nosotros nos oponemos inalterablemente a cualquier forma de paneslavismo del mismo modo que a cualquier forma de pangermanismo. El deber urgente y sagrado de la juventud revolucionaria rusa es contraatacar dentro de la misma Rusia la propaganda paneslavista por cualquier medio y, en especial, para evitar que se extienda a otras tierras eslavas, llevada oficial y no oficialmente por agentes del gobierno, y voluntariamente por fanáticos eslavófilos; esa propaganda tiende a convencer a los infortunados eslavos de que el Zar eslavo ama profundamente a sus hermanos eslavos y que el sórdido Imperio paneslavo con Polonia y la Pequeña Rusia [¿Ucrania?] estranguladas, si el Zar así lo quiere, puede liberar a las tierras eslavas del yugo germano. [Bakunin incluye como eslavos a aquellos miembros del ahora difunto Imperio austrohúngaro: Hungría, Austria, Bulgaria, Serbia, Yugoslavia, Checoslovaquia, etcétera].

Esta ilusión está muy difundida entre los eslavos austríacos. Su odio fanático, aunque comprensible, hacia sus opresores les ha conducido a tal estado de locura que, olvidándose de las atrocidades cometidas contra Lituania, Polonia, la Pequeña Rusia y hasta la Gran Rusia por el despotismo zarista, o ignorándolas, aún esperan la liberación por medio de nuestro esclavista imperio pan-ruso.

Nadie debe sorprenderse de que las masas eslavas tengan semejantes ilusiones. No conocen la historia ni la situa-

ción interna de Rusia; lo único que se les ha dicho es que se ha creado un imperio eslavo para desafiar a los germanos; un imperio tan poderoso que los alemanes están temblando de miedo [...] y aquello que los alemanes detestan debe ser amado por los eslavos.

Todo esto es de esperar. Pero lo que es triste, difícil de comprender e inexcusable, es que el pueblo, que tendría que saber algo más que eso, así como los eslavos austríacos cultos, experimentados, sabios y bien informados, hayan organizado un partido que predica abiertamente el paneslavismo. Según algunos, esto implicaría la creación de un *gran Imperio eslavo* bajo el dominio del Zar y, según otros, consistiría en la emancipación de los pueblos eslavos por el Imperio ruso...

Pero ¿qué beneficios obtendrían los pueblos eslavos con la formación de un poderoso imperio eslavo? En realidad, esto daría grandes ventajas a los Estados (que formen el Imperio), pero no al proletariado; beneficiaría únicamente a la minoría privilegiada (el clero, la nobleza, la burguesía) y probablemente a algunos intelectuales, quienes, debido a su diploma y a su supuesta superioridad mental se sienten llamados a gobernar las masas. En suma, representa una ventaja para algunos miles de opresores, verdugos y otros explotadores del proletariado. En lo que respecta a las grandes masas del pueblo, cuanto más grande sea el Estado, más pesadas serán las cadenas y más pobladas estarán las cárceles.

Hemos demostrado que, a fin de existir, un Estado debe convertirse en invasor de otros Estados. Del mismo modo que la competencia que, en la esfera económica, destruye o absorbe pequeñas o incluso medianas empresas —fábricas, tierras, negocios—, el gran Estado devora a los pequeños o medianos Estados. En consecuencia, todo Estado, a fin de existir, no sobre el papel, sino de hecho, debe tender a convertirse en un Estado conquistador, agresivo e invasor. Esto significa que debe estar listo para ocupar un país extranjero y someter a millones de súbditos. Para ello, debe ejercitar el poder militar masivo. Pero dondequiera que prevalezca el

poder militar, ¡adiós a la libertad! Adiós a la autonomía y al bienestar de la gente trabajadora. De esto se desprende que la construcción de un gran Imperio eslavo sólo significa la esclavitud de los pueblos eslavos.

No obstante, los estatistas eslavos nos dicen: «Nosotros no queremos un único gran Estado eslavo; sólo deseamos una cierta cantidad de medianos Estados eslavos, pues de ese modo aseguraremos la independencia de los pueblos eslavos». Este punto de vista es contrario a la lógica, a los acontecimientos históricos y a la misma naturaleza de las cosas; ningún Estado mediano en nuestro tiempo puede existir de forma independiente. Por tanto, o no habrá ningún Estado o existirá un único Estado gigantesco que devorará a los Estados más débiles: un Estado ruso despótico y absolutista.

¿Puede defenderse un Estado eslavo pequeño contra el nuevo Imperio pangermano si no es tan poderoso y grande como éste? ¿Puede depender de la ayuda de países unidos por un interés común? En ambos casos, la respuesta es no. En primer lugar, porque una alianza de varios poderes pequeños y heterogéneos, aun cuando sea igual o numéricamente superior, sigue siendo más débil como unidad que un enemigo consolidado, homogéneo, que responde a un único mando y, por tanto, que es mucho más fuerte. En segundo lugar, no se puede depender de la cooperación amistosa de otros Estados, aun cuando los intereses en juego sean los mismos. Los estadistas, al igual que el común de los mortales, a menudo están tan preocupados por intereses y pasiones momentáneos que no pueden ver cuándo sus intereses vitales están en peligro...

Pero ¿acaso no se podría neutralizar al Estado pangermano con una federación paneslava, es decir, una unión de naciones eslavas independientes organizadas como Suiza o Estados Unidos? Contestamos con una negativa. Porque, para formar semejante federación, primero es absolutamente necesario destrozar el Imperio panruso y formar una cantidad de Estados separados e independientes, sólo unidos

por asociación voluntaria, y porque la coexistencia de esos Estados pequeños, o medianos, independientes y federados, junto a un Imperio centralizado tan grande, es simplemente inconcebible.

Esta federación de Estados podría hasta cierto punto salvaguardar la libertad burguesa, pero jamás se podría convertir en un Estado militar simplemente porque se trata de una federación. El poder estatal exige la centralización. Pero se puede argumentar que el ejemplo de Suiza y de Estados Unidos refuta esta afirmación. Pero Suiza, a fin de aumentar su poder militar, tiende a la centralización; y la federación es posible en los Estados Unidos únicamente porque no está rodeado de Estados sumamente centralizados y poderosos como Rusia, Alemania o Francia. Suiza conserva la federación debido a la indiferencia de los grandes poderes nacionales y porque su pueblo está dividido en líneas generales en tres grandes zonas que hablan el idioma de los Estados vecinos: Francia, Alemania e Italia. Resistirse al triunfante pangermanismo en el campo legal y estatista fundando un Estado eslavo igualmente poderoso resultaría contraproducente, e incluso desastroso, para los eslavos porque inevitable e irrevocablemente les dejaría en manos de la dictadura panrusa.

El pueblo eslavo progresista debe darse cuenta de que ya ha pasado la hora de flirtear con la ideología eslava y que no hay nada más absurdo y peligroso que meter todas las aspiraciones del pueblo en el estrecho marco de un nacionalismo espurio. La nacionalidad no es un principio humanitario; es un hecho histórico y local que generalmente debe ser tolerado junto con otros hechos reales e inofensivos.

Todo pueblo, por más pequeño que sea, tiene su propio carácter específico, su estilo de vida, de lengua, su manera de pensar y de trabajar; y precisamente este carácter, este estilo de vida, constituyen su nacionalidad, que es la suma de su vida histórica, de sus aspiraciones y circunstancias. Todo pueblo, al igual que todo individuo, es por fuerza lo

que es y tiene el derecho inalienable a ser él mismo. Esto constituye el supuesto derecho nacional. Pero, si un pueblo o un individuo viven de una cierta manera, eso de ningún modo significa que tienen el derecho, lo que no sería beneficioso para nadie, de considerar su nacionalidad o su individualidad como un principio absoluto y exclusivo, ni tampoco deben estar obsesionados por ello. Por el contrario, cuanto menos preocupados estén por sí mismos y cuanto más concentrados estén en la idea general de la humanidad, más vital, más coherente y más profundo pasa a ser el sentimiento de nacionalidad y de individualidad.

Lo mismo se aplica a los eslavos. Seguirán siendo insignificantes mientras sigan obsesionados con su eslavismo [...] estrecho y egoísta, una obsesión que por su propia naturaleza es contraria a los problemas y a la causa de la humanidad en general. Obtendrán su lugar justo en la libre fraternidad de las naciones cuando, junto a todos los demás pueblos, estén inspirados por un interés más amplio, más universal...

En todas las épocas históricas, encontramos un interés universal que trasciende todos los límites exclusivamente nacionales y puramente locales; y aquellas nacionalidades que tienen la suficiente comprensión, pasión y fortaleza para identificarse de manera fervorosa con este interés universal se convierten en pueblos históricos [desempeñan importantes papeles históricos]. La gran revolución de fines del siglo XVIII colocó nuevamente a Francia en sitio preeminente entre las naciones del mundo. Ella creó un nuevo objetivo para toda la humanidad: el ideal de la libertad absoluta, pero sólo en el campo exclusivamente político. Este ideal jamás pudo ser realizado porque contenía una contradicción insoluble: una libertad política pese a una servidumbre económica. Además, la libertad política dentro del Estado es un fraude. La Revolución francesa de ese modo produjo dos tendencias diametralmente opuestas que, por último, se fundieron en una sola: la explotación sistemática del proletariado en beneficio de una minoría cada vez más rica y me-

nos numerosa de monopolistas. Sobre la base de esta explotación de las masas trabajadoras, uno de los dos partidos trata de fundar una República democrática; y el otro, al ser más coherente, trata de erigir una monarquía, es decir, un Estado abiertamente despótico, centralizado, burocrático y policíaco. En el primer caso, la dictadura queda ligeramente velada por inocuas formas constitucionales.

Desde el fondo de las profundidades del proletariado emergió una nueva tendencia opuesta, un nuevo objetivo universal: la abolición de todas las clases y de su principal medio de apoyo, el Estado, y la autoadministración de toda la propiedad por los trabajadores...

Tal es el programa de la Revolución Social. Hay una sola cuestión que confrontaba a todas las naciones, un único problema universal: cómo lograr la emancipación política y económica del yugo del Estado. Y este problema no se puede resolver sin una lucha cruenta y aterradora...

¿Acaso no es evidente que los eslavos pueden encontrar su sitio justo en la unión fraternal de los pueblos únicamente por medio de la Revolución Social?

Pero una Revolución Social no se puede confinar a un solo país aislado. Por su propia naturaleza, es universal en su alcance. En consecuencia, los eslavos deben vincular sus aspiraciones y sus fuerzas a las aspiraciones y las fuerzas de todos los demás países. El proletariado eslavo debe unirse en masa a la Asociación Internacional de Trabajadores... Después de unirse a la Internacional, el proletariado eslavo debe formar secciones de fábricas, de oficios, agrícolas, uniendo éstas en federaciones locales y, si es necesario, unir estas federaciones locales en una gran federación eslava. Siguiendo los principios de la Internacional y libres del yugo de sus respectivos Estados, los trabajadores eslavos, sin poner lo más mínimo en peligro su propia independencia, deben y pueden establecer relaciones fraternales con los trabajadores alemanes, ya que una alianza con ellos sobre cualquier otra base queda absolutamente fuera de cuestión.

Tal es el único camino para la emancipación de los eslavos. Pero el camino que hoy sigue la gran mayoría de los jóvenes eslavos del oeste y del sur, bajo la influencia de sus respetados y venerables patriotas, es un sendero estatista que implica la creación de Estados eslavos separados, absolutamente ruinosos para las grandes masas del pueblo.

El pueblo serbio derramó torrentes de sangre y por fin se liberó de la esclavitud turca, pero apenas se convirtió en un principado independiente, nuevamente fue esclavizado, quizás aún más, porque pensaron que era su propio Estado, la nación serbia. Tan pronto como esta parte de Serbia asumió todas las características —leyes, instituciones, etcétera— comunes a todos los Estados, la vitalidad y el heroísmo nacionales, que la habían sostenido en su lucha contra los turcos, súbitamente colapsó. El pueblo, aunque ignorante y muy pobre, pero apasionado, vigoroso, naturalmente inteligente y amante de la libertad, fue de pronto transformado en un rebaño sumiso y apático, fácil víctima del saqueo y del despotismo burocráticos.

En la Serbia turca no había nobles, ni grandes terratenientes, ni industriales, ni comerciantes muy poderosos. No obstante, pese a ello, apareció una nueva aristocracia burocrática compuesta de jóvenes educados, en parte a expensas del Estado, en Odesa, Moscú, San Petersburgo, Viena, París, Alemania y Suiza. Antes de ser corrompidos en el servicio del Estado, esos jóvenes se distinguieron por su amor al pueblo, su liberalismo y, por último, por sus inclinaciones socialistas y democráticas. Pero tan pronto entraron al servicio del Estado, la lógica de acero de su situación, inherente al ejercicio de ciertas prerrogativas de ventajas políticas y jerárquicas, dieron sus malos frutos y esos jóvenes se convirtieron en cínicas marionetas burocráticas que aún repetían los eslóganes patrióticos y liberales. Y, como es bien sabido, un burócrata liberal es incomparablemente más nefasto que el funcionario estatal reaccionario e intransigente.

Además, las exigencias de ciertas posiciones son más

fuertes que los nobles sentimientos e incluso que las mejores intenciones. Después de volver a sus hogares del extranjero, los jóvenes serbios se ven obligados a pagar su deuda con el Estado por su educación y manutención; se sienten moralmente obligados a servir a su benefactor, el gobierno. Ya que no existen otros empleos para los jóvenes cultos, éstos se convierten en funcionarios estatales y conforman la única aristocracia de su país: la clase burocrática. Una vez integrados en esa clase, inevitablemente se transforman en los enemigos del pueblo...

Y entonces los más inescrupulosos y astutos consiguen hacerse con el control del gobierno microscópico de su microscópico Estado. Y de inmediato empiezan a venderse a quien llegue; en su país, al príncipe reinante o a un pretendiente al trono. En Serbia, el derrocamiento de un príncipe y la instauración de otro es denominado una «revolución». O pueden negociar sus influencias con uno, varios o todos los grandes Estados dominantes: Rusia, Austria, Turquía, etcétera.

¡Es fácil imaginar cómo vive el pueblo en semejante Estado! Resulta bastante irónico que el principado de Serbia sea un Estado constitucional y que todos sus legisladores sean elegidos por el pueblo. Vale la pena hacer notar que la Serbia turca difiere de los demás Estados en este punto fundamental: sólo hay una clase en el control del gobierno: la burocracia. Por tanto, la única función del Estado es explotar al pueblo serbio a fin de proporcionar a los burócratas todas las comodidades de la existencia.

*Precondiciones para una Revolución Social en Rusia*

Las manera y los medios para hacer una Revolución Social en Rusia pueden ser de dos tipos: una, puramente revolucionaria, lleva directamente a la organización de un levantamiento general del pueblo; la otra, más pacífica, lleva a la

emancipación del pueblo por medio de una transformación gradual, sistemática, pero al mismo tiempo radical, de las condiciones de su existencia [...] se trata de la formación de asociaciones de artesanos y consumidores y, sobre todo, de cooperativas de productores, porque ellas llevan más directamente a la emancipación del trabajo del dominio capitalista. [...] La experiencia de los últimos veinte años en distintas tierras ha demostrado de forma terminante que esto es imposible.

Durante los últimos años, la cuestión de las asociaciones de cooperativas ha provocado ardientes debates en la Internacional; basada en numerosos argumentos, la Internacional ha llegado a las siguientes conclusiones, formuladas en el Congreso de Lausana (1868) y adoptadas en el Congreso de Bruselas (1868).

Las distintas formas de cooperación son sin la menor duda uno de los medios más justos y racionales de organizar el futuro sistema de producción. Pero antes de poder realizar su objetivo de emancipar a las clases trabajadoras de forma que ellas puedan recibir todo el producto de su labor, la tierra y todas las formas de capital deben ser convertidas en una propiedad colectiva. Mientras esto no se logre, las cooperativas se verán abrumadas por la poderosísima competencia del capital monopolista y las extensas propiedades de tierra [...] e, incluso en el poco probable caso de que un pequeño grupo de cooperativas pueda de algún modo superar los obstáculos de la competencia, su éxito sólo engendrará una nueva clase de prósperos cooperativistas en medio de una masa proletaria acuciada por la miseria. Si bien las cooperativas no pueden obtener la emancipación de las masas trabajadoras en las presentes circunstancias socioeconómicas, de cualquier modo tienen la ventaja de que la cooperación puede habituar a los trabajadores a organizarse para conducir sus propios asuntos (después del derrocamiento de la vieja sociedad)...

El pueblo ruso posee en gran proporción dos caracte-

rísticas que, en nuestra opinión, son precondiciones indispensables para la Revolución Social. [...] Sus sufrimientos son infinitos, pero no se resigna pacientemente a su miseria y reacciona con una intensa desesperación salvaje que, en dos ocasiones históricas, produjeron ya explosiones populares de tal magnitud, como las revueltas de Stenka Razin y Pugachev y que, aún hoy, se expresa en continuos levantamientos campesinos.

¿Qué es, entonces, lo que les dificulta hacer una Revolución victoriosa? Es la ausencia de un ideal consciente común, capaz de inspirar una genuina revolución popular. [...] [Afortunadamente] no hay necesidad de un profundo análisis de la conciencia histórica de nuestro pueblo para definir las características fundamentales que conforman su ideal.

La primera de estas características es la convicción compartida por todo el pueblo de que las tierras les pertenecen por derecho. La segunda característica es la creencia de que el derecho al beneficio de la tierra pertenece, no a un individuo, sino a la comunidad rural en su conjunto, al *Mir* que asigna el uso temporal de la tierra a los miembros de la comunidad. La tercera característica es que incluso las mínimas limitaciones que impuso el Estado a la autonomía del *Mir* provocaron la hostilidad contra el Estado.

Sin embargo, el ideal del pueblo ruso está debilitado por otras tres características que desnaturalizan y retardan la realización de este ideal, características que debemos combatir con toda nuestra energía...

Estas características son: 1) el paternalismo; 2) la absorción del individuo por el *Mir;* 3) la confianza en el Zar. [...] Las últimas dos, la absorción del individuo por el *Mir* y el culto al Zar, son las consecuencias naturales e inevitables de la primera, es decir, del paternalismo que gobierna al pueblo. Este es el gran mal histórico, el peor de todos...

Este mal deforma la vida rusa y, además, la paraliza con su indolencia familiar, las mentiras crónicas, la ávida hipo-

cresía y, finalmente, el servilismo, que hace la vida insoportable, así como con el despotismo del marido, del padre, del hermano mayor sobre la familia (de hecho, una institución inmoral en virtud de sus desigualdades jurídico-económicas), con la escuela de la violencia y de la triunfal bestialidad, de la cobardía y las cotidianas perversiones del hogar familiar. La expresión «cementerio pintado de cal» es una buena descripción de la familia rusa...

[El patriarca familiar] es un esclavo y un déspota al mismo tiempo; un déspota que ejerce su tiranía sobre todos los que viven bajo su techo y que dependen de su voluntad. Los únicos superiores que reconoce son el *Mir* y el Zar. Si él es el cabeza de la familia, se comporta como un déspota absoluto, pero es el sirviente del *Mir* y el esclavo del Zar. La comunidad rural es su universo; sólo existe su familia y, a un nivel más alto, el clan. Esto explica por qué el principio patriarcal domina el *Mir,* una tiranía odiosa, una sumisión cobarde y la negación absoluta de todos los derechos individuales y familiares. Las decisiones del *Mir,* por más arbitrarias que sean, son la ley. «¡Quién se anima a desafiar al *Mir*!», exclama el *mujik.* Pero entre el pueblo ruso hay personajes que han tenido la valentía de desafiar al *Mir:* los bandoleros. Por esta razón el bandolerismo es un importante fenómeno histórico en Rusia; los primeros revolucionarios, los primeros rebeldes rusos, Pugachev y Razin, fueron bandoleros...

Una de las grandes desgracias de Rusia es que cada comunidad constituye un círculo cerrado. Ninguna comunidad encuentra necesario tener ninguna conexión orgánica con las otras comunidades. Están vinculadas entre sí por intermedio del Zar, el «pequeño padre», y únicamente en virtud del supremo poder patriarcal que él detenta. Queda claro que esta desunión paraliza al pueblo, condena sus rebeliones, casi siempre locales, al fracaso seguro y, al mismo tiempo, consolida el despotismo. En consecuencia, una de las tareas principales de la juventud revolucionaria es establecer a toda costa y por cualquier medio posible una línea

vital de revuelta entre las comunidades rurales aisladas. Esta es una tarea difícil pero de ninguna manera imposible.

La comunidad rural rusa, ya lo suficientemente debilitada por el patriarcado, es corrompida y aplastada miserablemente por el Estado. Bajo su yugo, las elecciones comunales son una farsa y las personas elegidas por el pueblo se convierten en los instrumentos de los opresores y en los sirvientes venales de los ricos terratenientes. En semejantes circunstancias, los últimos vestigios de justicia, de verdad y de humanidad elementales desaparecen en la comunidad rural, arruinados por las autoridades... Más que nunca, el bandolerismo pasa a ser la única salida posible para el individuo, y un levantamiento masivo —la Revolución— para el pueblo.

Entre la confusión general de ideas, aparecen dos tendencias diametralmente opuestas. La primera, de un carácter más pacífico, se inclina por una acción gradual; la otra, a favor de las insurrecciones armadas, tiende directamente a preparar al pueblo para la lucha revolucionaria. Los partidarios de la primera tendencia no creen que la revolución sea realmente posible, pero, como no quieren seguir siendo los espectadores pasivos de los infortunios del pueblo, están determinados a ir al pueblo, como hermanos, y sufrir con ellos y, al mismo tiempo, enseñarles y prepararlos para la acción, no teórica, sino prácticamente, con el ejemplo. Se confunden con los trabajadores urbanos y, trabajando hombro con hombro, despiertan en ellos el deseo de organizarse.

Los otros tratan de fundar colonias rurales donde todos puedan disfrutar en común de la tierra [...] según el principio de que el producto de la labor colectiva debe ser distribuido sobre la base de «a cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades». La misma esperanza inspiró a Cabet, quien, después de la derrota de la Revolución del 48, se fue a América con sus icarianos a fundar la colonia de Nueva Icaria, cuya existencia fue breve. Si este tipo de experimento no pudo durar mucho en América, donde las

posibilidades de éxito eran mucho más grandes [...] cae por su propio peso que jamás podría tener éxito en Rusia.

Pero esto no desalienta a aquellos que quieren preparar al pueblo para un pacífico cambio social. Organizando su propia vida doméstica sobre la base de una total libertad, esperan poder combatir el vergonzoso sistema patriarcal [...] a través de su ejemplo, esperan inspirar al pueblo con ideas prácticas de justicia y libertad, así como con los medios para emanciparse [...] Todos estos planes son muy buenos, extremadamente magníficos y nobles, pero ¿son realizables? Sólo se tratará de una gota en el océano [...] jamás suficiente para emancipar a nuestro pueblo.

La otra tendencia es rebelarse, luchar. Confiamos en que únicamente esta tendencia obtendrá resultados satisfactorios. Nuestro pueblo ha demostrado que necesita ayuda. Su situación es tan desesperada que están preparados en cualquier poblado para la revuelta. Y cada revuelta, aun en el caso de fracasar, tiene su valor, pese a que las acciones aisladas no son suficientes. Tiene que haber un levantamiento general que abarque a todas las zonas rurales. Que esto es posible fue demostrado por los movimientos populares encabezados por Pugachev y Razin.

La batalla contra el régimen patriarcal en la actualidad se está librando en casi todos los pueblos y en casi todas las familias. En la comunidad rural, el *Mir* ha degenerado hasta tal punto que se ha convertido en un instrumento del Estado. El poder y la arbitraria voluntad burocrática del Estado son detestados por el pueblo, y la rebelión contra este poder y contra esta voluntad arbitraria es al mismo tiempo una rebelión contra el despotismo de la comunidad rural y del *Mir*.

Pero esto no es todo. El mal fundamental que paraliza al pueblo ruso, y que hasta ahora ha hecho imposible un levantamiento general, es la comunidad rural cerrada, su aislamiento y desunión. Debemos a toda costa romper estas impenetrables comunidades y fundirlas con la corriente activa del pensamiento, con la voluntad y la causa revoluciona-

rias. Debemos ponernos en contacto no sólo con los campesinos inteligentes en los pueblos, los distritos y las regiones, sino asimismo con los individuos revolucionarios más avanzados que aparecen en el medio ambiente rural ruso; y, sobre todo, donde sea posible, debemos establecer las mismas conexiones vitales entre los trabajadores urbanos y los campesinos. Estas conexiones sólo pueden realizarse entre individuos. Los campesinos más progresistas y activos de cada pueblo, distrito y región deben ponerse en contacto con sus pares rurales de otros pueblos, distritos y regiones, aunque, obviamente, esto debe realizarse con extrema precaución.

Sobre todo, debemos convencer a estos elementos avanzados, y a través de ellos a todos, o al menos a la mayoría más activa del pueblo, de que [...] a lo largo y ancho de Rusia y allende sus fronteras, existe un mal común y una causa común. Debemos convencer al pueblo de que es una fuerza invencible y de que, si esta fuerza todavía no ha liberado al pueblo, sólo se debe a que ellos no han actuado al unísono en aras de un objetivo común. [...] A fin de lograr la unidad, los pueblos, distritos y regiones deben ponerse en contacto y organizarse según un plan acordado y unitario [...] Debemos convencer al campesino y al obrero de que no están solos, y de que, por el contrario, allí detrás de ellos, aplastada por el mismo yugo, pero animada por el mismo entusiasmo, está la inmensa masa de los proletarios de todo el mundo que también se prepara para un levantamiento universal. [...] Tal es el objetivo básico de la propaganda revolucionaria. Cómo nuestra juventud puede concretar este objetivo, será discutido en otra ocasión. Aquí únicamente digamos que el pueblo ruso aceptará a la juventud intelectual revolucionaria únicamente si éstos comparten su vida, su miseria, su causa y su revuelta desesperada.

A partir de este momento, la juventud debe estar presente, no como testigo, sino como participante activo en la primera línea de la acción y en todos los movimientos populares, grandes o pequeños, en cualquier tiempo y lugar. El

joven revolucionario debe actuar según un plan rigurosa y eficazmente concebido y aceptar una disciplina severa a fin de poder crear la unanimidad sin la cual la victoria es imposible. [...] Bajo ninguna circunstancia debe mentirle al pueblo. Esto no sólo sería criminal, sino asimismo desastroso para la causa revolucionaria. [...] El individuo es elocuente al máximo cuando defiende una causa en la que cree sinceramente y cuando habla en consonancia con sus más profundas convicciones. [...] Si tratamos de emancipar al pueblo con mentiras, no sólo los confundiremos a ellos, sino también a nosotros mismos, desviándonos de nuestro verdadero objetivo y perdiéndolo de vista.

Una palabra para concluir: la clase a la que denominamos nuestro «proletariado intelectual»,[5] que hoy en Rusia ya está en una situación social-revolucionaria, es decir, en una situación imposible y desesperada, debe ahora inspirarse en las ideas revolucionarias y las pasiones de la Revolución Social. Si el proletariado intelectual no quiere rendirse, se enfrentará a una ruina segura; debe sumarse a la revolución popular y ayudar a su organización.

5. La gente de distintos estratos de la sociedad rusa, de distintos niveles de educación, pero alienada por el *«establishment»* de un modo rebelde y buscando una salida de sus frustraciones.

# Carta a los compañeros de la Federación Jurásica

*12 de octubre de 1873*

*Las dos selecciones siguientes corresponden al crepúsculo de la carrera de Bakunin. La «Carta a los camaradas de la Federación Jurásica»*[6] *no debe ser juzgada por su tono optimista. Bakunin sabía que su salud declinaba y se sentía crecientemente pesimista sobre las posibilidades de la Revolución, pero no quería desalentar a sus camaradas. Entre octubre de 1873 y febrero de 1875, cuando escribió su carta a Elisée Reclus,*[7] *su salud empeoró y su pesimismo encontró expresión en esta carta que termina con una nota de melancolía. Pero la creciente reacción que entonces envolvía a Europa junto a la indiferencia colosal de las masas, ciertamente habían dado a Bakunin una base sólida para su desesperación.*

No puedo retirarme de la vida pública sin dirigiros estas breves palabras de despedida llenas de aprecio y simpatía.

...Pese a todos los trucos de nuestros enemigos y a las difamaciones infames que sobre mí han difundido, vuestra

6. *Obras de Miguel Bakunin,* Barcelona, Editorial Tierra y Libertad, 1938, vol. VI, págs. 245-248.

7. Elisée Reclus (1830-1905) fue un famoso geógrafo y científico; amigo íntimo de Bakunin y miembro principal de la organización de vanguardia anarquista, la Alianza.

amistad y vuestra confianza en mí nunca han flaqueado. Ni tampoco os habéis permitido ser intimidados cuando os acusaron desvergonzadamente de ser «bakuninistas», adoradores de héroes, simples seguidores sin conciencia propia...

Vosotros siempre habéis mantenido al nivel más alto la independencia de vuestras opiniones y la espontaneidad de vuestros actos; los planes pérfidos de nuestros adversarios fueron tan transparentes que considerasteis sus infames insinuaciones únicamente con el más profundo disgusto...

Poderosamente apoyados por los trabajadores de Italia, España, Francia, Bélgica, Holanda y América, una vez más habéis rechazado los intentos dictatoriales del señor Marx y habéis vuelto a poner en buen rumbo a la gran Asociación Internacional de Trabajadores...

Vuestra victoria, la victoria de la libertad y de la Internacional contra las intrigas autoritarias es completa. Ayer, cuando la victoria parecía pender de un hilo —aunque por mi parte jamás dudé de ello—, hubiera sido imperdonable que alguien abandonara su puesto. Pero, ahora, que es un *fait accompli,* todos pueden actuar según su conveniencia personal.

En consecuencia, aprovecho esta oportunidad, mis queridos compañeros, para rogaros que aceptéis mi renuncia como miembro de la Federación Jurásica y de la Internacional.

...No creáis que renuncio debido principalmente a los disgustos y desilusiones personales sufridos en estos últimos años. Aunque no he sido completamente insensible a esas indignaciones, continuaría soportándolo si pensara que mi participación en vuestras luchas pudiera ayudar a la causa del proletariado. Pero pienso que ya no es así.

Por nacimiento y estatus personal —aunque por cierto no por simpatía o inclinación—, soy un burgués y, como tal, el único trabajo útil que puedo hacer entre vosotros es la propaganda. Pero ahora estoy convencido de que ya ha pasado la hora de los grandes discursos teóricos, escritos u ora-

les. Durante los últimos nueve años se han creado ideas más que suficientes para la salvación del mundo en la Internacional (si el mundo puede ser salvado con ideas) y desafío a cualquiera a que presente hoy otra nueva.

Ésta no es la hora de las ideas, sino de la acción. Sobre todo, ésta es la hora de la organización de las fuerzas del proletariado. Pero esta organización debe ser la tarea del mismo proletariado. Si yo fuera joven, viviría entre los trabajadores y compartiría su vida de privaciones y, junto a ellos, participaría en el trabajo necesario de la organización del proletariado.

Pero, ahora, ni mi edad, ni mi salud me lo permiten. Por el contrario, debo mantenerme apartado y en reposo. Cualquier esfuerzo, incluso un corto viaje, se convierte para mí en un esfuerzo grave. Me siento suficientemente fuerte de moral, pero en lo físico, me canso rápidamente y ya no dispongo de la necesaria fortaleza para la lucha. En el campo del proletariado, sólo puedo ser un obstáculo, no una ayuda.

Veis entonces, amigos míos, que estoy obligado a presentar mi renuncia. Viviendo lejos de vosotros y de todos los demás, ¿qué utilidad puedo prestarle a la Internacional en general y a la Federación Jurásica en particular? Vuestra gran asociación en sus actividades militantes y prácticas no puede permitir posiciones honorarias ni sinecuras.

Me retiraré, entonces, queridos compañeros, lleno de gratitud hacia vosotros y simpatía para nuestra causa grande y sagrada, la causa de la humanidad. Con una preocupación fraternal, seguiré ávidamente vuestros progresos y saludaré con alegría cada uno de vuestros triunfos. Hasta la muerte, seré vuestro...

Pero, antes de partir, permitidme agregar estas breves palabras. La batalla que tendréis que sostener será terrible. Pero no os permitáis el desaliento y sabed que, a pesar de los inmensos recursos materiales de vuestros adversarios, vuestro triunfo final quedará asegurado si cumplís fielmente estas dos condiciones: sostened firmemente el gran principio

universal de la libertad popular sin el cual son falsas la igualdad y la solidaridad. Organizad aún más fuertemente la solidaridad militante y práctica de los trabajadores de todos los oficios en todos los países; y recordad que, por más infinitamente débiles que podáis ser como individuos en localidades o países aislados, constituiréis una fuerza inmensa e irresistible cuando estéis organizados y unidos en la colectividad universal.

Adiós.
Vuestro hermano,
M. Bakunin

# 1875
# Carta a Élisée Reclus

*15 de febrero de 1875*

Tienes razón, la marea revolucionaria está bajando y estamos cayendo en un período evolutivo, un período en el que germinan revoluciones apenas perceptibles. [...] Ha pasado la hora de la revolución, no sólo debido a los acontecimientos desastrosos de que hemos sido víctimas (y de los que en cierta medida somos responsables),[8] sino porque, para mi intensa desesperación, he encontrado y encuentro más cada día que no queda absolutamente nada del pensamiento, de la esperanza, o de la pasión revolucionarios en las masas; y, cuando faltan estas cualidades, hasta los esfuerzos más heroicos deben fracasar y nada puede lograrse.

Yo admiro la valiente persistencia de nuestros camaradas jurásicos y belgas, estos «últimos mohicanos» de la Inter-

8. «Los acontecimientos desastrosos de los que en cierta medida todos somos responsables» fueron la victoria de los ejércitos prusianos en la guerra franco-prusiana, y las derrotas del levantamiento de Lyon de septiembre de 1870, de la Comuna de París (marzo-mayo, 1871) y de los levantamientos de España e Italia, seguidas de la victoria de las fuerzas reaccionarias que dominaron la Europa continental. Bakunin opinaba que las fuerzas revolucionarias eran en parte responsables de estos fracasos porque no estaban preparadas ni ideológica ni tácticamente para aprovechar las situaciones revolucionarias favorables.

nacional, quienes, pese a todos los obstáculos y en medio de la apatía general, obstinadamente se lanzan contra la corriente de los acontecimientos y continúan actuando como antes de las catástrofes, cuando el movimiento crecía y hasta los esfuerzos más nimios obtenían resultados.

Su labor es aún más merecedora de aplauso por cuanto ellos no verán los frutos de sus sacrificios; pero pueden estar seguros de que su labor no se perderá. Nada en este mundo se pierde jamás; las diminutas gotas de agua forman los océanos.

En cuanto a mí, mi querido amigo, estoy demasiado viejo, demasiado enfermo y... ¿debo confesarlo?... demasiado desilusionado para participar en esta tarea. He decidido retirarme definitivamente de la lucha y pasaré el resto de mis días en una intensa actividad intelectual que, espero, sea útil.

Una de las pasiones que ahora me absorben más es una curiosidad insaciable; habiendo reconocido que ha triunfado el mal y que no lo he podido evitar, estoy decidido a estudiar su evolución lo más objetivamente posible.

¡Pobre humanidad! Es evidente que podrá salir de este inmenso remolino únicamente con una revolución social gigantesca. Pero ¿cómo puede llevarse a cabo semejante revolución? Jamás la reacción internacional europea ha sido tan formidable contra cualquier movimiento popular. La represión se ha convertido en una nueva ciencia sistemáticamente enseñada en las escuelas militares de todos los países. Y, para romper esta fortaleza fuerte e impenetrable, sólo contamos con las masas desorganizadas. Pero ¿cómo organizarlas cuando ni siquiera les importa lo suficiente su propio destino como para conocer, o poner en efecto, las únicas medidas que pueden salvarlas? Aún queda la propaganda; aunque sin duda de algún valor, puede tener muy poco efecto [en las presentes circunstancias] y, si no hay otros medios de emancipación, la humanidad se corromperá diez veces antes de poderse salvar.

Queda otra esperanza: la guerra mundial. Estos gigantescos Estados militares deben empezar a destruirse mutuamente tarde o temprano. Pero ¡vaya perspectiva!

# 1876
# La creación de un nuevo orden social por James Guillaume

*Bakunin estaba interesado sobre todo en la teoría y la práctica de la revolución y escribió muy poco sobre los problemas prácticos cotidianos de la reconstrucción social que aparecerían de inmediato después de una revolución exitosa. No obstante, estos problemas fueron intensamente discutidos en el círculo de Bakunin y entre las secciones antiautoritarias de la Internacional. En esta selección (cuyo título original es «Ideas sobre la organización social»), Guillaume presenta la transición del capitalismo al anarquismo —una síntesis de las ideas «bakuninistas» sobre cómo debe efectuarse esta transición sin la restauración de las instituciones autoritarias.*[9]

*Su valor radica no en las recomendaciones específicas (la mayoría de ellas anticuadas, algunas bastante inocentes, aunque muchas de ellas son sorprendentemente similares a las medidas adoptadas por las comunas anarquistas en España a fines de los años treinta), sino en la formulación de los principios constructivos fundamentales del anarquismo o socialismo libre. Prueba que los primeros anarquistas no eran unos opositores temperamentales a todos y cualquier orden, sino que por cierto estaban interesados en hacer planes prácticos para una sociedad libre y estable. Por tanto, el en-*

9. «Idees sur l'organisation sociale», en Daniel Guérin, *op. cit.*, págs. 299-323.

*sayo de Guillaume, escrito en 1874 y publicado en 1876, el año del fallecimiento de Bakunin, el ensayo escrito por un amigo que de muchas maneras fue su* alter ego, *se incluye aquí como lo más próximo a una clara formulación de la propia visión de Bakunin de las tareas constructivas después de la Revolución. Ésta es su primera publicación en castellano.*

## I

Las ideas formuladas en estas páginas sólo pueden realizarse de forma efectiva gracias a un movimiento revolucionario. Una gran masa de agua tarda más de un día en romper un dique; las aguas de la inundación crecen lenta, imperceptiblemente. Pero una vez que se alcanza el máximo de presión, el colapso es súbito y el dique desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Entonces, podemos distinguir dos actos sucesivos; el segundo es consecuencia directa del primero. Así pues, en primer lugar, ocurre la lenta transformación de las ideas, las necesidades, las motivaciones para la acción que germinan en el seno de la sociedad; y después da comienzo, cuando esta transformación ha avanzado lo suficiente como para pasar a la acción. Se da entonces un cambio de rumbo brusco y decisivo —*la Revolución*— que es la culminación de un largo proceso de *evolución*, la súbita manifestación de un cambio largamente preparado y, en consecuencia, inevitable.

Ningún hombre serio se animaría a predecir exactamente cómo la Revolución, condición indispensable para la renovación social, hará acto de presencia. La Revolución es un hecho natural y no el acto de unas pocas personas; no tiene lugar según un plan preconcebido, sino que la producen circunstancias incontrolables que ningún individuo puede manejar. Por tanto, no tratamos de hacer un modelo para la futura campaña revolucionaria; dejamos esta tarea infantil a quienes creen en la posibilidad y la eficacia de lo-

grar la emancipación de la humanidad por medio de una dictadura personal. Nosotros, por el contrario, nos limitaremos a describir la clase de revolución que más nos atrae y las formas en que puede liberarse de sus viejos errores.

El carácter de la Revolución al principio debe ser negativo, destructivo. En vez de modificar ciertas instituciones del pasado, o adaptarlas al nuevo orden, debe destruirlas por completo. En consecuencia, el gobierno será arrancado de cuajo, junto con la Iglesia, el ejército, las cortes de justicia, las escuelas, los bancos y todas sus instituciones subordinadas. Al mismo tiempo, la Revolución tiene un objeto positivo: el de que los trabajadores tomen posesión de todo el capital y de todos los medios de producción. Expliquemos lo que significa esta etapa de «tomar posesión».

Empecemos por los campesinos y los problemas relacionados con la tierra. En numerosos países, en especial en Francia, los curas y la burguesía tratan de atemorizar a los campesinos diciéndoles que la Revolución les usurpará sus tierras. Esta es una mentira indignante, inventada por los enemigos del pueblo. La Revolución tomaría exactamente la dirección contraria: usurparía la tierra a la burguesía, la nobleza y los curas y la entregaría a los campesinos desposeídos. Si una porción de tierra pertenece a un campesino que la cultiva, la Revolución no se la quitaría. Por el contrario, garantizaría esa posesión libre y liquidaría todas las deudas contraídas con esa tierra. Esa tierra que una vez enriqueció la tesorería y que fue abrumada por los impuestos y sobrecargada de hipotecas, al igual que el campesino, será emancipada. Basta de impuestos, basta de hipotecas: ¡la tierra se libera igual que el hombre!

En cuanto a la tierra que pertenece a la burguesía, el clero y la nobleza —tierra hasta ahora trabajada por los peones desposeídos en beneficio de sus amos—, la Revolución la devolverá a sus legítimos propietarios: los trabajadores rurales.

¿Cómo expropiará la Revolución la tierra a los explota-

dores y la entregará a los campesinos? Antes, cuando los burgueses hacían una revolución política, cuando llevaban a cabo uno de esos movimientos que sólo resultaban en un cambio de explotadores del pueblo, en general promulgaban decretos proclamando al pueblo la voluntad del nuevo gobierno. Estos decretos eran colocados en las comunas y en los tribunales, y el alcalde, los gendarmes y la policía los hacían cumplir. La verdadera Revolución popular no seguirá este modelo: no gobernará por decreto, no dependerá de los servicios de la policía o del aparato del gobierno. ¡No con decretos y palabras escritas, emancipará la Revolución al pueblo, sino con *hechos*!

## II

Ahora consideraremos qué harán los campesinos para obtener el máximo beneficio posible de su medio de producción, la tierra. Inmediatamente después de la Revolución, los campesinos se enfrentarán a una situación confusa. Los que ya sean pequeños propietarios conservarán sus lotes de tierra y continuarán cultivándolos con la ayuda de sus familias. Los otros, que son sin duda los más numerosos, quienes arrendaban la tierra a los grandes terratenientes, o eran meros peones agrícolas asalariados y empleados por los propietarios, tomarán posesión colectiva de las vastas extensiones de tierra y las trabajarán en común.

¿Cuál de los dos sistemas es el mejor?

No se trata de formular lo que es teóricamente deseable, sino de comenzar con los hechos y ver lo que se puede lograr de inmediato. Desde este punto de vista, primero diremos que en esta economía dual se ha logrado el principal propósito de la Revolución: ahora, la tierra es propiedad de quienes la trabajan, y los campesinos ya no trabajan en beneficio de un propietario holgazán que vive del sudor ajeno. Obtenida esta gran victoria, el resto es de importancia se-

cundaria. Los campesinos, si así lo desean, pueden dividir la tierra en parcelas iguales y repartirlas entre las familias. De otro modo, y esto sería mucho mejor, pueden instituir la propiedad común y el cultivo colectivo de la tierra. Aunque esta cuestión es secundaria al objetivo principal (la emancipación del campesinado), también se debe prestar especial consideración a la forma de trabajar la tierra y a la clase de posesión que se llevará a cabo.

En una región que antes de la Revolución ha sido poblada por campesinos propietarios de pequeñas tierras y donde el suelo no es muy apropiado para un cultivo extensivo a gran escala, donde la agricultura se ha hecho de la misma manera durante siglos, donde se desconoce la maquinaria, o es raramente utilizada, en una región con esas características, los campesinos conservarán naturalmente la forma de posesión a la que están acostumbrados. Cada campesino continuará cultivando la tierra como siempre lo ha hecho, pero con esta única diferencia: sus exasalariados, si los había tenido, se convertirán en sus socios y compartirán con él los productos que su labor común extrae de la tierra.

Es muy posible que en breve plazo estos campesinos, que siguen siendo pequeños propietarios, encuentren beneficioso modificar su sistema tradicional de trabajo y producción. De ser así, primero se asociarán para organizar una agencia comunal para vender o intercambiar sus productos; este primer intento de asociación les alentará a realizar otros intentos de la misma naturaleza. Entonces, en común, podrán adquirir varias máquinas que faciliten su trabajo; trabajarían en rotación para ayudarse con ciertas tareas pesadas que se realizan mejor cuando son hechas rápidamente por un equipo de gente; y, sin duda, imitarían a sus hermanos trabajadores, los obreros industriales y aquellos que trabajan en las grandes fincas, y decidirían agrupar todas sus tierras y fundar una asociación agrícola. Pero incluso si languidecen durante unos años en la misma antigua rutina, incluso

si toda una generación se quema antes de que los campesinos en algunas comunas adopten el sistema de la propiedad colectiva, ello no constituiría un serio obstáculo a la Revolución. Los grandes logros de la Revolución no se verían afectados; la Revolución ya habrá abolido la esclavitud agrícola del salario y del peonaje, y el proletariado agrícola consistirá únicamente en trabajadores libres viviendo en paz y en la abundancia, incluso en las pocas zonas más atrasadas.

Por otro lado, en las operaciones agrícolas a gran escala, donde se necesita un gran número de trabajadores para cultivar zonas extensas, donde la coordinación y la cooperación son absolutamente esenciales, el trabajo colectivo llevará naturalmente a la propiedad colectiva. Una colectividad agrícola puede abarcar a toda una comuna [una unidad regional autónoma] y, de ser económicamente necesarias para mejores resultados y una mayor producción, numerosas comunas.

En estas grandes comunidades de trabajadores agrícolas, la tierra no será trabajada tal como lo es en la actualidad, por campesinos pequeños propietarios que tratan sin éxito de recolectar muchas cosechas diferentes en pequeñas parcelas de tierra inapropiada. En un solo acre de tierra, no se cultivará un pequeño cuadrado de trigo, un pequeño cuadrado de patatas, otro de uvas, otro de avena, otro de frutas, etcétera. Por virtud de sus propiedades físicas, su situación, su composición química, cada extensión de tierra tiende a ser más apropiada para un cultivo exitoso de cierta especie determinada de cosecha. El trigo no será plantado en una tierra apropiada para las uvas, ni las patatas en tierra mejor usada para pastos. La comunidad agrícola, si tiene únicamente una clase de terreno, se limitará al cultivo de granos que se pueden producir en mayor cantidad y calidad con menos trabajo. Y la comunidad preferirá intercambiar su producto por aquellos que necesita, en vez de tratar de cultivarlos en pequeñas cantidades de mala calidad debido a la tierra inapropiada.

La organización interna de estas comunidades agrícolas no debe ser necesariamente idéntica en todas partes; las formas de organización y de procedimiento variarán mucho según las preferencias de los trabajadores asociados. Mientras se conformen a los principios generales de justicia e igualdad, la administración de la comunidad, elegida por todos sus miembros, puede ser confiada a un individuo o a una comisión de muchos miembros. Incluso será posible separar las distintas funciones administrativas, asignando cada función a una comisión especial. Las horas de trabajo serán fijadas, no por una ley general aplicable a todo el país, sino por decisión de cada comuna. Pero, como cada comuna contrae relaciones con todos los demás trabajadores agrícolas de la región, probablemente se llegue a un acuerdo de horarios comunes a todos. Todas las mercancías, o productos, fruto de la labor colectiva, pertenecerán a la colectividad; y cada miembro recibirá una remuneración por su trabajo ya sea en forma de mercancías (subsistencia, suministros, ropa, etcétera), o en moneda corriente. En algunas comunidades, la remuneración será proporcional a las horas de trabajo; en otras, los pagos serán medidos tanto por las horas de trabajo como por el tipo de trabajo efectuado. Otros sistemas serán experimentados para comprobar cómo funcionan.

Una vez resuelto el problema de la propiedad y sin capitalistas para imponer un impuesto al trabajo de las masas, la cuestión de los sistemas de distribución y remuneración es secundaria. Debemos lo más posible instituir el principio, y dejarnos guiar por él, de *a cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad.* Cuando, gracias al progreso de la industria científica y de la agricultura, la producción llegue a superar el consumo (y esto se obtendrá unos años después de la Revolución), ya no será necesario repartir estrictamente las mercancías que corresponden a cada trabajador. Cada uno sacará lo que necesite de la abundante reserva social de productos sin miedo a causar carestías; y el

sentimiento moral que se desarrollará entre los trabajadores libres e iguales evitará, o reducirá en gran parte, el abuso y el derroche. Entretanto, cada comunidad decidirá por sí misma durante el período de transición cuál es el mejor sistema de distribución de los productos de su trabajo asociado.

## III

Debemos distinguir diferentes tipos de trabajadores industriales del mismo modo que distinguimos diferentes tipos de campesinos. En primer lugar, están aquellos cuyos oficios con herramientas simples, donde la división del trabajo es prácticamente nula y donde cada trabajador individual produce lo mismo solo que en el trabajo asociado. Éstos incluyen, por ejemplo, a los sastres, los zapateros, los barberos, los tapiceros y los fotógrafos. No obstante, se debe notar que, incluso en estos oficios, la producción en masa a gran escala se puede aplicar para ahorrar tiempo y trabajo. En consecuencia, lo que ahora decimos se refiere principalmente al período de transición.

En segundo lugar, están los oficios que requieren la labor colectiva de numerosos trabajadores que utilizan pequeñas máquinas manuales y que, por lo general, trabajan en talleres y fundiciones, imprentas, carpinterías, fábricas de ladrillos, etcétera. Por último, está la tercera categoría de industrias en las que la división de trabajo es mucho mayor, en las que la producción es masiva y necesita una maquinaria compleja y cara, así como una inversión considerable de capital; por ejemplo, las industrial textiles, metalúrgicas, etcétera.

Para los trabajadores dentro de la primera categoría de industria, el trabajo colectivo no es necesario; y, en muchos casos, el zapatero o el remendón prefieren trabajar solos en sus propios talleres. Es bastante natural que en cada comu-

nidad existan uno o varios trabajadores empleados en cada uno de estos oficios. No obstante, sin ánimo de rebajar la importancia de la independencia individual, pensamos que, siempre que sea posible, el trabajo colectivo es mejor; en una sociedad igualitaria, la emulación estimula al trabajador a producir más y eleva su moral; además, el trabajo en común permite a cada trabajador aprender de la experiencia y la habilidad de los otros, y esto redunda en beneficio de toda la unidad en su conjunto.

En cuanto a los trabajadores de las otras dos categorías, resulta evidente que el trabajo colectivo está impuesto por la naturaleza misma de ese trabajo y, ya que las herramientas ya no son individuales, sino máquinas, que deben ser atendidas por varios trabajadores, esas máquinas deben ser propiedad común.

Cada taller, cada fábrica, se organizará con una asociación de trabajadores que serán libres de administrar y organizar su trabajo como mejor les parezca, siempre que los derechos de cada trabajador estén resguardados y se observe el principio de igualdad y justicia. En el capítulo anterior, cuando discutimos las asociaciones o comunidades de trabajadores agrícolas, nos ocupamos de la dirección, horarios de trabajo, remuneración y distribución de los productos. Las mismas observaciones sirven para el trabajo industrial y, por tanto, resulta innecesario repetirlas aquí. Acabamos de decir que especialmente en una industria, que requiere una maquinaria complicada y trabajo colectivo, la propiedad de la maquinaria productiva también debe ser colectiva. Pero nos queda por aclarar un punto. ¿Estas herramientas pertenecerán a todos los trabajadores de una fábrica, o pertenecerán a la corporación que abarca a todos los trabajadores de una industria dada? [Aquí «corporación» equivale a sindicato industrial.]

Nuestra opinión es que la segunda de estas alternativas es preferible. Cuando, por ejemplo, en el día de la Revolución, los tipógrafos de Roma tomen posesión de todas las

imprentas de la ciudad, convocarán una reunión general y proclamarán que todas las imprentas de Roma son propiedad de los tipógrafos romanos. Ya que será completamente factible y necesario, darán un paso adelante más y se unirán en un pacto de solidaridad con todos los trabajadores impresores de Italia. El resultado de este pacto será la organización de todas las imprentas de Italia como propiedad colectiva de la federación tipográfica de Italia. De esta manera, los impresores italianos podrán trabajar en cualquier ciudad del país y tener derechos absolutos para la utilización de todas las máquinas y de todos los talleres.

Pero, cuando decimos que la propiedad de los medios de producción, incluyendo las mismas fábricas, debe ser de la corporación, no queremos decir que los trabajadores de los talleres individuales serán gobernados por una especie de gobierno industrial que tiene el poder de hacer lo que quiere con los medios de producción. No, los trabajadores de las distintas fábricas no tienen la menor intención de traspasar el control, duramente ganado, de los medios de producción a un poder superior que se denomine «la corporación». Lo que harán es, en ciertas condiciones específicas, garantizar el uso recíproco de sus medios de producción y acordar con sus compañeros trabajadores de otras fábricas el derecho a compartirlos y a recibir, a cambio, el mismo derecho a compartir los medios de sus compañeros trabajadores con quienes han establecido el pacto de solidaridad.

## IV

La comuna consiste en todos los trabajadores que viven en la misma localidad. Sin considerar muy pocas excepciones, la comuna típica puede definirse como la federación local de grupos de productores. Esta federación local, o comuna, está organizada para proporcionar ciertos servicios que no están dentro de la jurisdicción exclusiva o capacidad de nin-

guna corporación especial [sindicato industrial], sino que abarca a todas ellas y por esa razón se los llama *servicios públicos*. Los servicios públicos comunales pueden ser enumerados de la siguiente manera:

A. *Obras públicas (vivienda y construcción)*

Todas las casas son propiedad de la comuna. Una vez hecha la Revolución, todos continúan por un tiempo viviendo bajo el mismo techo que tenían antes de la Revolución, salvo en el caso de las familias que se han visto obligadas a vivir en lugares en muy mal estado. Esas familias serán reinstaladas de inmediato, a expensas de la comuna, en apartamentos vacantes antes ocupados o poseídos por los ricos.

La construcción de nuevas casas que dispongan de habitaciones saludables y espaciosas y que reemplacen los suburbios miserables de los antiguos guetos, será una de las primeras necesidades de la nueva sociedad. La comuna empezará de inmediato esta construcción de una manera que no sólo dé trabajo a los sindicatos de albañiles, carpinteros, yeseros, constructores de tejados, etcétera, sino que también proveerá un trabajo útil para las masas del pueblo que, al carecer de oficio, vivían en paro antes de la Revolución. Serán empleados como peones en las inmensas construcciones de viviendas, en la realización de caminos y de pavimentación que se iniciarán en todas partes, especialmente en las ciudades.

Las nuevas viviendas serán construidas a expensas de la comuna, lo que significa que a cambio del trabajo hecho por los distintos sindicatos de la construcción, estos sindicatos recibirán de la comuna vales que les permitirán comprar todos las elementos necesarios para la manutención y el bienestar de sus miembros. Y, debido a que las nuevas viviendas han sido construidas a expensas públicas, este sistema permitirá y requerirá que exista una vivienda gratuita para todos.

La vivienda gratuita puede causar serias disputas porque la gente que viva en malas viviendas competirá entre sí para conseguir las nuevas casas. Pero pensamos que sería un error grave temer serias fricciones por las siguientes razones: primero, debemos aceptar que el deseo de tener una vivienda nueva y mejor es una exigencia justa y legítima; y esta exigencia justa estimulará a los trabajadores de la construcción a realizar esfuerzos aún más grandes para acelerar las construcciones.

Pero, mientras esperan nuevas construcciones, la gente tendrá que ser paciente y hacer lo que pueda con las instalaciones existentes. La comuna, como hemos dicho, se ocupará de las necesidades más apremiantes de las familias más depauperadas, reinstalándolas en los grandes palacios de los ricos; y, creemos que, como al respecto del pueblo, el entusiasmo revolucionario los estimulará e inspirará con el espíritu de generosidad y de sacrificio y que se alegrarán de soportar un poco más las incomodidades de las viviendas pobres; tampoco se sentirán inclinados a pelear con un vecino que pueda haber conseguido un nuevo apartamento un poco antes que ellos. En un lapso razonablemente breve, gracias a los esfuerzos prodigiosos de los trabajadores de la construcción poderosamente estimulados por la demanda de nuevas viviendas, habrá abundancia de casas para todos y cada uno estará seguro de encontrar una vivienda satisfactoria.

Todo esto puede parecer fantástico a aquellos cuya visión no traspasa los horizontes de la sociedad burguesa; estas medidas, por el contrario, son tan simples y prácticas que será humanamente imposible que las cosas tomen otro rumbo. ¿La legión de albañiles y demás trabajadores de la construcción estarán permanente e incesantemente ocupados en la construcción de nuevas viviendas adecuadas a una sociedad civilizada? ¿Se tardará muchos años de labor incesante en brindar a todo el mundo una vivienda de calidad? No, se tardará poco tiempo. Y, cuando hayan terminado el traba-

jo principal, ¿se cruzarán de brazos y no harán nada más? No, continuarán trabajando a un ritmo más lento, arreglando viejas construcciones; poco a poco, los antiguos barrios sombríos, las calles sucias y patibularias, las casas y las callejuelas miserables, que ahora infestan nuestras ciudades, desaparecerán y serán reemplazadas por mansiones donde los trabajadores puedan vivir como seres humanos.

B. *Intercambio*

En la nueva sociedad *no habrá comunas en el sentido que hoy tiene ese vocablo,* como meras entidades político-geográficas. Cada comuna establecerá un *Banco de Comercio* cuyo funcionamiento explicaremos a continuación de la forma más clara posible.

La asociación de trabajadores, así como los productores individuales (en las porciones de producción que aún sean de propiedad privada), depositarán sus productos en los almacenes del Banco de Comercio; el valor de los productos ya se ha establecido por anticipado por medio de un acuerdo contractual entre las federaciones regionales de cooperativas y las distintas comunas, que también proporcionarán estadísticas al Banco de Comercio. El Banco de Comercio remitirá entonces a los productores *vales* negociables representando el valor de sus productos; estos vales serán aceptados en todo el territorio que abarque la federación de comunas.

Las mercancías de primera necesidad, por ejemplo, aquéllas esenciales para la vida y la salud, serán transportadas a los distintos mercados comunales, los cuales, hasta tener nuevas instalaciones, usarán las antiguas tiendas y almacenes de los excomerciantes. Algunos de los mercados distribuirán alimentos, vestimentas, mercancías caseras, etcétera. Las destinadas a la exportación permanecerán en el almacén general hasta que lo dispongan las comunas.

Entre los productos depositados en el Banco de Comercio habrá mercancías para el consumo de la misma comuna, por ejemplo, alimentos, madera, ropa, etcétera, y otra mercadería para ser intercambiada por los productos de otras comunas.

En este momento, anticipamos una objeción. Seguramente se nos preguntarán: «El Banco de Comercio de cada comuna remitirá a los productores, por medio de vales, el valor de sus productos antes de estar seguros de que existe una demanda; y, si esos productos no tienen demanda y se apilan sin usar, ¿cuál será la situación del Banco de Comercio? ¿No se arriesgará a pérdidas, incluso a la ruina? Y en esta clase de operación, ¿no existe siempre el riesgo de que los vales estén sobregirados?».

Contestamos que cada Banco se asegura por anticipado de que hay una demanda para sus productos y, en consecuencia, no arriesga nada al girar los vales de pago a sus productores.

Sin embargo, hay algunas categorías de trabajadores en la construcción, o en la fabricación de bienes inmóviles, bienes que no se pueden transportar a los depósitos del Banco de Comercio, por ejemplo, edificios. En esos casos, el Banco de Comercio actuará de intermediario; los trabajadores registrarán la propiedad en el Banco de Comercio. El valor de la propiedad será acordado por anticipado y el Banco entregará a los trabajadores su valor en forma de vales comerciales. El mismo procedimiento será efectuado al tratar con los distintos trabajadores empleados en los servicios administrativos de las comunas; trabajadores cuya labor no produce bienes manufacturados, sino servicios prestados. Estos servicios tendrán que ser evaluados por anticipado y el Banco de Comercio pagará su valor en vales.

El Banco de Comercio no sólo recibirá los productos pertenecientes a los trabajadores de las comunas; estarán también en contacto con otras comunas y arreglará la obten-

ción de productos que la comuna está obligada a adquirir de fuentes exteriores, como por ejemplo, ciertos alimentos, combustibles, productos manufacturados, etcétera. Estos productos exteriores serán vendidos de la misma forma que los productos locales. Los consumidores pagarán los productos en los distintos mercados con vales de diferentes denominaciones, y todos los bienes serán uniformemente tasados.

Es evidente, en nuestra descripción, que todas las operaciones del Banco de Comercio no difieren esencialmente de los usuales procedimientos comerciales. En efecto, estas operaciones no son más que la compra y la venta; el banco compra a los productores y vende a los consumidores. Pero pensamos que, después de un cierto período de tiempo, las funciones del Banco de Comercio se verán reducidas sin inconvenientes y que un nuevo sistema reemplazará gradualmente al antiguo sistema: el intercambio en el sentido tradicional dará lugar a la *distribución* simple y llana. ¿Qué queremos decir con esto?

Mientras un producto determinado escasee, hasta cierto punto tendrá que ser racionado. Y el modo más fácil de hacer esto sería vender estos productos escasos a un precio tan *alto* que sólo aquella gente que realmente los necesite, estaría dispuesta a comprarlos. Pero, cuando el crecimiento prodigioso de la producción, que no dejará de tener lugar cuando el trabajo esté racionalmente organizado, produzca una superproducción de este o aquel producto, no será necesario racionar su consumo. La práctica de la venta, que fue adoptada como un freno al consumo inmoderado, será abolida; los bancos comunales ya no *venderán* mercancías, las distribuirán según las necesidades de los consumidores.

El reemplazo del comercio por la distribución, en un lapso de tiempo comparativamente corto, será aplicado a los artículos de primera necesidad, ya que los trabajadores concentrarán todos sus esfuerzos en la producción abundante de estos artículos. Otras mercancías, en otro tiempo

escasas y hoy consideradas de lujo, dentro de un período razonable de tiempo, serán producidas en grandes cantidades y dejarán de estar racionadas. Por otro lado, los productos caros e inútiles como las perlas, los diamantes y ciertos metales preciosos, etcétera, dejarán de tener el valor que les atribuye la opinión pública y serán utilizados para la investigación por las asociaciones científicas, como componentes de ciertas herramientas, por ejemplo, los diamantes industriales, o expuestos como curiosidades en los museos de historia natural.

### C. *Suministro de alimentos*

El problema del suministro de alimentos es una especie de suplemento a nuestra discusión del intercambio. Lo que dijimos acerca de la organización del Banco de Comercio en general se aplica a todos los productos, incluyendo a los alimenticios. No obstante, pensamos que es útil agregar, en una sección especial, una explicación más detallada de las medidas que tratan de la distribución de los principales productos alimenticios.

En la actualidad, las panaderías, las carnicerías, las tiendas de licores y vinos, las tiendas de alimentos importados, etcétera, ¡están todas cedidas a la industria privada y a los especuladores! Y éstos, por medio de toda clase de fraudes, se enriquecen a expensas de los consumidores. La nueva sociedad debe actuar de inmediato para tratar de corregir esta situación poniendo como servicio público comunal la distribución de todos los alimentos más esenciales.

Se debe tener en mente lo siguiente: no queremos decir que la comuna tomará posesión de ciertas ramas de la *producción*. No, la producción, en el auténtico sentido de la palabra, permanecerá en manos de las asociaciones de productores. Pero, por ejemplo, ¿qué representa la producción del pan? Únicamente la cosecha de trigo. El labrador

siembra y cosecha el grano y lo transporta hasta los silos en el Banco de Comercio; su función como productor termina en ese momento. La molienda del trigo y la producción de harina, así como la transformación de la harina en pan no es una producción; es un trabajo similar al que hacen muchos empleados en el mercado comunal; un trabajo previsto para poner un producto alimenticio, el pan, al alcance del consumidor. Lo mismo sucede con la carne, etcétera.

Visto de este modo, es lógico que la elaboración y la distribución de alimentos —horneo del pan, elaboración del vino y de la carne, etcétera— tengan que ser llevados a cabo por la comuna. De ese modo, el trigo de los silos de la comuna debe ser molido y transformado en harina en el molino comunal (que será compartido por varias comunas); la harina será transformada en pan en los hornos comunales y distribuido a los consumidores por medio de los mercados comunales. Lo mismo sucederá con las carnes: los animales serán sacrificados en el matadero comunal y preparados en las carnicerías comunales. Los vinos serán almacenados en las cavas comunales y embotellados y distribuidos por establecimientos especiales. Por último, todos los demás alimentos perecederos serán conservados frescos en los almacenes comunales y guardados en recipientes de cristal en los mercados comunales.

Sobre todo, se deben llevar a cabo esfuerzos inmediatos para instituir la distribución gratuita de ciertos alimentos esenciales como el pan, la carne, el vino, los productos de granja, etcétera. Cuando la alimentación abundante esté al alcance de todos y sea gratuita, la civilización en general habrá dado un gran paso adelante en la historia.

## D. *Estadísticas*

La función principal de la Comisión Comunal de Estadísticas será reunir y clasificar toda la información estadística relacionada con la comuna. Los distintas corporaciones o asociaciones de producción mantendrán constantemente al día sus libros de afiliados y los cambios de personal, de modo que será posible saber al instante el número de empleados en las distintas ramas de la producción.

El Banco de Comercio proporcionará a la Comisión Comunal las cifras más completas y todos los hechos pertinentes acerca de la producción y el consumo de productos. Por medio de las estadísticas reunidas en todas las comunas de una región, será posible equilibrar científicamente la producción y el consumo. En consonancia con estas estadísticas, también será posible prestar más ayuda a aquellas industrias en que la producción es insuficiente y reducir el número de hombres cuando se produzca un exceso de producción. Las estadísticas también facilitarán ajustar las horas de trabajo a las necesidades productivas de la sociedad. Asimismo, será posible calcular, aunque no perfectamente, sino lo suficiente por razones prácticas, el valor relativo del tiempo de trabajo que demandan los distintos productos, lo que servirá como criterio para los precios del Banco de Comercio.

Pero esto no es todo. La Comisión de Estadísticas será capaz de realizar algunas de las funciones que hoy lleva a cabo el Estado civil, por ejemplo, el registro de muertes y nacimientos. No incluimos el matrimonio porque en una sociedad libre, la unión voluntaria de un hombre y una mujer dejará de ser un asunto oficial para convertirse en un asunto puramente personal, que no está sujeto a la sanción pública ni la requiere.

Hay muchos otros usos de la estadística: en relación con las enfermedades, los fenómenos meteorológicos, en suma, todos los hechos regularmente clasificados pueden servir al desarrollo de la ciencia y del conocimiento en general.

E. *Higiene*

Bajo el título general de Higiene, hemos reunido los distintos servicios públicos que son indispensables para el mantenimiento de la salud pública. Primero, por supuesto, están los servicios médicos, que serán gratuitos para todos los habitantes de la comuna. Los médicos no serán como los capitalistas, que tratan de obtener el mayor beneficio posible de sus infortunados pacientes. Serán empleados por la comuna y deberán tratar a todos los que necesiten sus servicios. Pero el tratamiento médico es únicamente el aspecto *curativo* de la ciencia de la salud pública; no es suficiente tratar a los enfermos; también es necesario prevenir las enfermedades. Tal es la verdadera función de la higiene...

F. *Seguridad*

Este servicio abarca todas las medidas necesarias para garantizar a todos los habitantes de la comuna la seguridad de su persona y la protección de sus hogares, sus bienes, etc., contra los robos y los accidentes (incendios, inundaciones, etcétera).

Probablemente habrá muy poco bandidaje y robo en una sociedad en la cual cada uno tiene completa libertad para disfrutar de los frutos de su labor y donde casi todas sus necesidades estarán abundantemente satisfechas. El bienestar material, así como el progreso moral e intelectual, que son productos de una educación auténticamente humana, al alcance de todos, casi eliminarán los delitos debidos a la perversión, la brutalidad y demás enfermedades. Sin embargo, será necesario tomar precauciones por la seguridad de las personas. Este servicio, que se podría denominar (si la frase no tiene connotación demasiado aciaga), Policía Comunal, no será confiada como lo es hoy a un cuerpo especial y oficial; todos los habitantes con las condiciones físicas

requeridas serán convocados a participar en las medidas de seguridad instituidas por la comuna.

Sin duda, se preguntarán cómo serán tratados en la nueva sociedad igualitaria aquellos que cometan crímenes y otros delitos violentos. Obviamente, la sociedad no puede, con el pretexto de los derechos individuales y la negación de la autoridad, permitir que un asesino ande suelto, o esperar a que un amigo de la víctima se tome la venganza. El asesino tendrá que ser privado de su libertad y confinado a una casa especial hasta que pueda retornar a la sociedad sin representar un peligro para la misma. ¿Cómo se tratará al criminal durante el período de confinamiento? ¿Y según qué principios sé le debe sentenciar? Estas son cuestiones delicadas que provocan una gran diversidad de opiniones. Debemos aprender de la experiencia, sin embargo, lo que sigue es lo que ya sabemos: que gracias a los efectos beneficiosos de la educación (véase más adelante), los delitos serán escasos. Al ser los criminales una excepción, serán tratados como los enfermos y los locos; el problema del crimen que hoy da tanto trabajo a jueces, carceleros y policías perderá su importancia social y simplemente se convertirá en un capítulo más de la historia médica.

### G. *Educación*

El primer punto a considerar es la cuestión del mantenimiento de los niños (alimentos, ropa, juguetes, etcétera). En la actualidad, los padres no sólo mantienen a sus hijos, sino que supervisan su educación. Ésta es una costumbre basada en un principio falso; un principio que considera al niño como la propiedad privada del padre. El niño no pertenece a nadie; sólo se pertenece a sí mismo; y, durante el período en que es incapaz de protegerse y, en consecuencia, está expuesto a la explotación, es la sociedad la que le debe proteger y garantizar su libre desarrollo. Asimismo, es

la sociedad la que debe mantenerle y supervisar su educación. Al mantenerle y pagarle la educación, la sociedad sólo está haciendo un «préstamo» de adelanto que el niño devolverá cuando se convierta en un adulto productor.

Es la sociedad, y no los padres, la que debe responsabilizarse de la crianza del niño. Una vez establecido este principio, creemos que debemos abstenernos de especificar la manera exacta en que se debe aplicar este principio; haciéndolo de otro modo se correría el riesgo de tratar de lograr una utopía. Por tanto, la aplicación debe quedar en manos de la experimentación libre, y debemos esperar las lecciones de la experiencia práctica. Únicamente decimos que, con respecto al niño, la sociedad está representada por la comuna y que cada comuna tendrá que determinar lo que sea mejor para la educación y crianza del niño; allí es donde se desarrolla la vida en común; allí es donde pueden estar los niños a cargo de su madre, al menos hasta cierta edad, etcétera.

Pero éste es sólo uno de los aspectos del problema. La comuna alimenta, viste y hospeda a los niños; pero, ¿quién les enseñará, quién desarrollará sus mejores características y les entrenará como productores? En consonancia, ¿con qué plan y qué principios se conducirá su educación?

A estos interrogantes, contestamos: la educación de los niños debe ser integrada; es decir, debe desarrollar al mismo tiempo tanto las facultades mentales como las físicas del niño para crear a un hombre completo. Esta educación no debe ser confiada únicamente a una casta especializada de maestros; todos aquellos que conozcan una ciencia, un arte, o un oficio pueden y deben ser llamados a enseñar.

Debemos distinguir dos estadios en la educación de los niños: el primero, cuando el niño de cinco o seis años aún no puede estudiar una ciencia y cuando el énfasis está puesto en el desarrollo de sus facultades físicas; y el segundo, cuando los niños de doce a dieciséis años deben ser introducidos en las distintas áreas del conocimiento humano mien-

tras que al mismo tiempo aprenden uno o más oficios por medio de la práctica.

El primer estadio, como acabamos de mencionar, estará dedicado al desarrollo de las facultades físicas, a fortalecer el cuerpo y alertar los sentidos. Hoy los poderes de oír, ver y de destreza manual tienen un desarrollo incompleto y al azar; en una educación racional, por el contrario, mediante ejercicios sistemáticos y especiales, estas facultades se pueden desarrollar a un máximo grado. En cuanto a las manos, en vez de hacer que los niños sólo usen la mano derecha, se intentará que puedan utilizar ambas manos con la misma habilidad.

Y, mientras se refuerzan los sentidos y el vigor corporal por medio de inteligentes ejercicios gimnásticos, la cultura de la mente empezará de una manera espontánea a realizarse; natural e inconscientemente, el niño empezará a absorber un cuerpo de conocimiento científico. La observación personal, la experiencia práctica, las conversaciones entre los niños, o con las personas a cargo de su educación, serán las únicas formas de instrucción que los niños recibirán durante este primer período.

No habrá más escuelas arbitrariamente dirigidas por un pedagogo, en las cuales los niños esperan con impaciencia al momento del recreo para poder disfrutar de un poco de libertad.

En sus reuniones, los niños actuarán con entera libertad. Organizarán sus propios juegos, sus conversaciones, sistematizarán su propio trabajo, arbitrarán sus disputas, etcétera. Se acostumbrarán entonces fácilmente a la vida pública, a las responsabilidades, a una confianza y ayuda mutuas. El maestro, a quien ellos elegirán para que les dé las lecciones, dejará de ser un tirano detestado para convertirse en un amigo a quien escucharán con placer.

Durante el segundo estadio, los niños, de edades comprendidas entre los doce y los dieciséis años, estudiarán de forma sucesiva y metódica las principales ramas del conocimiento humano. No les enseñarán profesionales, sino maes-

tros de esta o aquella ciencia, quienes también serán trabajadores manuales; y cada rama del conocimiento será enseñada, no por uno, sino por muchos hombres, todos pertenecientes a la comuna, que tengan tanto el conocimiento como el deseo de enseñar. Además, se leerán en grupo los buenos libros de los temas estudiados; luego habrá discusiones inteligentes y, de ese modo, disminuirá la importancia que se da a la personalidad del maestro.

Mientras el niño está desarrollando su cuerpo y aprendiendo las ciencias, empezará a ser aprendiz como productor. En el primer estadio de su educación, la necesidad de reparar, o modificar, los juguetes introducirá al niño en el uso de las herramientas simples. Durante el segundo período, visitará distintas fábricas y, estimulado por su inclinación a uno o más oficios, por último elegirá el oficio en el que se especializará. Los aprendices serán enseñados por hombres que trabajan en las fábricas y esta educación práctica estará complementada por lecciones que traten la teoría.

De esta manera, para cuando un joven llega a cumplir dieciséis o diecisiete años de edad, ya habrá sido introducido en una amplia área del conocimiento humano, aprendido un oficio y elegido la disciplina que más le gusta. En consecuencia, estará en posición de reembolsar a la sociedad todos los gastos en que incurrió en su educación, no en dinero, sino con el trabajo útil y el respeto por los derechos de todos sus semejantes.

En conclusión, debemos hacer unos pocos comentarios en relación con el niño y su familia. Hay gente que afirma que la propuesta de poner al niño bajo la custodia de la sociedad «significa la destrucción de la familia». Esta doctrina no tiene sentido. Mientras sea necesaria la reunión de dos personas de sexos diferentes para la procreación, mientras haya padres y madres, la conexión natural entre padres e hijos jamás será anulada por las relaciones sociales.

Únicamente el carácter de esta conexión será modifi-

cado. En la antigüedad, el padre era el amo absoluto del niño. Tenía poder de vida y muerte sobre él. En los tiempos modernos, la autoridad paterna se ha visto sometida a ciertas restricciones. ¿Qué podría ser más natural que una sociedad igualitaria y libre, que pudiera anular lo que aún queda de esa autoridad y la reemplace con relaciones de simple afecto?

No afirmamos que el niño debe ser tratado como un adulto, que se le deban respetar todos sus caprichos, que, cuando sus infantilismos contradigan tercamente las reglas elementales de la ciencia y del sentido común, debamos evitar hacerle sentir que está equivocado. Decimos, por el contrario, que el niño debe ser entrenado y guiado, pero que la dirección de sus primeros años no debe ser ejercitada exclusivamente por sus padres, quienes muy a menudo son incompetentes y quienes por lo general cometen abuso de autoridad. El objetivo de la educación es desarrollar las capacidades latentes del niño en el mayor grado posible, capacidades que le permitirán ocuparse de sí mismo lo antes posible. Es dolorosamente evidente que el autoritarismo es incompatible con un sistema de educación. Si las relaciones entre padre e hijo dejan de ser las del amo y el esclavo y se transforman en las de estudiante y maestro, las de un amigo más viejo y otro más joven, ¿pensáis que el afecto recíproco de padres e hijos quedará lesionado? Por el contrario, cuando las relaciones íntimas de esta naturaleza desaparecen, ¿acaso no empiezan a manifestarse las discordias de la familia moderna? ¿Acaso la familia no se está desintegrando con amargas fricciones en gran parte debido a la tiranía hoy ejercida por los padres sobre los hijos?

En consecuencia, nadie puede afirmar con pertinencia que una sociedad libre y regenerada destruirá la familia. En semejante sociedad, el padre, la madre y los hijos aprenderán a amarse entre sí y a respetarse mutuamente; al mismo tiempo, su amor se verá enriquecido cuando trascienda los

límites estrechos del afecto familiar y logre un amor más amplio y elevado: el amor a la gran familia humana.

## V

La organización social no puede limitarse a la comuna local, ni a la federación local de los grupos de productores. Veremos cómo se expande y se completa la organización social, por un lado, con el establecimiento de *federaciones corporativas regionales* que abarcan a todos los trabajadores de una misma industria; y, por otro, con el establecimiento de una federación de comunas.

Ya hemos indicado en la Sección III qué es una federación corporativa. Organizaciones semejantes ya existen de forma rudimentaria en la sociedad actual. Todos los trabajadores de un oficio o categoría dados pertenecen a la misma organización, por ejemplo, la federación de obreros tipógrafos. Pero estas organizaciones son un tosco bosquejo de lo que serán en la nueva sociedad. Las federaciones corporativas unirán a todos los trabajadores de la misma industria; ya no estarán unidos para proteger sus salarios y sus condiciones de trabajo contra los ataques de los propietarios, sino fundamentalmente para garantizar la mutua utilización de los medios de producción que son propiedad de cada uno de estos grupos y que, por medio de un contrato recíproco, serán la propiedad colectiva de toda la federación corporativa. De esta manera, la federación de grupos podrá ejercer un control constante de la producción y regular el ritmo de la misma para satisfacer las necesidades fluctuantes del consumo social.

La federación corporativa operará de un modo sumamente simple. Después de la Revolución, los grupos de productores [los sindicatos locales] pertenecientes a una misma industria encontrarán necesario enviar delegados de ciudad en ciudad para intercambiar información y apren-

der de la experiencia de los demás. Estas conferencias parciales prepararán el camino para un congreso general de la federación corporativa a celebrarse en algún lugar céntrico. Este congreso formulará un contrato federativo que será sometido a la enmienda y aprobación de todos los grupos de la federación corporativa. Un comité permanente, elegido por el congreso y responsable ante él, servirá de intermediario entre los distintos grupos de la federación y todas las demás federaciones corporativas.

Cuando todas las ramas [industriales], incluyendo a las organizaciones agrícolas, se hayan organizado de esta manera, constituirán una vasta red federativa que cubrirá todo el país y abarcará a todos los productores; y, en consecuencia, a todos los consumidores. Las estadísticas de producción, en coordinación con las oficinas de estadísticas de cada federación corporativa, permitirán determinar de un modo racional las horas de trabajo, el precio de coste de los productos, su valor comercial y las cantidades que se deben producir de esos productos para satisfacer las necesidades de los consumidores.

La gente, impresionada por las hueras declaraciones de los llamados demócratas, quizás exijan que todos estos detalles sean formalizados con el voto directo de todos los miembros de las federaciones corporativas. Y cuando contestemos con una negativa, nos acusarán de despotismo, protestarán contra lo que consideran la autoridad de los comités alegando que los comités no deben estar investidos con el poder exclusivo de tratar problemas de tal importancia. Nuestra respuesta será que las tareas llevadas a cabo por los comités permanentes no implican el ejercicio de ninguna autoridad. Únicamente se dedican a la colección y clasificación de la información que les sea facilitada por los grupos de productores. Una vez que esta información se combina y se *hace pública,* será utilizada para ayudar a fijar precios y costos, horas de trabajo, etc.

Esas operaciones están relacionadas con cálculos mate-

máticos que sólo pueden dar un resultado correcto, verificable por todos los que tengan acceso a las cifras. El comité permanente está simplemente encargado de calcular y hacer conocer los hechos a todo el mundo. Incluso ahora, por ejemplo, el servicio postal presta un servicio similar al que los comités de las federaciones corporativas prestarán en el futuro; y no conocemos a nadie que se queje de que el correo cometa abuso de autoridad porque recolecta, clasifica y distribuye la correspondencia sin someter ninguna de sus operaciones al sufragio universal.

Además, los grupos de productores que forman la federación intervendrán en las acciones del comité de forma mucho más eficaz y directa que por el voto. Porque son ellos quienes darán toda la información y proporcionarán todas las estadísticas que, luego, el comité no hará más que coordinar. El comité no es más que el intermediario pasivo a través del cual los grupos comunican y rinden públicamente cuenta de sus actividades. El voto es un medio para solucionar cuestiones que no se pueden resolver con datos científicos, problemas que deben dejarse en manos de la arbitraria decisión de números pero, en cuestiones susceptibles de una precisa solución científica, no hay necesidad de votar. La verdad no se puede decidir por el voto; se verifica y se impone por sí misma con el poder tremendo de su propia evidencia.

Pero sólo hemos tratado la mitad de la organización extracomunal; las federaciones corporativas tendrán un paralelo con el establecimiento de la Federación de Comunas.

## VI

La Revolución no puede limitarse a un único país; so pena de aniquilación, tiene la obligación de expandirse, si no al mundo entero, al menos a un número considerable de países civilizados. De hecho, ningún país en la actualidad pue-

de ser autosuficiente; los vínculos internacionales y las transacciones son necesarios para la producción y no se los puede suprimir. Si un país revolucionario es bloqueado por los Estados vecinos, la Revolución, al quedar aislada, estaría condenada. Del mismo modo en que nosotros nos basamos en la hipótesis de la Revolución en un país determinado, también debemos asumir que la mayoría de los demás países europeos también harán su Revolución casi al mismo tiempo.

En los países donde el proletariado se las ha arreglado para liberarse del dominio de la burguesía, las organizaciones sociales recién iniciadas no tienen que conformarse con un solo modelo y pueden diferir en muchos aspectos. Hasta la fecha, existen muchos desacuerdos entre los socialistas de las naciones germanas (Alemania e Inglaterra) y aquellos de las naciones latinas y eslavas (Italia, España, Francia y Rusia). Por ende, es probable que la organización social que adopten los revolucionarios alemanes, por ejemplo, diferirá en algunos o muchos puntos de la introducida por los revolucionarios franceses o italianos. Pero estas diferencias carecen de importancia en lo que se refiere a las relaciones internacionales: al ser iguales los principios fundamentales de la Revolución (véanse Secciones I y II), sin duda se establecerán unas relaciones amistosas y solidarias entre los pueblos emancipados de los distintos países.

No hace falta decir que las fronteras artificiales creadas por el actual gobierno serán barridas por la Revolución. Los consumidores se organizarán y unirán libremente según sus intereses económicos, sus afinidades idiomáticas y sus circunstancias geográficas. Y en ciertos países, como Italia y España, demasiado extensos para una única aglomeración de comunas y divididos por naturaleza en muchas regiones distintas, probablemente se establezcan, no una, sino numerosas federaciones. Esto no representará una ruptura de la unidad, una vuelta a la antigua fragmentación de Estados pequeños, aislados y en guerra entre sí. Estas diversas fede-

raciones de comunas, al mismo tiempo que mantienen su identidad, no estarán aisladas. Unidas por sus intereses comunes, formularán un pacto de solidaridad, y esta unidad voluntaria, fundada en objetivos y necesidades comunes, en un constante intercambio de contactos informales y amistosos, será mucho más íntima y mucho más fuerte que la artificial centralización política impuesta por la violencia y sin otra motivación que la explotación de los pueblos en beneficio de las clases privilegiadas.

# Bibliografía selecta

Con excepción de *Estado y anarquía,* que fue escrito en ruso, Bakunin escribió la mayor parte de su obra en francés. La mejor fuente, que sólo se encuentra en las grandes bibliotecas públicas y algunas universitarias, es *Oeuvres* (en seis volúmenes), publicada por P. V. Stock, París, entre 1896 y 1913. El volumen I fue cuidado, prologado y anotado por el más destacado historiador del anarquismo, Max Nettlau. Los volúmenes II-VI fueron cuidados, prologados y anotados por el amigo y colaborador de Bakunin, James Guillaume. El volumen II contiene los *Apuntes biográficos de Bakunin de Guillaume* (incluidos en este volumen). Todos los escritos están reproducidos como originales de Bakunin, con excepción de *Respuesta a l'Unità Italiana* y *Circular a mis amigos de Italia,* Volumen VI (el manuscrito original en francés se extravió y fue retraducido del italiano al francés por Guillaume).

*Oeuvres*

Volumen I (1845)

Federalismo, socialismo, antiteologismo (1867).
Cartas sobre el patriotismo (1869), serie de diez artículos escritos para el Congreso de Ginebra.

Dios y el Estado (título dado por Nettlau al fragmento de *El imperio knouto-germano y la Revolución Social*).

Volumen II (1907)

*Los osos de Berna y el oso de San Petersburgo* (1870).
*Cartas a un francés sobre la crisis actual* (texto abreviado y severamente revisado por Guillaume, seguido del texto original escrito por Bakunin).
*El imperio knouto-germano y la Revolución Social* (primera edición, 1870-71).

Volumen III (1908)

*El imperio knouto-germano y la Revolución Social* (segunda edición, 1871). Parte de este trabajo fue publicado en forma de panfleto y titulado *Dios y el Estado* con varias modificaciones de Carlo Cafiero y Élisée Reclus, dos amigos de Bakunin. Traducido a varios idiomas, incluso al castellano, no debe confundirse con la selección publicada, con el mismo título, en el Volumen I.
*El imperio knouto-germano y la Revolución Social* (apéndice a la primera edición de 1870).
Consideraciones filosóficas acerca del fantasma divino, el mundo real y el hombre (1870).

Volumen IV (1910)

*Cartas a un francés sobre la crisis actual* (continuación, 1870).
Manuscrito escrito en Marsella (1870).
Carta a Esquiros (1870).
Preámbulo para la segunda entrega de *El imperio knouto-germano y la Revolución Social* (1871).
Advertencia para *El imperio knouto-germano y la Revolución Social* (1871).
Carta al periódico *La Liberté* de Bruselas (1872).

Fragmento a modo de continuación de *El imperio knouto-germano y la Revolución Social* (1871).

Volumen V (1911)

Los siguientes artículos fueron escritos para el periódico *L'Égalité* durante los años 1868 y 1869:
Carta a la redacción del periódico *L'Égalité* de Ginebra:
El periódico *Fraternidad.*
Mme. André Leo y *L'Égalité.*
La doble huelga de Ginebra.
El Movimiento Internacional de Trabajadores.
La agitación del Partido Demócrata Socialista en Austria.
*La Montagne* y el Sr. Coullery.
Los adormecedores.
La instrucción integral.
Política de la Internacional.
Informe del Comité sobre la cuestión de la herencia.
Carta dirigida a los ciudadanos redactores del *Réveil* de París (1869).
Tres conferencias pronunciadas ante los obreros de Val de Saint-Imier (1871).

Volumen VI (1913)

Protesta de la Alianza.
Respuesta de un Internacional a Mazzini (1871).
Carta de Bakunin a la Sección de la Alianza en Ginebra (1871).
Informe sobre la Alianza (1871).
Circular a mis amigos de Italia (1871).

Las ediciones alemana, rusa y española siguen generalmente la francesa, con algunas destacadas diferencias (la edición española incluye *Estado y anarquía).*

Alemana: *Gesammelte Werke,* edición, prólogo y notas de

Max Nettlau. Volumen I (1921), Volumen II (1923), Volumen III (1924), Der Syndikalist, Berlín.

Rusa: Volumen I (1919), Volumen II (1919), Volumen III (1920), Volumen IV (1920), Volumen V (1922), Golos Truda, Leningrado y Moscú.

Yuri M. Steklov publicó, en Moscú, 1926, una biografía en cuatro volúmenes de Bakunin. También editó en cuatro volúmenes una colección de cartas y otros escritos de Bakunin no posteriores a 1861; apareció en Moscú en 1934. La publicación de volúmenes posteriores fue suspendida debido a la controversia en torno a las diferencias entre Bakunin y Marx. Debe mencionarse en particular la obra monumental de Marx Nettlau, *Miguel Bakunin: una biografía,* que consta de tres partes que totalizan 1.282 páginas. Gran parte del material de Bakunin y sobre él publicado en esta biografía no fue jamás publicado. Contiene centenares de notas, y es una fuente indispensable para todos aquellos que trabajan en la obra o en la biografía de Bakunin. Todos los escritos de Bakunin incluidos en el volumen de Nettlau están reproducidos en el idioma original. Nettlau hizo quince copias que repartió en las principales bibliotecas del mundo. Lo terminó entre 1896 y 1900.

Hay dos ediciones, en español, de las obras de Bakunin. Los cinco volúmenes publicados por la Editorial La Protesta de Buenos Aires, Argentina, con introducción de Max Nettlau, fueron completados en 1929. El volumen I, traducido del original ruso, se titula *Estado y anarquía.* La otra edición española de *Obras de Bakunin* consiste en seis volúmenes, con prólogo de Max Nettlau y fue publicada en 1938 por Editorial Tierra y Libertad, Barcelona, España.

Como ya dijimos más arriba, todas estas obras se encuentran agotadas, son muy difíciles de encontrar, y ninguna de ellas está completa. Por estas razones, el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, Holanda, está ahora publicando en francés las obras completas de Bakunin en quince espesos volúmenes, con introducciones y

abundantes notas y el título de *Archives Bakounine* (publicadas, por una parte, por el International Institut voor Sociale Gescheidnis, Ámsterdam, por E. J. Brill, Leiden, Holanda; ordenadas y revisadas por A. Lehning, A. J. C. Rüter y P. Scheibert; y, por otra, por Éditions Champ Libre, París). En este momento, los siguientes volúmenes han aparecido en Holanda:

Volumen I: *Michel Bakounine et l'Italie,* 1871-72. Primera parte: *La polémique avec Mazzini.* Escritos y materiales. 1961.

Volumen I: *Michel Bakounine et l'Italie,* 1871-72. Segunda parte: *La Première Internationale en Italie et le conflit avec Marx.* 1963.

Volumen II: *Michel Bakounine et les conflits dans l'Internationale,* 1872. *La Question Germanoslave. La Commune d'Etat. 1965.*

Volumen III: *Estatisme et anarchie,* 1873. Traducido del ruso al francés por Marcel Brody. El texto original ruso está publicado junto con la traducción al francés. Todos estos volúmenes van acompañados de notas extensas y de documentos hasta ahora inaccesibles.

Además de las obras selectas, el siguiente material puede resultar de gran utilidad:

*L'Internationale,* documentos y recuerdos de James Guillaume. 4 vols. E. J. Stock, París, 1905-10.

*Correspondence de Michel Bakounine.* Cartas a Herzen y a Ogarev, 1860-74. Publicada con un prólogo y notas de M. Dragamanoff; traducida del ruso por Marie Stromberg. Perrins & cie., París, 1896.

*Confession de Michel Bakounine.* Traducido del ruso por Paulette Brupbacher; introducción y notas de Max Nettlau. Éditions Rieder, París, 1932.

*Aufruf an die Slave* («Llamamiento a los eslavos»). Köthen, 1848.

*La cause populaire: Romanoff, Pugachev ou Pestel?* Londres, 1861.

*A mes amis russes et polonais.* Traducido del ruso. Leipzig, 1862.
*Lettre inédite à Celso Cerretti.* Vol. I. Société Nouvelle, París, 1896.

Los siguientes escritos de Bakunin están publicados en la admirable antología del movimiento anarquista *Ni Dieu, ni maître,* editada por Daniel Guérin. Éditions de Delphes, París, 1965 (más tarde publicado por François Maspero Éditeur).

*La Commune de Paris et la Notion d'Etat.*
*Programme et objet de l'organisation des Frères Internationaux.*
*Points essentiels du Catéchisme révolutionnaire.*
*Catéchisme révolutionnaire.*
*Organisation de la Fraternité Internationale Révolutionnaire.*

*Marx et Bakounine,* de Fritz Brupbacher. Edición francesa, De La Baconnière, Neuchâtel, Suiza, 1955.
*Bakounine, La Liberté,* editado y anotado por François Muñoz. Jean-Jacques Pauvert, París, 1965.
*Bakounine, ou la vie contra la Science,* de Henry Arvon. Seghers, París, 1966.
*Bakounine: la vie d'un révolutionnaire,* de H. E. Kaminski. Éditions Montaigne, París, 1938.

Las siguientes obras están en inglés:

*Marxism, Freedom and the State,* editado y traducido por K. J. Kenafick. Freedom Press, Londres, 1950.
*Karl Marx y Michael Bakunin,* de K. J. Kenafick. Melbourne, 1948.
*The Political Philosophy of Bakunin,* editado por G. P. Maximoff. The Free Press, Glencoe, Illinois, 1953.
*The Doctrine of Anarchism of Michael A. Bakunin,* de Eugene Pyziur, 2.ª ed., Henry Regnery, Chicago, 1968.

*God and the State,* con un prólogo de Carlo Cafiero y Élisée Reclus. Traducido del francés por Benjamin Tucker. Mother Earth Publishing Co., 1915. Nueva edición con una introducción de Paul Avrich, 1970.

**«¿QUIERE ESTO DECIR QUE YO RECHAZO TODA AUTORIDAD? BORRAD ESE PENSAMIENTO. EN MATERIA DE BOTAS, CONSULTO AL ZAPATERO; EN MATERIA DE CASAS, CANALES O CAMINOS, CONSULTO AL ARQUITECTO O AL INGENIERO. PARA ESOS CONOCIMIENTOS ESPECIALES, PIDO LA OPINIÓN A ESOS ESPECIALISTAS. PERO NO PERMITO QUE EL ZAPATERO, NI EL ARQUITECTO, NI EL ESPECIALISTA ME IMPONGA SU AUTORIDAD. LES ESCUCHO LIBREMENTE Y CON TODO EL RESPETO QUE ME MERECE SU INTELIGENCIA, SU CARÁCTER, SU CONOCIMIENTO, RESERVÁNDOME SIEMPRE EL DERECHO INALIENABLE A LA CRÍTICA Y LA CENSURA.»**

Se considera con frecuencia a Mijail Bakunin «padre» del movimiento anarquista, a pesar de que este aborreció toda su vida la idea de un padre, un guía, un líder en el camino hacia la libertad. Aunque la desobediencia y la aversión hacia el Estado es tan antigua como la sumisión, sí puede considerarse que Bakunin, hombre de acción cuya vida estuvo fuertemente marcada por su pensamiento político, influido por Hegel y Proudhon y en pugna constante con Marx, fue el primer ideólogo del anarquismo como reacción revolucionaria frente al anarquismo especulativo de sus predecesores.

Bakunin sigue siendo hoy una figura cuyas ideas despiertan la curiosidad de filósofos, escritores, pensadores y estudiantes. Escritos entre 1842 y 1876, este libro recoge cronológicamente algunos de sus ensayos más destacados en una edición a cargo del anarquista estadounidense Sam Dolgoff y van precedidos de los ya célebres *Apuntes biográficos* de James Guillaume, gran teórico y militante anarquista, amigo de Bakunin.

Ariel
www.ariel.es
@ EditorialAriel

PVP 19,90 € 10186849
9 788434 425965